



LA VIDRIERA



del Duque



Raquel Campos

La vidriera del Duque



Raquel Campos

LA VIDRIERA DEL DUQUE

Copyright © 2018 Raquel Campos Correctora:

Dana Roberts

Maquetación: Valerie Miller Cubierta:

<https://es.123rf.com/>

All Rights reserved 1ª edición en Octubre 2018

ISBN: 9781720214809

Sello: Independently published Todos los derechos de esta obras están reservados. Queda terminantemente prohibida, sin autorización escrita del titular de los derechos de autor, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procediendo, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, al igual que la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos público sin permiso expreso del autor de la obra.

Contenido

CITA

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

CITA

Desmayarse. Atreverse. Estar furioso.
Áspero. Tierno. Liberal. Esquivo.
Alentado. Mortal. Difundo vivo. Leal traidor.
Cobarde y animoso.
No hay algo fuera del bien. Centro y reposo.
Mostrarse alegre, triste, humilde.
Altivo, enojado, valiente, fugitivo, Satisfecho, ofendido, receloso, Huir el
rostro al claro desengaño, Beber veneno por licor suave,
Olvidar el provecho,
Amar el daño,
Creer que el cielo en un infierno cabe, Dar la vida y el alma a un
desengaño, Esto es amor,
Quien lo probó lo sabe.

Lope de Vega. (Película)

I

Algún lugar en la sierra de Granada, a 10 de septiembre de 1565, bajo el reinado de Felipe II, el Prudente.

A pocas leguas de llegar por fin a la finca de la Vidriera, Diego recordaba los detalles de su viaje mientras caminaba deprisa para ganarle la partida al sol, que comenzaba a ocultarse por la montaña. No quería dormir otra noche al raso, más bien quería descansar bajo techo y sin chinches y pulgas como compañía.

Ya le advirtieron que viajar por España no era muy cómodo, y después de todo lo que le había sucedido durante el viaje, Diego tuvo que admitir que era una gran verdad. Dejó Alponete, una pequeña ciudad cerca de Toledo, donde había nacido, para buscar una nueva vida lejos de allí. A sus veintitrés años poco podía contar de la vida y no quería seguir haciendo tal cosa. Los últimos años habían sido muy tediosos y esperaba que la vida no fuera tan poco aventurera. Su familia puso el grito en el cielo, pues estaban muy bien en Alponete, pero estaba tan contento y empeñado con su decisión que ninguno pudo hacer que cambiara de opinión. Juró y perjuró que estaría bien, y más en el lugar adonde iba.

Los dominios del Duque eran considerables y había elegido el lugar más alejado, donde pudiera comenzar de nuevo. Se tocó el pecho y sintió la carta. Gracias a Dios que a última hora, y a punto de salir de Alponete, pudo conseguir referencias del duque para poder conseguir trabajo. Le habían contado que, desde la construcción del horno, había mucho trabajo y se necesitaba mano de obra. Un nuevo día se escondía tras las montañas y para él todo iba a cambiar.

La marcha había durado más de lo previsto, pues en vez de nueve jornadas al final fueron diez. Al principio había compartido el camino con un grupo de comerciantes que viajaban hacia Granada para vender su mano de obra a los terratenientes que poseían grandes fincas de olivos, pues dentro de nada comenzaría la recogida de la aceituna, uno de los bienes más preciados de las tierras andaluzas. La compañía había sido muy grata y las noches que habían dormido al raso habían sido las mejores. Dormir bajo un espectacular manto de estrellas, escuchar leyendas hasta bien entrada la noche y levantarse al alba para disfrutar de los colores del amanecer, sin duda habían sido de las mejores rutinas durante el viaje.

La gran aventura había sido cuando tuvieron que pasar alguna noche en las posadas que había en los caminos, y daba fe de que nunca más pondría los pies en una de ellas. Era mucho más peligroso dormir en una de ellas que viajar solo, pues convivir con pulgas y amanecer infestado de picaduras de este molesto insecto era vergonzoso. Pero no solo era eso, sino que había que aguantar la

suciedad y a los borrachos. En esos días se había metido en varias rencillas y en una ocasión sacó la ropera del cinto. Lo único que podía destacar era que pudo comer algo caliente, aunque fuera de una calidad muy inferior a la cocina de Alponde. Las comidas en las posadas eran a las doce, después del toque del Ángelus, por lo que debían apresurarse en el camino si querían tomar algo y no quedarse sin nada. Algo rápido para calentar el buche, para comprar lo poco que les hiciera falta para el camino y proseguir el mismo cuanto antes, pues la noche llegaba pronto. Tuvo que racionar las pocas provisiones que había comprado en diversas posadas para que le alcanzara hasta llegar a su destino.

Pero cuando tuvo ante sus ojos el puerto de El Pinar del Duque, decidió continuar el viaje solo. Le habían recomendado que se reuniera con una reata de arrieros. Además de poder ocupar alguna de las mulas vacías, el viaje era más seguro, pues esos hombres conocían la zona a la perfección. Los arrieros gozaban de justo renombre. Algunos rincones le dijeron que solo se podían visitar a pie o a caballo. Pero Diego quería continuar solo.

Quería empaparse de cada árbol, piedra o animal que hallara a su paso. Esperaba encontrar el rumbo de su vida en ese lugar y no quería que le molestara nada ni nadie. Caminó sin demora para llegar pronto a su destino. Al final, y hecho polvo tras la dura caminata, pues casi se le había echado encima la noche, había llegado. Cuando sus ojos se encontraron con la famosa finca de La Vidriera, se quedó pasmado ante la inmensa casa y la vastedad de los campos que la rodeaban. Era un lugar maravilloso.

Era como la había imaginado y como le habían contado, pues era el lugar perfecto en el que un horno de vidrio podía tener las suficientes materias primas para crear esos bellos objetos que tanto admiraba: leña, arena y plantas, pues la finca estaba rodeada de pinos y demás diversidad de árboles y plantas. También había observado por el camino algunas canteras de las que probablemente extrajeran la arena. Antes de empezar el viaje se había informado del lugar a donde iba y a qué se dedicaban. Era un paraíso natural y majestuoso.

Era magnífica, una gran casa solariega formada por varias construcciones de distintos tamaños y rodeada de pinos y montañas. La propiedad estaba vallada y había bastante terreno hasta llegar a la casa. A lo lejos, se podían ver algunas plantaciones, unas cuadras y un pozo. Tomó el camino que serpenteaba por la pequeña colina que descendía hasta la casa. Desde cerca era incluso más imponente. Golpeó la puerta con la aldaba y esperó. Enseguida pudo escuchar movimiento y voces, el pestillo gruñó al abrirse y apareció un hombre. Su rostro repleto de finas arrugas reflejaba sorpresa.

—Buenas noches nos dé Dios, ¿desea algo?

—Buenas noches, buen hombre.

Su imagen no era muy tranquilizadora. Envuelto como iba en una capa oscura, para preservarle del frío, y con el sombrero de ala ancha calado hasta los ojos, esperaba que la carta que llevaba le abriera las puertas de la finca y le diera confianza al hombre que lo miraba de una manera totalmente opuesta.

—Vengo desde Alponte en busca de trabajo —informó Diego mientras sacaba el pliego que llevaba bien escondido junto a su corazón.

—Vaya, siempre es bueno tener más manos para trabajar —dijo el hombre algo hastiado de la rutina—. ¿Trabaja para el duque?

—Sí, antes estaba en su casa de Alponte —dijo Diego recordando los días soleados del lugar.

—Eso queda muy lejos de aquí, joven.

—Sí, pero buscaba un lugar como este, donde poder empezar de nuevo.

—Venga —dijo el hombre. No llegaba a entender por qué un hombre tan joven tenía que cambiar de vida de forma tan drástica. Porque el lugar a donde había llegado estaba alejado de la mano de Dios—. La casa a estas horas está desierta, es la hora de terminar un largo día de trabajo y cada uno descansa un rato antes de cenar.

—Se me hacía extraño no haber visto a nadie por los alrededores.

—A primera hora esto cambia, y ya se convierte en un continuo no parar de gente —explicó—. Por cierto, me llamo Genaro.

—Yo soy Diego.

—Espero que traigas fuerzas, el trabajo aquí es muy duro. —Parecía un hombre fuerte y acostumbrado a trabajar. Aunque era algo delgado, su rostro rebosaba salud.

—Tengo fuerza e ilusión.

—La casa, como ves, tiene varias construcciones: una es la casa del duque, que se mantiene cerrada y a punto para cuando viene. La otra construcción, más pequeña, es esta, a la que has llamado; aquí vivimos algunos trabajadores.

—Pero, ¿el duque ha visitado la finca? —preguntó Diego con interés. Esa propiedad era muy diferente a la que el noble poseía en Alponte y no sabía muy bien por qué la conservaba.

—No creo que le interese visitar una finca perdida de la mano de Dios. Los hidalgos no pierden el tiempo en estos lugares. Solo quieren una cosa de ellos: beneficio —expuso Genaro. Era imposible guardar decoro ante ese joven y se sinceró—. El actual duque solo viene en temporada de caza, porque esta finca es muy rica en animales.

Diego se abstuvo de dar su opinión al respecto. Le habían enseñado a ser prudente en aquello que hacía y decía. Siguieron caminando, mientras el hombre le enseñaba las diferentes estancias de la casa. Un suave olor despertó los

instintos de Diego y su estómago rugió de forma poco educada.

—Tu tripa pide comida, ya verás qué bien cocina mi mujer —comentó Genaro con una sonrisa velada, cosa que le sucedía cada vez que pensaba en Carmen, la bella mujer que había aceptado ser su esposa hacía ya más de una década.

—Hace muchos días que solo como pan.

—No creas que aquí se come mejor —dijo Genaro—, pero un buen plato caliente no falta nunca por la noche.

Por fin llegaron a lo que se suponía que era la cocina, pues el olor se había vuelto más intenso. A Diego se le hizo la boca agua; no la comía muy a menudo pero estaba seguro de saber lo que era.

—¿Sopa de cebolla?

Una mujer de aspecto afable y regordeta se giró al escuchar la pregunta del joven. Su rostro también reflejó sorpresa. Diego se dio cuenta de que no era muy normal que hubiera visitas, y menos a una hora tan intempestiva.

—¿Quién eres?

—Carmen, este joven ha venido a trabajar, se llama Diego —aclaró Genaro descartando el temor que siempre sentía su mujer hacia los desconocidos.

—¡Alabado sea dios! —exclamó Carmen. Era una bendición—. Pero siéntate, pareces agotado.

—He hecho un viaje muy largo desde Alponte —dijo Diego sentándose en el banco que abrazaba la mesa.

—Pues ya verás cómo mi sopa te revive —gorjeó contenta de poder tener a otra persona en la casa. El joven parecía honrado y trabajador.

—Come y descansa, mañana te tendrás que presentar a Don Justo y enseñarle la carta —explicó Genaro mientras salía de la cocina. Las normas que había establecido el administrador eran algo estrictas, pero nadie se atrevía a decir nada—. Voy a ver si han terminado ya.

Diego estuvo a punto de levantarse para acompañar al hombre, pero le frenó un gran cuenco de sopa que Carmen puso delante de sus ojos. Le cortó un trozo de pan y le sirvió una copa de vino.

—Haz caso de mi marido, él sabe siempre lo que se ha de hacer.

—¿Cuánto tiempo lleva Don Justo llevando la finca?

—Uyy, es tanto tiempo ya que ni me acuerdo —dijo Carmen pensativa. Hacía años que habían llegado al lugar—. Cuando empezó, venía del pueblo todas las semanas y al fin decidió quedarse en una de las habitaciones de la última planta, donde quiere que le atendamos como un aristócrata.

—Creo que no están muy contentos por ello —indagó Diego. Quería saber dónde se estaba metiendo.

—Pues no, pero... —dijo mirando hacia la puerta—, aquí las paredes hablan. Ten cuidado.

Hizo caso omiso de lo que decía la mujer y dejó de hablar para degustar la deliciosa sopa. Nunca había sido un hombre glotón, pero le gustaba disfrutar de la comida. Mientras lo hacía, no pudo dejar de observar la cocina. Era un defecto, o más bien una cualidad que tenía desde niño. Era muy observador y le gustaba conocer hasta el mínimo detalle del lugar donde se encontraba. Como aquel en el que estaba en ese momento.

Era una estancia grande y cuadrada. En un rincón había una chimenea baja en la que se veía una olla colgando de un gran llar. Seguro que era donde Carmen había cocinado el exquisito guiso. La mesa, donde estaba sentado, estaba a un lado y cerca del fuego, seguro que para comer caliente en invierno, pues probablemente en aquella tierra el frío fuese más intenso que en Alponte. Era poco más que un tablero un poco torcido con unas patas gruesas, y el asiento era otro más delgado incluso. Era un lugar sencillo, austero, pero cálido y familiar, pues la persona que lo dirigía así lo parecía.

—Estaba exquisita; muchas gracias, Carmen —dijo Diego reconfortado y con las tripas calientes.

—Un placer, Diego. Me alegro de que hayas llegado.

En ese momento se escucharon unas voces y entraron un grupo de hombres. Sus rostros desprendían cansancio y se mostraron perplejos al ver al joven. Eran de diferente edad, el más joven parecía tener más o menos la de él y el mayor podría ser su abuelo.

—¿Quién es tu invitado Carmen? —preguntó con curiosidad Marcos, el más joven del grupo. Era muy raro ver a visitantes por la zona y más tan jóvenes como el hombre que los miraba.

—Viene a trabajar —informó Carmen—. Se llama Diego; estos son Marcos, el que ha preguntado; Vicente y José se encargan de talar árboles y cortarlos para el horno.

—Me gusta este lugar, espero poder ser de gran ayuda —dijo con seguridad y sinceridad Diego. En verdad tenía muchas ganas de demostrar su valía y trabajar como el que más.

—Eso es bueno, joven. Los días son duros, pero a cambio comemos como señores con los guisos de Carmen —comentó José, el padre de Marcos. Era bueno hablar con gente que trajera noticias de lo que pasaba en el país.

—Venga, sentaos que os sirvo la sopa —dijo Carmen. Le gustaba cocinar para los trabajadores de la finca, que eran muchos y se acercaban a la cocina según iban terminando sus tareas, por lo que la suya, que era cocinar y limpiar, se alargaba hasta bien entrada la noche.

—Esto huele de lujo —ovacionó Marcos mientras se sentaba al lado de Diego. Ambos eran muy parejos en estatura y estaba seguro de que tendrían casi la misma edad. Entabló conversación con él—. ¿De dónde vienes, Diego?

—De Alponte, antes trabajaba para el duque.

—Vaya —silbó José sorprendido—. Ese noble no se priva de nada. ¿Qué hacías?

—Un poco de todo, con los caballos, con...

—Tus manos dicen que no has trabajado muy duro —criticó Vicente. Era el mayor de los tres y el más observador. Se había dado cuenta de que el joven venía con ganas, pero sus manos parecían suaves.

—Eso lo puedo demostrar cuando quiera —dijo Diego levantándose de la silla enfurecido. No le gustaba que le dijeran ese tipo de cosas y menos alguien que ni siquiera lo conocía.

—Siéntate, gañán —dijo Vicente carcajeándose. Valor sí que tenía el joven—. Mañana tendrás tiempo de demostrar para qué vales.

—No seas malo, Vicente —amonestó Carmen al hombre mayor—. ¿No ves que está cansado del viaje?

—Ea, pues si no os importa, me llevo a Diego para enseñarle dónde puede dormir —terció Marcos, que ya se había terminado su ración de sopa.

Los dos hombres asintieron sin casi levantar la mirada del plato, que aún contenía buena cantidad de sopa. Diego siguió al joven por los mismos pasillos por los que había entrado con Genaro.

—¿Y Genaro? —preguntó al no ver al hombre que le había abierto la puerta.

—Habrá ido a ver al maestro vidriero. Siempre se juntan un rato al acabar el día —informó Marcos. Le gustaba Diego, parecía honrado y se preocupaba por los demás, aun sin conocerlos.

—¿Cuántas personas trabajan aquí?

—A ver, déjame pensar —dijo Marcos contando con los dedos mientras recitaba algunos nombres y oficios—: además del maestro vidriero, estamos nosotros; los areneros que viven en Nablanca, Gonzalo y Pascual, que son pastores de la zona y cuidan del ganado y Ruy y Pedro, que cultivan.

—No pensaba que habría tantos trabajadores —dijo Diego sorprendido.

—Hay mucho que hacer. Mañana te explicarán el funcionamiento del horno y los distintos trabajos que hay para poder abastecerlo —expuso Marcos—. Genaro te dejará que pruebes todos y supongo que podrás elegir dónde quedarte, si bien Don Justo no establece otro cargo para ti.

—¿De dónde es ese Don Justo?

—El duque lo asentó en el cargo al poco de construirse el horno. —Al ver el rostro de sorpresa de su nuevo compañero, Marcos continuó hablando—. Dicen

que el duque hizo varios viajes a Barcelona, y de uno de ellos se trajo el proyecto del horno y a un maestro vidriero, que vino cuando todo se puso en funcionamiento.

—Entiendo. Una gran empresa en un lugar que parece poder abastecerlo —replicó Diego. Nunca habría pensado que ese lugar y ese proyecto pudieran llegar a tanto.

—Sí, tenemos madera, arena y planta barrilla —aclaró Marcos contento de poder charlar con alguien—. Pero mañana te contarán. Ahora cuéntame cosas del lugar de donde vienes. Aquí nunca pasa nada, todo es trabajo y más trabajo.

—Es muy distinto a esto. Mi último trabajo fue de ayudante en una de las monterías del duque —contó Diego—. Como gran aficionado a la caza que es, posee muchas tierras donde poder practicar ese deporte.

—Sí, aquí ha venido algunas veces, pero es difícil verlo —dijo el joven talador—. ¿Y por qué has venido aquí?

—Estaba un poco cansado de todo —explicó Diego, pero decidió ser sincero con su nuevo compañero—. Tuve un pequeño problema de faldas y...

—Oh, cuéntame todo, truhán —dijo Marcos riéndose.

Diego se embutió en la historia de un joven que había salido por piernas de cierto dormitorio en el que estuvo practicando ciertos placeres amatorios con una bella y experimentada mujer casada. Pero el azar quiso que el cornudo del marido llegara pronto y persiguiera al joven Casanova hasta perderlo de vista. Todos le aconsejaron que saliera de la ciudad para que se olvidaran de él.

Marcos se reía a carcajadas. Hacía mucho que no se divertía tanto y se sentía bien en la compañía de Diego. Esperaba poder compartir con él otros momentos de amistad. Ambos dejaron la charla para el día siguiente cuando llegaron Vicente y José. Le dio a Diego una manta para que se tumbara a echar un sueño.

—Mañana vas a necesitar todas tus fuerzas, muchacho —dijo Vicente mirando cómo el joven se tumbaba en el suelo y se arrebujaba con la manta.

En ese momento, en el horno, el maestro vidriero Bernart recogía sus útiles y los guardaba con cariño y devoción. Siempre había soñado con llevar la producción de un horno y al final lo había conseguido. Llevaba cinco años siendo maestro vidriero y solo se arrepentía de una cosa: haber arrastrado a su hija hasta allí. Leonor era una joven con un gran futuro en el mundo musical. Le había costado mucho que la enseñaran a tocar el clavicémbalo, pero era tan inteligente y segura de sí misma que sabía que valía para ello.

Cuando recibió la oferta por parte del mismo duque y dueño del horno, no pudo negarse. Leonor tenía solo quince años y llevaba tres estudiando música. Habían perdido a Concha y ambos lucharon juntos. Su hija se había convertido

en una mujer hermosa y culta, pero con un futuro inexistente por culpa de él. Y eso era lo que peor llevaba.

—Padre, el candelabro está casi —dijo Leonor mirando a su padre, que parecía no escucharla.

—Sí, ha quedado muy bien. Espero que sea del agrado del noble.

—Tus obras son maravillosas, muy tonto hay que ser para no darse cuenta.

Leonor admiraba y amaba a su padre. No le guardaba rencor por haberla llevado a la Vidriera. Se sentía muy orgullosa de poder estar con él y ayudarle en sus trabajos. Además, Genaro le había dado permiso para campar a sus anchas por el edificio central, que era donde se alojaba el duque cuando acudía a cazar. La joven amaba visitar el lugar porque había una pequeña sala donde se encontraba todos los días que podía, con la tranquilidad y el placer de la música. Porque Leonor podía disfrutar de unas horas tocando el clavicémbalo, algo que le apasionaba y le inundaba de felicidad. Todo merecía la pena por poder tocar ese maravilloso instrumento. Genaro le había contado que hacía muchos años se habían celebrado algunas fiestas y el instrumento había brillado por sí solo durante las veladas.

—Siento que hoy no puedas tocar el clavicémbalo —dijo apenado Bernart. Sabía del amor de su hija por la música y por ese instrumento.

—No pasa nada, mañana tocaré un rato. Este pedido es demasiado importante y me necesitas.

—No sé qué he hecho para merecerte —confesó el hombre emocionado.

—Eres el mejor padre del mundo y creas maravillas de cristal —dijo Leonor con un brillo resplandeciente en la mirada.

Cuando terminaron el trabajo y llegaron a las cocinas para cenar algo ligero, se enteraron gracias a Carmen de que había llegado un hombre joven para trabajar allí. Bernart levantó la mirada del plato de la sopa sorprendido.

—Hace mucho que no viene nadie por aquí —replicó Bernart pensativo. Ellos habían llegado cinco años atrás, cuando todo había empezado, y desde esa fecha no habían tenido visitas.

—Pues este joven viene con ganas de trabajar; se fue con Marcos a descansar para mañana.

—Sí, porque Don Justo querrá encontrarle un buen puesto, según sus condiciones físicas.

—Oh, este joven tiene muy buena planta y ganas de empezar —alabó Carmen al joven, pues a bien parecido no le ganaba nadie. Pero calló esa opinión para ella. Miró a Leonor, que parecía pensativa, pero que no decía nada sobre el desconocido—. ¿Hoy no tocas?

—Estoy cansada, ha sido un día largo. El pedido está listo para que vengan a

recogerlo.

—¡Es una gran noticia! —Si el horno funcionaba, todos ellos podían seguir allí y poder tener un plato de comida.

—Sí, seguro que don Justo se alegra de que su amigo tenga las copas —dijo Bernart con acritud. No le gustaba nada de nada el administrador de la finca. Cada día estaba más claro que lo único de lo que se preocupaba era de robar.

—No seas así, gracias a eso todos podemos comer —comentó Carmen. Pero en el fondo estaba de acuerdo con el maestro vidriero y, de un tiempo acá, estaba cada vez más claro.

—No, si encima tenemos que agradecerle a ese rufián que nos robe nuestro dinero —alegó el maestro ofuscado—. ¡Con lo que nos cuesta a todos ganarlo!

—Padre, nos os sofoquéis, por favor —dijo Leonor preocupada—. Sabéis que nada podemos hacer.

—Ya lo sé, ¡cómo me gustaría que todo cambiara! —dijo el hombre con esperanza.

Leonor dejó la cocina y fue a su habitación. Estaba cansada del duro trabajo. No se arrepentía de estar allí con su padre. Siempre le repetía que se tenía que haber quedado para continuar con su educación, pero la joven se sentía muy acompañada con su padre y no concebía la idea de dejarlo. Había perdido a su madre cuando era muy niña y no quería separarse de su progenitor, por lo que le acompañó a ese lugar. Aunque estaba en medio de la nada, Leonor era feliz. La naturaleza que los rodeaba eran tan grandiosa que daba gracias a Dios todos los días por permitirle vivir en un lugar tan privilegiado como aquel. Además, no había dejado nada en Barcelona, tan solo la música y el recuerdo de su madre.

Ese recuerdo lo llevaba consigo en su corazón y ella siempre estaba a su lado, sobre todo cuando tocaba, pues había heredado el gusto musical de su madre y eso la llenaba de orgullo. Se quitó el sencillo vestido y se quedó con las enaguas. Se lavó un poco la cara y pensó que, al día siguiente, se bañaría en el río. A pesar de estar en los primeros días de septiembre, el calor aún era algo abrumador, aunque durante las noches las temperaturas bajaban. Era lo que más le gustaba del lugar; aún recordaba cuando llegó el primer día, hacía casi cinco años, y se había enamorado de todo lo que los rodeaba. Pero el pequeño río fue toda una sorpresa para ella y nadaba en él siempre que podía. Barcelona era una gran ciudad y era muy diferente a la Vidriera. Esa noche Leonor durmió inquieta. Sin saber por qué, soñó con un desconocido vestido de seda y brocado que ayudaba en la finca.

II

Esa mañana Diego se despertó fresco como una rosa y preparado para el largo día de trabajo. Fue a las cocinas y, mientras desayunaba, Genaro empezó a contarle cómo funcionaba la finca.

—Esta finca se abastece sola de productos básicos: leche, huevos, carne, *etc.* En Nablanca vivía un pastor, Jonás, que nos abastecía de alguna pieza de carne, pero dejó el trabajo y tuvimos que comprar algunas cabezas de ganado para subsistir; de ello se encargan Gonzalo y Pascual. Ellos cuidan las reses, pero ahora se han ido a El Hornillo, pues aquí nieva mucho en invierno y no tienen comida. En ese lugar también hay una cantera de la que se saca arena. Félix y Felipe son los encargados de ello —comentó Genaro intentando no dejarse nada—. La barrilla, la planta que se utiliza para el horno, no debe faltar, y por eso se han creado algunas plantaciones cercanas que son trabajadas por Ruy y Pedro; ellos las cuidan, las podan y las traen a la finca. Como ves, todo está muy bien organizado, pues si no el horno no podría mantenerse.

—Y el horno, ¿está activo todo el día?

—Algunos hornos no paran, pero aquí lo apagamos durante la noche. El Duque fue muy estricto en ese aspecto, pues no quiere dañar mucho el lugar. — Genaro estaba maravillado con el joven, que escuchaba sin molestar y con suma atención—. Se puede decir que don Justo tiene la administración de la finca, pero aquí no pasa nada sin que yo me entere.

Diego asintió. Era un hombre noble. Su rostro denotaba la sabiduría de la madurez y su cuerpo todavía conservaba la fuerza y la robustez de lo que seguramente había sido en su juventud. Su mirada era limpia. Estaba seguro de que no iba a tener problemas con él.

Cuando hubieron terminado las gachas, Genaro lo llevó para que hablara con el administrador. Diego estaba esperando para entrar al despacho de don Justo, que no era otro que el que ocupaba el duque cuando visitaba la finca. El joven, según todo lo que había escuchado desde su llegada, no tenía muy buena opinión de ese hombre.

Al fin, la puerta se abrió y salió un individuo de baja estatura y de aspecto desgarbado. Sus ropas eran dignas; sus greguescos negros adornados con ribetes verdes oscuros, a juego con los bullones de las hombreras, eran impecables. Pero tal dignidad en las ropas no parecía en consonancia con el portador de las mismas, pues lo único relevante era una mirada ceñuda y hosca que parecía darle la bienvenida de malos modos. Les hizo un gesto para que pasaran.

Diego se estremeció de repugnancia al notar la intensa fetidez a tabaco que impregnaba el despacho. Miró a su alrededor, alabando el buen gusto del duque.

La madera predominaba en la estancia, tanto en las paredes como en los muebles. Bellas y torneadas estanterías rodeaban la sala albergando en ellas cientos de libros. Era una ofensa para él que esa estancia no oliera a papel, como debiera haber sido. El hombre se puso tras una gran mesa de madera y siguió mirándolo con gesto sombrío.

—Genaro me ha contado de tu llegada a la finca y que deseas trabajar —dijo Justo mirando al joven. Su aspecto era ordinario, como sus ropas, pero sus ojos eran temerarios y no reflejaban ningún miedo—. ¿Y la carta?

—Me gustaría trabajar —dijo Diego dándole la carta con las referencias. Estudió al hombrecillo mientras leía el contenido. Era antipático y carecía de modales para estar en el puesto que desempeñaba.

—¿Has leído la carta?

—Me hubiera gustado, pero me marché rápido y no sé leer —comentó Diego mintiendo de forma fehaciente.

—Son buenas referencias y me extraña que el duque se haya molestado, la verdad. ¿No las habrás falseado?

—Ante todo soy un hombre honrado y trabajador —expuso Diego alzando la voz, algo indignado.

—Perdona, pero debo saber a quién contrato. —Justo se sentó mientras no dejaba de mirar al joven. Valor no le faltaba, pues le aguantaba la mirada, cosa que era raro que alguien hiciera—. Hoy trabajarás un rato en cada puesto, así se valorará para cuál de ellos eres más idóneo.

—Me parece bien —dijo Diego sin apartar su mirada de ese tipo—. ¿Me devuelve la carta?

El hombre se la tendió sin decir nada más y Diego salió del despacho acompañado de Genaro.

—¿Y bien? —preguntó el hombre deseando conocer la opinión del joven.

—No sé cómo aún está en el puesto —espetó Diego enfadado—. Carece de educación y no es nada cortés con los recién llegados.

—Estoy seguro de que te hará la vida imposible —dijo Genaro.

—¿Por qué dice eso?

—Porque no he visto nunca a nadie mirarlo sin pestañear siquiera. —No podía dejar de alabar al joven, que no se había dejado amedrentar por el tipo—. Te has ganado un enemigo, espero que no sea mal agüero.

—De ese rufián se puede esperar cualquier cosa.

Genaro estuvo de acuerdo y lo llevó con la colla de Marcos. El joven parecía llevarse bien con el talador y este grupo le pondría al tanto de lo que sucedía en la finca. Se estaban preparando para salir al bosque cuando ellos llegaron.

—Hoy tenéis un compañero por unas horas —informó a los hombres—. Don

Justo dice que pruebe todo los trabajos.

—Pues si estás listo, nos vamos —dijo Vicente sin mirar a los demás y tomando el mando, como mayor que era.

Menos mal que había tomado algo rápido antes de ir a ver al administrador, pensó Diego. La mañana se presentaba muy agotadora y un tanto agitada, pues el mayor no se fiaba mucho de él y tendría que ganarse su confianza. Llevaban un carro portado por unas mulas y cargado con las herramientas que utilizaban y un morral para dar un bocado a media mañana.

Diego estaba maravillado ante la grandeza y la frondosidad del bosque. Era inmenso, pues no se veía el fin de los árboles, y a esas horas de la mañana se mezclaba entre ellos una espesa niebla que parecía darles vida a las ramas. El frío era muy parecido al de Alponete. Al ser más seco que en otros lugares, solo hacía falta llevar buena ropa de abrigo para no pasar todo el día helado como un chuzo. Pero no era su caso, pues había salido del lugar con tanta prisa que había dejado muchas cosas atrás, entre ellas un abrigo algo más gordo.

—Vas muy fresco, pero verás cómo enseguida entras en calor y ya no necesitas ropa —explicó Marcos, que solo llevaba una fina remera y una camisa debajo.

—¿Cuántos árboles taláis al día?

—Talamos dos y los llevamos en el carro a la finca. Allí pasamos el resto del día cortándolos en trozos más pequeños para que quepan en el horno —explicó José, a quien le gustaba ese joven. Parecía dispuesto para el trabajo y sentía curiosidad por todo lo que le rodeaba, y eso era algo que él valoraba—. La reserva nunca debe menguar, pues el horno dejaría de funcionar.

—¿Vamos al tajo? —preguntó Vicente alzando la voz ante el revuelo de risas de los jóvenes.

El trabajo era tan intenso que, cuando Diego dejó el hacha a un lado, estaba agarrotado. Había trabajado en algunas cosas, pero debía admitir que esos hombres se ganaban el sueldo, pues el trabajo era agotador. Se estiró y sintió pinchazos por todos los músculos de su cuerpo.

—El primer día es el peor —dijo Marcos poniéndose a su lado. Cuando recordaba el suyo aún podía sentir como si le clavaran alfileres por todo el cuerpo—. Pero te acostumbras.

Diego asintió sin soltar un quejido siquiera. Ayudó a los hombres a atar el enorme tronco al carro y a recoger las herramientas. Cuando llegaron a la finca, era pasado el mediodía. Las mulas eran animales muy lentos y además los caminos no ayudaban, pues algunos eran simples sendas en medio de la montaña, y sacar de allí el carro les costó más de lo que esperaban. El pequeño almuerzo de mitad de mañana se le antojaba muy lejano y su estómago empezó a

quejarse al pensar en las nuevas viandas que esperaban en la cocina de Carmen.

—Dejaremos el tronco aquí mismo —dijo Vicente—. Vamos a comer.

—Menos mal, me muero de hambre —exclamó Marcos.

Ya sentados y degustando una rica sopa de verduras que les sirvió la mujer en cuanto los vio entrar, Diego empezó a preguntar.

—¿Cuánto cobráis?

—Pues ochenta maravedíes más o menos al año —explicó Vicente.

—Me parece un sueldo muy poco razonable en comparación con los sueldos que da el duque. ¿Don Justo ha recortado?

—Que sepamos nosotros, no. —Vicente dejó de comer. Ese muchacho empezaba a gustarle, se preocupaba y parecía muy avisado—. Se nos dijo que los sueldos estaban fijados por el duque desde el inicio de la actividad del horno.

—¿Y quién se lucra con ese beneficio?

—Pues el duque —bramó Vicente—. ¿Quién si no?

—No me cuadra, yo cobraba mucho más dinero que vosotros y por un trabajo tres veces más sencillo.

—Eres muy desconfiado —dijo José alzando la voz por primera vez en el día. Había observado al joven durante toda la mañana y siempre estaba alerta.

—Mi padre me dijo una vez que hay que ser firme en las decisiones, pero hay que estar atento a los detalles, pues pueden determinar el devenir del propósito.

—Y encima filósofo —se jactó José. Ese rapaz escondía algo, estaba seguro.

—El chico tiene razón, no te puedes fiar de nada y menos de ese tipo —criticó Vicente—. ¿Crees que esconde algo?

—Sí. Y no pienso quedarme quieto —dijo con decisión Diego. Ahora estaba convencido de que en la finca sucedía algo. Si no, ¿por qué esos sueldos tan bajos?

—Mejor será que dejes de elucubrar y cojas fuerzas para ir a Nablanca —dijo José. Ese puesto de trabajo era la prueba de fuego de todos los que llegaban hasta allí.

—¿Por qué?

—Ya te lo explicarán —dijo Marcos—. Vamos, ven.

Los dos jóvenes salieron de la cocina y se colaron por los pasillos hasta llegar al lugar donde habían descansado la noche anterior.

—¿Qué le pasa a José?

—Que no se fía de nadie y parece que te ha cogido ojeriza —dijo Marcos mientras se tumbaba un rato—. Disponemos de un rato para descansar, la tarde es muy pesada.

—Creo que es justo que recibáis más dinero por vuestro trabajo.

—Es muy loable que te preocupes por nosotros, pero las cosas están así desde hace mucho tiempo —comentó el joven talador—. No creo que puedas hacer nada para cambiarlas.

Diego apretó los puños con frustración. Le habían educado desde pequeño para ser justo y honrado y no podía con las injusticias. No cejaría en su empeño, pues según pensaba, don Justo se estaba llevando mucho dinero que no le correspondía.

—Sobre lo que ha dicho José de Nablanca... —susurró Marcos en un tono apenas audible—. No te fíes de Félix, siempre se mete en problemas, incluso en el pueblo.

—Explícame un poco de qué va su trabajo.

—Ellos extraen arena de una montaña y la transportan hasta aquí en carros un poco más grandes. Félix está muy unido a don Justo —explicó. Cuando él llegó, Félix había intentado engañarlo en un par de ocasiones. Si no hubiera sido por José, quizás no estaría vivo ahora mismo.

—De tal palo tal astilla —ironizó Diego. Siempre era igual. Los desgraciados se juntaban entre ellos para poder conseguir lo que deseaban.

—¡Marcos, empezamos ya!

La voz de José les puso en pie de golpe.

—Vamos, cuando se pone así, es insoportable —comentó Marcos.

Al llegar al carro donde les aguardaba el tronco, Diego descubrió a un grupo de dos hombres que charlaban con Vicente. Eran altos y desgarrados y parecían pertrechados para empezar a faenar. Al darse cuenta de su llegada, ambos lo miraron. Sus ojos no le gustaron un pelo. Eran miradas hoscas, vacías y frías.

—Este debe ser el nuevo —dijo Félix. Era el cabecilla del grupo que se encargaba de los viajes a Nablanca y no le apetecía nada tener que soportar y cargar con un recién llegado—. Soy Félix y este es Felipe. Esta tarde te vienes con nosotros.

Diego asintió con la cabeza. Si la actitud del cabecilla no le gustaba, la del otro empezaba a mosquearle. Sentía su mirada clavada en la nuca. Siguió a Félix hasta un carro algo más grande que el de los taladores y con una lona para tapar la carga.

El viaje a Nablanca duró más tiempo de lo que esperaba el joven aprendiz. O bien estaba más lejos o el viaje era demasiado lento. No entendía el porqué, pues los caballos que tiraban del carro eran fuertes y capaces a ir más deprisa. El hombre del pescante, que dirigía a los jacos, no les imprimía un ritmo rápido, sino más bien pausado.

—Vamos despacio para no cansar al animal, hacemos varios viajes con el carro cargado y es cuando se cansan por el enorme peso que deben arrastrar —

aclaró Félix dándose cuenta de la sorpresa del joven.

—¿Trabajabas con el duque? —preguntó Felipe. Desconfiaba de todo el mundo, pero de ese joven mucho más, pues no parecía alguien acostumbrado al trajinar del campo.

—Sí, con los caballos. Un lío de faldas me trajo hasta aquí.

—Vaya, nos ha salido gallito el mancebo —criticó Felipe—. Espero que no poses tus ojos en la hija del vidriero, pues él mismo acabaría contigo.

Diego nada dijo del comentario. Si existía tal dama, nadie le había comentado nada, y luego bien podría preguntar a Marcos sobre ella. No quería disgustar a nadie y menos por una mujer. Nada tenía que apartarle de lo que en ese momento se había empeñado en averiguar, los verdaderos negocios de don Justo.

—Solo quiero trabajar y vivir en paz.

—Pues que así sea, joven —terció Félix.

Al llegar a lo que llamaban Nablanca, Diego dedujo que habían sido algunas leguas de viaje. La aldea quedaba alejada de la finca y se encontraba entre un espeso bosque que estaba rematado en el centro por una gran montaña, que dedujo sería de la cual sacaban la arena.

Diego se sorprendió cuando el carro paró en la aldea, pues solo eran un par de casas de piedra. No había nada más. Félix dejó las hoscas construcciones atrás y condujo el carro un poco más allá, donde se veía la ladera de una montaña. Sería el terreno donde estaban escavando. Su conducta le pareció un poco artificial, no era lo que solían hacer todos los días, pues hasta las bestias habían intentado seguir el camino hacia las casas. Dejando esa obviedad a un lado, el trabajo era muy rutinario, pero no tan pesado.

Tenían varios capazos que cargaban con arena que iban extrayendo de las entrañas de la montaña, para luego volcarlos al carro y tomar de nuevo el camino de vuelta. Tanto Félix como Felipe eran hombres fuertes y bien adaptados al trabajo, pero su ayuda les vino muy bien para aligerar un poco su carga.

Durante el trayecto de regreso a la vidriera, Félix le comentó que estaban todo el día haciendo viajes, pues la arena no podía faltar en el horno, y como era tan repetitivo y aburrido estaba seguro de que ese no era su puesto. Lo remitieron al grupo que recogía la barrilla, el tercer y último material necesario para crear el cristal.

Diego quedó en tierra una vez hubo ayudado a descargar el carro. El trabajo le pareció mucho menos pesado y estaba seguro de que ganaban mucho más que los taladores. En vez de acudir a los pastos de labranza, se dirigió hacia donde había dejado a sus camaradas pues, a pesar de todo, era así como los consideraba.

—¿Qué demonios haces aquí? —inquirió José nada más verlo.

—Félix dijo que me aburriría y me dejó aquí —dijo cogiendo un hacha—. Voy a ayudaros, no quiero ver más trabajos, me quedo con vosotros si me aceptáis.

Tanto Vicente como José sonrieron entre dientes.

—Ven, rapaz, y cuéntanoslo todo.

Entre golpe y golpe, Diego les contó todo lo que había sucedido en el poco tiempo que había estado con los areneros. Algo en la forma de actuar de esos dos no le había gustado nada de nada.

—Nadie se ha quedado nunca en su grupo —dijo Marcos, que estaba muy contento de tener a Diego como compañero.

—Debes decirle mañana a don Justo que te quedas con nosotros —comentó Vicente—. ¿Lo resistirás?

—Soy mucho más fuerte y tenaz de lo que piensas. —Diego estaba decidido a quedarse con ellos. Le habían parecido gente honrada, a pesar del carácter de José.

—Bienvenido a los taladores —dijo José para sorpresa de todos. Que ese joven desconfiara de Félix era un punto a su favor, pues ese tipo no le gustaba.

Diego descargó de nuevo el hacha. Estaba cansado, pero contento porque había encontrado su sitio en la finca. Desde ahí podría investigar al administrador y a ese par de secuaces. Mientras trabajaba, ni recordó la mención a cierta joven que también vivía allí.

No muy lejos de ese lugar, Leonor estaba embalsando unas copas con suma delicadeza. Su padre no aceptaba a nadie en el taller; primero por el cuidado con el cristal y segundo porque no quería a ningún hombre alrededor de su hija. Ese punto había enfadado al principio a la joven, que quería tener su libertad, pero ahora no le disgustaba. También tenía que admitir que no había ningún buen mozo que le llamara la atención en asuntos románticos. No. Ella era una mujer con los pies en la tierra y ya tenía que aguantar de vez en cuando al baboso de don Justo. Su padre no sabía nada del asunto, pues solo había sido en un par de ocasiones en las que la había encontrado a solas.

—Leonor, hija, pareces distraída. ¿Estás cansada?

—No, padre. Solo soñaba despierta.

—Esta noche irás a tocar, te lo mereces —dijo el maestro. Su hija era un ángel.

Nadie podía manipular el cristal como lo hacía ella. Cada pequeña obra era tratada con suma delicadeza y cariño. Leonor envolvía cada pieza en una fina capa de lana, que también provenía del ganado de la finca, para impedir que se

rompieran entre ellas. A su vez, cada pieza era introducida en una caja de madera forrada también con antelación con lana, y después la cerraba también con madera. Era un trabajo delicado, por lo que le costaba mucho llenar una caja.

—¿Cuántos pedidos tenemos?

—Nos han pedido cien copas —dijo Jordi emocionado—. Imagino que la nobleza de Jaén y Córdoba disfrutará de estas piezas.

—Estoy segura de que así será, padre —alabó Leonor—. Es imposible no admirar el trabajo y gusto.

Bernart, en cambio, estaba algo preocupado. El horno funcionaba bien, pero al revés que en otros en los que había trabajado, se apagaba durante la noche. Por la mañana, perdían mucho tiempo esperando a que el horno llegara a la temperatura perfecta para poder conseguir la fusión de todas las materias primas. A eso se sumaba que al día solo conseguía hacer diez copas, más o menos. Tenía también otros encargos que atender. En ese mismo momento, tenía algunas jarras y fruteros que crear para un noble.

—Padre, no os preocupéis tanto.

—No es nada, ve a tocar un rato hija.

Leonor asintió. Hacía un par de días que no tocaba y lo echaba en falta. Dejó el trabajo y recorrió los pasillos que la separaban de la sala de música. Abrió el clavicémbalo y se dedicó a disfrutar de la música. Mantenía los ojos cerrados y solo sentía la paz que le transmitía el sonido. Desde pequeña la música había sido para ella mucho más que un arte, era una forma de transmitir sentimientos. Su madre había sido una gran compositora. Ajena a la época que le tocó vivir, hizo aquello que amaba más allá de la razón y compuso bellas piezas, como la que en esos momentos estaba tocando.

Diego se había adentrado en la residencia del duque para echar un vistazo al lujo que seguro imperaba en su interior. Sentía curiosidad por ver dónde y cómo era el lugar por dentro. Todo estaba reluciente y en su sitio, como esperando una visita que nunca llegaba. Nada rompía la armonía del lugar ni el silencio, hasta que escuchó algo que le dejó fascinado. Música. Estaba escuchando una dulce melodía, lenta y pausada, que se hacía eco cada vez con más fuerza hasta llegar donde se encontraba. Se dejó llevar por las notas hasta lo que seguro sería la sala de música. Lo que vio se quedó clavado a fuego en su corazón.

Una preciosa mujer tocaba las teclas de un clavicémbalo, un instrumento poco utilizado por las familias nobles y del que se asombraba notablemente, pues nunca hubiera imaginado ver uno en esa finca. Pero dejó a un lado todo eso para centrarse en la mujer a la que solo veía de espaldas y de la que solo podía apreciar una larga cabellera trigueña parecida a la de un ángel. Diego se dejó hechizar por la bella intérprete.

Leonor se sintió observada, pero obvió esa percepción para concluir con infinito cariño el final de la melodía que tanto le hacía recordar a su madre, pues siempre se la tocaba antes de dormir y ella siempre la tocaba en último lugar antes de marcharse. Era como un ritual con el instrumento y un recuerdo para su progenitora, a la que nunca olvidaba.

La vida de sus padres había sido una bella y romántica historia de amor entre dos personas que se amaron y respetaron más allá de la razón. Ella quería algo así para sí misma, pero cada vez estaba más convencida de que nunca lograría hallarlo. Al cerrar el instrumento para marcharse, se dio cuenta de que alguien la observaba desde la puerta. Era un hombre joven, lo delataba su pose, apoyada contra la pared. Tenía la actitud valiente de un hombre que nada teme y se atreve a todo. Mostraba sus cabellos un tanto largos para la moda del momento y su rostro rasurado le impactó. Su frente, ancha y alta, denotaba altivez y atrevimiento; sus cejas eran negras y pobladas; sus ojos dorados, de mirada fija y chispeante, además de burlona e inteligente. Una mirada que desprendía tantos matices que Leonor sintió un vahído. Aquellos ojos la miraban con fijeza, con asombro y hasta con adoración. Al darse cuenta de que lo miraba, su boca se torció y sonrió en lo que pareció un gesto embaucador y burlón.

Diego no pudo acertar a decir nada cuando la mujer, al fin, se giró hacia él. Al verla de frente enmudeció. Su rostro era redondo y delicado, sus ojos eran los más azules que había visto en su vida y lo dejaron sin habla. Clara, inocente y sorprendida, así era la mirada que le devolvía esa preciosa mujer. Estaba claro que no esperaba encontrar a nadie allí. Su rostro era angelical, sus rasgos suaves y delicados y sus labios eran sedosos y rosados.

—¿Quién eres? —preguntó Leonor empezando a sentirse nerviosa por la mirada del desconocido.

—Diego. ¿Y tú?

—Leonor.

—¿Qué hace aquí? —preguntó Diego con curiosidad.

—Lo mismo podría preguntarle, pero tengo más educación; además, tengo permiso, cosa que dudo que vos tengáis.

—Yo... Me intrigaba ver cómo vive un duque. —Al decirlo, Diego supo que había dicho una tontería. Pero pardiez que esa mujer le había dejado sin habla ni raciocinio.

—Vaya, sois curioso —ironizó la joven—. ¿No seréis el recién llegado?

—Pues ese soy yo —replicó Diego.

Ambos hablaban desde la distancia. Él desde la puerta, donde no había cambiado su postura, y ella de pie al lado del instrumento, pues en cierto momento se había levantado. Estaba tan hechizado que ni siquiera se había dado

cuenta de ese movimiento, cuando él era en realidad muy observador.

Diego se percató de que era más alta que las mozas que conocía. Era raro que una mujer fuera alta y, por lo mismo, eran muy agraciadas. Su rostro era el más hermoso que había visto nunca. A ello le acompañaba un porte majestuoso y un caminar grácil y elegante, eso lo pudo apreciar en la distancia. Además de poseer una figura esbelta y armoniosa. Su cuerpo estaba muy bien formado; era delicado en la cintura y voluptuoso en los lugares precisos para volver loco de remate a un hombre.

—Es un placer para los sentidos oírlos tocar —alabó Diego. En verdad que nunca había escuchado a una mujer tocar tan bien.

—Gracias, caballero —dijo Leonor intentando controlar sus nervios. Por nada del mundo quería ponerse colorada en presencia de ese desconocido.

—Posee talento, se nota que ha estudiado —alabó de nuevo Diego. No era muy usual encontrarse con una mujer inteligente y esta lo parecía, y eso le gustaba mucho.

—Hace tiempo que estudié —confesó Leonor sin contar mucho más.

—Me gustaría mucho volver a escucharlos.

—Toco todas las noches —confesó Leonor sin pensar. Luego se reprendió.

—Aquí estaré —dijo Diego desapareciendo entre las sombras.

Se escabulló del lugar como un ladrón que escapa con un gran botín, pero en su caso le habían robado el alma. ¿Pues cómo si no entender el fuerte latido de su corazón, su respiración agitada como si hubiera talado un árbol él solo y sus incipientes nervios al hablar con la dama? Nunca le había sucedido algo así.

Estaba seguro de que era la hija del vidriero. ¿Quién si no podría ser? No intentaría nada con ella, a pesar de sentir que su corazón le reclamaba justo eso. Pero regresaría cada noche, no para verla, sino para disfrutar de su música.

Leonor se quedó allí parada en la sala hasta estar segura de que no se tropezaría con él en los pasillos. Todavía podía sentir su mirada sobre ella, sus ojos eran fuego líquido y le habían hecho sentir molesta y nerviosa.

Se maldijo por haberle confesado que acudía todas las noches, pues estaba segura de que, a partir de esa noche, tendría a un espectador cerca de ella. No eran miedos de intérprete, pues ella conocía sus efectos a pesar de haber tocado en pocas ocasiones con público. No. Estos sentimientos eran distintos. Se tocó el corazón mientras este se lanzaba en una melodía memorable y sin fin. Lo que acababa de sentir era la atracción entre un hombre y una mujer. Algo tan cálido y hermoso que le había llegado al alma.

III

Don Justo fumaba en el despacho después de haber hablado con Félix y saber que el jovenzuelo se quedaría con los taladores. Mucho mejor. Una preocupación menos. No le habría hecho ninguna gracia que el joven estuviera tan cerca de la cantera y pudiera averiguar lo que tramaban. Era un gran negocio y les reportaría mucho dinero. Estaba harto de estar en ese agujero perdido en la montaña. Quería vivir en la corte, rodeado de lujo, dinero y mujeres. Eran sus inconfesables vicios.

Había aceptado administrar esa propiedad del duque pensando que le vendría bien esa amistad con alguien tan importante en la corte. El duque poseía grandes dominios, se había casado de forma ventajosa y tenía el beneplácito del rey, que acudía a su persona cuando lo necesitaba. Pero al llegar a la finca, se dio cuenta de que nada sacaría de esa enorme y destartalada casa. Tan solo el horno parecía un negocio ventajoso, pero tampoco lo era, porque la producción se limitaba a una serie de encomiendas de nobles locales.

Los papeles estaban al día y todo estaba preparado. Se tomaría unos días de descanso. Ansiaba visitar la capital y perderse unos días entre juegos y mujeres. Hacía mucho que no se dejaba llevar, y la joven Leonor había resultado ser una presa muy difícil de atrapar. El maestro vidriero la tenía bien protegida y eran pocas las veces en las que había podido coincidir con la preciosa joven a solas. Era una beldad, un rostro angelical con un cuerpo que hasta el mismísimo diablo querría poseer de mil formas.

Todo ello le ponía, y ahora además con el tema del recién llegado, de mal humor. Esperaba que ese joven no diera ningún problema y que se limitara a trabajar. Era difícil, pero al llegar a la ciudad intentaría saber más de él como trabajador que había sido del duque. En Madrid todo se sabía, y más de los caballeros más nobles. Aunque el duque tuviera su palacio en Alponde, cerca de Toledo, no dejaba de viajar hasta la capital para sus gestiones. Era difícil entrar a servir en la casa de un noble y se preguntaba cómo lo habría conseguido ese joven, que parecía no tenerle miedo a nada. Le había mantenido la mirada sin siquiera pestañear, como si en realidad él fuera un señor importante y con seguridad en sí mismo y él fuera un don nadie.

—¡Desgraciado! —bramó enfadado. Lo tendría vigilado. Félix se encargaría de echarle un ojo a ese descarado mozalbete.

—¿Decía algo, don Justo?

El administrador se sorprendió al ver a Genaro. Ese hombre parecía estar en todos lados, parecía un lobo, sagaz y despierto.

—Quiero que prepare mi marcha. Al alba saldré hacia Madrid a hacer unas

gestiones —informó—. Félix me ha informado de que ese joven se queda con los taladores.

—Sí, señor. Ha comentado en la cena que hablaría con usted cuando llegara el día.

—Pues no hace falta. Que ocupe su puesto con ellos, me haré cargo de su contrato y demás cuando regrese.

—Como usted ordene, señor.

Genaro supo que don Justo estaba disgustado con Diego. Ese bribón ya se había ganado un enemigo y no llevaba ni dos días en la finca. Suspiró. Esperaba que todo marchara bien, pues ese joven le caía muy bien. Era despierto y sagaz. Estaba seguro de que haría grandes cosas en la finca.

—Gracias, puedes retirarte.

Don Justo quedó de nuevo solo. Le gustaba tenerlo todo bajo control y ese hombre era como una espina que le habían impuesto. Genaro estaba allí desde que se construyó el horno. En las primeras visitas del duque, le había dejado al cargo de la casa y el hombre controlaba para que todo funcionara bien. Era una especie de puente entre el duque y los demás trabajadores, y eso no lo podía cambiar a pesar de ser el administrador.

Se revolvió en la silla. Dejó a un lado sus desconfianzas y pensó en el negocio que muy pronto empezaría a dar sus frutos. Félix había resultado un gran hombre y se alegraba de haber puesto en él su confianza, pues así había podido enterarse del hallazgo del filón. Hablaría con sus abogados en la capital para intentar que su dinero creciera. Luego se compraría una propiedad allí e intentaría casarse con una rica heredera. Las mujeres se dejaban llevar por el interés político y económico de sus familias y eran incapaces de pensar por ellas mismas. Se llenó una copa de jerez y aspiró lo que quedaba de su cigarro.

En Nablanca todo había quedado en calma, menos en la única casa habitada. Su dueño, un peculiar pastor, había encontrado un filón de plata en la cantera y se había asociado con Félix. El arenero le había dejado trabajar para ellos a cambio de unos maravedíes. Al acabar el día, los tres hombres se juntaron.

—¡Pardiez! —bramó el pastor—. Me extrañó veros llegar con otro individuo.

—Es un don nadie que busca empleo —explicó Félix mientras apuraba una copa de jerez—. Podemos seguir con el plan, pues se ha quedado con los taladores y no nos molestará.

—Bien, entonces don Justo...

—Está al tanto de todo —sonrió Félix—, y está dispuesto a colaborar con nosotros a cambio de un beneficio.

—Eso está claro, es un zorro —se carcajeó el pastor.

—No riamos tan pronto —ironizó Felipe—. No me fío de ese jovenzuelo, oculta algo.

—Tú y tus historias de espías —dijo Félix escupiendo con despecho. La oportunidad que tenían era única y no iba a permitir que nadie la estropease, ni un soldaducho ni un jovenzuelo.

Felipe había sido soldado de los tercios, pero cayó en desgracia y tuvo que huir para no ser apresado y sometido a galeras. Escondido en la montaña, había sobrevivido perpetrando algunos hurtos a los viajeros, hasta que encontró la vidriera y empezó a trabajar con Félix. Sus años de soldado viejo le decían que ese joven escondía algo, pues su mirada parecía estar siempre alerta.

—Estoy seguro de que...

—Déjalo ya, desgraciado —bramó encolerizado Félix dando una patada a la botella, que cayó al suelo para romperse en mil trocitos.

Felipe calló al instante. Conocía el carácter de ese hombre y su avaricia. Siempre había sido así y él lo había dejado estar. Acabaron asociados porque Félix no tenía a otro que le siguiera a pies juntillas y porque él tenía miedo de que sobre su cabeza aún estuviera colgado el cartel de su muerte. Muchos años habían pasado, pero no había hecho nada por cambiar su suerte o por enterarse de su futuro. Estaba muy tranquilo en ese lugar alejado de la corte y de sus intrigas.

Encontrar ese filón de plata había sido para él acabar con su tranquilidad, porque sabía que el dinero y el poder cambian y degradan hasta a las personas más íntegras. Se dejaría llevar por Félix, pero estaría atento a todo lo que ocurriera a su alrededor. Como viejo tercio, estaba acostumbrado a vigilarlo todo.

Casa de los Duques en Alponde, Madrid

La misa había terminado y Jimena estaba feliz por poder proseguir con su lectura. Se excusó con su madre, contándole que iba a la biblioteca de la casa a buscar un libro, cuando en realidad se quedaría leyendo para su completa tranquilidad y felicidad. Al ser la pequeña de los duques y mujer, su madre estaba muy pendiente de ella. Su educación era muy importante para su futuro y debía cultivarse para ser una dama de provecho. Pero lo que su amada madre no sabía era que, en sus ratos libres, que eran pocos, se dedicaba a leer novelas de caballería. Le encantaba la época en la que los caballeros rendían su amor a su dama. Soñaba con un amor así, verdadero y fuerte.

El matrimonio de sus padres fue un acuerdo, como tantos otros de la época. Pero habían tenido mucha suerte y ambos se habían enamorado, por lo que su

vida era tranquila y feliz. Don Fernando estaba siempre muy ocupado con sus posesiones. Por sus servicios a su católica majestad, Felipe II, había logrado muchos señoríos, aumentando el poder de su familia. Su hermano García, el heredero del ducado, era un hombre que seguía los pasos de su amado padre. Era eficiente, honesto y valiente, aunque hacía algunos meses que el joven había cambiado y todos se preguntaban el porqué de esa repentina rebeldía, que llevaba sobre todo a su padre de cabeza.

No se podía decir lo mismo de su hermano Luis; era inteligente y poseía agudeza, pero lo estropeaba todo con su insolencia y su testarudez. Su padre siempre le decía que no eran buenas cualidades para un noble y que debía aprender a controlar su genio y su desconfianza. Era más joven que García y estaba estudiando en Alcalá de Henares. Don Fernando cuidaba por igual de la educación de todos sus hijos. Carlos, el más pequeño de los hijos varones, se dedicaría a la iglesia por decisión propia.

Y ella se dedicaba a aprender a bordar y demás intereses femeninos. Todas las tardes su madre le pedía la labor para comprobar si los puntos eran correctos, y si no lo eran, lo deshacía todo para que volviera a empezar. Jimena odiaba esa labor, pues sus dedos siempre se condolían por la multitud de pinchazos que recibían sus yemas. Doña María no entendía la poca gracia de su hija para una labor tan delicada y sencilla. A veces la dejaba por imposible y otras la castigaba a permanecer en el cuarto hasta que terminara la labor. Jimena se desesperaba, pues en realidad estaba bordando su propio ajuar, la ropa que le acompañaría en su futura vida de casada.

Estaba a punto de entrar en la biblioteca cuando oyó la voz de su padre hablando con don Justo. Ese hombre no le gustaba, tenía una mirada oscura que la hacía temblar. Se quedó quieta donde estaba. No estaba bien escuchar una conversación privada, pero ya no podía volver atrás.

—Sí, el recién llegado ha elegido quedarse con los taladores.

—Bien, siempre se agradecen más manos —decía la grave voz de su padre—. ¿Cómo van los encargos del horno?

—Algunos nobles de la zona han pedido copas y demás enseres para la cocina.

—Perfecto, el maestro Bernart es un gran experto, tuve el honor de descubrirlo en uno de mis viajes a Barcelona.

—Estoy seguro de que todo irá bien, vuesa excelencia.

—Gracias por venir a darme los informes.

—Para mí es un placer; tengo que hacer unas gestiones aquí antes de marcharme unos días a Madrid.

—Me parece bien mientras no descuide la finca.

—He dejado a Genaro al cargo.

Al escuchar el nombre, Jimena no pudo evitar sonreír. Recordaba al hombre y la finca donde vivía de uno de los viajes en los que acompañó a su padre. Recordaba la vastedad de las montañas que rodeaban la gran casa y los preciosos atardeceres. A pesar del clima, pues su madre había discrepado porque decía que hacía mucho frío, pero a ella le había gustado mucho. Le gustaría regresar a esa finca y poder pasar unos días allí. La tranquilidad dominaba esos parajes, además de que podría ser un poco más libre.

En la Vidriera, creía recordar que ese era su nombre, no tenía que llevar todo tan minuciosamente al detalle y podía ser ella misma, cosa que le gustaba más que nada. Ellos no vivían en Madrid, urbe donde se alojaba la corte, pero hasta Alponde llegaban los intereses y las pasiones, el egoísmo y la falta de caridad de muchas personas conocidas. Alrededor de todo ello se extendía un mundo estilizado, un mundo que solo atendía a las formas y a lo mundano, y olvidaba el alma y la humildad.

Estaba tan enfrascada en los recuerdos que no se dio cuenta de que los caballeros salían del despacho de su padre, que quedaba cerca de la biblioteca. Le dio el tiempo justo de esconderse para verlos pasar de lejos.

—Menos mal que no me han visto —murmuró para sí misma.

Su padre era un hombre recto y honrado que se preocupaba por todas sus posesiones, pero a la finca de la vidriera la tenía en muy alta estima. Esto era derivado de sus viajes a Barcelona, donde pudo admirar las obras de los vidrieros y, al conocer un poco el negocio, lo vio tan rentable que se empeñó en construir el horno. No hacía muchos años de ello, porque Jimena se acordaba a la perfección. Aún podía sentir el parloteo de su padre sobre los trabajos del horno y el brillo de sus ojos ante tamaña empresa. Porque era un hombre decidido y emprendedor y ansiaba que el horno funcionara bien. Mientras se sentaba en una silla de la mesa que imperaba dentro de la biblioteca, recordaba a su padre hablar de que la finca era perfecta para el mantenimiento del horno porque poseía, dentro de la misma, las tres materias primas que se necesitaban para crear vidrio: arena, madera y una planta de la que no recordaba el nombre.

En esos días, hasta doña María tuvo que recortar el entusiasmo del hombre para decirle que no eran temas de interés para las damas. Porque sus padres se amaban mucho, pero su madre no entendía el afán de su esposo por emprender negocios distintos. Don Fernando la contradecía diciendo que el afán de superación estaba presente en todo hombre que se preciara como tal y él no iba a ser menos.

Clara admiraba a su padre y lo amaba más que a nada en el mundo. Era íntegro, pero le daba su espacio y su intimidad, cosa que ella le agradecía. Se

puso cómoda para poder disfrutar de la lectura; su caballero, Amadís de Gaula, esperaba para continuar con sus aventuras.

El nuevo día encontró a Diego sentado el primero en la cocina. Estaba serio, pues había soñado con los ojos azules de Leonor. Nunca le había sucedido cosa igual. Las mujeres llegaban a él para compartir las mieles de la pasión y luego se marchaban. Nunca había tenido problemas con ellas, ni las había mentido al decirles que no quería hijos de ninguna de sus relaciones. Si no sabían cuidarse, no iniciaban nada. De ellas solo le atraía su picardía, su belleza y su destreza en el lecho. Era la primera vez que soñaba despierto con alguien que ni conocía. Necesitaba ponerse a trabajar enseguida para quitársela de la cabeza. No acudiría a escucharla tocar, no cuando sabía de primera mano que esa mujer le complicaría la vida y, en ese momento, no podía permitirse ninguna distracción por su parte.

Carmen entró hablando con Genaro y, al verlo, el matrimonio se sorprendió.

—¡Qué pronto te has levantado! —dijo Carmen—. No ha amanecido todavía.

—Tengo que hablar con don Justo —se justificó Diego.

—Se ha marchado hace un rato a la capital —informó el hombre—. Cuando regrese se ocupará de tu contrato.

—Perfecto, entonces...

Diego se calló al descubrir en la puerta a Leonor. Su belleza inundó la sobriedad de la cocina y tras ella apareció un hombre que lo miró directamente.

—Debes de ser Diego, el recién llegado. Yo soy Bernart, el maestro vidriero —dijo presentándose—. Perdónanos por nuestra falta de educación, pero hemos tenido mucho trabajo. De normal, solemos coincidir en las comidas.

—Un placer, maestro. Debo decir que tengo curiosidad por todo lo relacionado con el vidrio, pero...

—Mi hija, Leonor, es mi ayudante, no soporto tener más gente alrededor, lo siento —dijo Bernart. Parecía un joven agradable, pero no quería a nadie en el horno mientras creaba sus pequeñas obras de arte.

—Mi padre es un maestro vidriero muy quisquilloso en su trabajo —puntualizó la joven. No se atrevía a mirar al joven, pues no sabía si iba a descubrir su charla de la noche anterior.

—Lo entiendo a la perfección —asintió Diego mirando al vidriero—. Cada arte necesita de reflexión y dedicación, no tiene por qué disculparse. Para mí será un honor compartir mesa y charla con vos y vuestra hija.

Marcos y el resto del grupo llegaron pidiendo a voces el desayuno. Se alegraron mucho de ver al vidriero. Las gachas ya se olían y todos estaban

deseando poder coger fuerzas para un nuevo día de duro trabajo.

—¡Bernart! Habéis estado unos días escondidos allá abajo —dijo Vicente palmeando el hombro del maestro con total y franca cordialidad.

—Hemos tenido un pedido urgente y no podíamos retrasarnos —explicó el hombre tomando un bol que le acercaba Carmen.

La cocinera estaba muy feliz esa mañana de que en su cocina hubiera tantas personas. Ese grupo era el que más coincidía, y se llevaban muy bien. Los areneros no comían allí, pasaban el día trabajando en la cantera y por la noche dormían en Nablanca, alegando que estaban más cerca al día siguiente; y era mucho mejor, porque eran muy problemáticos. El único que le daba pena era Felipe, un hombre que marchaba a la sombra de Félix y que parecía esconder toda una vida tras su fachada.

Los demás tenían otros horarios y casi nunca coincidían. Gonzalo y Pascual cuidaban del rebaño y pernoctaban allá donde estuviesen, pues los animales iban buscando pastos. Ruy y Pedro cuidaban de las plantas y tenían una pequeña casa cerca de allí, les gustaba estar cerca de los cultivos. Nunca se sabía si algún animal arruinaría las plantas y las cuidaban día y noche turnándose en las tareas.

—Entonces, ¿don Justo se ha marchado? —preguntó Bernart. Había escuchado de buena mañana un carruaje.

—Sí, antes del alba. Tenía asuntos en la capital y me encargó que le preparara el carruaje del duque.

Diego se sorprendió de tal demanda por parte del administrador. No era muy usual que pidiera algo que pertenecía al duque, y más con los caminos tan malos por los que debía pasar.

—Me extraña tal demanda. Los caminos para llegar aquí son tan malos que ni un caballo podía pasar por algunos tramos; tuve que dejarlo en la puebla de don Fadrique y hacer el resto del trayecto a pie.

—Pues lo utiliza en cada viaje —informó Genaro, que daba la razón a Diego—. Es más, creo que se pasea por Madrid como si fuera un señor.

—Eso será porque la residencia de los duques quedará lejos de la capital, ¿no? —preguntó Marcos con desconcierto. Nunca lo habían analizado.

—Alponte está a solo unas leguas de Madrid —apuntó Diego con seguridad—. Muchas veces tuve que hacer el viaje por algún encargo del duque.

—¿Lo conoces? —gritó Marcos—. Aquí ha venido en pocas ocasiones.

—Trabajaba para él, es difícil hacerlo sin conocerlo. Pero aunque es un noble, es un patrón honrado y justo —dijo Diego pensando de nuevo en los sueldos que recibían—. Y lo digo más que nada por los sueldos.

Bernart y Leonor miraban con sorpresa al grupo de taladores y más especialmente a Diego, que parecía un joven tenaz y valiente.

—¿Podéis contarnos eso, joven? —pidió el maestro. Sentía curiosidad.

Diego les puso en antecedentes sobre el tema del sueldo de ellos en comparación con los areneros. Era un aspecto que había analizado tras su charla con ellos y no lo veía bien ni justo.

—Félix va a la suya. Hace unos meses que no duermen aquí, alegan que están en Nablanca por cercanía al trabajo y don Justo les ha dado el visto bueno —terció Carmen. Ese tipo no le gustaba pero, de un tiempo acá, estaba muy compinchado con don Justo.

Diego dejó de comer por un instante y, al elevar la mirada, se topó con una tan azul como el cielo de ese paraje. Carraspeó un poco.

—Me parece un poco extraño ese comportamiento —comentó Diego. Esos tipos escondían algo, estaba seguro—. Ayer solo vi una casa en Nablanca y no estaba en buenas condiciones para vivir.

—Allí vive Jonás, un pastor que tenía en esa casa un corral para su ganado —informó Genaro.

—¿Y qué hace ahora?

—Escuché decir una vez a Félix que el desgraciado trabajaba para ellos.

Diego se levantó tan furioso que la silla cayó con gran estrépito. Esos hombres hacían lo que querían y encima cobraban mucho más por un trabajo mucho más sencillo. No era justo para sus camaradas taladores. Nunca había sido un hombre paciente ni tranquilo. Todo lo contrario, era más bien de impulsos; algo tenaz e insolente en algunos casos. Y lo que sucedía en ese lugar le sobrepasaba.

—Perdonad —dijo disculpándose. Se agachó a recoger la silla—. No puedo entender a esos tipos, algo traman.

—¿Lo crees? —inquirió Genaro preocupado por el cariz que tomaban las cosas. Se había dado cuenta de las cosas que sucedían en la finca, pero las había dejado pasar sin pensar en nada más.

—Su conducta no es normal —dijo Diego recordando lo sucedido el día anterior.

—¿Qué propones? —dijo Vicente haciéndose eco de lo que sucedía.

—Lo primero, tenerlos vigilados cuando anden por aquí; por lo demás, tengo que pensar —explicó Diego. No le gustaba tomar las decisiones de forma rápida, había aprendido a meditar.

—¿Pensar? —ironizó Marcos. Su nuevo compañero era una caja de sorpresas.

—Me enseñaron que hay que ser firme en las decisiones, pero flexible en los detalles, pues es en ellos donde radica el éxito de la empresa.

—Pareces un filósofo —siguió bromeando Marcos. Nunca había conocido a

nadie tan culto como su nuevo camarada—. ¿Has estudiado?

—No, he leído algunos libros prestados de la residencia del duque — comentó Diego. Nunca había sido muy ducho en temas de estudio, pero tenía que reconocer que lo poco que sabía lo tenía bien aprendido—, pero don Justo no sabe nada.

Leonor miró al joven talador de reajo. No quería que se diera cuenta de que lo miraba. Sus miradas se habían cruzado en un par de ocasiones y se había sentido azorada por lo que le hizo sentir.

No creía una palabra de lo que había dicho. Su razonamiento había sido totalmente lleno de juicio y sabiduría; eso era muy raro en alguien de su posición. Claro que había trabajado y vivido en una gran ciudad, eso no se lo podía discutir, y allí tenía más alcance a la cultura. Pero era algo muy extraño en alguien de su posición. Seguro que escondía algo más detrás de esa historia.

Ella misma había sido ilustrada y enseñada por un maestro que la aleccionó en diversos temas. No era normal en esa época y menos en una niña, pero su madre se empeñó en darle cierta educación y ella siguió sus pasos porque la amaba de forma incondicional.

—Debería leer los libros que se conservan en esta finca —inquirió Leonor—, si es de su agrado.

—Me encantaría...

—Pero el trabajo nos llama —cortó Marcos saliendo de la cocina. Nunca había visto a Leonor hablar de forma directa con un hombre que no conocía de nada. Si a él mismo casi ni le hablaba.

—Cierto, perdonadme —repuso Diego levantándose de la mesa para seguir a Marcos, que ya había salido tras los otros.

Cuando les dio alcance, en las puertas de la finca, Marcos trotaba alegremente hacia el carro donde ya esperaban Vicente y José.

—¿Pero qué hacíais?

—Este, que ha estado soltando lisonjas a Leonor.

Vicente miró a Diego. El joven parecía enfadado por el comentario de Marcos. Le extrañó que hubiera estado hablando con la dama, pues Bernart era muy desconfiado con respecto a su hija. La cuidaba tanto que nadie se quedaba con ella a solas nunca, tal era su miedo; y claro está, menos con un hombre joven y agraciado como lo era Diego. Por lo que su charla le pareció extraña.

—No es una dama que acepte alabanzas —apuntó con seriedad Vicente. No quería que el mozo se metiera en problemas por la dama.

—Solo hablábamos de libros.

—¿Libros?

—Nuestro nuevo camarada parece muy versado —dijo José.

—Solo he leído algunos libros, tuve la suerte de aprender a leer con la ayuda de un amigo. —Diego recordó al instante las lecciones con sus compañeros. Era el único que aprendió a leer con verdadero placer y pasión—. No quiero que me engañen.

—Vive Dios que tiene razón el gañán —ovacionó Vicente—. Que no hay que dejarse engañar.

—Ea, ¿vamos al lance? —gruñó José ante la pérdida de tiempo.

IV

El día había amanecido húmedo, gris y con una niebla que no dejaba ver más allá de sus pies. A Diego nunca le había gustado la niebla, porque siendo muy pequeño se perdió en el monte. Había tenido miedo al verse solo y había pasado frío. Le encontró su padre, que le llevó delante de una buena lumbre. Tras un buen plato de sopa y un poco de descanso, estuvo como nuevo, pero le quedó el recuerdo de esa aventura. Por eso le tenía un gran respeto a la niebla. Cuando terminaron de desayunar, la niebla había desaparecido y él respiró más tranquilo. Uncieron los mulos para empezar el nuevo día. La mañana fue muy dura, hacía un frío que pelaba y las manos se les quedaban heladas. Pero, a pesar de ello, Diego no dejó de interesarse por el trabajo y las cosas de la finca. Cuando pararon a tomar un bocado, preguntó sobre la vida cotidiana. José y Vicente cortaron un poco de pan y sacaron del zurrón un poco de queso y tocino, alimentos que les daban mucha energía para aguantar hasta la tarde.

—¿Qué hacéis cuando empieza a nevar?

—Cuando nieva todo está tan cubierto que no se puede salir al bosque en unos días. Unos meses antes, cortamos pinos y los traemos enteros —explicó Vicente mientras pegaba un mordisco al queso y al pan—. En los días de mucha nieve, si es imposible salir, cortamos esos troncos en trozos.

En Alponte también nevaba y era un incordio para las rutinas. La nieve se arremolinaba en las calles e incluso impedía el acceso a las viviendas. Muchas veces tuvo que ayudar a retirarla de la puerta para poder salir. Imaginaba que allí sería mucho más duro, al estar más altos. No negaba que el paisaje se vería precioso con todas esas cumbres que los rodeaban llenas de nieve y esos valles. El agua en esa región no era ningún problema. Eso le hizo pensar que no había visto ningún pozo.

—La finca, ¿no tiene pozo?

—Sí, está en la parte de atrás de la casa, pero en invierno se hiela y hay que romper el hielo para poder beber; además, Carmen calienta un poco para asearse y otras cosas —dijo José. Hacía muchos años que había ayudado en la construcción de ese pozo.

—Mi padre construyó ese pozo —dijo Marcos con orgullo—. Fueron de las primeras cosas que se hicieron en la finca.

—¿Y tu madre?

—Se la llevó el tifus el primer invierno que vinimos a trabajar aquí —susurró Marcos. No le gustaba recordar a esa mujer que le cantaba para que se durmiera—. Yo tenía siete años.

—Lo siento mucho —dijo Diego apesadumbrado por tan dura pérdida—.

¿Cuántos tienes ahora?

—Veintiuno.

Diego se sorprendió de que fuera más joven que él, pues parecía que fuera mayor. Él, a sus veintitrés años, había dejado todo de lado para estar ahí.

—Yo tengo dos años más —indicó Diego.

—¿Y tu familia? —preguntó Vicente interesado por la vida de ese joven.

—Están todos en Alponte, ninguno me entendió cuando decidí cambiar de trabajo —dijo elevando sus hombros.

—Los padres, a veces, nos preocupamos en exceso por los hijos —inquirió José mirando a Marcos. Siempre se había maldecido por tener esa vida y haber arrastrado a su hijo a ella.

A media tarde y a punto de regresar a la finca, se cruzaron en el camino que llevaba a la vidriera con Félix y Felipe, que charlaban sin prisa sobre el pescante del carro. Al verlos, se sorprendieron, pues no solían coincidir por esos caminos. Los areneros llevaban el carro lleno de capazos de arena y tenían que descargar en la finca su último viaje del día.

—Vicente, hacía mucho que no te veía. ¿Cómo estás? —Félix no tragaba al viejo zorro, pues habían tenido alguna trifulca en el pasado. Antes pernoctaban en la finca y en las largas noches de invierno organizaban partidas de cartas. En una ocasión le había ganado jugando a las cartas y le había desplumado, por eso siempre que podía se burlaba de él. En el fondo, pensaba que ese mísero viejo había hecho trampas con tal destreza que nadie se había dado cuenta. Ni Felipe, que era un gran jugador, había visto nada raro durante el encuentro.

—Como ves, vivo —dijo de forma seca Vicente. Sentía una gran inquina hacia ese hombre y no se fiaba nada de él.

—¿Cómo va el nuevo? —preguntó Félix con desprecio, sin ni siquiera mirar a Diego.

—El nuevo —aclaró Diego algo desairado—, está muy bien.

Felipe no perdía detalle del joven. A simple vista parecía uno más del grupo: sus pantalones bombachos eran oscuros, la camisa que vestía era de un tono marrón que no se sabía definir y las botas de cuero eran tan simples como las de los demás. Nada en él parecía fuera de lugar, pero su altanería y su forma de hablar le chocaban algunas veces. Él mismo había sido así en su juventud, pero la vida le había dado tantos palos que tuvo que dejarse llevar y ser más humilde.

—Me alegro. Vuestro grupo necesitaba unos brazos jóvenes —dijo Félix con sorna, jaleando a los animales para que iniciaran de nuevo la marcha. Con ese gesto indicó que no tenían nada más que decir.

—Bellaco y villano hartos de ajos —susurró Vicente cuando se hubo alejado lo suficiente. Odiaba que le dijeran que era viejo y ya no servía, y Félix se lo

había escupido en su cara.

Los demás se dieron cuenta del rencor en la voz del hombre y de su antipatía hacia Félix. Vicente les contó lo sucedido en cierta partida y los más jóvenes se rieron del arenero. No le caía bien a ninguno.

—Es un desmañado —dijo Vicente con desprecio—. No entiendo cómo Don Justo le ha dado ese cargo.

—Parece que tiene un motivo para ello y habrá que averiguarlo —apuntó Diego. Estaba seguro de que esos hombres tramaban algo y debían averiguar el qué.

—Félix puede hacer que te echen de aquí —dijo José. Por nada del mundo quería que ese joven se fuera. Era egoísta, porque pensaba más en su hijo que en otra cosa. Marcos parecía más feliz y animado desde que había llegado.

—Ya lo veremos, pero de todos modos iré con cuidado —dijo Diego decidido a hacer algo. Nunca le había gustado estar de brazos cruzados si se enteraba de alguna injusticia.

—Te apoyaremos en lo que podamos —dijo Marcos convencido de ello. No había pedido permiso a su padre, pero este asintió con la cabeza con orgullo. No dejaría que Diego hiciera nada solo, pues él también quería colaborar y salir de la dinámica diaria. Hacía tiempo que su vida se había convertido en una rutina esclavizadora.

Siguieron con la tarea, deseando poder terminar el largo día. A pesar de estar tan cansado, Diego estaba satisfecho de su trabajo y muy feliz con la compañía de ese grupo de hombres que le parecían leales, honrados y trabajadores. Era un trabajo muy pesado, pero se acostumbraría a ello, estaba seguro, porque además ese lugar le gustaba. Si le vieran las gentes de Alponte, le dirían que estaba loco de remate. Su anterior trabajo era mucho más tranquilo y no requería de tanto desgaste físico, pero en ese lugar se sentía en paz.

Le gustaba levantarse antes del alba y respirar el aire puro de la mañana. Ese aire tan frío y puro que entraba en él para llenarlo de energía. Estaba cansado, pero decidió acercarse a escuchar a Leonor tocar. Sabía que era una muy mala idea, pero algo dentro de él le gritaba a voces que fuera. La música siempre le había llenado de paz.

Don Justo había llegado a Madrid con la intención de hablar con un buen abogado para hablarle de la plata. Había quedado con un viejo conocido y al final sus honorarios habían subido de forma alarmante al escuchar el botín que habían hallado. Había accedido a lo que pedía ese picapleitos para que se callara y no dijera nada, pues había redactado un contrato para explotarla y quedarse con la mayor parte. Félix no se iba a enterar de nada, era un analfabeto y, si fuera

preciso, prescindiría de él.

Por mediación de ese abogado, se enteró de una reunión en casa de uno de los nobles. Decidió acudir, ese hombre siempre organizaba alguna partida de cartas y se bebía un buen vino. Además, siempre podría enterarse de algunas cosas de interés.

Fue así como, sentado en la mesa con un grupo de conocidos, se enteró de que el hijo mayor de los Alponde había tomado un mal camino; pero claro, el hombre se esmeraba porque nadie se enterara. Se trataba de un hombre con un gran ducado y una gran renta. Sus hijos bien se beneficiaban de ello, pues todos estudiaban y eran versados. El juego hizo un descanso y decidió saludar de nuevo al noble en cuestión.

—Es un placer veros de nuevo, vuesa merced —dijo saludando al duque—. Doña Jimena, un placer.

Jimena hizo una pequeña reverencia al hombre, que la miraba con lujuria. Su padre no se daba cuenta, pues miraba mucho más allá del grupo.

—Esperaba poder saludar a sus hijos.

—Ellos están ocupados con su formación, la única que nos acompaña a las reuniones es Jimena.

La joven odiaba que dieran explicaciones sobre su vida. A ese hombre no le interesaba. Se apartó un poco y fue así como vio a Alejandro, el mejor amigo de su hermano Luis. Sonrió al pensar en él, pues le gustaba desde hacía mucho tiempo. Se sonrojó al darse cuenta de que se acercaba. Era un hombre alto, delgado pero fuerte y con unos ojos verdes que hacían que ella perdiera hasta el rumbo de sus pensamientos.

—Jimena, es un placer veros —dijo Alejandro besándole la mano. Siempre era un placer volver a verla y charlar con ella. Era la única mujer con la que podía mantener una charla intelectual sobre cualquier tema cultural. Y eso le gustaba demasiado. Esos días, y tras obtener permiso en la universidad, decidió acercarse a la ciudad con la prioridad de verla.

—Alejandro, esperaba ver también a mi hermano por aquí —dijo la joven esperando ver al rufián de su hermano sorprendiéndola como siempre hacía en esas ocasiones. Siempre iban juntos y era muy extraño que no estuviera allí.

—Se ha quedado en Alcalá, tenía cosas que hacer —dijo el joven disculpándose. Había albergado la esperanza de poder ver a Jimena y allí estaba, más bella que nunca.

—Espero que ese esfuerzo le sea fructífero.

—Seguro, Luis sabe ganarle al tiempo. —Saludó a los duques y se giró de nuevo a la joven—. ¿Os agradaría bailar?

—Me encantaría.

Ambos jóvenes bailaron varias piezas ante la atenta mirada de los duques y de don Justo, que no les quitaba ojo, algo enfurruñado.

—Me parece que no veis con buenos ojos a don Justo —comentó Alejandro al darse cuenta de esa animadversión. Jimena era incapaz de odiar a alguien, pues tenía un carácter dulce, y si ese hombre no le gustaba, tendría una razón justa.

—Vos lo habéis dicho, no me agrada —expresó la joven confiada por la persona que estaba con ella y que le hacía sentir tantas cosas—. ¿Puedo ser sincera?

—Por favor, espero total confianza en ausencia de su hermano —dijo Alejandro. Estaba convencido de que sucedía algo con ese hombre. Jimena no era mujer de tener miedos. Sintió que su corazón bateaba con fuerza al saber que podía sincerarse con él.

—No me gusta cómo me mira, y hace unos días llegó a Alponte preguntando cosas sobre una de las fincas y cierto trabajador que se había unido a la misma —comentó Jimena recordando las palabras que había escuchado a su padre y a Don Justo.

—Estaré pendiente de él, no me gusta que sintáis temor —dijo algo preocupado por la joven—. Estoy en Alcalá, pero podéis mandarme un mensaje en cualquier momento. Siempre estaré dispuesto para vos.

—Gracias —dijo Jimena sintiendo que su corazón y su alma se llenaban de una extraña calidez—. ¿Podréis decírselo a Luis? Él es más intuitivo para ciertas cosas que García.

—Por supuesto, en cuanto llegue le daré vuestro recado. —Alejandro sabía por Luis que su hermano mayor se dedicaba a cosas malas y ambos lo tenían vigilado.

La música proseguía y eran pocas las veces en las que sus manos se unían en el baile, pero cuando lo hacían, ambos podían sentir la calidez del otro. Alejandro no había bailado con otra mujer y no pensaba hacerlo. Para él solo existía Jimena, y esperaba la oportunidad para poder demostrárselo.

—¿Cómo van las lecturas? —preguntó el joven. Sonrió al ver la sorpresa en el rostro de la joven.

—No voy a preguntaros cómo os habéis enterado, porque me agrada tanto hablar de libros con alguien que no quiero estropearlo.

La carcajada del hombre dejó a Jimena sin aliento. Suspiró al ver los graciosos hoyuelos que surcaban el rostro masculino, haciéndolo si cabe más atractivo.

—Pues espero que me orientéis sobre vuestra nueva lectura, para poder daros mi opinión.

—Espero que no os aterrorice saber que estoy leyendo Amadís y que me encanta —confesó la joven con énfasis.

—Una de mis lecturas predilectas —celebró el joven, pues había leído el libro y también le había gustado mucho. Jimena tenía todo lo que buscaba en una mujer, era inteligente, risueña y sincera.

Iban a seguir hablando cuando se dieron cuenta de que la música había cesado y ellos todavía estaban en el centro de la pista de baile. Se miraron a los ojos y, por un momento, creyeron ver algo en los ojos del otro.

—Jimena, debemos retirarnos —dijo doña María acercándose a la pareja y rompiendo el encanto. Le gustaba Alejandro para su hija, hacían una pareja preciosa y parecía que ambos se entendían juntos. Esperaba que el joven se decidiera a hablar con su marido.

—Sí, madre.

—Alejandro, antes de irte a Alcalá espero que comas con nosotros.

—Sí, claro, gracias doña María —balbuceó casi sin palabras. Luis siempre había bromeado con él diciéndole que estaba medio enamorado de su hermana porque siempre le permitía ir con ellos. Y era verdad. Ahora podía gritarlo bien alto—. Espero poder hablar con vos de nuevo, doña Jimena.

—A mí también me agradaría mucho.

Cuando los Alponte se hubieron marchado, él también lo hizo; ya no había nada de interés en la fiesta. Así que no fue testigo de la sonrisa de don Justo. El administrador se sentó de nuevo en una mesa en la que se iniciaba un nuevo juego y nueva charla, y esta comenzaba de lo más interesante.

—Los hijos del duque están muy ocupados para dignarse acudir a una fiesta —apuntó un hombre de mediana edad, con una barba cuidada y mirada oscura.

—Sí, García se ha perdido, dicen que debe mucho dinero; el otro de cura y otro estudiando —apuntó otro más joven.

—¡Quién pudiera hacerse con doña Jimena! —confesó un tercero que también veía con buenos ojos a la muchacha.

—Sí, esa mujer gana cada día más.

El coro de risas se alzó en la mesa haciendo que los demás miraran hacia allí. Eran todos nobles castellanos que habían acudido a la reunión en la capital. Todos buscaban más rentas y poder unir lazos con los Alponte para hacerse con parte de su capital. Y Jimena era la mejor vía.

Don Justo estuvo de acuerdo. Bien podría intentar conquistar a Jimena, sería una unión muy ventajosa para él. Pero estaba seguro de que el duque le tenía reservado un gran compromiso. Ese joven, Alejandro, era de una familia importante italiana y esa noche se había dado cuenta de la atracción entre los dos durante el baile, pues no dejaban de hablar y sonreír.

—Lo mejor sería que el duque perdiera la confianza del rey —expuso con seguridad ante el resto. Creía que ahí radicaba el problema.

—Todos sabemos que además de fama, es honrado y leal.

—Pero no así sus hijos —recalcó don Justo—, seguro que alguno muerde el anzuelo y quiere más. Sobre todo los de en medio.

—El cura no caerá y el otro está estudiando.

—El único que nos queda es el primogénito.

—No estará interesado, pues todo será suyo —apuntó otro hombre.

—Esta noche he escuchado en más de una ocasión que García, el primogénito, está algo perdido y, además, no le gustará saber que su padre va a repartir sus posesiones entre sus hijos —apuntó don Justo con seguridad.

—¿Cómo demonios sabe eso?

—Espero que no salga de aquí.

—Es un punto a explotar. Seguro que García no está de acuerdo.

—¿Alguien conoce al joven Alponte?

—No, pero he escuchado que se gasta más de lo que le asigna su padre.

—Vaya, entonces el duque estará muy enfadado con el heredero —dijo don Justo.

—Como el buen Felipe con don Carlos.

Las risas resonaron de nuevo entre los ocupantes de la mesa.

—¿Cómo podemos encontrarlo? —preguntó don Justo.

—Yo coincidí con él en clases de esgrima, buscaré el momento de hablar con él y soltarle la prenda —comentó el jugador más joven.

Don Justo se fue bastante satisfecho. Anotó las direcciones de sus nuevos camaradas y les dio la suya de la vidriera por si les hacía falta ponerse en contacto con él. Si lograban cercar a García y celarlo en contra de los suyos, podrían empezar a buscar la forma de hundir al duque. Y, si lo hacían, él podría quedarse con la finca y todo lo que contenía, principalmente la mina de plata. Era un gran plan.

Ahora todo giraba en torno de esa mina y lo que pudieran sacar de allí para intentar hacerse ricos. Llegó a su residencia de Madrid, donde había vivido siempre. Una casa más bien pequeña y modesta, pero muy cómoda y bien situada en un barrio cerca del centro. El servicio se sorprendió de su repentina llegada y enseguida estuvo acomodado en su despacho. Aspiró el fuerte olor a nicotina que tanto le gustaba, se sirvió una copa de vino y sonrió.

—A vuestra salud, duque —dijo satisfecho alzando la copa. Su plan era muy bueno y solo tenía que ultimar algunos detalles para que fuera un éxito.

Al día siguiente volvería a la finca para tomar las riendas de ese nuevo y ventajoso plan. Muchos inconvenientes tenía en ese lugar, pero esperaba poder

combatirlos a todos. El primero era atar en corto a Genaro, que parecía omnipresente. Lo siguiente, tener vigilado al nuevo. No entendía por qué, pero desde que se habían entrevistado en la finca, ese chico le había dado mala espina. Esa altanería y chulería le sacaban de quicio y estaba seguro de que no sería bueno para él.

Diego se internó en la casa del duque. Era más grande que el otro edificio y tanto las paredes como los techos evidenciaban quién vivía allí. Los cuadros, los muebles y los adornos eran lujosos y dignos de un rey. Era normal, pues el duque había servido muy bien al rey y este se lo había agradecido. Estaba todo muy limpio y ordenado, se notaba el trabajo que hacía Carmen. A su paso, recorrió las grandes salas llenas de múltiples recuerdos de los infinitos viajes que realizaba el duque. Se notaba que era la residencia de uno de los grandes de España.

Estaba llegando a la sala de música y ya se escuchaban los acordes. El salón estaba impregnado de notas y la melodía fluía. Diego se sentía invadido por ella, apostado en la puerta, como la primera vez que la escuchó. Le pareció que tocaba incluso mejor, con más énfasis y cariño las notas. Al terminar, el silencio se instauró en la sala. Esa mujer era magia pura. Sonrió al darse cuenta de que lo estaba mirando.

—No quería terminar el día sin escuchar su música.

—Debe estar cansado—. Las jornadas eran largas y su trabajo era de los más pesados de la finca.

—No me hubiera perdido este pequeño concierto —dijo Diego mirándola a los ojos, esos ojos azules que parecían haberlo hechizado como ninguna mujer lo había hecho nunca. Sus ropas eran sencillas, pero aún así, desprendía un aura de elegancia y sencillez que podían desarmar a cualquier caballero.

—Gracias; creo que debe visitar su otra pasión, la biblioteca —comentó Leonor recordando su forma de hablar y su educación.

—¿Y si lo hacemos juntos? —Diego lo propuso casi sin darse cuenta, pero sonrió al ver que ella sonreía.

Leonor se levantó y asintió. Bajó la tapa que ocultaba y preservaba las teclas con delicadeza y se puso el chal. Siguió a Diego sin preguntarle cómo conocía el camino, pues esa ala de la casa pertenecía al duque y se suponía que ellos no podían estar ahí. Era un hombre con tanta seguridad en sí mismo que ella a veces parecía abrumada por su presencia tan masculina y viril. Dejó de pensar en esas tonterías al darse cuenta de que él estaba sonriendo de forma pícaro.

—Sé el camino porque la otra noche lo busqué —dijo sin girarse, pues sabía que la joven estaría cuestionándolo.

—Veo que no dejáis al azar nada.

—Mi buena señora, en esta vida nada puede quedar al libre albedrío —dijo recorriendo casi a oscuras la casa. Al llegar, quedó sorprendido—. Mi hermana es gran amante de los libros, le encantaría.

La sala era mucho más pequeña que la de música, pero estaba llena de estantes con libros. Solo tenía una ventana, por la cual entraría una luz que daría vida a la estancia. Además, los techos eran mucho más altos que en el resto de salas. Eso hacía que la habitación pareciera mucho más grande y espaciosa, pues incluso había un pequeño diván para leer.

—Es una gran sala, mi madre también la admiraría mucho —dijo con nostalgia. A su madre le gustaban mucho los libros, como a ella, y añoraba tener a alguien con esa afición.

—¿Ya no está? —preguntó Diego con cautela. No quería molestarla o recordarle algo doloroso.

—No, falleció cuando yo era pequeña —confesó Leonor algo compungida. Siempre le pasaba cuando la recordaba—. Mi padre dice que me parezco a ella, y además me dejó el amor por la música y los libros.

—Grandes pasiones las dos —alabó el joven. Su madre debía ser muy hermosa, porque ella lo era en demasía—. He leído pocos libros, pero pude leer Utopía. No tenía a nadie con quien departir sobre el libro y nadie me entendía ni quería hablar conmigo, pues en realidad no lo entendían.

—La sociedad perfecta —dijo Leonor recordando el libro. Una gran lectura—. Es un libro interesante, algunos conceptos bien se podrían aplicar a nuestra sociedad.

—Eso pensé yo al leerlo. Un mundo donde todo fuera justo para todas las personas —comentó Diego, feliz de poder decir de forma libre lo que pensaba.

—Pero no creo que ni siquiera les pase por la cabeza instaurar algún precepto —apuntó Leonor con seguridad.

—Estoy de acuerdo. No les interesa, ni al rey ni a los nobles.

—Vos lo habéis dicho, los nobles son los primeros en no querer esa sociedad, pues tendrían que trabajar y repartir sus bienes con los más pobres.

—Intentaremos, pues, que no llegue aquí al menos la falacia de los adeptos del rey.

—Debo retirarme, es tarde —dijo Leonor—. Gracias por la charla.

—Que descanséis, Leonor —susurró Diego.

Cuando ella desapareció de la estancia, se permitió soltar todo el aire que había retenido durante la conversación. ¿Por qué le pasaba tal cosa? Él siempre había hablado con seguridad y rotundidad en sus palabras y todos le habían alabado. Pero con ella todo era diferente, y eso era lo que hacía que su corazón

galopara sin control en cuanto aparecía. La admiraba porque no se escondía y decía las cosas que pensaba, con inteligencia y rotundidad. Eran grandes cualidades para una mujer, aunque el resto de las personas no lo aprobaran.

Gracias a ella, cayó en el sueño de forma relajada. Los ojos azules de la joven fueron su último pensamiento antes de que los suyos se cerraran.

V

Esa noche, Alejandro se marchó algo preocupado por Jimena. Al día siguiente mandaría una nota para ir a comer con su familia. Tenían una pequeña casa que ocupaban cuando viajaban a Madrid, pues siempre residían en Alpoente, donde el duque tenía su ducado. De la joven no le atraía su dinero ni su alcurnia, no. Le atraía sobre todo que era rebelde, sincera y siempre se salía con la suya, pues continuamente la recordaba cuando iba tras ellos en su niñez.

Alcalá esperaba, pues, un día más. Luis estaba tan ocupado que ni se había enterado de esa pequeña fiesta a la que acudirían sus padres. Su mejor amigo era inquieto por naturaleza y siempre estaba pensando en qué ocupar su tiempo. Había participado ya en varios altercados a los que le envió su padre. Pequeñas revueltas sin importancia, pero para aprender cómo mandar en un ejército. Porque si Luis era un buen estratega, era aún mejor soldado. Su amigo era perspicaz e intuitivo y sabía en qué clase de personas se podía confiar y en cuáles no. Lo admiraba desde siempre y entre ellos habían hecho un juramento de sangre: siempre estarían juntos y siempre se protegerían; en ese juramento también estaba su hermana Jimena. Además de lo que sentía por ella, la protegería con su vida.

Fue así como, al día siguiente, mandó una nota y, a la vuelta, sonrió al ver que sería bien recibido a la hora de comer. Se arregló y antes decidió pasarse por una taberna en la que Luis y él se enteraban de ciertas noticias y tomaban el mejor vino de la zona. A esas horas de la mañana, tan solo le recibió Eusebio, el dueño del local.

—Qué alegría verlo por aquí, don Alejandro.

—Te he dicho mil veces que me llames solo Alejandro, yo no soy noble, lo es Luis.

—Ese deslenguado y rapaz, hace tiempo que no venís por aquí.

—Los estudios nos retienen en Alcalá —explicó Alejandro—. Sírveme una pinta de cerveza.

—Quizás quieras saber lo que se rumorea por los alrededores —musitó Eusebio para que solo le oyera el joven. Confiaba en esos dos muchachos que siempre iban juntos y eran honrados.

—Sabes que sí. Luis me espera en Alcalá y le gustará enterarse de algunos chismes —dijo bebiendo un trago y mirando al hombre.

—¿Estuviste anoche en la fiesta? —al ver que el joven asentía, torció el gesto con disgusto, pues sabía que no iba a gustarle lo que iba a contarle.

—Se estuvo hablando mucho de García —dijo Eusebio. Un par de hombres habían terminado la fiesta en la taberna y el alcohol había hecho que se fueran de

la lengua.

—Hace siglos que no lo veo. Sí que decían que andaba metido en algunos asuntos, pero ni Luis sabe en cuáles —comentó Alejandro extrañado, pues no había escuchado nada. Quizás fue cuando se marchó. Alentó a Eusebio para que siguiera hablando.

—Pues decían de enemistarlo con la familia, porque su padre va a repartir todo entre todos los hermanos.

—¡Mal rayo les parta!

—Sí, el tipo que lanzó la idea es don Justo, que administra una finca en Andalucía.

—¿Un administrador? —preguntó Alejandro extrañado.

—Sí, parece ser que el tipo es un avaro.

—Trataré de investigar y mover algunos hilos desde Alcalá —dijo Alejandro pensando—, esto no le va a gustar nada a Luis.

—Y menos cuando sepa que su hermana está en boca de todos.

—¿Y eso porqué? —preguntó algo más alterado de lo normal Alejandro.

—Todos decían de ella que sería la mejor prometida.

—¡Malditos sean! —vociferó Alejandro. Si el asunto no le había gustado, ahora que se metía a Jimena de por medio mucho menos—. No consentiré que le hagan nada a la dama.

—¿Es que tú también tienes interés en ella? —preguntó Eusebio, que se daba cuenta de lo que bullía en la mente del joven.

—Yo...

—Vaya... —se chanceó Eusebio, pues no era joven de quedarse sin palabras—. El rapaz se nos ha enamorado.

—Por tu vida, no digas nada —dijo Alejandro turbado porque alguien conociera sus sentimientos.

—Ni lo había pensado. Creo que nos une más que una amistad, ¿no?

Alejandro miró al hombre que les había informado en tantas ocasiones. No. No les traicionaría por nada. Suspiró. Menos mal que los Alponde se marcharían pronto de Madrid. Pero tendría que idear algo para poder estar más cerca de ellos. Alcalá de Henares estaba mucho más cerca de Madrid que de Toledo y no podía permitirse estar tan lejos de Jimena. Aranjuez sería un buen punto, pues solo distaba unas leguas de Alponde.

—Mucho pensáis.

—¿Debo poner en antecedentes al duque o callarme? —preguntó Alejandro. La opinión de ese hombre era valiosa y muy astuta siempre.

—Yo creo que debéis advertirle, sobre todo por su hija.

—Ella no ha de temer, porque espero que quiera prometerse conmigo —dijo

el joven con convicción. Ahora estaba más seguro de ello. El matrimonio siempre había sido su sueño, pero ahora era una realidad.

—Vuesa merced es todo un caballero por...

—Amo a la joven desde hace tiempo. Esto lo único que hace es agilizar nuestra unión —aclaró Alejandro, pues no quería malentendidos con respecto a sus sentimientos.

—Mis felicitaciones, estaré por aquí por si os sirvo de ayuda, ya lo sabéis.

—Gracias, Eusebio.

Alejandro terminó su pinta y fue andando hasta la residencia de los Alponte. Las calles estaban oscuras, pero no eran tan peligrosas como las más céntricas de la ciudad. En esas, hacía falta ir siempre con la ropera al cinto por si surgía alguna rencilla. Tenía que pensar muchas cosas antes de llegar, sobre todo cómo iba a ser capaz de decirle a Jimena lo que sentía. Nunca habría pensado que se encontraría en esa situación tan pronto.

Antes de llegar, le mandó un mensaje cifrado a Luis. Siempre lo habían hecho. Así, él estaría al tanto de sus planes y de sus intenciones para con su hermana.

Jimena estaba nerviosa. La visita de Alejandro era para ella muy importante, pues de un tiempo acá, había descubierto que sentía algo por su amigo, pues así lo consideraba. Estaba tan ensimismada, que no oyó a su madre.

—Jimena, hija. Me consta que Alejandro os agrada, ¿verdad? —Doña María advirtió el rubor de su hija y fue feliz al ver que asentía—. Tanto a tu padre como a mí nos agrada mucho y deseáramos que os comprometierais, claro que de mutuo acuerdo y si ambos lo deseáis.

—Madre, él nunca me ha dado motivos para pensar que...

—Querida hija, debéis saber que los hombres son muy valientes para algunas cosas, pero para otras son muy cobardes. Esperemos que el joven venga con el don de la palabra.

—También lo espero madre, me agrada mucho hablar con él y yo...

—¿Lo amáis?

Jimena asintió. No era capaz de decirlo con palabras, pero amaba a Alejandro desde hacía mucho tiempo.

—Pues si él os corresponde, lo único que se interpone entre vosotros son sus estudios, y debe terminarlos.

—Me hago cargo de ello. Como hombre y heredero debe asumir su futuro.

—Es un joven con un gran futuro, estoy segura. Voy a hablar con tu padre; si viene, estaría bien que estuvierais solos un rato para charlar.

—Gracias, madre.

Jimena estaba muy nerviosa. No quería hacerse ilusiones, porque existía la posibilidad de que él no la amara. Pero debía creer que sí, por sus miradas, su interés y su protección. Él no era como sus hermanos, era más tranquilo, más reservado y más serio, cualidades que le gustaban mucho y que había ido apreciando con el paso del tiempo. El mayordomo la distrajo.

—Doña Jimena, don Alejandro espera.

—Hazlo pasar, lo recibiré aquí mismo, gracias.

Alejandro se quedó pasmado al verla asomada a la ventana. La claridad de la luz le confería un aspecto deslumbrante. Jimena poseía una belleza enérgica, su pelo negro y brillante contrastaba con la mirada dorada y dulce de sus ojos. Era alta y poseía una figura grácil.

—Buenos días, Jimena —saludó el joven. Casi al instante, los nervios desaparecieron.

—Alejandro, me alegra poder compartir con vos esta velada antes de marcharnos a Alponte.

Ambos se sentaron en un pequeño diván. Por un instante sus miradas se encontraron y ninguno dijo nada, solo se estudiaron durante lo que parecieron horas.

—Me agrada verla a solas, pues me gustaría decirle algo.

El corazón de Jimena comenzó a galopar. Miró a Alejandro para que prosiguiera hablando. Rezaba a Dios para que le declarara su amor.

—Hace tiempo que albergo ciertos sentimientos hacia vos y me gustaría saber si merezco ser correspondido —susurró Alejandro casi sin voz. La seguridad se había esfumado con un golpe de las pestañas de Jimena.

—Alejandro, debo confesaros que hace tiempo que no os veo como un simple amigo.

El joven sintió que su mundo rebosaba de felicidad. ¿Podría ser más feliz?

—Quiero hablar con vuestro padre para que me dé su permiso y venir a visitarla —dijo Alejandro con la mirada brillante—. A mi vuelta a Alcalá, gestionaré mi traslado a Aranjuez para estar más cerca de vos.

—¿Será posible? —preguntó la joven.

—No creo que tenga problemas, me queda un año y mis notas son las mejores. Además, no creo que pueda vivir muy lejos de vuestra compañía.

Alejandro se atrevió a cogerle las manos y besarlas con sinceridad.

En ese momento, en la puerta aparecieron don Fernando y doña María, que se miraron con regocijo al ver a los jóvenes.

—Don Fernando, me gustaría hablarle de Jimena, yo...

—Hace tiempo que espero esta charla, Alejandro. Os tengo en sincero aprecio, y más si sois el futuro marido de mi amada hija —dijo feliz con esa

unión. Apreciaba al joven compañero de su hijo y admiraba su carácter. Su hija no podía haber encontrado un marido mejor.

—Gracias, don Fernando. También os tengo en alta estima.

—Pero hablemos en mi despacho. —pasaron delante de las damas y las saludaron. Fernando estaba seguro de que el joven tendría a bien comentarle algunas cosas sobre el enlace y sobre el cortejo.

Ambos hombres se marcharon, no sin antes Alejandro besar de nuevo la mano de su amada Jimena. Cuando sus voces ya no se escuchaban, la joven se dejó caer en el diván donde habían estado sentados.

—¡Madre, me ama! Bueno, no ha dicho esas palabras, pero...

—No las ha dicho, pero ten por seguro que las siente, os mira con respeto y amor.

Madre e hija se fundieron en un abrazo, mientras Alejandro y el duque empezaban a charlar.

—Debo deciros que mi interés por Jimena no tiene nada que ver con el asunto que voy a relataros —dijo Alejandro—, si bien no hace más que apresurarlo un poco más. Estaba esperando a terminar mis estudios para declararme.

—Te entiendo y os respeto, Alejandro. Esa decisión no hace sino hablar mejor de vuestro carácter. Estoy seguro de que seréis dichosos.

El joven puso al duque al día de lo que le habían contado de la fiesta y el plan para con García, así como de su intención de seguir estudiando en Aranjuez, para estar más cerca de ellos.

—No quiero que Jimena sepa nada del peligro que hay —dijo Alejandro, se debatía entre ser sincero o no contarle nada para que no sufriera de preocupación.

—Mi familia estará protegida en Alponete y tú estarás muy cerca. Aranjuez solo está a unas pocas leguas.

—Espero poder visitar a Jimena todos los días, si dais el permiso —comentó Alejandro algo cohibido.

—Por supuesto que lo tenéis. Ahora tendríamos que salir si no queremos que las damas se extrañen.

Doña María y Jimena los esperaban en el salón, pues iban a servir la comida. La joven se había tomado una tila para calmar un poco los nervios. Durante la comida, todo fue correcto y charlaron de varios temas, entre ellos de su hermano Luis.

—Tu hermano es responsable y tendrá tareas que terminar en Alcalá —expuso el duque exculpando a su hijo mediano. Amaba a todos sus hijos por igual, por eso quería repartir sus tierras entre ellos, en vez de dejarlo todo al

primogénito. García había cambiado mucho y no era el mismo.

Los jóvenes pidieron permiso para salir a dar un paseo, más bien en busca de intimidad. Nada más salir del control y la mirada de los duques, Alejandro cogió la mano de Jimena y se dirigieron al pequeño jardín.

—No te imaginas lo feliz que soy a vuestro lado, Jimena. He pedido permiso a su padre para visitarla todos los días, si no es de su desagrado.

La joven se paró en medio de unos setos que separaban algunos parterres y miró al hombre que la tenía enamorada.

—Alejandro, estaré contando los minutos que faltan para que regrese a mí todos los días.

El joven se acercó y posó sus labios sobre los de la joven con cierta timidez. Al no notar contrariedad en el acto, profundizó un poco más el beso, tanto como le pedía todo su cuerpo. Esos labios eran deliciosos: suaves y dulces y lo llevaban a la locura.

Jimena nunca pudo imaginar que su primer beso sería así. Alejandro la besaba con ternura, pero a la vez con una pasión que le corría a ella por todo el cuerpo. Se agarró a él temiendo caer en cualquier momento.

Lejos de allí, alguien vigilaba los pasos de los areneros agazapado sobre los matorrales del camino. Había sido un plan de última hora, algo descabellado y loco, en el que Diego tuvo que poner de su parte para que sus compañeros no se enteraran, pues no quería poner en peligro a ninguno. Sabía que algo pasaba en Nablanca y tenía que descubrirlo para poder desenmascarar lo que allí sucedía, porque mucho se temía que la raíz del problema residía en esa montaña y en las personas que allí trabajaban.

Como sabía que el carro no iba muy deprisa, pudo adelantarse a ellos y esperarlos junto al camino. Lo que no se esperaba era que arriba, en el pescante junto a Félix, no iba Felipe, sino don Justo. Además, ambos charlaban de forma distendida y amistosa. Ya le habían advertido que se llevaban muy bien, pero él creía que era por los asuntos que se traían entre manos.

Iba a escurrirse por un lateral del camino, para esperarlos en la falda de la montaña, pues era allí donde supuso que irían, cuando sintió que un brazo de hierro le cogía del cuello y lo dejaba sin aire. Empezó a patear mientras intentaba enfocar a su agresor, pero era incapaz de hacerlo. Movié las manos intentando zafarse de esas poderosas garras, pero era imposible. Por un momento creyó que ese sería su fin, pero sin previo aviso la mano lo soltó y cayó inerte a tierra.

—¿Qué haces aquí?

La voz rugió de forma áspera y estaba seguro de saber a quién pertenecía.

Intentó visualizar al hombre, pero no podía. La garganta le quemaba por la falta de aire, estaba seguro de que le habría dejado una buena señal. Recibió una coz en el espinazo, apremiándole a hablar.

—Espera... —intentó decir Diego sin poder alzar la voz.

—No me fiaba de ti...

Diego dedujo quién era por la voz. Era Felipe, el secuaz que siempre acompañaba a Félix. Ahora sí que estaba perdido.

—No tengo tiempo, verás que contento se pone don Justo cuando...

—Eres un secuaz de Félix, pero no eres un cobarde, ¿verdad? —preguntó Diego. Esperaba ponerlo en la tesitura de elegir su propio camino y no dejarse mandar por nadie.

—¿Has estado en la guerra alguna vez? —preguntó el hombre con un deje de amargura.

—En algunas rebeliones —dijo Diego recordando su corta carrera como soldado. Su padre le había iniciado en ese arte para que supiera defenderse y había estado en algunas revueltas.

—Eso no es la guerra, rapaz —aseveró Felipe escupiendo cada palabra—. Yo he estado en San Quintín, en Gravelinas y en Flandes. Eso era un verdadero infierno, del que nunca regresas entero.

—¿Eras un soldado de los tercios? —preguntó Diego asombrado. Nunca hubiera pensado tal cosa de ese hombre.

—Tú lo has dicho. En la batalla todo eran alabanzas hacia nosotros, pero al llegar a España, nos dejaron en la miseria, tuve que ganarme la vida con otras mañas.

—Es imposible que el rey...

—Ese patán no se entera de nada, tan solo le mueve la codicia por controlar más regiones. Nosotros no éramos importantes.

—Te equivocas, los tercios son el mejor ejército del mundo. Os deben la gloria de la victoria —dijo Diego recordando las historias que le contaba su padre sobre los soldados.

—Esto es lo único que tendré —dijo el arenero apesadumbrado señalando a su alrededor.

—Escucha, no creo que te haga mucha gracia ser el títere de Félix. —Por la cara del hombre, supo que había dado en el blanco—. Quiero saber qué pasa y, con tu ayuda o sin ella, lo lograré.

Felipe tuvo que alabar la fuerza de ese joven. Él había sido así en su juventud y sintió nostalgia al recordar cómo la guerra le había robado sus sueños.

—¿Por qué os interesa tanto?

—No me gusta ser testigo de ninguna injusticia —dijo Diego con seguridad.

—Felipe, ¿dónde carajo te has metido, patán? —se escuchó una grave voz que gritaba con rabia.

—De verdad, ¿os agrada que os trate de esa forma? —preguntó Diego intentando que ese hombre los ayudara.

—Iros, ya hablaremos en otra ocasión —dijo Felipe dejándolo marchar—. Y no os acerquéis por aquí si no queréis daros por muerto.

Diego regresó a la vidriera por el camino. No estaba seguro de meterse por el monte para atajar. Le habían contado sus compañeros que no se fiara, pues la montaña era traicionera y era muy fácil perderse. Tendría que prestar más atención a los caminos y a los lugares. Quería saber por dónde ir en cada momento. La tarde había sido perdida porque don Justo le había llamado para interesarse por su trabajo y le había llevado el contrato. Diego estuvo leyendo las condiciones y las aprendió para comentarlas con sus compañeros. Al salir del despacho, se dio cuenta de que sus compañeros habían iniciado la tarde sin él, así que había aprovechado para vigilar un rato.

Felipe había sido un soldado de los tercios. No se lo habría imaginado. Su padre siempre le contaba historias sobre ellos. Eran las mejores unidades militares de la época. Habían sido creados por Carlos I de España y habían sido decisivos para las victorias de Felipe II contra franceses, ingleses y holandeses. Lo que siempre le había fascinado de ellos era que se trataba de grandes expertos en tácticas de asedio.

Todavía recordaba con cariño la historia que su padre le contó sobre una de las tácticas de guerra preferidas de los tercios. Era un ataque sorpresa por la noche, al que daban el nombre de «Encamisada». Esa táctica era famosa, así como los atrincheramientos que construían para asediar una plaza. Era increíble, pues siempre había tenido imaginación, pensando en los arcabuceros, mosqueteros, piqueros y caballería esperando ese asedio. Con sus armas, los cañones de bronce, las culebrinas y los falconetes.

A Diego siempre le gustó la carrera militar, por ello había estudiado algo sobre ello e intentaba rodearse de personas inteligentes. Su padre siempre había estado muy ligado a la guerra y había luchado en algunas batallas en el pasado. Pero al conocer a su madre se había asentado y trataba de llevar una vida tranquila y segura.

Las historias sobre esas guerras, algo suavizadas para un infante, habían sido sus cuentos antes de ir a dormir. Su padre había dejado atrás todo, pero era incapaz de olvidarlo, pues formaba parte de él, y se las contaba siempre que podía. Diego admiraba a su padre y quizás también buscara aventuras para intentar vivir una vida tan rica como fue la de su progenitor.

Al llegar a la Vidriera, tuvo la intención de no contar nada a sus compañeros,

pero sabía que no estaría bien ocultarles ninguna información. Les haría partícipes de lo que había sucedido cuando se retiraran a su cuarto. Compartían un cuarto enorme. Tenía un llar para el invierno, que podían encenderla en los días más fríos. Unas simples frazadas les servían como catre. La que colocaban en el suelo era más fuerte y burda, con otra algo más fina se tapaban en las largas noches de invierno. Diego conocía el frío, pero parecía que en ese lugar era mucho más largo y crudo. En esos días de septiembre, le habían contado que las temperaturas empezaban a bajar y los árboles comenzaban a perder las hojas poco a poco, como dándole la bienvenida a la nueva estación. Pero lo primero y lo más mágico era ver cómo las copas de los árboles iban cambiando de color. Del verde al amarillo, al naranja y al rojo. Las hojas se tornasolaban de una manera increíble. Era todo un arcoíris que nada hacía presagiar el blanco de los meses siguientes.

Sus compañeros estaban en la leñera y se dirigió hacia ellos para ayudarlos.

—No me habéis esperado —dijo Diego al llegar. Cogió un tronco y ayudó a Marcos a colocarlo sobre unas baldas que empezaban a vaciarse.

—No sabíamos cuánto te iba a retrasar y teníamos faena —dijo José mientras hacía lo mismo con la ayuda de Vicente.

—Bien, terminé pronto y decidí ir a visitar a los areneros —comentó como si no fuera algo importante.

Captó la atención de los tres hombres, que lo miraron algo enfadados.

—¿No podías esperar? —dijo Marcos al joven.

—No estabais y era un buen momento para acercarme a echar un vistazo —comentó Diego. No esperaba que su compañero se enfadara. Les contó su encuentro con Felipe.

—Ese perro sarnoso hijo de una mala pécora —dijo José escupiendo en el suelo con desprecio. Ese hombre no le había hecho nada, pero como estaba con Félix ya despertaba su odio.

—Pues ese hombre creo que es importante —comentó Diego pensativo—. No creo que le guste estar a la sombra de Félix.

—También lo pienso yo —dijo Vicente.

—Lo que más me ha sorprendido es que fue un soldado de los tercios.

Los tres hombres volvieron a quedarse de piedra.

—Creíamos que era un ladrón que se había fugado de la justicia —dijo José. Nunca lo hubiera imaginado.

—¿Y qué hace con Félix? —preguntó Marcos extrañado.

—Eso es lo que le he dicho, que estaría mejor sin él —comentó Diego—. Pero no hemos podido continuar hablando porque llegaba.

—¿Esperas que deje de lado a Félix?

—Sí, pero no ahora —dijo Diego convencido de entender a Felipe—. Le costará hacerse a la idea porque es la única persona con la que ha estado, pero al final se dará cuenta de cómo es y luchará. Como siempre lo ha hecho, pues es lo mejor que sabe hacer.

—Pareces conocer muy bien a los soldados —dijo José. Ese joven siempre le sorprendía con sus acciones y todo lo que decía.

—Mi padre fue soldado durante un tiempo y estuvo en algunos conflictos antes de conocer a mi madre y retirarse —comentó Diego recordando de nuevo a su progenitor—. Siempre me contaba las viejas historias de los tercios.

—Eres una caja de sorpresas —dijo Vicente. Al principio no le había gustado el joven, pero tenía que reconocer que tenía mucho valor.

—Mi padre no decía eso. Siempre me decía que era demasiado activo y que nunca reflexionaba sobre lo que iba a hacer.

—Pues no lo parece, rapaz.

—Siempre me decía que la mayor de las virtudes es conocer las limitaciones de uno mismo, para saber superarlas.

—Un consejo muy sabio. Tu padre es un gran hombre, lo echarás de menos —dijo José agradeciendo tener a su hijo junto a él.

—La verdad es que sí —comentó el joven—, pero siempre está conmigo y sus consejos están siempre en mi mente.

—Bueno, la próxima vez espero que cuentes con nosotros y no decidas ir solo por ahí —dijo Marcos algo serio. No le había hecho gracia que los hubiera dejado de lado en ese lance.

—No quiero que os pase nada malo y...

—Cada hombre elige su propio camino y nosotros somos compañeros en todo —dijo Vicente—. Hace tiempo que sabemos cuál es nuestro lugar y qué debemos hacer.

—Sí —afirmó Marcos—, pero ahora contigo estamos más seguros de que podemos hacer lo que sea.

VI

Luis se enfadó al leer la nota que le había llegado de Alejandro. Hacía semanas que se habían separado y esta vez no pudo decirle a su mejor amigo qué iba a hacer. Era algo que debía llevar a cabo por el bien de su familia y debía alejarse de la capital. Le mandó una nota para decirle que estaría fuera unos meses y que utilizara el mismo sistema de mensajes para mantenerlo informado. Si hacía falta, regresaría a su hogar para cuidar de su familia, pero sabía que su amigo lo haría como si fuera él mismo. Además, ya se había dado cuenta de lo que sentía por su hermana. Era algo que se veía cuando coincidían en una fiesta y Jimena acudía con sus padres. No podía elegir un mejor esposo para su hermana que su amigo. Confiaba en él de forma ciega.

El asunto que tenía entre manos era honrado y su padre estaba al tanto de todo. Él mismo le había ayudado a organizarlo todo y, para que no hubiera contratiempos, tenía que esperar un poco más. Parecía un pequeño exilio en otro lugar del que nada conocía, pero era joven y los retos le encantaban. No era la primera vez que acudía a un conflicto bélico o de otra naturaleza. Solo rezaba a Dios para que su familia estuviera a salvo. Él, por su parte, era hijo de un gran duque y nada podría apartarlo de su misión. Su padre le había dado una gran educación y estaba preparado para la acción. Gracias a él, conocía los ardidés de la guerra y las maldades de algunos hombres. No le asustaba disparar o utilizar su ropera.

Dada su condición de noble, había estudiado diplomacia, estrategia y esgrima, entre otras muchas materias y artes de la guerra. Había estudiado los tratados de esgrima que los grandes maestros italianos y españoles habían escrito. Le encantaba la espada y se había convertido en un gran duelista. Defendía su acero como le había enseñado su padre, también soldado y muy apreciado por el rey. Nunca dejaba su arma muy lejos de él, era algo que nunca olvidaba, porque eso podría costarle la vida.

Días antes de llegar a su destino, había tenido una pequeña rencilla con un tipo que le acusaba de haber hecho una estafa en una taberna a la que había acudido a comer. Era la hora del ángelus y no quería quedarse sin comer, por lo que no pudo eludir el problema. El tipo le acusaba de haber pagado menos que los demás. Él se defendió y arguyó que era mentira. El tipo sacó su acero dispuesto a una gran liza. La pelea había empezado de forma limpia y digna, pero pronto el tipo hizo un amago falso y aparecieron en la disputa otros dos sujetos armados. Tres contra uno fue algo muy difícil. Al final logró escapar, pero se llevó de recuerdo un gajo en la barriga por el que parecía que se le iban a salir las tripas.

Al salir de allí, había encontrado casi de milagro a un hombre que conducía un coche de caballos. Lo paró y, antes de subir, se dirigió al cochero.

—¡A ver si consigues que los caballos vuelen!

El cochero hizo correr mucho a los animales, y más al ver que al hombre se le escapaba la vida por las entrañas. Durante el camino no paró de gritarles.

—¡Corred, caballos del demonio!

A la llegada al lugar, preguntó al cochero.

—¿De quién decís que son esos caballos?

—Del diablo, señor.

—Pues no quiero que me los reclame. Quédatelos tú —dijo sabiendo que ya no podía dar ni un paso. Al segundo, hubiera caído del coche si el hombre no le hubiera ayudado.

Al día siguiente estaba tumbado en una cama con una venda que le cubría la barriga. No se acordaba de cómo había llegado hasta allí. Escuchó que la puerta se abría y entraba el hombre que lo había llevado.

—¿Me trajo usted?

—Sí, no podía dejarlo solo con los intestinos casi fuera.

Luis sonrió de forma leve. Le habían herido muchas veces, pero en esta ocasión había sido más grave. Nunca había perdido la consciencia de esa forma.

—¿Dónde estamos?

—En una posada.

—Bien, ¿puede traerme mi zurrón?

El hombre vio el zurrón a un lado del catre y se lo llevó. Luis miró dentro y sacó unos maravedíes. Ese hombre le había salvado la vida y tenía que pagárselo.

—Gracias, me ha salvado la vida.

—Soy Juan de la Volteruela —dijo el hombre presentándose—. Siempre estoy por aquí para lo que necesite, vuesa merced.

Juan sabía que ese hombre era noble, sus maneras lo habían delatado. Se alegraba de haberlo ayudado, pero no sabía qué iba a hacer en ese lugar.

—¿Viene usted por las revueltas?

—Así es —dijo Luis.

Era mejor tener a ese hombre de amigo y más en ese lugar, del que nada sabía y del que tantas cosas tenía que averiguar.

—Le dejo descansar —dijo Juan viendo las ojeras y la mala cara del hombre.

Luis se dejó caer. Estaba extenuado por la lucha y por lo que había sucedido y solo quería descansar. Al día siguiente ya pensaría lo que iba a hacer.

Leonor caminaba con prisa por el pasillo que conducía al taller. Su padre la

esperaba y había ido a dejar un encargo en la entrada para que lo recogieran. Por nada del mundo quería encontrarse con don Justo, ese hombre la perseguía por doquier e incluso la acosaba. Le incomodaba su presencia y trataba por todos los medios de evitarlo. Se había recogido el vuelo de la falda para que sus pasos fueran más rápidos. Su atuendo no daba pie a ningún hombre, pues era sencillo y se asemejaba al de una criada. Llevaba una sencilla blusa y encima una falda con peto. Era una ropa cómoda que le servía para moverse de forma libre por el taller sin tener que guardar el decoro. Iba a dejar el edificio principal cuando una sombra salió de una esquina.

—Hoy vais muy rápido, Leonor —dijo don Justo viendo cómo la joven dejaba caer la falda tapando sus gráciles y torneados tobillos.

—Mi padre me espera —se apresuró a decir la joven sabiendo que estaba atrapada, pues el hombre le había obstruido el paso.

—Oh, no quiero que tengáis tanta prisa —dijo acercándose a la joven. Notaba que su respiración se aceleraba demostrando el miedo que sentía. Nada le gustaba más.

—No puedo...

—Estoy harto de vuestras negativas —dijo don Justo ya cansado de esa situación—. Solo quiero que os mostréis un poco más cariñosa.

—Eso es impensable —dijo Leonor con un deje de rebeldía.

Don Justo se movió y en un segundo tuvo a la joven contra la pared. La retenía con un brazo y con la cadera impedía que se moviera. Acercó sus labios a la piel del cuello de la joven, algo que se le antojaba un sueño y un jodido paraíso. Pareció que ella se dejaba llevar, pero entonces se relajó y sintió un rodillazo en sus partes pudendas. Se encogió de dolor y aulló.

—¡Maldita seas!

—Nunca, ¿me oís? —remarcó Leonor cegada por el odio—, nunca seré vuestra.

Justo desapareció por el pasillo aún renqueando por el golpe bajo que le había propinado la joven. Cuando ya había desaparecido hacia el edificio principal apareció Diego, que había escuchado las voces y había llegado algo asustado. Cuando vio a Leonor en el pasillo, sola y blanca como la cera, pudo entender lo que había sucedido. Se maldijo por lo bajo por no haber llegado antes, pues le hubiera dado a don Justo lo que se merecía.

—¿Os encontráis bien?

—Sí, un poco asustada —dijo Leonor con sinceridad—. Odio a ese hombre.

Diego la miró. No creía que pudiera albergar sentimientos tan oscuros, pues parecía un ser etéreo y dulce.

—No es la primera vez, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza. La había abordado en varias ocasiones, pero en cada una de ellas el azar había querido que apareciera alguien. Ese día había sido un descuido suyo y no se perdonaba.

—Esta vez se ha acercado demasiado —dijo Leonor sintiendo todavía su aliento sobre su piel. Se estremeció de puro asco.

—La acompaño a la cocina, seguro que Carmen la ayuda mejor que yo —dijo Diego. La joven asintió y se dejó acompañar hasta las cocinas.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó la mujer al ver a los dos jóvenes, que parecían presos de la ira.

—Don Justo la ha asustado —dijo Diego.

—Oh, mi niña. Ese desgraciado... Ven, siéntate —dijo Carmen acompañando a Leonor a uno de los bancos.

Diego salió de allí sin despedirse y preso de una furia que nunca había conocido. Ese hombre era un completo desgraciado y un depravado.

Al volver con sus compañeros, contó lo que había sucedido. Estaban todos en el leñero guardando troncos y ninguno había escuchado nada, por eso se habían extrañado al ver salir a Diego corriendo.

—Ese Justo es un miserable. Estaba molestando a Leonor.

Los tres taladores se miraron entre sí, parecía que no se sorprendían.

—Ya sabíamos que hacía esas cosas —dijo Vicente recordando—. Hace unos años, llegó una joven que se marchó al verle las orejas al lobo.

—Pues ahora ha pillado entre ojos a Leonor.

—No podemos negar que la muchacha es muy hermosa —dijo José—. Gracias a Dios que Bernat está muy pendiente de ella.

—Pues la joven parece que sabe cuidarse y ha puesto a Justo en un aprieto en sus partes nobles.

Los taladores empezaron a reír ante la escena, pero Diego no pudo corearlos, pues había visto el miedo en los ojos de la joven y no le había gustado nada. Nunca le había gustado que maltratasen a las mujeres y se alegraba de que ella lo hubiera golpeado para defenderse.

Era tarde cuando terminaron de cortar el tronco y guardarlo en la leñera que estaba cerca del taller. Allí hacía un calor de mil demonios, pues el horno estaba tan cerca que el calor se prendía hasta en las paredes. Diego estaba muy intrigado por el trabajo del vidrio, pero no quería poner en un aprieto al maestro. Marcos y él, a pesar del frío que hacía a esas horas del día, se habían quedado en camisa y se la habían desabrochado. Los cabellos oscuros de Diego se pegaban al cuello por el sudor del trabajo y del lugar.

Sabía que ella estaba allí, y nada le gustaría más que verla, pero no hizo nada para propiciar el encuentro. Se quedó el último y tuvo suerte, o más bien fue el

destino. La puerta del taller se abrió y apareció ella en el vano de la puerta. La joven posó sus ojos en él y recorrió su cuerpo de forma apreciativa y sin ademán lascivo. Diego permaneció callado, encantado ante el escrutinio de la joven.

Leonor se quedó parada al ver a Diego. Era muy tarde y seguro que había terminado de trabajar, pues los había escuchado desde el taller. La imagen del hombre la perturbó. Casi desnudo, pues tenía la camisa desabrochada, pudo admirar partes de su cuerpo que de normal estarían escondidas bajo la ropa. Enmudeció al ver el oscuro vello de su pecho y sintió un vahído al ver cómo desaparecía bajo la cinturilla de su pantalón. Nunca la imagen de un hombre la había perturbado tanto.

—Es muy tarde —dijo Diego.

—Sí, estamos con un pedido importante.

—Vosotros también trabajáis mucho. —Leonor estaba nerviosa. A pesar de estar lejos de él, podía sentir su mirada en torno a ella. Su cuerpo entero se inflamó.

—Voy a asearme un poco para cenar algo —dijo Diego.

Leonor no dijo nada, solo asintió, aún perturbada por su presencia y masculinidad. Nunca le había sucedido, pero era normal, pues nunca había estado tan cerca de un hombre tan atractivo; tenía que reconocer que Diego era muy apuesto e interesante. Era un hombre educado e inteligente y parecía que había estudiado algo. Su conversación era muy versada y tenía un carácter muy correcto. Le gustaba en especial cómo trataba al resto de los trabajadores. Suspiró intentando borrar de su mente la imagen que se había grabado a fuego en su corazón. Iba a ser muy difícil evitarlo, pues todo su cuerpo se sentía atraído hacia él.

—Aún estás aquí —dijo Bernat saliendo del taller. Miró a su hija mientras cerraba la puerta del taller. Era un acuerdo al que había llegado con el duque para preservar su trabajo, pues era muy delicado y pesado crear una copa. Así que el horno se apagaba y se cerraba la puerta.

—Sí, te estaba esperando.

Bernat creyó que todavía sentía temor al quedarse sola. Ese don Justo era despreciable. A veces sentía ganas de enfrentarse a él, pero no podía hacerlo porque su trabajo dependía de él.

—Vamos, tendrás hambre. —De un tiempo acá, la joven estaba algo delgada.

—Sí, estoy hambrienta —dijo pensando que vería a Diego de nuevo.

—Esta noche, ¿irás a tocar?

No estaba segura de ir sola a tocar. Don Justo nada sabía de sus intereses por los instrumentos del duque, pero no se fiaba. Estaba segura de que si le dijera a Diego de acompañarla, él lo haría sin dudar, pero ella tampoco estaba segura

de querer quedarse a solas con el joven talador.

—No lo sé.

Bernat maldijo a Justo. El temor que sentía su hija era tan palpable que ni siquiera quería ir a tocar, cuando la música era lo que más le gustaba. Aún recordaba cuando tocaba con su madre. Las dos juntas estaban preciosas y tenían mucho talento.

—Puedo acompañarte —dijo Bernat. Hacía mucho tiempo que no la escuchaba tocar.

—Padre, te gusta estar un rato con Genaro.

Era verdad. La charla en la cocina hasta la hora de dormir era algo que le distraía de su trabajo. En invierno, y gracias a la lumbre, esas tertulias eran esperadas por todos. Después de un largo y frío día de trabajo, era lo único que les quedaba para pasar el tiempo de forma agradable.

Leonor se aseó un poco. El trabajo en el taller no era tan duro como el de los taladores, pero sus días eran un no parar. Ayudaba con las piezas de vidrio y las guardaba para el comprador. Además, el calor que hacía en el taller era tan pesado que terminaba sus días agotada por completo. Se cambió de blusa y se alisó la falda quitando el polvo que pudiera tener. Se miró en un pequeño espejo y se recolocó el pelo un poco. Llevaba el cabello recogido en un moño alto y cómodo. No podía trabajar con el pelo suelto, era algo con lo que no podía. El extremo calor hacía que se le pegara al cuello y sintiera todavía más calor. Hacía mucho que lo llevaba así y solo se lo soltaba por las noches, cuando iba a dormir y se lo cepillaba. Había heredado el color del cabello de su madre y tenía tanta mata como ella. Era uno de sus atractivos, pues su madre le había dicho, siendo muy pequeña, que sus ojos eran preciosos y hechizadores.

Cuando entraron en la cocina los taladores ya estaban allí. Sin querer, su mirada fue directa a Diego, que se había cambiado de camisa y lucía el pelo mojado y peinado. Estaba todavía más atractivo de esa guisa. Él también la miró por unos segundos y sus miradas se quedaron prendidas.

Solo fue un segundo y creían que nadie se había dado cuenta, pero los ojos sabios de Carmen captaron las juveniles miradas cargadas de pasión. Estaba segura de que esos jóvenes se gustaban y a ella, esa idea, le gustaba mucho, porque tanto Leonor como Diego eran buenos y trabajadores y hacían una pareja preciosa.

Cenaron en un ambiente cálido y distendido. La olla podrida de Carmen calmó el hambre de todos y alabaron su sabor. Ninguno sacó el tema de Don Justo y lo que había sucedido con Leonor. Nadie quería que la joven volviera a pasar un mal rato. La conversación estuvo basada en los areneros. Diego contó su aventura y lo que había sucedido con Felipe.

—Ese hombre no creo que sea tan malo como Félix —dijo Bernat. Conocía poco a los areneros, pero se veía de lejos que el segundo trataba fatal al otro.

—Creo que nos puede ayudar —comentó Diego sin dejar de comer—. Es un hombre noble y honrado.

Leonor se había quedado de piedra al escuchar la historia de Diego. Al saber que había corrido peligro, su corazón había empezado a latir con fuerza. Intentó que su rostro no reflejara nada y siguió escuchando a los hombres. Su padre parecía muy emocionado y activo en la charla. Diego le gustaba. Su padre era un hombre que no se fiaba de mucha gente y al joven le tenía respeto. Sabía que hablaría con él tras la cena. Agradecer su ayuda era para su padre algo pendiente, y estaba muy agradecido.

—En la próxima aventura —dijo Bernat muy serio—, pide ayuda.

—Eso le hemos dicho —dijo Marcos, que aún estaba un poco enfadado con su nuevo compañero.

—No volverá a suceder —dijo Diego. Sabía que podía confiar en sus compañeros.

Poco a poco fueron terminando y se fueron yendo a descansar. Las horas de sueño eran pocas y cortas y había que aprovecharlas. Quedaron Bernat, Leonor y Diego.

—Quiero agradecer tu ayuda a Leonor —dijo Bernat mirando al joven. Le gustaba, era honrado y trabajador. Nada le gustaría más que su hija y él se entendieran, pero claro, no le había dicho nada a su hija. No eran temas que le gustase hablar con ella.

—Me hubiera gustado llegar antes para dar su merecido a don Justo —dijo Diego con sinceridad.

—Menos mal que ella también sabe defenderse —alabó Bernat a su hija.

—Me hubiera gustado que no se hubiera acercado tanto —dijo Leonor sin poder olvidar lo sucedido.

—Diego, ¿me haríais un favor?

—El que quiera, maestro.

—Mi hija gusta de tocar el clavín y me gustaría que la acompañarais un rato y luego la trajerais a su dormitorio.

Leonor se sonrojó. Nunca hubiera pensado que su padre tramaría algo así para que ella pudiera ir a tocar. Iba a decir algo, pero él se adelantó con una gran sonrisa.

—Será un honor para mí, maestro.

—Pues ya podéis iros.

Diego asintió y esperó a Leonor, que pasó delante de él dejando a su paso un suave olor a flores. Intentó captar la esencia que llevaba, pero no pudo dar con la

flor. Llegaron a la sala de música en un silencio abrumador para los dos.

—Espero que no os incomode este encargo —dijo Leonor girándose para hablar con él antes de entrar a la sala.

—Es un placer poder escucharos con la venia de su padre —dijo Diego muy contento. Era el mejor encargo que le habían hecho nunca.

—Me alegra escuchar eso —dijo Leonor con una sonrisa.

Él no entró. Era un gran hombre y le dejaba su espacio para no incomodarla. Ese aspecto le agradaba mucho y lo hacía incluso más irresistible. Las notas impregnaron la sala durante un rato en el cual Leonor pudo observar de reojo cómo él cerraba sus ojos para deleitarse mejor. Nunca había conocido a un hombre que disfrutara con la música. Si bien la mayoría de los músicos eran hombres, eran pocos los que disfrutaban de escucharla. Cuando terminó la ejecución, él todavía tenía los ojos cerrados.

Diego disfrutaba de la música. Era algo que siempre le había dado una sensación de paz y relajación. Con Leonor, todos esos sentimientos se multiplicaban.

—Es una pieza preciosa —comentó Diego—. No la conocía.

—Es de un autor veronés —aclaró Leonor aún sentada en el banquillo—. Mi madre era italiana, de Verona, una ciudad preciosa que conserva una gran historia musical. Su maestro era de allí y ella me enseñó todo lo que sabía.

—Un lugar muy interesante —dijo Diego—. Su madre era una mujer maravillosa y vos habéis heredado esa magia.

—Gracias —balbuceó Leonor conmovida. Las lisonjas del hombre le llegaban al corazón. Era imposible no dejarse embaucar por sus encantos.

—Creo, señora, que deberíamos retirarnos a descansar —dijo Diego. La mirada de ella le estaba llegando al alma.

—Sí, mañana será otro día.

Los dos dejaron el edificio principal en silencio. Diego era incapaz de decir nada, continuaba arrobado con la presencia de Leonor. Ella lo condujo hacia sus propias habitaciones y al llegar se giró.

—Gracias por acompañarme —dijo Leonor sintiendo que su corazón latía sin control.

—Estoy deseando que llegue pronto el momento para volver a verla —susurró Diego. Estaban en la puerta y no quería que su padre lo escuchara.

—Nada me agrada más —balbuceó Leonor—. Buenas noches, Diego.

El joven se marchó con su nombre pronunciado por ella. Nunca había sentido esa atracción por una mujer. Era feliz solo estando con ella. No había pensado que, en ese viaje, encontraría algo tan puro como ella. Siempre había tenido fama entre las mujeres y se había divertido con ellas, pero siempre era

sincero, pues no quería nada serio con ninguna, ya que hasta el momento ninguna de ellas le había atraído tanto como para compartir otras cosas con ellas. Con Leonor sentía que podía tenerlo todo, se sentía cautivado en su presencia, atraído hacia su belleza y maravillado ante su inteligencia.

Entró al dormitorio en silencio, no quería molestar a sus compañeros. Parecía que dormían, pero cuando se tumbó en su manta se dio cuenta de que Marcos lo miraba con interés.

—¿Qué ha pasado?

Diego sabía que tenía que ser sincero y le contó a su amigo el encargo del maestro vidriero.

—Bernat es muy listo y sabe muy bien lo que hace —dijo Marcos. Entendía al maestro vidriero y confiaba en su amigo—. ¿Qué sientes tú?

—Bueno, Leonor es maravillosa y...

—No digas más. —Marcos estaba seguro de los sentimientos de su amigo y sabía que era noble.

—Don Justo no volverá a atemorizarla —dijo convencido, pues ahora estaría pendiente de ella en todo momento. Sentía que tenía que protegerla y ese sentimiento nunca lo había sentido por una mujer.

—Estaremos pendientes, amigo —dijo Marcos seguro de sí mismo—. Porque nosotros también queremos ayudar.

—Marcos, no dudes de que me acompañarás en la próxima.

—¿Tienes pensado algo? —preguntó con interés.

—Quiero hablar de nuevo con Felipe —dijo Diego convencido de que ese hombre se merecía una nueva oportunidad en la vida.

—Tendremos que propiciar ese encuentro —comentó Marcos de forma pensativa. Los taladores eran un equipo y siempre se ayudaban.

—Sí, habrá que pensarlo bien —dijo Diego contento por la amistad de esos honrados hombres.

—Tú piensa, que eres muy versado. ¿Quién te enseñó?

—Mi padre era soldado y estaba muy cansado de las guerras. Él quería que yo aprendiera y estudiara las cosas básicas. Decía que un hombre debía tener el cuerpo y la mente entrenados para la vida —contó Diego recordando las enseñanzas de su padre. Nunca le habían servido de tanto como en esos momentos.

—¡Qué gran hombre! —dijo Marcos alabando a ese hombre que le había dado un gran futuro a su hijo.

—Tu padre también lo es —dijo Diego. Sentía que entre padre e hijo había algo que los separaba.

—Él nos trajo aquí y mi madre murió por su culpa.

Diego suspiró. Ahí estaba la gran pena de su amigo. En el fondo ese lugar no le gustaba y sentía rencor.

—No creo que debas pensar así —dijo Diego—. Las circunstancias de cada hombre no las busca él mismo, sino que se adapta a los avatares de la vida.

—Antes había preferido estar en otro lugar —dijo Marcos—; ahora me alegro de haberte conocido y tenerte como amigo.

Diego le dio unas palmadas en el hombro. También agradecía la amistad de Marcos, porque ambos compartían muchas cosas.

—Mañana trazaremos un plan con los demás —dijo Diego señalando a los dos hombres que roncaban en un rincón ajenos a lo que ellos habían hablado.

—Perfecto —dijo Marcos emocionado. Al fin parecía que en su vida aparecía la aventura.

VII

Tras el desventurado encuentro con la joven Leonor, don Justo estaba muy molesto. Para desquitarse del mal humor, organizaría una salida a Nablanca. Quería ver con sus propios ojos cómo iban los trabajos en el filón de plata. Había gastado mucho dinero propio para garantizarse que lo encontrado fuera todo suyo. Ya soñaba con esos bienes que podrían cambiar su vida para siempre. Se marcharía a vivir a Madrid, la corte le esperaba y tenía que intentar codearse con los nobles.

Al día siguiente madrugó mucho. Había mandado una nota a Félix y estaba esperándolo en la puerta con la carreta. Hacía unos días que había ido a la cantera, pero no podía estar muchos días sin ver la plata. Le encantaba ver ese filón

—Don Justo —dijo Félix saludando. Le fastidiaba mucho la costumbre del hombre de visitar de forma tan seguida la cantera. Estaba planeando algo para deshacerse de él y poder quedarse con todo. Jonás era fácil de convencer y Felipe no estaba interesado en la plata, pero el administrador era tan codicioso como él mismo. Félix siempre había sido ambicioso, era un aspecto de su carácter que siempre había estado ligado a él, desde bien pequeño. Siempre le había gustado llevar el control de las cosas y tenerlo todo para él.

—Espero que todo vaya bien. ¿No ha sucedido nada?

—Todo tranquilo —dijo Félix. Tenía a Felipe bien cogido. Sabía que ese hombre, como gran soldado que había sido, era el mejor guardián del filón.

Justo estaba preocupado por Diego, así lo comentó con el arenero, que le escuchaba muy atento. Ese chico parecía querer meter las narices en sus asuntos y no le gustaba nada. Tenía que vigilarlo, pero solo tenía a Félix como aliado y ya no estaban en la Vidriera. Tenía que cambiar eso y solo había una manera.

—Quiero que pernoctéis de nuevo en la Vidriera —comentó Justo. Creía que con eso podría tener controlados a los taladores.

—No entiendo por qué —dijo Félix extrañado. No podía enfadarse, pero era como realmente se sentía. Por las noches extraía mineral hasta muy tarde, y ahora ya no podría hacerlo más por esa estúpida orden. Estaba muy contento porque, gracias a esa actividad nocturna, tenía una gran parte de esa plata a buen recaudo.

—Porque lo digo yo, que pongo el dinero —vociferó Justo con rabia—. Quiero que vigiléis a los taladores, sobre todo al nuevo.

—Eso está hecho. —Félix siempre había buscado los problemas y las peleas. Disfrutaba con ello y nada le gustaría más que buscar una pelea con ese fanfarrón.

Estuvieron mirando el filón. La veta era muy grande y se había originado al quedar una grieta en las rocas. Esta, a lo largo de los años, se había rellenado de mineral. La plata estaba adosada a otros materiales. El trabajo de extraer el mineral era muy duro y pesado y lo más importante: les faltaba mano de obra. Pero la codicia los cegaba, pues cuantos más trabajadores tuvieran, más dinero tendrían que pagarles y les quedaría menos a ellos. Jonás trabajaba en el interior. Era el único que habían aceptado y que se llevaría un buen dinero. Además de extraer el mineral, tenían que triturarlo para separar la plata de los demás componentes.

—¿Y Felipe?

—Le gusta dar una vuelta por los alrededores para asegurarse de que no hay nadie —dijo Félix. A veces le sacaba de quicio esa manía del soldado. Siempre estaba sospechando de algo o alguien.

—Muy bien, esto tiene que permanecer oculto —dijo Justo.

Inspeccionó cómo iban las extracciones y a cuánto podían subir las ganancias. Se frotaba las manos pensando en el poder que ese dinero le daría, el respeto que la gente le tendría y todo lo que conllevaba ser una persona rica. Si alguien se enteraba del hallazgo, estarían perdidos, porque el duque era el dueño legítimo de esa mina. Tenían que llevarlo con cuidado y por eso quería que volvieran a la Vidriera por la noche. Era una manera de poder tenerlos vigilados y de no levantar ninguna sospecha.

Mucho más cerca de lo que creían, tres hombres se habían encontrado en medio de la montaña. Esta vez, no hubo ataque por parte del soldado, pero miró a los dos jóvenes enfadado. Miró por todas partes para asegurarse de que no hubiera nadie más por allí.

—Te dije que no volvieras por aquí —dijo Felipe mirando a Diego. Era peligroso estar allí, sobre todo por la presencia del administrador en la montaña —. Don Justo está por aquí.

—Por eso hemos venido —dijo Diego adelantándose—. Queremos saber lo que ocultáis aquí.

—Es complicado —dijo Felipe. Estaba decidido a ayudarlos y contarles todo lo que pudiera—. Don Justo nos ha mandado a dormir de nuevo a la Vidriera, quiere manteneros vigilados.

—Muy importante será lo que escondéis —dijo Diego silbando, obviando el peligro.

—Según se mire —aclaró Felipe. Para él el dinero era importante, pero no tanto como para robar lo que no era suyo—, siempre hay hombres más codiciosos que otros.

Marcos permanecía atento a la conversación.

—Entonces hay dinero de por medio —dijo Diego pensando qué podría haber en medio de la montaña que diera tanto dinero como para que Justo estuviera tan pendiente—. Una mina. ¡Habéis encontrado una mina!

—Eres muy perspicaz, rapaz. —Felipe admiraba a ese joven. Era sagaz e inteligente—. Pero ten cuidado con lo que dices y dónde.

—Aprovecharemos un día y madrugaremos —dijo Diego perfilando un plan —, tenemos que ver esa mina y hacernos una idea de lo que hay allí.

—No subestiméis a Félix... —les previno—. Es un hombre hosco, avaricioso y pendenciero.

—No lo hago, sé muy bien cómo son ese tipo de hombres —comentó Diego con seguridad—. Pero estoy seguro de que nos ayudarás.

La seguridad de ese joven era abrumadora. Hacía tiempo que quería que su vida fuera diferente y era verdad que estaba un poco harto de Félix y sus asuntos sucios. Nunca había hecho nada malo, siempre había luchado en beneficio del rey y no se había cuestionado por ello. Ahora estaba muy cansado de todo y la oportunidad que le estaba brindando ese joven era de oro.

—Está bien —asintió Felipe por fin. Lo había pensado mucho en los últimos días, desde su último encuentro—. Os ayudaré, pero id con mucho cuidado.

—Solo te pido una cosa —dijo Diego mirándolo a los ojos—. Quiero que mantengas a Félix lejos de Leonor.

—¿La hija del maestro vidriero? —Al ver que el joven asentía, sonrió. Era evidente que algo sentía por ella y se preocupaba—. ¿Le ha sucedido algo?

—Don Justo intentó...

—Ese tipo es un desgraciado —dijo Felipe escupiendo en el suelo con desprecio—. Si puedo remediarlo, nadie la molestará.

Nunca le había gustado que trataran mal a las mujeres, pero Félix era uno de esos hombres a los que les gustaba dar miedo. Sus salidas a La Volteruela, en busca de sexo fácil, estaban cargadas de violencia. Allí había una pequeña aldea donde vivían a partes iguales moros y cristianos. El alcalde fue nombrado por el duque y los asuntos del gobierno los juzgaba él mismo. Estaba a algo más de una hora de camino, pero algunas noches de invierno se acercaban para satisfacer sus deseos. Felipe ahogaba sus penas en alcohol, el vino corría por todos lados y acababa medio borracho.

—Gracias —dijo Diego. Confiaba en ese hombre porque estaba seguro de que tenía ganas de cambiar de vida y era un gran aliado.

—Ahora largaos de aquí —dijo Felipe—, debo volver para no levantar sospechas.

—Estaremos en contacto.

Los dos jóvenes se largaron de allí contentos de haber averiguado aquello

que intentaban ocultar. Estaba amaneciendo y llegarían a tiempo de desayunar algo rápido para empezar el trabajo. El cielo era precioso y todo un espectáculo.

—¿Te fías de él? —preguntó Marcos. No había dicho nada durante la charla, pero tenía sus dudas.

—Sí, es un hombre cansado de su vida —comentó Diego. Había conocido a un par de tipos así en las revueltas—, y esos hombres hacen cualquier cosa para que todo cambie.

—Lo has visto en la guerra, ¿verdad?

Diego asintió. No se podía decir que hubiera estado en las grandes guerras, solo eran pequeñas revueltas. Ciudadanos que se alzaban contra el poder del noble y trataban de impedir que sus tierras pertenecieran a un gran ducado. Nadie sabía qué era lo mejor y en su analfabetismo repudiaban el progreso. Pero allí había muchas clases de hombres y cada uno ocultaba algo. Todos tenían en común que querían cambiar de vida.

Los jóvenes llegaron a la Vidriera y fueron derechos a las cocinas. Allí no había nadie y Carmen los miró algo enfadada.

—¿Dónde estabais?

—Investigando —dijo Marcos yendo hacia la olla—. Ponnos un poco de gachas, que nos morimos de hambre, hemos caminado mucho.

—Sentaos —dijo Carmen poniéndoles dos cuencos—. Bernat y Leonor han empezado muy pronto a trabajar, tienen muchos encargos.

—¿Estaban enojados los demás? —preguntó Marcos refiriéndose a los taladores.

—Tu padre se preguntaba dónde estaríais metidos a esas horas —comentó Carmen—. Vicente dijo que si os pasaba algo, él mismo os remataría.

Los dos jóvenes tragaron de prisa las gachas y enseguida llegaron al carro de los taladores.

—Aquí vienen los rapaces —dijo Vicente con una sonrisa cómplice. Los había escuchado levantarse, pero no había dicho nada.

—Espero que nos contéis dónde habéis estado —dijo José algo enfadado por el retraso.

—Por el camino os contaremos —dijo Diego ocupando su lugar en el carro.

Durante el camino les fueron contando su encuentro con Felipe en la montaña y lo que supuestamente escondían allí.

—Eso sería del duque —dijo José. Siempre se había considerado un hombre justo y honrado.

—Don Justo está muy pendiente de que nadie se entere —dijo Diego—. Por eso les ha dicho a los areneros que por la noche duerman en la finca. Quiere tenernos vigilados.

Los dos mayores levantaron la cabeza sorprendidos por la táctica del administrador. Sabían que era un hombre que no tenía principios, pero lo que estaba haciendo era robar en las mismas narices del duque.

—Si el duque se enterara, lo despediría enseguida —dijo Vicente. El noble no iba mucho por la finca, pero sabía que era honrado.

—Habrá que recabar pruebas contra él —comentó Diego. Si iban a denunciarlo al duque, necesitaban estar seguros de todo. Los nobles no culpaban a nadie sin conocer la verdad.

—¿Qué vais a hacer?

—Lo primero, visitar esa mina. Necesitamos saber lo que hay allí, la magnitud de esas riquezas.

—¿Visitar la mina?

—Sí, ahora que van a dormir en la finca será mucho más fácil —comentó Diego—. Además, contamos con la ayuda de Felipe. Él nos tamará.

—¿Estás seguro? —preguntó Vicente, que era un poco más desconfiado.

—Sí —dijo Diego contándoles un poco sobre la vida que ese hombre llevaba y su afán interno por cambiarla—. Confío en él.

—Vale, dejemos ese asunto y pongámonos a trabajar un rato, que vamos retrasados —dijo José animando al grupo.

En Aranjuez, Alejandro esperaba a que terminaran las clases para poder ir a Alponete a visitar a Jimena. Llevaba una semana con el cortejo y podía decir a todo el mundo que estaba enamorado de ella sin remedio. Los compañeros de allí lo habían acogido muy bien y los profesores parecían encantados con sus notas. El año terminaría pronto y debía decidir qué iba a hacer con su vida, aparte de casarse con Jimena.

Hacía poco que había recibido carta de Luis. Sabía que su padre le había enviado a sofocar algunas revueltas, por mandato del propio rey, pero esta vez no le decía dónde se encontraba, pues el peligro era muy latente y no se podía fiar de los mensajeros.

Utilizaban, gracias al mismo rey, su sistema de mensajeros, y en menos de tres días podían saber el uno del otro. Luis comentaba que todo el asunto que circundaba a Don Justo le mosqueaba mucho y quería que él estuviera atento por él. Además, le decía que ya se imaginaba lo que sentía por su hermana y solo quería que la cuidara y amara. Para Alejandro, tener la aceptación de su amigo era algo que valoraba mucho, dado el afecto que ambos se tenían desde siempre.

En Alponete, la vida era mucho más tranquila que en la capital. Jimena disfrutaba de los paseos que compartía con Alejandro y sus charlas sobre libros y otros temas que les interesaban a ambos. Sus padres les dejaban estar un tiempo

a solas y ellos paseaban por el jardín y a veces salían a caballo. Durante esas visitas, su relación fue creciendo poco a poco y ambos se confesaron que se amaban desde hacía tiempo. Ese día, ella estaba un poco más silenciosa que otros y Alejandro no sabía qué contarle.

—¿Os pasa algo?

—Alejandro, he escuchado a mi padre hablar sobre mi hermano García y estoy preocupada —dijo Jimena, que no sabía esconder su tristeza o preocupación por algo.

—Tu hermano parece que ha escogido un camino muy diferente al que tu padre hubiera deseado para él —comentó Alejandro, que también había escuchado alguna historia sobre él.

—Y Luis parece haber desaparecido —murmuró Jimena con pesar—. Me da miedo que suceda algo.

—Estaré siempre a vuestro lado y no permitiré que os pase nada malo a ti ni a tu familia. —Alejandro estaba sorprendido porque ella era muy intuitiva.

—Eso lo sé, pero parece que algo sucede en ese lugar de Andalucía; y luego está ese hombre...

—No quiero que tengáis miedo. Verás, he pensado algo, pero no sé si os gustará la idea —dijo Alejandro con inseguridad. Tenía pensado hacerlo algo después, pero todo se estaba precipitando—. Cuando terminara mis estudios, y solo me queda este año, tenía pensado pedir tu mano porque te amo, pero creo que podemos adelantar todo un poco.

—Alejandro, ¿crees que eso solucionará algo? —dijo Jimena sonrosada.

—Voy a ser sincero contigo, porque no quiero secretos entre nosotros y este me quema —dijo Alejandro. Esperaba que no se enfadara mucho con él—. Cuando vine a pedir permiso para visitarte, también le conté a tu padre ciertos rumores sobre ti y algunos invitados de la fiesta a la que acudimos. Al ser mi esposa, tendrías mucho más que mi protección, tendrías mi apellido y sobre todo mi amor.

Jimena había escuchado con calma. Siempre había sabido que sucedía algo. Lo veía en la mirada de su padre, pues parecía preocupado. Nunca hubiera imaginado que Alejandro le ocultara algo así, pero sus intenciones eran nobles y no podía enfadarse con él. Además, lo más importante para ella era que él la amaba y ese matrimonio estaría basado en el amor. Él no mentía, se lo decían sus ojos y sus caricias, algo que siempre había soñado.

—¿No decís nada? —El silencio lo estaba matando y no podía dejar de pensar en una negativa y un enfado por parte de ella.

—Sabía que sucedía algo —dijo Jimena sonriendo al ver su preocupación—. Alejandro, siempre soñé con casarme cuando me enamorara de alguien y creo

que ese día ha llegado: acepto. Os amo desde hace mucho tiempo.

El joven se acercó a ella y la besó de forma tierna. Nada podía mejorar ese día.

—Hablaré con vuestro padre para contarle nuestros planes —dijo Alejandro muy contento—. Perdonadme por no haberos contado nada. No quería preocuparos más de lo que lo estabais el día de la fiesta.

—Me gusta que entre los dos haya confianza, creo que es lo mejor para nuestro futuro —susurró Jimena. Quería lo mismo que tenían sus padres y la confianza era básica. Se alegraba de que Alejandro la amara.

Hablaron juntos con su padre y el duque no podía estar más contento con la boda. No se enfadó al saber que Alejandro le había contado todo a su hija. Entendía al joven, pues la confianza era básica, y más cuando se empezaba una relación.

—Podéis elegir la fecha —dijo el duque pensativo—. Esperemos que Luis pueda venir.

—¿Dónde está mi hermano, padre?

—Lo envié a una revuelta —comentó el duque—. El rey pidió hombres y yo no tengo ganas de luchar. Diego se prestó a ayudarme, como buen hijo y mejor soldado.

—Oh —susurró Jimena. Conocía a su hermano y su sentido del honor. Era el que más se parecía a su padre, para la perdición de García, que parecía algo disgustado por esa concesión—. ¿Y García, padre?

—Tu hermano mayor ha elegido otro camino, Jimena —dijo el duque con el dolor reflejado en el rostro. Nada le dolía más que ver que su hijo se dirigía a un lugar sórdido y que prefería compañías oscuras y malvadas.

—¿Lo sabe Luis?

—Sí, García no quiso ayudarme —dijo el duque recordando la charla que había tenido hacía meses con su hijo mayor—. En cuestión de honor y familia, Luis siempre ha sido más fiel.

—Espero que esté bien.

—Luis tiene muchas cualidades para salir ileso de todo —terció Alejandro, que conocía muy bien a su amigo y había estado en silencio mientras padre e hija hablaban.

—Ahora vamos a hablar con tu madre —dijo el duque mirando a su hija y a Alejandro—. Creo que le va a encantar la noticia.

Doña María recibió la nueva con gran alegría. Los tres habían decidido no contarle nada de las sospechas que tenían y del peligro que podía correr Jimena. Era mejor que la dama fuera feliz con la boda de su única hija y que iniciara los preparativos cuanto antes.

—Ay, hija. Tienes el ajuar a medio hacer, habrá que bordar más y...

Jimena miró a su prometido. Le lanzó una mirada necesitada de apoyo, pues no quería pasar sus días bordando. No tenía carácter para ello.

—Si me perdona, doña María —dijo Alejandro mirando a la dama—. Seguro que Jimena tiene bastante ajuar y prefiere pasar algún tiempo más con este prometido suyo que nada anhela más que poder disfrutar de su compañía.

Las palabras enternecieron a la dama, que los miró con dulzura. Nada le gustaba más que saber que su hija se casaría enamorada y correspondida. No podía haber elegido mejor hombre, pues Alejandro le gustaba mucho y le parecía un muchacho honrado y trabajador, además de muy atractivo.

—De acuerdo, además tenemos muchas cosas que preparar. ¿Cuándo será la boda? —preguntó la dama presa de la felicidad.

—Eso, señora mía, tenemos que dejar que lo piensen ellos —dijo el duque acercándose a su mujer—. Y para ello necesitan estar a solas.

Dejaron a los jóvenes solos en la sala y Jimena corrió a abrazar a su prometido.

—Gracias, no hubiera soportado pasar más tiempo bordando —dijo Jimena hundiendo su rostro en su pecho. Al darse cuenta de lo que había hecho, sintió una repentina vergüenza.

—Prefiero que leas y pasees y, sobre todo —dijo Alejandro alzando su rostro—, que no te avergüences de abrazarme nunca.

Los dos se fundieron en un beso cargado de amor y de sueños para el futuro.

Leonor no había visto a Diego esa mañana en la cocina. Había desayunado algo más lento de lo normal, esperando al joven talador. Al no verlo, se había ido al taller con un deje de tristeza y un poco enfadada. Los sentimientos que despertaba en ella eran tan intensos que la abrumaban. Durante la mañana estuvo un poco torpe y estuvo a punto de romper algunas piezas.

—Leonor, pareces distraída —dijo Bernat al verla manipular las piezas con tanta torpeza.

—No, es que...

—¿Cómo fue la velada musical? —preguntó Bernat para cambiar de tema. La música siempre la ponía de buen humor.

—Bien —dijo Leonor. Al ver que su padre esperaba algo más, continuó—. Diego resultó ser un gran oyente y amante de la música.

—Bien por él, ya lo pensaba yo —dijo Bernat con una sonrisa. Había visto las miradas que ambos se dirigían por las mañanas y entendía el humor de ese día de su hija, pues el joven no había aparecido en la cocina para desayunar.

—Es muy inteligente y no parece venir de una familia muy pobre.

—No debes sacar conclusiones sobre nadie por eso. Diego me parece un joven honrado y trabajador.

—Padre... —dijo mirando al hombre—. Me gusta.

—¡Bravo! —dijo Bernat abrazándola con cariño—. Estabas tardando mucho.

—Padre... ¿Y si él...

—No tengas dudas, a él también le agradas. —Bernat sabía reconocer la mirada de un hombre que admiraba a una mujer o que estaba enamorado.

—Pero...

—Tú tranquila —dijo a su hija. Era la primera vez que le había confesado estar interesada en un hombre y además, él estaba de acuerdo, porque le gustaba el muchacho—. Las cosas irán sucediendo poco a poco.

Leonor se tranquilizó un poco y pasó el resto del día más relajada. La torpeza desapareció y pudo trabajar con calma. Estaban haciendo un juego de copas para un noble de la zona. Por la tarde, se remangó la blusa. Hacía un rato que había escuchado el rumor de las voces de los taladores mientras guardaban los troncos en la leñera. Su padre entraba todas las mañanas y las tardes un carro de leña que dejaba bien apilado al lado del horno. Ellos le facilitaban el trabajo, pues mantenían la leñera siempre llena.

Diego había pasado un día tranquilo. El trabajo había sido duro, pero el tiempo les había acompañado y el calor había facilitado toda la labor, al menos en un principio. Cortaban los troncos entre dos con un serrucho con dos mangos. Cada uno se ponía a un lado del árbol e iban serrando la madera poco a poco. Era una labor pesada, pero lo más peligroso era cuando el tronco ya serrado caía en toda su longitud al suelo. Tenían que estar atentos para que no cayera en mal sitio. Al llegar a la leñera, el calor que despedía el horno se hizo más sofocante.

—En invierno es una maravilla —dijo Marcos sabiendo lo que pensaba su amigo. También se había arremangado y sudaba mucho.

—Lo creo, pero ahora es un infierno —dijo Diego secándose el sudor con el faldón que le colgaba de la camisa.

Siguieron guardando el tronco que habían cortado en la montaña y, como había hecho muy buen tiempo, también lo habían troceado, por lo que llegaron a la finca más tarde pero con el trabajo hecho. José y Vicente dejaron a los jóvenes esa tarea, mientras ellos descansaban.

—Vicente está cada día más débil —comentó Marcos guiñándole un ojo a Diego—. Pero no le digas nada que se enfada.

—Lo he notado. Su edad es para que esté haciendo otras tareas más sencillas —dijo Diego.

—Él no quiere escuchar nada de eso. Dice que morirá siendo un talador.

La lealtad de esos hombres era algo que Diego admiraba mucho. Siempre le

habían gustado ese tipo de personas y le gustaba rodearse de ellas. En Alponte había dejado muchas amistades leales que seguro lo añoraban.

—¿Recordando a tu familia? —preguntó Marcos.

—A veces creo que me lees la mente —dijo Diego mirando a su joven amigo.

—No, simplemente son los mismos sentimientos por los que yo pasé y quiero acompañarte —dijo Marcos sonriendo. Su vida parecía otra desde que Diego había llegado.

—Gracias, a veces es duro pensar en ellos.

—Creo que ellos estarán mejor que tú —dijo Marcos pensando en la gente que habría dejado lejos.

—Seguro —dijo Diego sonriendo mientras amontonaban la leña.

El lugar estaba anexo al horno. Era una sala grande en la que se almacenaba la leña contra las paredes e iban cubriendo la pared. Parecía que Bernat utilizaba mucha leña para el horno, pues todos los días tenían que llenarlo. Cuando terminaron, Diego se quedó junto a la puerta. Esperaba ver de nuevo a Leonor. Sabía que no era el momento ideal, pues su aspecto no era el más adecuado para presentarse delante de una dama, pero le encantaba verla en su trabajo. No había cerrado aún la puerta cuando escuchó que se abría la del taller.

Ambos se miraron en la distancia. Sus ojos bebieron de la presencia del otro. Tanto él como ella estaban algo sudados por el calor del horno y sus ropas se adherían a sus cuerpos en algunos lugares. A Diego se le secó la boca al ver cómo la tela de la blusa se había pegado de forma parcial a la piel de sus pechos.

—Parece que ha sido un día pesado —dijo Diego intentando romper el silencio.

—Sí, este calor agota —comentó Leonor mientras se secaba el sudor que aún le corría por la frente. La camisa de Diego estaba de nuevo desabrochada y pudo admirar su cuerpo.

—Añoro bañarme en el río. En Alponte lo hacía casi a diario —dijo Diego recordando esos refrescantes momentos del verano.

—Aquí también hay un río.

—¿Sí?

—No sé cómo será el de Alponte, pero en este me he bañado en algunas ocasiones en las que me ha acompañado mi padre.

Diego fue incapaz de no pensar en el cuerpo de Leonor sumergiéndose en las aguas. Nunca un pensamiento le había parecido tan seductor.

—¿Te apetecería enseñármelo? —De pronto imaginar un baño con ella era algo que deseaba con fervor.

VIII

Durante solo un instante, la joven imaginó la respuesta. Un baño con Diego se le antojaba de lo más placentero, ya por el calor que tenía en el cuerpo y más bien por la grata compañía del hombre. Nunca había sido temerosa ni se consideraba de esa forma. Su madre siempre le había inculcado que el coraje era una gran característica en una mujer. Debía ser fuerte, inteligente y tenaz en sus decisiones. Nunca se le había presentado tal diatriba, pero en ningún momento pensó en despreciar semejante invitación.

—Vamos —dijo Leonor cerrando la puerta, no sin antes entrar al taller y decir a su padre que iba al río con Diego—. A mi padre le gusta saber dónde estoy.

El joven talador se quedó pasmado ante la confianza que había entre Leonor y su padre. Entendía al hombre. Cuidaba de ella y se preocupaba, sobre todo después de lo que había sucedido hacía unos días. Habría sido una gran responsabilidad el tener que criar a una niña él solo, pero Leonor era una joven maravillosa y cada cosa nueva que descubría de ella le gustaba mucho más que la anterior, por lo que en ese momento le había vuelto a sorprender con su franqueza y sinceridad. Eran cualidades que apreciaba, y más en una mujer.

—Además, no suelo ir al río con todos los jóvenes —dijo Leonor con gracia. Sabía lo que estaba pensando él.

—No te censuro, Leonor —dijo Diego, además por allí no había muchos hombres para dialogar u otros menesteres. Cada día se sentía más atraído por esa joven. Pero no solo era una atracción física, no, era también una admiración por su carácter—. Te admiro.

La joven se giró para mirarlo. Sonreía de forma afable y su mirada era limpia y sincera, no estaba mintiendo. Se ahogó en los ojos dorados de ese hombre que empezaba a ser importante para ella. La voz de Diego tenía un efecto tranquilizador en ella. Nunca le habían gustado las lisonjas que los hombres decían a las mujeres, pero él decía unas cosas preciosas.

Salieron de la casa y la bordearon, tomando un camino que cruzaba por detrás de la finca. El paisaje que rodeaba el edificio era mágico. Los pinos que circundaban las tierras eran altos y con sus copas parecían llegar a lo más alto del cielo. El sol ya se había escondido y empezaba a haber poca luz. Los colores del cielo eran preciosos.

El camino era el mismo que Diego tomaba todas las mañanas con los areneros, pero en vez de seguirlo, Leonor lo atravesó y continuó caminando hasta adentrarse en el pequeño bosque. Parecía conocer bien el camino y sabía por dónde iba, pues marchaban por un caminito apenas dibujado en el suelo. A

ambos lados se erguían imponentes como grandes estatuas los pinos. Diego no se había aventurado en muchos bosques, pero el aspecto de este no era lóbrego ni oscuro, pues todavía se filtraba algo de luz por entre las altas copas.

Le llegó un olor característico, un suave perfume que iba mezclado con el frescor del pino. Se paró un poco tratando de dar con el árbol o arbusto que desprendía tal aroma. Leonor lo vio en medio del camino y sonrió, pues a ella le pasó lo mismo la primera vez que pasó por allí.

—Huele a tomillo, una planta aromática muy típica de la zona. En la antigüedad se utilizaba mucho, ahora solo en la cocina —explicó Leonor sin dejar de caminar. Dio unos pasos y se paró, señalándole una de las plantas para que disfrutara del aroma.

Diego pasó sus dedos por las ramas y estos quedaron impregnados de un suave y placentero aroma que hacía que todo su cuerpo se relajara. Sentía los ojos de Leonor sobre su espalda y estaba seguro de que podía escuchar su respiración entrecortada. Esa joven le hacía perder el control de una forma muy peligrosa y, lo que más miedo le daba, era que empezaba a importarle.

—Siempre me ha gustado mirar el cielo por las noches y aquí es espectacular —dijo Diego admirando los colores de las pocas nubes que quedaban, pues la luz iba desapareciendo poco a poco y cada vez había más oscuridad. Quería cambiar de conversación y acabar con el hechizo que le provocaba estar con ella. Cuando sus ojos azules lo miraban, sentía que no había nada a su alrededor. Al menos si hablaban, sus mentes estaban en la conversación.

—En este lugar todo es impresionante —comentó Leonor, recordando sus primeras noches en la Vidriera—. Cuando llegué aquí me asustaba mirar el cielo porque pensaba que las estrellas se iban a caer.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Casi cinco años —comentó Leonor—. Al principio fue muy duro. Dejar Barcelona por esto es un gran cambio. Pero ahora no lo cambiaría por nada. Espero que el duque quiera mantener el negocio durante mucho tiempo.

—También lo espero.

—La vida será diferente que en Alponte.

—Sí, no es tan grande como Barcelona, pero tiene algo más de vida.

Los dos seguían paseando por el mismo sendero que parecía no acabar nunca, además estaba rodeado de árboles de distintas especies; ya no solo eran los altos pinos. Leonor parecía conocer muy bien el lugar. Solo se escuchaban sus voces y la de alguna lechuza que ululaba al cielo.

—El río está casi al final del camino. Pocas personas lo conocen —comentó Leonor—. Está muy escondido. Al poco de llegar, siempre que venía veía ciervos y gamos.

—Seguro que está en un lugar magnífico —comentó Diego—. Me han contado que el duque tiene esto como finca de caza.

—Sí, hace tiempo que no viene, pero antes venía muy a menudo en las temporadas de caza y luego en verano. Una vez le confesó a Genaro que era un lugar maravilloso para descansar de las complicaciones de la vida.

Diego no entendía por qué ese gran hombre, del que todos contaban grandezas y alabanzas, había dejado de ir a la finca y la había dejado a su olvido.

—Ahora está algo abandonada.

—Bueno, parece que Don Justo se ha tomado ciertas confianzas —dijo Diego arrepintiéndose al punto de haber dicho ese nombre—. Siento recordarte a...

—Soy más fuerte de lo que piensas, Diego.

El joven no pudo dejar de reír ante el recuerdo del golpe que la joven le había dado al administrador. Era la primera vez que conocía a una joven así.

—Me he dado cuenta.

Llevaban más de diez minutos caminando y el bosque se cerraba cada vez más, así como el camino se iba estrechando a cada paso. Leonor observó la luna, que parecía querer asomarse tímida y recelosa entre algunas nubes oscuras y sombrías que se empeñaban en ocultarla. Era como la sonrisa de una gentil dama, exquisita y luminosa. Una fina raya que separaba las tinieblas de la noche de la luz del día. Por esa razón, había muy poca luz y sabía que no había nadie más por esos lares.

—Llegamos —dijo Leonor parándose al final del camino. Dejó que Diego disfrutara del paisaje.

El río era bastante más amplio de lo que se había imaginado. Estaba enmarcado por muchos árboles que parecían esconder el curso del agua. Era un lugar que parecía de cuento. Las orillas estaban cubiertas de una fina capa de hierba que conservaba un bonito verdor por la humedad de las aguas. Daría lo que fuera por tumbarse en ese lugar bajo el sol.

—Esto es asombroso —dijo Diego acercándose al agua para ver si estaba fría—. Um, está perfecta para darnos un buen baño.

En ese momento, los dos sintieron algo de pudor al pensar en bañarse juntos. Diego no era capaz de hacerlo en paños íntimos y dudaba que ella lo hiciera. Pero se equivocó, porque ella comenzó a quitarse algunas prendas y se quedó plantada esperándolo.

—¿No querías bañarte?

Diego se quedó un instante congelado, pero enseguida se quitó la camisa y el pantalón. Con los finos calzones se acercó a la orilla del río. Su cuerpo ardía por diversas razones, pero la principal era por la cercanía de Leonor. Al momento

estaban los dos dentro del río. El agua estaba algo fría, pero para ellos estaba perfecta. Diego se sumergió y emergió al momento sacudiéndose el pelo.

Leonor se quedó muy quieta mientras el agua apagaba el sofoco que la cercanía del hombre le provocaba. Intentó no mojarse el pelo, porque no tenía ganas de acostarse con el pelo mojado.

—¿No te mojas?

—No, mi cabello es muy largo y no tengo ganas de acostarme con él mojado —dijo Leonor comprobando que no se le hubiera soltado.

Diego enmudeció al pensar en ese cabello esparcido sobre su almohada tras una noche de pasión. Su cuerpo respondió al instante y, para calmarse, empezó a nadar.

—Creo que será mejor que nos vayamos —dijo Diego saliendo del agua sin ningún cuidado. Se puso la ropa y esperó a Leonor—. Puedes salir, me giraré.

Leonor vio cómo se giraba y admiró esa poderosa espalda. Salió del agua y sintió un escalofrío. Nada le gustaría más que abrazarse a ese cuerpo y sentir su calidez. Nunca había sido una mujer tímida, se consideraba fuerte y decidida, pero en esa situación se sentía perdida, pues no había tocado nunca a un hombre y no sabía cómo hacerlo. Decidió ser valiente y expresar lo que sentía.

—Me gustaría que me envolvieras entre tus brazos —dijo Leonor abrazándose a sí misma al sentir algo de frío.

Diego se giró y la vio allí de pie, mojada y mirándolo sin ninguna timidez.

—No sé si me conformaré solo con abrazarte —dijo Diego acercándose poco a poco a ella, turbado y excitado por sus palabras.

Leonor se regodeó en un beso imaginario. De pronto, que la besara Diego era todo lo que deseaba en ese mundo. Sus ojos estarían implorando ese contacto, porque enseguida sintió la cercanía de Diego junto a ella y unos brazos poderosos que la afirmaban a su cuerpo. Ella se pegó a él para sentir un poco más su calidez. Nunca hubiera pensado que el contacto con un hombre fuera tan placentero y abrumador.

Si a Diego le hubieran dicho que se excitaría como un niño solo con un simple abrazo, se habría reído y habría creído que era una gran mentira. Pero allí estaban los dos, abrazándose, y maldijo a su cuerpo porque parecía despertar a ese contacto y desear mucho más de ese cuerpo femenino que se pegaba al suyo. Alzó los ojos y sus miradas se quedaron prendadas la una de la otra durante lo que pareció un tiempo muy largo. Sin pensar, bajó sus labios hacia los de ella y los posó de forma delicada.

Leonor ahogó un gemido al sentir esos labios sobre los de ella. No sabía qué hacer, pero pronto Diego profundizó el beso y se vio devorada en una vorágine de deseo que parecía que la estaba quemando viva. Sin ser consciente de lo que

hacía, echó sus brazos al cuello de él para dejar sus cuerpos tan pegados que sintió cada una de las formas de ese cuerpo masculino que parecía hincharse de placer.

Estuvieron besándose durante un rato, pero Diego tuvo que parar. Su cuerpo estaba a punto de estallar y sus partes íntimas empezaban a crecer de forma alarmante. No quería por nada del mundo asustarla por su deseo.

—Debemos parar —dijo Diego tratando de encontrar su voz; intentó apartarse un poco, pero era imposible. Rozó la suave piel que bajaba por su cuello, sintiendo el estremecimiento que le provocaba—. Eres preciosa y deliciosa.

Leonor se dejó llevar por esa voz y lo besó de nuevo. Su cuerpo también le pedía algo que ni sabía y empezó a sentir el deseo de Diego en su vientre, algo que empezó a marearla y todo su cuerpo empezó a temblar.

—Um, esto es maravilloso.

La inocencia de ella rompía todas las barreras de Diego, que la miró totalmente hechizado. Pero al sentirla temblar, se sintió indigno y sucio. No quería corromper esa inocencia.

—Leonor, no ayudas mucho diciendo eso —se quejó sin saber qué hacer, porque si ella seguía de esa forma, era capaz de hacerle el amor en el suelo y eso era lo último que quería para ella. No es que no la deseara, lo hacía y mucho, pero si la poseía algún día, lo haría bien.

Ella pareció despertar de un sueño y lo miró con esos ojos azules aún cargados de deseo.

—Regresemos.

Los dos volvieron a la finca cogidos de la mano. Su silencio parecía acallado por el contacto de sus pieles. Ninguno fue capaz de decir nada. Diego acompañó a Leonor hasta sus habitaciones.

—Os dejo sana y salva, señora —dijo Diego de forma galante.

—Muchas gracias, vuesa merced —replicó ella con una sonrisa.

—Sabes que lo que ha sucedido lo cambia todo. —La voz de Diego salió ronca y su mirada estaba llena de esperanza.

—Eso espero. Mañana nos veremos en la sala de música —dijo Leonor dándole un beso tan rápido que él no tuvo reflejos para agarrarla.

La mañana se presentó mucho menos esperanzadora de lo que Diego había soñado. La imagen de Leonor se había grabado a fuego en su corazón y estaba seguro de que había dormido con él esa noche. Pero tuvo que despertarse de golpe cuando escuchó a Marcos llamándolo mucho más temprano de lo normal. Parecía preocupado y con prisas.

—¡Pardiez, Marcos! Si aún no ha amanecido —dijo intentando abrir un ojo.

—Despierta, pronto, que don Justo nos ha dejado un encargo.

Al escuchar el nombre del odiado administrador, Diego saltó del catre como si le hubiera picado un chinche. Sintió frío y se dio cuenta de que la luna aún estaba muy alta.

—¿Qué demonios quiere?

—Hacía tiempo que no mandaba a nadie —dijo Marcos esperando que su amigo se vistiera. Él nunca había sido elegido y ganas no le faltaban, así que no iba a desaprovechar esa oportunidad de oro para salir de la finca—. Tenemos que llevar cierto encargo a un noble de El Hornillo.

—¿Dónde está eso?

—A unas leguas de aquí —dijo Marcos alcanzándole la chaqueta que estaba en el suelo—. Es la única forma de poder salir de aquí y ver algo de mundo.

Diego miró a su camarada. Él había estado incluso en la corte, pues la cercanía entre Alponte y Madrid era en verdad ridícula e incluso había visto de lejos las obras del nuevo palacio de Felipe II. Entendía cómo se sentía Marcos.

—Está bien, cuéntame más mientras comemos algo —dijo Diego abrochándose la chaqueta—. Tengo un hambre voraz.

—Eres un gañán, te fuiste con Leonor y...

—No digas nada, luego te cuento.

Marcos supo, al punto, que su amigo estaba muy interesado en la joven. Nunca había estado enamorado, pero sabía reconocer en la mirada ese sentimiento. Mucho le había hablado su padre de ello y mil veces había salido escamado, pues él pensaba que en ese lugar perdido de la mano de Dios nunca encontraría una buena mujer.

Carmen ya estaba trasteando con el fuego y estaba colocando una gran olla en las trébedes. A los dos jóvenes se les hizo la boca agua al pensar en las suculencias que cocinaría para esa noche y se lamentaron de no poder estar. La mujer se extrañó de verlos en la cocina tan temprano.

—Pilluelos, es muy temprano —dijo Carmen con una gran sonrisa. Esos muchachos eran muy guapos y los apreciaba—. Sentaos que hace un frío de mil demonios.

—Mujer, no blasfemes.

La voz de Genaro se escuchó y el hombre apareció en el umbral de la puerta. Venía algo preocupado y su mirada fue directa a los taladores.

—Veo que ya has informado a tu amigo —dijo el hombre sentándose junto a ellos—. En unas horas os espera don Justo para informaros con detalle de dónde debéis ir, pero ya os anticipo que vayáis con mucho cuidado.

—¿Receláis de algo? —preguntó Diego. Se fiaba del juicio de ese hombre y

valoraba su consejo, y más en una empresa de la que nada sabía y que nunca había hecho.

—No me fío de ese hombre y ya te tiene inquina —dijo mirando a Diego—. En cuanto comáis algo, iréis al horno a cargar el carro.

—¿No sabes nada más? —preguntó Marcos. Genaro siempre sabía más de lo que contaba.

—Solo lo que te he dicho cuando te he despertado, vais a El Hornillo.

—Habladme de ese lugar —pidió Diego. Quería saber al menos a dónde tenían que ir.

—Es la aldea más cercana —dijo Genaro tomando un plato de gachas calientes—. Es un pueblo de pastores y en los últimos años se han asentado algunos nobles de poca monta.

—Será a alguno de ellos a los que tenemos que llevar el vidrio —comentó Marcos, recibiendo al punto una mirada de Genaro. El joven había olvidado que al hombre no le gustaba que le interrumpiesen cuando hablaba. Se calló enseguida y bajó la cabeza, recibiendo una suave colleja.

—Ya no me molestan tus interrupciones como antaño —comentó Genaro mirando al joven talador con cariño. Recordaba al joven pecoso que siempre le interrumpía y que nunca dejaba de hacer preguntas sobre la finca—. Pues como decía, no es un lugar grande, pero debéis tener en cuenta que allí se junta gente muy diversa. Confluyen muchos caminos y hay algunas posadas, además de la casa de la tercia.

—¿Qué es eso?

—Me parece que tienes más curiosidad que nuestro Marcos —dijo Genaro sonriendo al joven de Alponte—. Es el lugar donde se recaudan los impuestos del rey.

Genaro dejó de hablar al ver en la puerta a Bernat, que los miraba con preocupación.

—Buenos días nos dé Dios —dijo el maestro saludando al resto—. El día empieza hoy mucho más pronto.

—Sí, y nuestros jóvenes taladores tienen hoy un encargo diferente —al ver el gesto de sorpresa del vidriero, Genaro pasó a contarle las órdenes que había exigido esa misma mañana, casi rayando el alba, el administrador.

—Hacía mucho que no se llevaba un encargo —dijo Bernat pensando—. Siempre acudía algún criado del noble a recoger el vidrio.

—Pues don Justo hoy ha querido que sea diferente; además —dijo mirando al maestro—, tienen que ir a El Hornillo.

—Mucho se ha contado de esa aldea —dijo Bernat.

—Me gustaría saber...

—Lo único que tenéis que hacer es ir con mucho cuidado y mil ojos —dijo Genaro mirando que el sol ya quería salir—. Debéis cargar el carro y salir cuanto antes, mucho me temo que tendréis que pernoctar allí.

—¿Y el dinero para tal gasto?

—Don Justo se encargará —comentó Genaro—. Por mucha prisa que os deis, no llegaréis a dormir, por lo que es mejor no forzar a las bestias. Os darán más instrucciones.

Acompañados de Bernat, cruzaron el edificio central para acceder a los pasillos que daban acceso a la parte de atrás, allí donde estaban el horno y la leñera. De allí nada más había visto Diego, solo había sentido que allí el cuerpo se cocía del calor. Sentía curiosidad por ver cómo era el lugar donde trabajaba ese hombre, pues aunque nunca había visto una pieza, estaba seguro de que estas rebosarían belleza y perfección. El maestro llegó a la misma puerta en la que había visto a Leonor, sacó una llave de su chaleco y la metió en el paño de la cerradura. La puerta no hizo ruido ninguno, estaba bien engrasada.

—Id con mucho cuidado —avisó Bernat a los jóvenes. No quería que rompieran nada.

Diego sintió que estaba en otro mundo. Ya no sentía el calor ni el agobio del lugar, solo veía las maravillas que Bernat creaba. Se paseó por las mesas observando las copas altas con sus pies torneados, las bandejas alargadas y demás objetos. Las piezas que allí creaba se elaboraban mediante el soplado y moldeado, según le explicó Bernat. En cuanto al color, el vidrio de la Vidriera solo tenía una gama de verde debido a las impurezas de la arena y al uso de la barrilla. Entre los tonos de verde, variaban desde el verde oliva oscuro al claro ahumado ligeramente amarillento, pudiendo ser casi incoloro cuando el grosor de la pieza era mínimo. Otra característica de este vidrio eran las burbujas y agujas que se formaban a consecuencia del proceso al que era sometido.

Se fabricaban productos de uso industrial: frascos, botellas y garrafas. Si bien también en menor medida, productos para adornar las casas como jarras, copas y bandejas. Esas piezas eran privilegios entre las clases más acaudaladas. Los campesinos encargaban las lenguas de vaca destinadas a ser colgadas en las fundas de esparto para que los campesinos llevaran aceite o aguardiente.

—Esto es una maravilla.

—Eso es lo que le digo siempre a mi padre.

Diego se giró al sentir la melosa y dulce voz de Leonor. Sus miradas se cruzaron y ya no pudieron desprenderse. Era innegable que algo se estaba tejiendo entre ellos, algo muy poderoso. Tanto el maestro vidriero como el talador se dieron cuenta.

—Leonor, te dije que no madrugaras tanto —dijo Bernat intentado reprimir

una sonrisa, pues se miraban con tal pasión que le recordaron a él mismo con su Concha.

—Padre, tengo que ayudarles a manipular el vidrio —dijo Leonor convencida, era la única forma de que su padre le permitiera quedarse. Se había enterado de la marcha de Diego y quería pasar algunas horas con él, pues se había dado cuenta la noche anterior de que nada más entrar en su habitación ya lo añoraba.

—Muy cierto, eres la más cuidadosa y don Justo me ha advertido de que quiere que la mercancía llegue ilesa. En cuanto carguemos el carro, debemos ir a su despacho —dijo el maestro vidriero. Hacía mucho que no se encargaban de llevar los encargos.

—Les ayudaré a envolverlas bien —dijo Leonor entrando al taller y poniéndose su delantal. Al pasar junto a Diego, sintió una repentina vergüenza, pero no bajó la cabeza, lo miró de la misma forma que él lo estaba haciendo y que le sabía a gloria.

Marcos obedeció las instrucciones de la joven, para nada quería levantar su enojo. Su amigo parecía estar en el mismo limbo. Para él fueron horas de trabajo delicado, pero estaba seguro de que para los dos enamorados no habrían pasado ni dos minutos. Cuando hubieron envuelto todas las piezas, las metieron en unas cajas cubiertas de una tela gorda que hacía las veces de almohadón para evitar que se chocaran entre ellas y se rompieran.

—Muchachos, vayamos a hablar con Don Justo.

Los dos jóvenes siguieron al maestro vidriero. Al pasar por su lado, a Diego le llegó su voz y un «te espero» que le calentó el corazón. Recorrieron los pasillos y, en cuanto llegaron a las habitaciones donde el administrador tenía su despacho, el joven sintió que la cólera lo invadía de nuevo, como cada vez que lo tenía delante. Al pasar, los esperaba con el mismo despotismo de siempre. Les hizo sentar.

—Espero, Bernat, que el encargo llegue en perfectas condiciones —escupió don Justo mirando con indiferencia a los jóvenes.

—Hemos embalado las piezas de forma individual y luego hemos puesto un grueso manto —explicó Bernat sin bajar la mirada. No le tenía miedo, pues no dependía de ese hombre, sino del duque, que fue quien lo contrató.

—Bien. El encargo lo llevarán estos dos jóvenes —dijo señalando a los taladores—. Es un amigo mío y no puede mandar a nadie. El encargo se entregará mañana a las diez de la mañana, ni un segundo más ni uno menos, ¿entendido? —Al ver que asentían, prosiguió con las instrucciones—. Llegaréis entrada la tarde. Comeréis algo y os alojaréis en una posada para que las bestias descansan. El carro lo dejaréis en la Casa de la Tercia, ya he dado el recado y allí

lo custodiarán hasta el día siguiente, que lo recojáis para entregarlo.

Ambos jóvenes asintieron. Marcos estaba impaciente por empezar esa nueva aventura que lo llevaría lejos de la finca. Por su parte, Diego estaba algo preocupado. No le habían gustado ni el tono ni las maneras del hombre, porque estaba seguro de que había tramado algo contra ellos. Genaro tenía mucha razón. Iban a tener que estar muy atentos porque iban derechos y sin poder remediarlo a una trampa.

IX

En Alcalá, Alejandro estaba distraído mientras leía una nota que le había llegado durante la mañana. Las clases estaban programadas y, hasta que no terminaban, no disponían de tiempo libre, y menos para recoger nada. La nota que había recibido de Luis no le decía mucho, pero no estaba preocupado. Hacía un año, el duque de Alponte había mandado a su hijo mediano a sofocar algunas revueltas que hubo en el norte. Las conversaciones se habían reducido y las notas eran continuas entre ellos, pero siempre se lo habían contado todo. Así que esta vez no era distinta a otras y no podía echarle en cara nada.

Lo que no sabía era cómo había convencido a los profesores de su ausencia; lo más acertado sería pensar que el duque había tenido algo que ver en esa situación. A Luis también le quedaba un año y los profesores eran mucho más estrictos durante esa última etapa. Aunque también tenía que reconocer que el profesor de esgrima tenía gran amistad con la familia de Luis. Era este uno de los mejores espadachines del reino, Gregorio de Ordóñez, antiguo capitán de los tercios, que había estudiado en Nápoles.

La espada ropera era la más utilizada. Era un arma letal y adaptada al combate cuerpo a cuerpo. Su hoja era larga y estrecha; era elegante y muy equilibrada. Su guarnición, en forma de taza, era perfecta para detener los golpes y para proteger también la mano. Las clases de esgrima eran siempre las preferidas de los dos, y Alejandro echaba en falta la camaradería de Luis. Si bien él no era muy diestro y tenía un estilo poco elegante, Luis sobresalía en este arte, aunque era más impulsivo y entusiasta.

En cambio, según los profesores, Alejandro era el mejor en diplomacia y asuntos de política exterior. Siempre había tenido el don de la palabra y, en más de una ocasión, le había salvado de alguna regañina. Recordó una de sus travesuras de niño, cuando su madre había hecho mermelada de moras. Siempre le habían gustado esos frutos y no pudo evitar comerse un tarro entero. Explicó a su madre por qué no tenía sentido castigarlo, pero lo que no sabía era que iba a estar dos días malo de la tripa. Nunca lo volvió a hacer y, desde entonces, había aborrecido las moras.

Además, y dados sus estudios, estaba seguro de que siempre se podía dialogar para solventar cualquier diferencia. Era un tema por el que siempre salían discutiendo, pues Luis era más de entrar en acción. Se guardó la carta en el bolsillo y se acercó a la taberna para tomar un buen vino y charlar un poco.

La taberna estaba muy animada, casi todas las mesas estaban ocupadas. Alejandro buscó a Eusebio con la mirada y dio con él detrás de la barra. Tan solo con la mirada, ambos supieron que tenían cosas que contarse. Siempre había sido

así, desde que se conocieron en un lío en el que se metieron en el tercer año de estudios. Durante una carrera, Luis salió vencedor y uno de los tipos que perdió, un infante de la zona, inició una pelea. El tabernero, que paseaba por allí, les ayudó a salir del embrollo, pues los otros muchachos tenían las espadas y ellos, pobres incautos, no las habían cogido ese día.

El lugar era pequeño, pero al contrario de otras tabernas de los alrededores, estaba todo muy limpio y no había tanto ruido. Eusebio no dejaba que nadie jugara a las cartas o a los dados, siempre decía que esos juegos enloquecían a los hombres y provocaban que hiciesen tonterías. A su casa, como la llamaba él, solo iban los que querían charlar, tomar buen vino y disfrutar de sus amigos.

Alejandro se acercó a la barra y observó cómo el hombre, mucho más alto y fornido que él, secaba los vasos de madera. Era otra manía que tenía, pues decía que el vino se criaba en barricas de madera y sabía mucho mejor si se bebía en madera.

—Me alegro de verte, muchacho —dijo Eusebio con una gran sonrisa. Apreciaba a esos infantes que siempre iban juntos—. ¿Qué tal las clases?

—Muy pesadas —dijo Alejandro sentándose en un taburete de madera para estar más cerca de él. Nada más decirlo, el hombre puso un vaso de vino y se lo acercó.

—Ese gamberro de Luis, ¿se ha marchado?

Alejandro le contó lo que sabía de su amigo. Eusebio no dejó de hacer su trabajo y, al mismo tiempo, no dejaba de mirar a una de las mesas.

—No te gires, pero en la mesa del rincón hay unos tipos que acaban de llegar y no me gustan nada. Cuando les he llevado el vino, he escuchado el nombre de García.

—Espero que no se deje llevar por las majaderías que le van a contar sobre su familia.

—No estoy tan seguro —comentó Eusebio. Había conocido a García, el hermano mayor de Luis, hacía un tiempo, y había algo en él que no le había gustado.

Alejandro no pudo decir nada, porque de la mesa del rincón brotó un grito llamando al tabernero para que les llevara más bebida.

—¡Que sea al punto!

—Esta es mi ocasión —dijo Eusebio guiñándole un ojo—. No te muevas de aquí veas lo veas.

Alejandro iba a decir algo, pero no pudo, porque ya se había marchado. No le gustaba cuando decía algo parecido, pues siempre quería decir que iba a haber problemas y de los gordos. Intentó no girarse para ver lo que sucedía, no quería llamar la atención. A ojos de la gente, solo era un simple estudiante bebiendo

vino. Todo sucedió muy rápido, pero las voces se alzaron graves y enfadadas. Se giró para ver qué sucedía y se dio cuenta de que los demás hombres también se habían aventurado a mirar.

—Tabernero, estúpido —dijo un hombre que miraba con enojo a Eusebio mientras se miraba su camisa manchada de vino—. Esta camisa estaba limpia, ahora me pagarás el desastre.

—¡Lo siento, vuestra merced! —dijo Eusebio mirando al hombre—. Si me permite, tengo un cuartillo donde puede esperar mientras le quito la mancha.

—De acuerdo; vamos ahora mismo, que tenemos cosas que hacer —dijo levantándose y mirando a los demás hombres de la mesa—. Ni se os ocurra iros sin mí.

Asintieron y bajaron la mirada. Estaban acostumbrados a obedecer y a ser tratados de ese modo. El que parecía el cabecilla, se veía un hombre sin muchos escrúpulos y con demasiados aires de grandeza. Alejandro entendió enseguida qué iba a hacer su amigo al llevarse al hombre, y también entendió la mirada que le dirigió. Sabía lo que tenía que hacer. Esperanza, la mujer que compartía la vida con Eusebio, estaba acostumbrada a sus cosas y ni se inmutó. Ocupó su lugar en la barra.

Alejandro esperó un tiempo prudencial para seguirlos. Conocía el cuarto por haber estado allí con Luis y el mismo Eusebio. Se reunían allí cuando la taberna estaba cerrada y porque tenía otra salida a un callejón que corría paralelo a la puerta principal. Se acercó y se dio cuenta de que estaba abierta, ojeó el interior y vio al hombre sentado en una silla. No tenía ropa y se cubría con una fina manta. La chaqueta y todo lo que llevaba puesto antes estaba sobre la mesa y él bebía de una jarra que había cogido.

—Señor, ¿puede venir?

La voz de Eusebio se escuchaba en el pequeño retrete que tenía ese cuarto. Alejandro aprovechó que el hombre desapareció para entrar al cuarto. Tenía que registrar entre sus pertenencias para encontrar algo raro, pues siempre se fiaba del instinto del tabernero. Nunca se había equivocado. Las voces le llegaban algo amortiguadas por la puerta. Registró la chaqueta en busca de algo y encontró un papel. Era Justo Hernández. El apellido no le sonaba de nada, pero el nombre sí. Se entretuvo mirando en todos los lugares donde un hombre podría ocultar algo y encontró otro papel con el nombre de Luis y de García.

—Estoy harto —se escuchó la voz del hombre al borde del enfado—. Me marcho de este lugar.

Alejandro dejó el papel en su sitio y salió tan rápido como pudo. Tenía una pista y no podía dejar a ese tipo sin vigilar. Se sentó en el mismo taburete y se

terminó el vino. Esa tarde no perdería de vista a ese hombre, pues estaba seguro de que era el mismo que pensaba enemistar al mayor de los Alponte con el resto de la familia. Él no sabía mucho del hermano de su amigo, pero en los últimos años, mientras que ellos estudiaban, él se había dedicado a vivir la vida y no pensar en nada más.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Esperanza. Estaba acostumbrada a los conflictos en la taberna, pero también estaba segura de que ese joven tramaba algo. Muchas veces se había reunido con Eusebio y otro joven.

—No os preocupéis —dijo Alejandro agradeciendo que esa tarde, antes de salir de la universidad, hubiese cogido al menos una daga, que tenía escondida en la bota. La ropera estaba prohibida para los estudiantes, pero no podía ir por ahí desarmado con los tiempos que corrían.

Eusebio apareció y le guiñó un ojo. Al segundo, el hombre se reunió con los otros en la mesa y ambos se dedicaron a vigilarlo.

—¿Sabes quién es?

—Me parece que sí, ya te contaré —dijo atento, pues se habían levantado y se preparaban para marcharse—. Tengo trabajo que hacer.

—Te espero luego, no faltes —dijo Eusebio. No podía dejarle con la intriga de saber quién era ese estúpido sujeto.

Alejandro salió de la taberna en cuanto el grupo desapareció por la puerta. Allí se separaron y él maldijo por lo bajo, pero decidió seguir a ese tal Justo. Mucho se temía que él era el cabecilla de todo, y creía recordar que se trataba del administrador del duque del que le había hablado Jimena en la fiesta. A esas horas de la tarde había mucha gente por las calles y estuvo a punto de perderlo en un par de ocasiones, pero tuvo suerte de que llevara una ridícula capa y fuera fácil verlo. También agradeció a la muchedumbre, porque de esa forma el tipo no se daría cuenta de que lo estaban siguiendo.

Llegó a un lugar que conocía de haber estado algunas veces. Era una de las tabernas donde el juego estaba permitido y se organizaban partidas de cartas y dados. Entró y se sorprendió al ver que estaba lleno de hombres que gritaban sulfurados obscenidades y palabrotas. Alejandro vio que el hombre de la capa se sentaba con otro y, al ver quién era, volvió a maldecir. Era un tipo que había visto en varias ocasiones y sabía muy bien que se encargaba de ciertos asuntos sucios a cambio de una bolsa de monedas. Era temerario y un gran tirador de espada. Bebía y fumaba mientras el otro no paraba de hablar. Se notaba que el negocio que estaban urdiendo les interesaba a los dos. Nada más podía hacer; preguntaría al duque de Alponte por el nombre de ese administrador para comprobar si era el mismo que pretendía utilizar al hermano de Luis. Salió de allí, pues no era un lugar muy seguro para un estudiante y menos estando solo.

Ya sabía algo más, y con eso podrían averiguar más cosas.

Regresó a la taberna, donde compartió una agradable charla con Eusebio, que ya había cerrado la misma y le estaba esperando.

—Lo has hecho muy bien, rapaz —dijo el tabernero alabando al joven.

—Ese tipo estaba hablando con otro de García, en esa taberna que hay cerca del río.

—¿Has entrado a ese lugar solo?

—No podía hacer otra cosa, quería saber qué iba a hacer —dijo Alejandro muy satisfecho de su descubrimiento. Le contó a Eusebio lo que haría con la información.

—Me parece correcto, cuando su familia está en peligro. ¿Has visto a tu amada?

—Las clases han empezado y solo puedo visitarla el fin de semana —dijo Alejandro. Estaba deseando terminar sus estudios para poder unir su vida a la de Jimena.

—El deber es el deber —dijo Eusebio. Conocía al joven y era consciente de lo que tenía que hacer. Pero, por encima de todo eso, estaba la lealtad que tenía con su amigo y con todos los Alponte—. Solo puedo decirte que vigilaré, pero estoy seguro de que ese tipo no volverá.

Ambos rieron al recordar los gritos del hombre al verse manchado de vino.

El camino que llevaba al Hornillo estaba rodeado de pinos y no se veía nada más a su alrededor. Los dos jóvenes taladores ya llevaban más de una hora de viaje. Las bestias caminaban tranquilas y a buen paso, pues el camino era bastante regular. Eso era lo mejor para la carga, pues no traqueteaba mucho y llegaría en perfectas condiciones. Diego escuchaba a su amigo, que no paraba de hablar. Estaba entusiasmado por poder salir de la finca y ver algo más que montañas y pinos. Le llegaba el rumor de su voz, pero era incapaz de comprender lo que decía, porque su mente estaba pensando en ese noble al que tenían que llevar el vidrio. ¿Sería amigo de don Justo? Tendrían que averiguar algo más sobre ese hombre, que se llamaba Alonso Berrio. Estaba seguro de que en el pueblo alguien sabría decirles algo sobre él para estar preparados de cara a lo que pudiera ocurrir.

—El pueblo se encuentra en una vega, circundada por algunos riachuelos y un embalse —comentaba Marcos muy animado—. Cuando lleguemos a la cima del Pinar, lo veremos.

Eso fue lo único que Diego captó de la cháchara de su amigo.

—Genaro comentó que estaba muy bien comunicado con el camino que llevaba al norte y a levante.

—Sí, eso dijo. Como no he estado, no puedo decirte nada —dijo Marcos encogiéndose de hombros. Tampoco entendía esa repentina decisión de don Justo, pero no creía que hubiera preparado algo malo, sobre todo por no perder la mercancía que llevaban.

Cuando llegaron a la cima, pudieron admirar el paisaje que se extendía a lo lejos y algo más bajo de lo que ellos estaban. El pueblo se veía diminuto y era verdad que estaba rodeado de una gran vega que transcurría verde y fértil a lo largo de lo que se vislumbraba de un río. Todo alrededor de ese pequeño núcleo de casas estaba rodeado de altas cadenas montañosas que hacían que pareciese que aquel lugar estaba allí condenado a la soledad y al aislamiento. ¡Qué distinto de Alponte, tan cercano a la capital! También había montañas, pero no parecían tan inhóspitas.

La bajada a la aldea fue mucho más rápida y, cuando se dieron cuenta, estaban ya entrando. El conjunto de casas no estaba formado por más de cinco o seis. Eran de construcción simple y muy sencillas. Se notaba que los habitantes eran gentes pobres y trabajadoras. Solo había dos algo más grandes que las demás, y seguramente fuesen hospedajes o fondas para comer. Aparte de eso, solo había otro edificio, que sería la casa de la tercia, y una capilla pequeña y digna para el rezo.

Primero preguntaron cuál de esos edificios era el lugar donde les cuidarían de la carga hasta el día siguiente. Un lugareño les señaló una de las casas y allí se dirigieron. Era esta algo más robusta y resistente que las demás, pues allí era donde se recaudaban los impuestos para el rey. Los dos taladores se miraron.

—Baja tú —dijo Diego a su amigo.

Marcos bajó con una gran sonrisa. Entró en ese lugar y al poco tiempo salió.

—Tenemos que dar la vuelta para entrar el carro por detrás. Lo custodiarán algunos guardias.

Dejaron allí el carro y también a las bestias, pues había unas cuadras para tal menester. Habiendo arreglado ese tema de su encargo, marcharon a buscar algún lugar donde poder pasar la noche. Llegaron a una de las casas más grandes y llamativas, pues poseía una balconada de madera que el resto no tenía. Las otras eran simples casas de un piso pintadas con cal y para nada engalanadas.

—Esto debe ser algo importante; entremos —dijo Marcos algo preocupado de que su amigo no hubiera abierto aún la boca para decir algo.

Entraron y les informaron de que, por unos reales, podían alquilar unas camas para pasar la noche. A diferencia de otros lugares por los que había pasado para llegar hasta la Vidriera, Diego tuvo que admitir que parecía limpio e incluso era luminoso. Las ventanas dejaban que la luz entrara y, aunque el interior era sobrio y sencillo, todo parecía muy adecuado e incluso seguro.

Alquilaron una habitación con dos camas y preguntaron dónde podían comer.

—Justo enfrente tenéis la posada de Ramona, donde podéis comer el mejor yantar de toda la sierra. —Aseguró la mujer que les atendía.

La mujer que llevaba la fonda era grande y robusta, pero con una mirada clara y sincera. Decía ella misma que tenía buena mano para la cocina y que comerían como los mismísimos reyes. Diego le sonrió y se sentaron en una de las mesas. Como pagaba don Justo y les había dado algunos reales, no miraron en gastos y comieron unas finas y ricas carnes de choto, algo que nunca se hubieran imaginado. Diego, como venía siendo su costumbre, antes de entrar miró a su alrededor. A esas horas no había muchas personas comiendo, pero había algunas mesas ocupadas.

Cuando Ramona les llevó una jarra de vino, Diego le preguntó por los Berrio. La mujer achicó los ojos riendo y se giró hacia un hombre que comía solo y en silencio en una mesa muy cerca de ellos.

—Eugenio, estos dos rapaces preguntan por los Berrio.

El hombre miró a ambos sin ningún cuidado y chascó la lengua con asco.

—¡Mal rayo les parta!

—¿Los conoce? —insistió Diego. Necesitaba saber quién era ese tipo y a dónde se dirigían.

—Han tenido mucha chanza —dijo el hombre, que había dejado el plato y que se hacía llamar Eugenio—. Ese tipo ha sido armado por el rey con el título de caballero y además le ha dado algunas tierras.

—Parece que ha tenido suerte, pues —dijo Diego intentando saber algo más.

—¡Vellaco! —dijo Eugenio mientras apuraba su pinta de cerveza—. Yo trabajé para ese desgraciado. Me trataba como a un perro y al final tuve que dejarlo.

—Parece que han tenido suerte —corroboró Marcos, que por primera vez hablaba—. Sin hacer casi nada, han obtenido su favor.

Diego entendía la inquina que esa gente sentía hacia ese hombre que decía ser caballero. Esos lugareños eran pobres, pero parecían honrados y trabajadores.

—¿Por qué preguntáis por él?

—Tenemos que entregarle algo —dijo Diego mirando a Marcos, que ahora permanecía callado y observando—. ¿Gusta de un plato de guiso y seguimos hablando?

El hombre asintió y se levantó para sentarse junto a ellos. Era un individuo curtido y algo más mayor. Sus ropas estaban algo raídas y parecía algo descuidado, pero su mirada era limpia. Entre bocado y bocado, les fue contando la clase de hombre que era ese Berrio.

—Su lugar preferido es la mancebía del pueblo —comentó Eugenio. Se

alegraba de haber dado con esos dos, gracias a ellos esa noche se acostaría con la tripa llena.

—¿Conoce a don Justo?

El hombre se levantó de la silla con tal enfado que volcó la jarra. Estuvo farfullando cosas sin sentido, hasta que pareció relajarse y volvió a sentarse.

—Otro desgraciado. ¿Os rodeáis de ellos? —preguntó con chanza.

—Venimos de la Vidriera y es el administrador —dijo Diego informando al hombre de los quehaceres de don Justo.

—Vaya, otro que ha apuntado muy alto. Parece que el duque también le ha dado su favor —masculló con asco.

Estaba claro que conocía a quién pertenecía la finca y quién trabajaba en ella, a pesar de la distancia que los separaba.

—No os mováis, que ha entrado un hijo de puta de muy mala calaña.

Diego estaba atento y vio al hombre de reajo. Siempre que entraba a un lugar desconocido intentaba sentarse cerca de la puerta, pero esta vez comprobó que estaba más lejos de lo normal. Si se formaba una pelea, no podía llevarla a la calle, y ese tipo parecía venir buscando problemas.

El visitante pidió una jarra de vino y se quedó en la barra observando. Miraba hacia ellos sin ningún cuidado y con los ojos inyectados en sangre. Se bebió la jarra de un trago y se acercó hasta ellos. En ningún momento quitó la mano que reposaba sobre su ropera, en señal de claro desafío. Diego maldijo porque no había pensado en llevar una espada, pero agradecía el primer consejo de su padre cuando él comenzaba a ser adulto, porque le había dicho que siempre llevara una daga. Así que sonrió para sí mismo recordando el arma que llevaba oculta en la pernera de su bota.

—Me he enterado de que buscáis a alguien.

—Según quién sea —dijo Diego levantándose para hacerle frente.

—Vaya, nos ha venido a visitar un tipo gallardo y algo airoso —dijo llegando cerca de Diego y acariciando su espada—. No creo que tengas tantas ganas de probar mi acero.

—Creo que el duelo va a ser algo desigual, y de cobardes —apuntó Diego con decisión, haciéndole creer que estaba desarmado. Marcos también se había levantado y Eugenioapuró su jarra e hizo lo mismo.

—Hay tres gallitos dispuestos —dijo el tipo mirando hacia una de las mesas—. Chicos, vamos al lío.

Diego ya se había dado cuenta de que había otros tres tipos en la mesa y se levantaron en el mismo instante en que el recién llegado los llamó. Todos tenían acero y estaban en inferiores condiciones, pero tenían que luchar como fuera. Se agachó como si se le hubiera caído algo y cogió la daga con precisión. En un

rápido movimiento, se levantó y se acercó al tipo, al que puso el arma en el cuello.

—Diles que dejen caer las espadas al suelo o te mato —dijo Diego hundiendo un poco la punta del arma en la carne del hombre para que sintiera su propia sangre.

—Chicos, obedeced —gritó al ver que el tipo no cejaba en su empeño y la punta se le clavaba cada vez más. Ya podía sentir cómo un hilo de sangre corría por su garganta. Sintió pánico al oír el latido de su propio corazón. Ese tipo había resultado ser peligroso.

Los otros dejaron caer las espadas en el suelo y salieron corriendo dejando a su jefe en la fonda.

—Ahora saldremos a la calle, no quiero romper nada —dijo guiñándole un ojo a Ramona—. Ahí fuera, si quieres, podemos batirnos.

Diego acompañó al hombre todavía con el arma en el cuello y, al salir a la calle, lo empujó.

—Ahora, si quieres, podemos luchar en igualdad de condiciones —dijo Diego alargando su daga hacia él, retándolo a que soltara su espada.

Marcos y Eugenio les habían seguido y se dieron cuenta de que los tres tipos estaban al acecho y, además, se les habían unido otros tantos. Sin decir nada, se pusieron a pelear. Nadie llevaba espadas, por lo que fue una lucha justa a puño limpio. Marcos resultó ser un gran luchador y él solo dejó a dos de ellos en el suelo con solo dos golpes. Eugenio también era hábil en la lucha cuerpo a cuerpo y pronto también había reducido a otros dos. El jefe, al ver que estaba quedándose solo, echó a correr dejando a los demás tirados en el suelo y sin ninguna intención de ayudarlos.

—Vaya, mirad quién ha resultado ser un cobarde —dijo Diego mirando cómo huía.

—Muchachos, me habéis sorprendido los dos —dijo Eugenio aún con el furor de la lucha.

—No tiene importancia —dijo Marcos sonriendo.

—¿Quién te ha enseñado a pegar así? —preguntó Diego muy intrigado, pues su amigo no había estado en muchos lugares.

—¿Quién va a ser? —preguntó a su vez con una gran sonrisa—. Mi padre, claro está.

Diego estalló en una carcajada que sorprendió a los otros dos, que también lo imitaron.

—Creo que alguien os ha puesto una trampa y habéis salido ilesos —apuntó Eugenio algo más serio.

—Creemos saber quién ha sido —dijo Diego mirando a su amigo.

—¿Me lo vais a contar?

Diego miró al hombre que se había unido a ellos sin decir nada. Se merecía que confiaran en él. Dejó que Marcos le contara su supuesta misión y quién les había mandado. El hombre los escuchó hasta el final.

—Tenemos que descansar —dijo Diego con una sonrisa—. Mañana tenemos que entregar un cargamento.

X

Jimena esperaba la visita de Alejandro, pues así la había avisado con una nota, indicándole la hora de su última clase y cuándo llegaría a Alponte. Las clases habían empezado y con ello las visitas del joven se habían reducido a los fines de semana. Él al menos estaba entretenido y estudiando, ella bordaba y había conseguido que su padre le dejara estudiar arte, que le encantaba, por lo que en algunos momentos del día cogía su caballete y las pinturas y salía al jardín a experimentar con los colores. Era algo que le encantaba y que hacía que el tiempo volara sin darse cuenta. Mientras daba unas torpes pinceladas intentando dar forma a una nube que se paseaba tranquila por encima de ella, recordó que estaba terminando de leer *Amadís*, y quería charlar sobre el libro. Amaba al joven porque con él podía hablar de casi todo, pero ese día, nada más verlo cruzar por la puerta, supo que sucedía algo. Le dio un fugaz beso mientras la abrazaba enterrando la cara en su hombro. Parecía que algo le preocupaba.

—¿Sucede algo?

Alejandro sonrió. Era intuitiva y nada podía hacer para ocultarle nada. La cogió de la mano y le besó el dorso con cariño. Estar a su lado era como respirar aire fresco. Le contaría todo lo que sucedía en presencia de su padre, no quería empezar su relación con ella con una mentira de por medio.

—Necesito hablar con tu padre y quiero que vengas —dijo mirándola—. Después, podemos hablar de lo que quieras.

Jimena asintió algo extrañado por el ruego. Para nada hubiera pensado que querría hablar de nuevo con su padre. No solía entrar al despacho del duque, pero esta vez iba cogida de la mano de su prometido y su padre sonrió al verlos entrar.

—Perdone mi atrevimiento, señor —dijo Alejandro mirando a Jimena—. Su hija se parece a vos y a Luis en ingenio y no me gustaría que le ocultáramos nada.

—Alejandro, siempre he dicho que sois todo un caballero —dijo y asintió. Después de sus hijos, ese joven era su debilidad, pues lo apreciaba—. Hablemos.

—Primero, tengo que aclararle algo a Jimena —dijo mirándola de nuevo—. Todo lo que vas a escuchar pasó hace días, pero no influyó en mi decisión de cortejarte; es más, lo único que hizo es que me diera más prisa.

Jimena miraba a ambos extrañada. Nunca pondría en tela de juicio a Alejandro, lo conocía desde hacía mucho y sabía cómo era. Su padre le contó lo que pasó en la primera reunión y los ojos de la joven fueron abriéndose sorprendidos.

—Pero...

—¿Ha sucedido algo?

—Sí, hace unos días descubrí al tal Justo hablando de García. Según las fuentes, quiere enemistarlo con vos.

—García... —musitó Jimena—. Él no puede... ¿Y Luis?

—Está en una misión.

—¿Todavía en la guerra? —Jimena suspiró de forma pesada. La primera vez que supo que su hermano estaba luchando, lo pasó fatal. Odiaba la violencia y más si la vida de alguien estaba en peligro. A pesar de su carácter, algo más aventurero que García, se llevaba muy bien con Luis y hablaban de libros de vez en cuando.

—No es la primera vez que lo mando a alguna revuelta —informó el duque. Sabía que su hija era una mujer inteligente, pero todavía se sorprendía con facilidad.

—¿Quién nos ayudará?

—Yo —dijo Alejandro muy serio—. Para mí sois mi otra familia y tú eres la mujer que amo, nadie me arrebatará lo que más quiero.

Jimena estaba abrumada por las palabras del joven, pero veía el peligro que encerraban sus palabras. Sin Luis estaba solo, y eso le preocupaba mucho.

—No me gusta ese don Justo —dijo Jimena recordando al hombre que la miraba con lujuria.

—Trataremos de que no consiga lo que quiere.

—¿En verdad quiere quitaros el favor del rey?

—El rey no es un hombre que se deje llevar por las intrigas; es honrado y sabe quién le es fiel —comentó el duque sabiendo lo que decía. Todo lo que tenía se lo había dado el rey, pero él le había servido muy bien durante muchos años. Además del deber, ambos cuidaban de una amistad sincera.

Alejandro contó que tenía a alguien, un amigo que les había ayudado en otras ocasiones; que trabajaba en una taberna y que vigilaba y escuchaba, que nunca estaba de más. En esos lugares, siempre se hablaba más de la cuenta.

—Bien, siempre podemos contar con él —dijo el duque. Si ese hombre tenía la confianza de su hijo y de Alejandro, sería digno también de tener la suya. Nunca subestimaba la ayuda de nadie por ser de inferior clase.

—Sí, Eusebio es diestro en la lucha y aún más con las palabras —dijo Alejandro. Confiaba en ese hombre, se había ganado su amistad y la de Luis—. Nos ha ayudado en algunos momentos.

—Perfecto, me alegra que tengáis tan buenos amigos —dijo el duque. Él mismo se codeaba con muchos personajes que lo único que querían era prosperar a costa de hundir a otro. Esa actitud nunca había ido con él. Siendo un joven grumete, ya tenía su personalidad bien definida, y lo comprobó al pedir la mano

de una mujer que no tenía nada, solo su persona, que era lo que más quería él.

—Estaremos atentos —dijo mirando a Jimena.

—Idos ya —dijo el duque sonriendo. Esa pareja se quería y él estaba contento por su hija.

—Tenemos que charlar de cierto libro que ha leído Jimena.

El duque sonrió al ver el rubor en el rostro de su hija. Parecía encantada de poder charlar de ese tema con Alejandro. En cuanto salieron, se puso a escribir una nota urgente para el rey. Quería anticiparle sus sospechas, para que se cuidara de los engaños y del afán de riqueza de ese hombre.

Recordó el día que lo contrató. La finca daba mucho trabajo y Genaro no podía estar pendiente de los aspectos económicos y de los laborales. Confió en ese hombre que le recomendaron, parecía íntegro y honrado. No había cumplido sus expectativas y se sentía engañado. El futuro de esa finca pendía de un hilo y sabía que muchas personas que trabajaban allí dependían de que todo marchara bien.

Lejos de las preocupaciones, Alejandro y Jimena charlaban en el jardín. Ambos estaban sentados cerca de un rosal. Habían buscado algo de intimidad y se habían alejado un poco de la casa.

—¿Crees que todo irá bien? —Jimena no podía quitarse de la cabeza lo que podría suceder.

—No te preocupes, estaremos pendientes de García e intentaremos que no haga caso de Justo. Hablaré con él esta semana. —Alejandro sabía que iba a ser difícil, pero trataría de dar con el hermano de Luis para hablarle sobre ese hombre. Esperaba que el primogénito de los Alponde siguiera el buen camino, aunque en el fondo sabía que costaría mucho.

—¿Harás eso?

—Claro. Sería tarea de Luis, pero yo lo haré lo mejor que pueda.

—García... ¿No va por buen camino? —Jimena había escuchado algún comentario sobre su hermano mayor, pero no lograba dilucidar la verdad.

—Se cuenta mucho sobre él —comentó Alejandro intentando quitarle importancia. Lo que menos quería era que Jimena se preocupara—. Pero ya sabes que no hay que hacer caso de las habladurías.

Jimena se carcajeó de forma suave. Su risa era cantarina y alegre y le sorprendió.

—Sí, a veces no tienen ni pies ni cabeza. Espero que García te atienda. —Nada le gustaría menos que Alejandro fuera y que su hermano mayor no le hiciera caso.

—Todo depende de él y de Justo. Espero que no le haya metido muchos pájaros en la cabeza —dijo Alejandro preocupado. Ese era su mayor temor, que

Justo ya hubiera envenenado demasiado el pensamiento del hermano de Luis—. Pero dejemos ese tema y cuéntame, ¿has terminado Amadís?

—Me queda muy poco y me encanta —dijo Jimena empezando a hablar sobre el libro.

Estuvieron discutiendo algunos aspectos sobre dicha lectura. Ambos se entendían a la perfección y juntos, las horas parecían segundos. Alejandro escuchaba a Jimena mientras el aroma de las rosas los abrumaba. Se giró un instante, bajo la atenta mirada de ella, y cogió una pequeña rosa.

—¿Te gustan las rosas? —preguntó Alejandro acercándole la rosa.

—Prefiero otras flores. La belleza de la rosa es efímera y perfecta, y no creo en ella —dijo Jimena aspirando el agradable aroma—. Lo único que perdura algo más es su aroma.

—Me encanta escucharte —dijo Alejandro admirando la serena hermosura de Jimena. No era perfecta, como había dicho de la flor, pero para él era la más bella entre todas las demás.

—A mí me gusta que me mires con esos ojos azules —dijo Jimena acariciándole la mejilla, notando la incipiente barba—. Parece que me ahogue en un mar azul o en un cielo despejado.

—Jimena, será mejor que entremos, pues me nublas todos los sentidos —dijo Alejandro con la voz entrecortada.

Entraron en la casa algo cohibidos por los sentimientos que los embargaban y que nunca antes habían sentido. La casa estaba silenciosa y se sentaron en la biblioteca. Estaban buscando una nueva lectura para Jimena. Ella, sentada en un diván, se dejaba llevar por Alejandro, que le iba recomendando algunos títulos que él y su hermano habían leído en la universidad.

—Me hubiera gustado ir a la universidad.

Alejandro la miró con adoración. Era una mujer fuera de lo común y era lo que más le gustaba de ella: su pasión por conocer cosas.

—Si se hubiera dado esa posibilidad —dijo Alejandro con seguridad mientras se sentaba junto a ella en el pequeño diván y posaba sus labios en los de ella en un tierno beso—, habrías sido una de las mejores estudiantes.

De esa guisa los encontró el duque. Alejandro se levantó en el acto, pero Jimena le puso una mano sobre el hombro en señal de afecto.

—Os creía en el jardín —dijo el duque con una sonrisa.

—Estamos buscando una nueva lectura para Jimena —dijo Alejandro algo nervioso; por nada del mundo quería decepcionar al duque ni que pensara mal de sus intenciones, pues ante todo respetaba a Jimena más que nada.

—He enviado una nota al rey —dijo el duque. Quería que lo supiera Alejandro por si se enteraba de algo en Alcalá—. Espero sus noticias en pocos

días.

—Perfecto, estaré atento cuando vuelva a Alcalá.

—Quédate a dormir; mañana iremos todos a misa y, después de comer, te marchas —dijo el duque mirando a su hija y viendo su felicidad.

—Muchas gracias, padre —dijo Jimena. Disfrutar de la compañía de su amado un poco más era para ella como buscar algo de aire en medio de una cueva.

—Os esperamos para la cena.

Al quedar de nuevo solos, ambos se acercaron.

—Menos mal que no nos vio besándonos —dijo Alejandro. No quería perder la confianza que tenía depositada en él por un descuido, y no era porque no le gustara besar a Jimena, sino que tenía más que ver con su propia honestidad.

—Estaba pensando lo mismo —dijo Jimena mortificada por ese pensamiento. Sus padres confiaban en ellos y tampoco quería disgustarlos por algo así.

—Tendremos que tener más cuidado —dijo Alejandro mirándola—. Y no es que no me guste besarte.

—Lo mismo digo —dijo Jimena con una pícaro sonrisa en los labios—. A ver si encontramos mi libro.

Alejandro sabía que no les unía tan solo el amor y el respeto, sino la pasión que corría por sus venas y que los llevaba al extremo. Él nunca había sentido algo tan intenso por nadie. Hasta sus miradas estaban cargadas de deseo y de promesas futuras. Miró las estanterías buscando el libro ideal para su futura mujer, porque estaba deseando poder llamarla de esa forma: su mujer.

La posada del Hornillo era bastante limpia, pero el colchón era duro y se clavaba en las costillas. Diego suspiró mirando al techo. Habían pagado al llegar una habitación para los dos, pero la posadera no puso ningún impedimento en que se alojara una tercera persona en ella. Así que Eugenio se les había unido. Había sido de gran ayuda desde que habían llegado y habían tenido esa pequeña reyerta mientras comían. Era un hombre tranquilo y de mundo. Habían pedido un poco de vino para acostarse un poco más templados, sin con ello perder sus facultades. Mientras bebían, Diego y Marcos le contaron las cosas que habían sucedido en la Vidriera.

—Ese don Justo no es trigo limpio —dijo apurando su cuenco de madera. Agradecía a esos jóvenes su llegada y su amistad, porque le habían salvado de dormir en la calle una noche más.

—Es una sabandija —escupió Marcos. Era raro en él, pero el vino le había calentado algo más que el cuerpo y la lengua se le había disparado.

—Hoy al menos dormiré caliente —dijo Eugenio y pasó a relatarles a los jóvenes sus cuitas por sobrevivir.

—No debes preocuparte más —dijo Diego mirando a Marcos, pero este parecía algo mareado—. En la Vidriera seguro que te puedes quedar con nosotros.

—Pero el trabajo es duro —agregó Marcos, que aunque mareado, no se perdía detalle de la charla.

—Nunca me ha dado miedo el trabajo, rapaz —dijo Eugenio feliz por primera vez en mucho tiempo—. Antes de irnos, tantearemos a los criados de ese Berrio. Siempre saben algo más que uno.

Eugenio tuvo que dormir en el suelo, sobre una manta, pues al alquilar la habitación solo habían hecho dos catres. Pero el hombre parecía más feliz que con unas rosquillas. Pronto los tres estaban durmiendo bajo los suaves ronquidos de Marcos, a quien parecía que el vino había afectado más que a los otros dos.

El sol de la mañana los despertó y Diego se fijó en que la manta de Eugenio estaba vacía. No quería pensar nada malo, solo cruzó la mirada con Marcos, que se cogió la cabeza con las manos.

—¿Cuánto vino bebí? —preguntó quejándose.

En ese momento, la puerta se abrió y apareció Eugenio con un plato con queso, unos cuencos y leche fresca. Sonrió a los jóvenes y puso lo que llevaba sobre la única mesa que había en la habitación.

—¿No creeríais que me había ido? —preguntó con sorna.

—Bueno, algo así nos habíamos pensando —dijo Diego diciendo la verdad.

—Me gusta tu sinceridad —comentó Eugenio mientras servía leche en los cuencos—. He logrado el desayuno gracias a ti —dijo señalando a Diego—. Es la forma de agradecer Ramona que no lleváramos pelea al hostel.

—No quería que se viese perjudicada por nuestra pelea —comentó Diego—. Bastante tuvimos con lidiar con esos tramposos. Esperemos que Justo no nos haya puesto más trampas.

—Eso espero también —dijo Marcos bebiendo leche. Se había lanzado como un lobo a su presa a por la comida. Estaba hambriento y dando buena cuenta de su parte.

Diego y Eugenio se rieron de él.

—¿Qué?

—Nada, come tranquilo —dijo Diego. Su amigo era un caso, tranquilo y despistado, pero un gran amigo que en la pelea de la noche anterior supo sacarles las castañas del fuego—. Ayer estuviste genial.

—Mi padre me enseñó a lanzar algunos golpes —dijo mordiendo un poco de queso.

—Ah, se me olvidaba esto —dijo Eugenio sacando un poco de pan de un morzal que llevaba al hombro. Marcos abrió los ojos y se lanzó a cortar un poco de pan con su navaja.

—Espero que cuando volvamos me enseñe a mí también —dijo Diego bebiendo su leche con calma.

—No lo dudes, te tiene aprecio —dijo Marcos con una sonrisa—, a pesar de cómo hablas a veces.

—¿Es que habla raro? —preguntó Eugenio con curiosidad. Se había sentado en el suelo y se puso a comer su parte del queso y del pan.

—¡Qué va! —dijo Marcos aclarándose la voz—. Solo que a veces habla como un filósofo.

—No exageres —dijo Diego.

—Las mejores batallas se ganan con el discurso, no con las armas —agregó Eugenio recordando sus días de estudiante.

Los dos jóvenes lo miraron con sorpresa. Habían pensado muchas cosas sobre ese hombre, pero no que fuera un erudito. Al darse cuenta de que lo miraban, el hombre carraspeó un poco antes de volver a hablar.

—Aún recuerdo mis días en Alcalá —dijo recordando esa tierra y los sueños que no había podido cumplir.

—¿Estudiante o maestro? —preguntó Diego con curiosidad. Muchos de los nobles de su edad estudiaban en esa universidad y a él siempre le había gustado el estudio.

—Maestro, pero me tiraron por algo que sucedió —dijo Eugenio—. Pero no me pidáis que lo cuente, no tengo ganas de recordarlo.

—Algún día, Eugenio —pidió Diego. Nada le gustaría más en ese momento que saber el porqué de ese despido, pues parecía un hombre honrado y muy instruido en diversas facetas.

—Tú lo has dicho, rapaz —dijo Eugenio levantándose y estirándose un poco—. Pero tenemos trabajo por delante.

Diego pareció recordar el porqué de ese repentino viaje.

—Tenemos que recoger el carro.

Dejaron la posada y se dirigieron a la casa de la tercia. A esas horas tan tempranas de la mañana, no había mucha gente por los alrededores, solo algunos pastores que iban tras sus animales y que no parecían percatarse de su presencia.

Entraron en el lugar y, a los pocos minutos, salieron con el permiso para recoger su carga. Dieron la vuelta a la casa y vieron el carro. Había un muchacho amarrando los mulos a él; parecían frescos y dispuestos a proseguir con su faena.

—¡Eugenio! —gritó al ver al hombre. Se paró al ver que iba acompañado.

—¿Qué haces aquí, rufián?

—Amarrando los mulos —dijo el niño señalando a los animales—. Les di de comer y han dormido mucho.

Diego y Marcos sonrieron ante el candor del niño.

—Has hecho muy bien tu trabajo —dijo Eugenio acercándose a él y revolviéndole el pelo—. El carro es suyo, pero me marchó con ellos.

—Seguiré trabajando mucho —dijo el niño abrazando al hombre.

El camino que llevaba hasta la hacienda de los Berrio era llano y estaba rodeado de campos sembrados de maíz y hortalizas. El sol había salido muy pronto, y ya desde bien temprano se predecía que iba a hacer un día de calor. Era algo todavía frecuente para esas fechas, ya que aún no había empezado octubre y el sol se colaba en algunos días como un fiel compañero de verano que no quería que lo olvidaran.

Diego prefería el frío. Estaba acostumbrado a la humedad de Alponte. Allí el frío era intenso y los inviernos eran duros. Pero según Marcos, esas tierras eran aún más extremas y, en la Vidriera, el frío te calaba hasta los huesos. Pero lo mejor era que, con un abrigo bien gordo, ya te calentabas.

El silencio se había impuesto en la carreta y solo se escuchaba el piafar de las mulas y las alegres tonadas de los pájaros. Era un ambiente ideal para el sosiego y la paz, pero Diego intuía que todavía les quedaba lidiar con el noble y esperaba que no les pusiera ningún problema. No se fiaba nada de don Justo. Iba a decir algo cuando, a lo lejos, se empezó a vislumbrar un gran cortijo.

—Llegamos a tierras peligrosas —dijo Marcos con sorna. Parecía contento y dispuesto a la acción.

Cuando pasaron por los campos que lindaban con la finca, algunos trabajadores que se peleaban con la tierra los miraron con el ceño fruncido, extrañados de ese cortejo tan dispar, pues los dos jóvenes no eran extraños, ya se los esperaba, pero sí al ir acompañados por la presencia de Eusebio, que algunos conocían de ir por ahí pidiendo por el pueblo.

—No soy muy bienvenido —comentó Eugenio al darse cuenta de las miradas de esas gentes.

—No son ellos los que me preocupan —dijo Diego sin dejar de mirar hacia delante. Seguro que alguien avisaba al dueño y alguien saldría a recibirlos.

Lo primero que vieron fue la casa. La construcción era algo más maciza y grande que las de la aldea. Se notaba que allí vivía alguien que tenía más dinero y posición que los habitantes del Hornillo. Como había vaticinado, al llegar a la puerta ya había un par de hombres esperándolos. Uno parecía un simple mayordomo; sus ropas sencillas y su cuerpo encorvado hacia delante denotaban sumisión ante el hombre que lo precedía. Era este más alto e iba mejor vestido; su rostro denotaba prepotencia y altivez. No dejó de mirar a Diego, que era el

que no le quitaba el ojo de encima.

—¿Qué los trae por aquí?

—Traemos un cargamento de la Vidriera —dijo Marcos alzando la voz. Había tomado la iniciativa y el hombre se había girado para mirarlo.

—Soy Armando Berrio, os esperaba ayer —dijo el hombre mirando al grupo. Justo le había advertido que nunca llegarían y estaba sorprendido de verlos en sus tierras. Y lo peor era que el tipo que se paseaba por el pueblo estaba con ellos.

—Tuvimos un pequeño problema —comentó Marcos. El carro ya había parado y bajó—. Don Justo nos ha mandado a entregarle el pedido.

—Gracias, no dispongo del carro en estos momentos y me dijo que lo traerían —dijo Armando recordando las palabras de Justo por si algo fallaba. Estaba claro que no había salido bien.

—Pues ya hemos hecho el encargo —comentó Marcos acercándole una hoja—. Es la nota del pedido y el dinero que hay que abonar.

—Esos asuntos los discutiré con Justo —dijo Armando intentando conservar la calma.

—Por nosotros, de acuerdo —dijo Marcos. Ya habían terminado y podían regresar a la Vidriera.

Armando los miró. Tenía que dejarlos ir, Justo no había indicado nada en caso de que se presentaran en la finca. Frunció el ceño, pues sabía que se iba a enfadar mucho. Había encargado a unos hombres que los atacaran. En principio era un plan simple, pero eficaz y discreto, pues nadie podría involucrar sus nombres en la reyerta. Esos hombres no hablarían nunca; de eso, Justo se había encargado y les había cerrado la boca con un montón de dinero. ¿De dónde lo habría sacado? Era algo que Armando no cesaba de preguntarse.

—Mientras descargan el carro, podéis tomar algo —ofreció Armando con educación—. Pero él, no.

—Entonces nosotros tampoco somos dignos —dijo Diego rumiando las palabras que ese hombre se había negado a pronunciar.

—Sea, pues —dijo Armando entrando en la casa. No quería ver más a ese tipo tan altivo. Justo le había advertido, pero al final el que parecía más mayor había tomado la voz cantante del grupo.

Diego asintió y, mientras retiraban las cajas del carro, ellos se tumbaron bajo la sombra de un álamo. Desde allí, observaba cómo las ramas, altas y rectas, intentaban tocar el cielo. El viento las meneaba y se escuchaba una tranquila y placentera melodía. Permanecieron en silencio, escuchando cómo trabajaban y se quejaban del peso de las cajas. Estaban bien embaladas, pero se escuchó algún tintineo que seguro que terminaría con alguna pieza rota, pues el vidrio era muy

frágil. La voz de Armando se escuchó al gritarles que tuvieran cuidado, que ese cargamento valía más que el oro. Diego sonrió para sí mismo. «Si él supiera», pensó. Justo tenía todo muy bien pensado, pero no sabía que las cosas siempre se podían estropear. Sobre todo, ahora que él estaba en la Vidriera. Su mente vagó hasta Leonor. Se dio cuenta de que estaba deseando volver a verla y nunca le había sucedido nada parecido con una dama.

Cuando los trabajadores terminaron, los tres subieron al carro y salieron de allí sin despedirse de nadie. Querían llegar antes de que se hiciera de noche, pues no les apetecía hacer otra noche fuera de casa.

Armando observó cómo el carro desaparecía por el mismo camino que les había llevado hasta allí. Estaba tan intrigado con el grupo que mandó a un hombre de confianza al pueblo para que se enterara de lo que había sucedido con ellos. Tenía que saberlo para poder contárselo a Justo, porque estaba convencido de que volvería al Hornillo.

La aldea no era muy importante, se había originado por un grupo de pastores. Pero la vega en la que se encontraba daba el paso para diversos caminos y él necesitaba seguir teniendo el control sobre ella, aunque eso conllevara tener a don Justo contento en situaciones parecidas a la que habían acontecido esa misma tarde. Se consideraba un hombre inquieto y quería mantener a salvo sus negocios. Las plantaciones eran una actividad menor; la otra eran los animales, que era con lo que había empezado y con lo que más dinero obtenía. Horas después, sabía qué había sucedido, así como también que Justo lo visitaría muy pronto. Ese grupo era peculiar y sabían defenderse.

XI

Llegaron a la finca bien entrada la noche. Era difícil circular por esos parajes, pero las mulas conocían muy bien el camino y no tuvieron ningún incidente. Dejaron el carro en la puerta del horno. Diego bajó y estiró un poco las entumecidas piernas. No le gustaba estar tan ocioso, era más bien activo, pero la charla que llevaban desde el Hornillo había sido muy divertida. Eugenio les había contado algunas cuitas con los estudiantes en sus tiempos de maestro. Se notaba en cada palabra que el hombre lo echaba tanto en falta como el agua el sediento. Antes de llegar, el hombre preguntó si lo aceptarían.

—No te preocupes —dijo Marcos—, aquí serás bienvenido.

—Yo ya me considero uno más —agregó Diego para insuflarle algo de confianza.

Al no ver a nadie por el horno, se dirigieron a la cocina, seguros de que todos estarían comiendo algo y charlando. Las voces les iban llegando, altas, risueñas y alegres. Al verlos entrar, se levantaron. Diego puso sus ojos en Leonor, y parecieron acariciarse con esa mirada. Bernat carraspeó.

—Y bien, muchachos. ¿Quién os acompaña? —preguntó el maestro extrañado por la compañía.

—Nos ayudó en el pueblo, nos tendieron una trampa y nos atacaron anoche mientras comíamos algo —dijo Marcos tomando la voz y palmoteando en el hombro al recién llegado—. Es Eugenio, y fue maestro en la Universidad de Alcalá.

El hombre se fue presentando a todos con cierta timidez y al mismo tiempo agradecimiento por ese inesperado calor.

—Pues bienvenido —dijo José mirando con orgullo a su hijo.

—Mañana habrá que presentarlo a don Justo —dijo Genaro rompiendo la camaradería del momento. Era algo que tenían que hacer. No era porque le cayera mal ese hombre, al revés, parecía honrado. Pero el administrador debía conocerlo—. Pero no te preocupes, pediremos que te quedas.

—Gracias —dijo casi sin aliento Eugenio.

—Mientras coméis, contadnos lo que sucedió —pidió Bernat.

—No sé si herirá los sentimientos de Leonor... —empezó a decir Marcos.

—Marcos, no te preocupes y contad, que yo también quiero escucharlo.

Diego sonrió. Leonor era una mujer valiente y decidida, no le extrañaba que quisiera saber. Dejaron que Marcos se explayara con la pelea, pues se le veía emocionado por haber vivido una aventura. Describió el pueblo, el lugar donde habían comido y la pelea, sin saltarse la ayuda de Eugenio para encontrar a los Berrio.

—Debo decir que Marcos se defiende muy bien —dijo Diego mirando a José—. Le enseñaste bien.

El hombre no podía decir nada, estaba emocionado de ver a su hijo tan feliz, pues hacía mucho tiempo que no lo estaba. La vida en la finca era dura y su hijo parecía cansado de esa vida. La llegada de Diego había cambiado todo y se había convertido en un gran amigo y compañero. Llevaba poco tiempo en la vidriera, pero ya se había ganado a todos.

—Mi padre fue boxeador y era el mejor, nadie era capaz de ganarlo —explicó Marcos muy orgulloso de poder contar esas aventuras.

—Ha pasado mucho desde entonces —dijo José. Esos días parecían haber desaparecido de su memoria—; ahora, ni me acuerdo.

—No me lo creo —dijo Marcos levantándose y paseando mientras meditaba—. Creo que haremos una cosa que te vendrá bien para recordar y a nosotros también.

Todos miraban a padre e hijo sin perderse nada. Estaban deseando saber qué se le había ocurrido a Marcos.

—Nos enseñarás a Diego y a mí a pelear —dijo mirándolo con orgullo. Eso sacaría a su padre del pozo en el que se hallaba y del que ninguno había salido—. Además, quiero que saques tu vieja espada y también nos enseñes algo de esgrima. Esos tipos tenían todos y no me hubiera gustado llevarme un recuerdo del acero en mi cuerpo.

—Me parece una idea fantástica —dijo Diego. Se sentía algo oxidado en cuanto a pelea y les vendría muy bien esa ayuda, y más de alguien como José.

Mientras charlaban, Eugenio dio buena cuenta de su plato de olla podrida que le supo a gloria, como bien le dijo a Carmen. Esperaba que le hicieran un hueco en ese lugar, porque hacía mucho tiempo que no se encontraba tan bien. Esas personas eran afables y agradables y se preocupaban los unos por los otros.

—¿Quiere un poco más? —preguntó Carmen al ver el cuenco vacío.

—No, gracias. Nunca había probado algo tan delicioso —dijo Eugenio.

—Pensábamos que Justo os lo pondría más difícil —dijo Bernat. No le había gustado nunca el administrador, pero ahora tenía que admitir que era un hombre sin escrúpulos.

—Creo que no esperaba que nos defendiéramos ni que tuviéramos la ayuda de Eugenio —dijo Diego—. Ahora sabe que no se lo vamos a poner tan fácil, ¿verdad?

—Ni que lo digas —dijo Marcos. Parecía haber ganado en confianza y hasta en estatura en aquella aventura.

—¿Ha sucedido algo en nuestra ausencia?

—No, todo ha estado muy tranquilo —comentó Genaro—. Los areneros

durmieron en Nablanca, pues no tenían a quién vigilar.

—Tenemos que acercarnos como podamos a la veta de plata —dijo Diego—. Necesitamos ver cuánta hay y tengo que conseguir hablar con Felipe.

—¿Todavía crees que ayudará? —preguntó José algo desconfiado.

—Sí, creo en él —dijo Diego sin titubear. Ese hombre era honrado, solo que se había equivocado de compañías—. Luego te explicaremos, Eugenio, el tema de la plata.

El hombre asintió. Parecía que también tenían problemas, pero no le extrañaba teniendo a don Justo como administrador. Era un hombre sin escrúpulos.

—Bien, pues mañana será otro día —dijo Bernat levantándose. Estaba cansado del día y tenía ganas de descansar. Miró a su hija.

—Esto... Bernat... —dijo Diego con algo de temor. Había muchos observándolo, pero no le importaba, porque la recompensa merecía la pena—. ¿Puedo pasear unos minutos con Leonor?

Por un instante nadie en la cocina respiró. Todos estaban expectantes ante la respuesta del maestro vidriero. Leonor admiraba mucho más a Diego por su valor y por el hecho de que no le importara que supieran que querían estar juntos. Era demasiado bonito. Miró a su padre y este sonrió.

—Sí, rapaz, pero acompaña a su habitación y pórtate como Dios manda —dijo Bernat mirándolo. Admiraba y apreciaba a ese muchacho y no quería otra cosa en el mundo más que se entendieran. Él estaba muy mayor y quería dejar a Leonor segura con alguien que la amara, y ellos parecían quererse. Claro que nunca se lo habría confesado a su hija.

—Gracias, maestro —dijo Diego. Alargó su mano para tomar la de Leonor, que se asió a la de él con fuerza y calidez. Ambos salieron de la cocina ante un sofocante silencio.

—¿Os ha dado algo? —preguntó Bernat divertido.

—No, es que nunca... —empezó a decir Carmen. El maestro nunca había permitido que nadie se acercara a Leonor.

—¿No ves cómo lo mira mi hija? —dijo Bernat—; ante eso no puedo negarme.

—Eres un gran hombre y él es un gran muchacho —dijo Carmen, que también apreciaba a Diego a pesar del poco tiempo que hacía que lo conocía.

—Ea, pues todos a descansar —dijo Genaro. Hasta que no se marcharan, el trabajo de su esposa no terminaría, y también estaba cansado. Los años cada día le pesaban más.

Por el camino, los taladores fueron charlando de lo sucedido. Le contaban a Eugenio que Leonor era una joven inteligente y agradable y que nunca había

querido la compañía de ningún hombre hasta que llegó Diego.

—Es por la labia que tiene —dijo Marcos divertido. Para nada podría estar enfadado con su amigo, cuando él nunca se había sentido atraído por Leonor. Quizás el amor estaría aguardándolo en algún lugar lejano, esperando que él lo encontrara.

—¿Qué piensas? —preguntó José al verlo tan pensativo.

—En las lecciones —dijo Marcos sonriendo. Sabía que iban a darle la vida a su padre, que parecía algo ajado por el tiempo—. ¿Cuándo empezamos?

—Pero, ¿lo has dicho en serio?

—Claro.

—Estoy orgulloso de ti.

—Y yo de vos, padre.

Hacía mucho que no se demostraban el cariño que en verdad se profesaban y ambos se abrazaron con fuerza.

—Mañana empezamos las clases de boxeo —dijo José pensando en voz alta. Trataría de recordar todo lo que había aprendido en su juventud—. La esgrima, en cuanto arregle un par de espadas que tengo guardadas.

Marcos no podía estar más contento y se acostó con una gran sonrisa en los labios. Nunca había pensado que pudiera sentirse tan feliz en ese lugar. Desde que su madre les había dejado, todo había cambiado mucho y ambos se habían estancado en una rutina que los había estado matando por dentro. Diego había aparecido y con él había empezado de nuevo a vivir.

Lejos de allí, cerca del pequeño arroyo, dos figuras corrían entre los bosques sin reparar en la oscuridad. Parecía que el amor les había dado alas para poder volar. El serpenteante camino que llevaba al río sofocaba sus pasos y el aire fresco que mecía las hojas de los árboles se llevaba sus risas. Al llegar, se tendieron sobre la verde y fresca hierba que había en la orilla. Ambos se miraron para ver el brillo de sus ojos.

—No puedo creerme lo que acabas de hacer —dijo Leonor con la voz entrecortada por la huida. Su pecho subía y bajaba y se recostó sobre el cuerpo de Diego, que también parecía descontrolado. Su corazón parecía que quisiera salir de su prisión. Suspiró. Ambos parecían sentir lo mismo y no podía estar más feliz.

—Quiero el permiso de tu padre para estar contigo, porque esto va en serio y me gustaría saber hacia dónde va —dijo Diego con seguridad mientras le acariciaba el pelo. Nunca había sentido algo parecido; no sabía, o más bien no estaba seguro de si eso sería amor, pero quería averiguarlo—. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, ahora mismo no quiero nada más que conocerte —dijo Leonor expulsando vaho con cada palabra que exhalaba. Tiritó y Diego, al sentirlo, la

apretó más contra él.

De esa forma y en silencio, permanecieron un rato. No querían nada más que estar juntos y sentirse el uno al otro. Pero la curiosidad de Leonor era muy grande y se levantó un poco para mirarlo.

—Entonces, el pueblo no es muy grande.

—No, cuatro casas: la de la tercia, dos posadas y... una mancebía —repuso Diego con sinceridad. No quería ocultarle nada de ese lugar.

—En un pueblo tan pequeño, ¿existe ese lugar? —Leonor había escuchado hablar de esos lugares, pero nunca había visto uno de cerca. Claro que su padre la cuidaba con esmero.

—En esta zona viven muchos hidalgos que poseen grandes fincas y Eugenio nos contó que son muchos los nobles que lo visitan.

—¿Te fías de él? —Leonor era un poco desconfiada. Siempre le había pasado, incluso con Diego cuando lo conoció.

—Sí, creo que un hombre no tiene por qué mentir y su mirada es limpia. —Diego confiaba en él, como lo hacía con Felipe; eran hombres atormentados que habían pasado por mucho y que se merecían otra oportunidad.

—Eres un alma caritativa —dijo Leonor sonriendo.

—Eso me dice siempre mi madre. Cuando era pequeño, me hice amigo de un niño al que habían pegado; más tarde, de un compañero algo torpe. En fin, hay que ayudar e intentar ser mejor persona.

—Me pasó algo parecido en Barcelona —contó Leonor rememorando sus días de estudiante—. Mi madre consiguió que me admitieran en un colegio de música, por conocer a uno de los profesores, que le había enseñado a ella misma en Milán. Allí hice muy buenas migas con una niña a la que nadie parecía tener estima.

—Entonces, también eres un alma caritativa —dijo Diego con admiración. Nada le gustaba más que fuera una mujer culta. No eran muchas las que podían vanagloriarse de haber estudiado, ni tan solo de saber escribir.

—Mi madre era una gran música, tocaba el laúd y el clavecín. Su familia tenía ancestros músicos y a ella no le costó nada aprender; además de encantarle, su padre siempre estaba tocando y componiendo. —No era mucho lo que sabía de la familia de su madre; lo único que le resultaba doloroso recordar era que su madre lo dejó todo para seguir a su marido a España—. Intentó inculcarme todo lo que sabía y, además, siempre me decía que tenía que ser una niña buena.

—¿Conociste a tus abuelos?

—No, yo nací en Barcelona y mis padres nunca volvieron a Italia —dijo Leonor algo melancólica—; pero me hubiera gustado conocerlos.

—Quizás algún día puedas ir.

Al no recibir respuesta, supo que el tema no era de su agrado e intentó hablar de algo que la alegrara más.

—Nunca he estado en Barcelona —dijo Diego. Había viajado a varias ciudades de España, pero nunca había viajado tan cerca de la costa—. El mar debe ser algo grandioso.

—¿No has visto el mar? —preguntó Leonor extrañada. Para ella, en sus primeros años, el mar había sido un bálsamo de paz. La había salvado de la soledad después de la muerte de su madre—. Es, como dices, grandioso, sin fin, azul... La brisa trae consigo un aroma salado que a veces añoro.

—Algún día lo veré —dijo Diego soñando despierto. Esperaba hacer ese viaje con Leonor y que ella le enseñara los secretos del océano.

Pasaron algunos minutos en silencio y, al cabo de ellos, Leonor fue la que dijo que se estaba haciendo algo tarde. Al día siguiente tenían algunos pedidos que habían llegado esa misma mañana y debían darse prisa, porque los nobles siempre querían las cosas pronto y perfectas y eso costaba mucho trabajo. Diego asintió y regresaron a la finca. Se despidieron con un tierno beso en los labios que a ambos les supo a poco, pero ninguno se atrevió a más estando tan cerca de Bernat.

Diego entró en la habitación que compartía con los taladores como en un sueño. Nunca habría pensado que su vida fuera a cambiar de una forma tan drástica y rápida.

En Nablanca, Félix y Felipe trabajaban sin descanso en la veta de plata. Acababan agotados, pues también debían hacer su trabajo para mantener el horno encendido. No podían abandonarlo, porque no querían que nadie más conociera el descubrimiento. Por aquella zona no había muchas visitas. Era una montaña pelada de donde sacaban la arena; no había ni poblado ni nada, tan solo la casa de Jonás. Para no levantar sospechas, habían escondido el lugar con ramajes y piedras grandes. Habían empezado a escavarla. Tenían que ver cuánta había y si podrían extraerla sin dificultad. Trasladarla sería fácil con los carros, claro que tendrían que hacer ellos mismos los viajes para que no los descubrieran.

Félix no se fiaba de don Justo. Era un tipo sin escrúpulos y bien podría intentar acabar con ellos o dejarlos sin nada. Era una gran oportunidad para salir de la ruindad en la que vivían; además, estaba harto de vivir en ese lugar olvidado de la mano de Dios. Quería ver mundo. Miró de soslayo a Jonás. A ese sería fácil engañarle, pues no sabía sumar dos y dos. Pero Felipe era un hueso duro de roer. Sus años como tercio le habían endurecido y sabía mucho de la vida. Lo que no entendía era su poco apego por la plata.

—Parece que no quieras saber nada de todo esto.

Felipe miró al que hasta hacía poco había aprendido a obedecer, pero desde su conversación con Diego estaba en una cuerda floja. Debería aparentar que nada sucedía.

—La plata puede hacernos ricos, pero también puede hacer que perdamos la vida —dijo con solemnidad. Don Justo estaba muy interesado en esa veta y no les dejaría mucho si pudiera.

—Para eso nos cubriremos las espaldas. Le diremos a don Justo que la veta no es como piensa y...

—Ese tipo no se conformará con lo que le digas, querrá comprobarlo con sus propios ojos. —Era una sabandija que robaba todo cuanto podía. Estaba seguro de que lo estaba haciendo con las ganancias del horno. Era una pena que el duque no asomara por la finca o que no mandara a nadie a pedir explicaciones.

—Estamos bien cogidos, pero no pienso dejar que nos deje sin nada —dijo Félix soltando el pico con el que estaba cavando. Se sentía frustrado y enfadado. La herramienta restalló contra la pared con un golpe seco y retumbó. Salpicó infinidad de virutas. Extrañado, las miró y se dio cuenta de que brillaban—. ¿Será posible?

No podía creer su buena suerte. La primera vez que habían visto la veta fue una mera casualidad al ir excavando para coger arena. Siempre recordaría ese día. Estaba solo con Felipe y trabajaban sin pausa. Hacía dos años que trabajaba en la finca y cada día odiaba más ese trabajo. Se deslomaban cada día y los beneficios eran para ese sinvergüenza del administrador. Cavaban sin denuedo en la ladera de una montaña de la que extraían sílice cuando vieron algo que brillaba. Bien podrían haberse callado, pero nada sabían de lo que podía ser y llamaron a don Justo. Cuando este les dijo que posiblemente fuese una veta de plata, Félix quiso pegarse por tonto. Había desaprovechado una gran oportunidad y solo les corresponderían unas migajas de las ganancias, así se lo había hecho saber el jefe del lugar. El arenero se maldijo una y otra vez por su mala suerte, pues tendría que seguir trabajando como un burro para enriquecer a otro.

Ahora se le presentaba otra ocasión, pero esta vez él se encargaría de que fuera diferente. Se aventuró a cavar con más ímpetu y enseguida se dio cuenta de que había encontrado otra veta. Era mucho más pequeña que la primera, pero podrían sacar mucho metal de ella. Ya veía las mieles del dinero. Se jactó de ello y miró a su compañero.

—Esta sí que la podemos ocultar. Es mía —dijo con avaricia. Era la primera vez que podía decir que algo era suyo por derecho propio. Esa veta la explotaría al máximo para conseguir salir de ese agujero.

Felipe lo miró. Siempre había sido vil, pero la avaricia de la plata le hacía

serlo aún más si cabía.

—Como don Justo se entere —dijo con seguridad—, nos rebanará el pescuezo.

—¿Tienes miedo?

—No —dijo Felipe. Era un tercio y nunca tenía miedo—, pero no quiero morir como un ladrón.

—Si no estás conmigo, estás contra mí —dijo Felipe haciendo amago de sacar el puñal que llevaba en la bota.

Felipe sopesó su situación. Ante todo, quería salir de ese lugar y para ello tendría que ayudar al rapaz recién llegado. Tendría que engañar a Félix, pero no quería plata.

—Hace tiempo que estoy contigo.

Félix suspiró. Por un instante había creído que lo traicionaría. No le había gustado pensar en matar a ese hombre, pues además de ser una empresa difícil, era un hombre que podría serle de mucha ayuda.

—Bien, entonces trabajaremos para nosotros —dijo con solemnidad. Por una vez en su vida, el trabajo no se le antojaba pesado—; y lo mantendremos en secreto. Solo conocemos su existencia tú y yo.

Felipe asintió. Iba a ser muy difícil conseguir algo de tiempo para hablar con Diego, pero diantres que tenía que conseguir hacerlo. Era el único que podía ayudarlo a salir de esa situación. Estaba muy cansado de todo y solo quería estar en un lugar en el que descansar en paz.

XII

La casa de juego de Doña Mercedes era muy nombrada en Madrid, más por su mala fama y por ser lugar de encuentro entre grandes jugadores que por otros aspectos más nobles y honrados. Era una de las casas de juego más visitadas, pues allí se podía dar rienda suelta a la extendida afición del populacho por los naipes y también por las borracheras. Doña Mercedes era una buena anfitriona y a veces se apuntaba a alguna partida. Solo había una cosa que la mujer no admitía en su casa y eran los placeres carnales, pues ella misma era muy pura y honrada. La casa la había heredado de su familia y había aprendido a ganarse bien los cuartos que necesitaba para vivir en pleno centro de la ciudad.

Entre los muchos visitantes eventuales que se reunían casi todas las tardes, acudían también algunos timadores y parásitos que, sirviéndose de trampas y ardidés, intentaban ganar algunos ducados de entre personajes importantes. Era muy difícil, o más bien imposible para la dama, reconocer a personas tan arteras, y se colaban para su gran desazón. García se movía mucho por esos lugares y tenía un gran aprecio por este lugar, y más aún por su dueña, a la que reverenciaba con pleitesía.

Casi todas las tardes las pasaba allí jugando a las cartas y a los dados. No siempre le iba bien, pero sabía controlar su juego. No era amigo ni enemigo de nadie, pero todos sabían que era el primogénito del duque de Alponde. Su nombre lo perseguía allá donde iba y él lo maldecía por no poder escapar a ese control.

Sabía que también acudían tramposos, pero eran más los jugadores que, como él, pertenecían a una clase social importante. Doña Mercedes los sabía cuidar muy bien y les servía el mejor vino, que compraba en exclusiva para ellos. Una de esas tardes, la partida se encontraba en un punto muy acalorado. Había apostado más de la cuenta y se daba cuenta de que había cometido un error. Había muchos espectadores y eso le ponía nervioso. Le gustaba jugar tranquilo y reposar sus jugadas. No iba muy bien de dinero, pues su padre no le daba mucho porque, según él, se había perdido en el mal camino.

García siempre maldecía ese camino. Había estudiado y seguido los pasos que su padre le había dictado y estaba harto de no poder hacer su vida. No quería ser quien era, pero sí que quería ese dinero, lo que era un arma de doble filo en su vida. Juntó las cartas y miró a sus compañeros de mesa. Eran todos habituales, menos uno de ellos, que se había acoplado a la partida a última hora, cuando les faltaba un jugador. Algo le hacía pensar que era un timador, pero no podía levantar la sospecha sin estar seguro. No era muy diestro con la espada y lo que menos le apetecía era tener que batirse con alguien en la oscuridad de un

callejón.

—¿Apuestas? —preguntó el tipo con seguridad. Parecía convencido de que iba a ganar la mano y mantenía una sonrisa sádica.

—No —dijo García con rotundidad. Estaba en un problema del que no sabía si saldría bien.

—Si no juegas, perderás todo lo que has apostado —dijo sonriendo de forma astuta.

García no sabía qué hacer. Jugaba desde hacía tiempo, pero era la primera vez que se encontraba con un timador. Sabía que eran peligrosos. Eran tipos que no tenían miramientos y que no les costaba nada sacar la espada y rebanarle el cuello a algún perdedor.

—Caballeros, ¿todo bien? —preguntó Doña Mercedes acercándose a la mesa donde jugaban algunos de sus clientes preferidos. Ese tipo no le gustaba nada. Estaba metiendo en problemas a algunos de sus mejores clientes. Se acercó hasta la mesa para tratar de calmar la situación.

—Doña Mercedes, es mejor que se vaya —dijo García, que no quería que ese tipo se encarase con la pobre mujer.

—Estás haciendo trampas —dijo de pronto uno de los habituales en voz alta, mirando al recién llegado—, y yo no juego con tramposos.

Todos lo miraron y García se fijó en su persona. Era un hombre joven, más o menos podría tener su edad. Iba vestido de negro y el único color era el blancor de su camisa. Sus ropas eran finas y su aspecto era muy cuidado. Se notaba que provenía de buena familia. No era la primera vez que se encontraba con él; de hecho, llevaba meses jugando con él. No intercambiaban nada, solo jugaban. Que dijera tal cosa era una sorpresa.

—Desgraciado, ¿me estás acusando?

—Sí, no dejaré que nos desangres —dijo levantándose de golpe y descubriendo el arma que llevaba colgada debajo de la capa. El otro no se amilanó.

—Salgamos fuera a arreglarlo.

La oscuridad había llegado a Madrid de improviso. La noche era fría y no había más luz que la de la luna llena, que parecía mirar hacia el grupo de hombres que salía de una casa. Mientras la mayoría de la población dormía plácidamente en sus casas, de esa calle perdida de la ciudad empezaron a salir ruidos producidos por dos armas que chocaban una contra otra en un temible y letal baile de aceros. Espada en mano y capa a la espalda, el noble y el timador estaban dirimiendo sus diferencias a estocadas en un duelo clandestino. Un enfrentamiento que no debería darse, pues estaba penado con la muerte por el rey. No obstante, el noble no había soportado que su rival hiciese trampas en la

casa de juego y se habían retado. Pensaba acabar con el timador para recuperar su honor mancillado.

García nunca había visto a nadie manejar la ropera de la forma en que lo hacía ese hombre. Cada movimiento parecía estudiado al detalle y desencadenaba en un golpe certero y perfecto. Era ágil y diestro y el timador supo al instante que nada podía hacer en ese duelo, más como no era hombre cobarde y a pesar de todo tenía honor, continuó luchando como si fuera el soldado más valiente y capaz de los tercios de su majestad.

—Eres un hijo de mala madre —dijo el noble al darse cuenta de que el duelo lo tenía ganado y no quería matar a ese desarrapado—. Márchate de aquí y mucho cuidado de que vuelva a verte por estos lares.

El malandrín salió corriendo como alma que lleva el diablo y el noble se entretuvo sacando brillo a su acero. Mientras lo hacía, miró a García.

—Gracias por vuestra ayuda, no habría sabido salir del lance.

—Esos tipos parecen peligrosos, pero con un par de movimientos y cintas bien ejecutadas, se cagan en los pantalones.

García sonrió. Le caía bien ese tipo y se acercó a él.

—Soy García de Alponte.

—Es un honor —dijo el hombre haciendo una leve inclinación de cabeza—. Yo me llamo Carlos Brun.

—¿De dónde venís? Manejáis la espada con una soltura que nunca he visto aquí.

—Me crié en Italia y aprendí esgrima con el mejor tirador del país,...

—No soy muy bien esgrimista —admitió García. Las clases de esgrima en la universidad eran un calvario porque se le daban fatal los movimientos y peor aún aprenderse los nombres.

—Eso es porque no ha tenido un buen maestro.

—Os invito a un trago.

Carlos asintió. El hombre parecía tener problemas con lo apostado, pero no era él quien pondría en tela de juicio su ofrecimiento. Cada hombre tenía una serie de valores a respetar, así se lo habían inculcado. Guardó la ropera en el cinto y acompañó al noble. Sabía muy bien quién era porque había escuchado rumores sobre él en la casa de juego, pero tampoco era quién para hablar de lo que no sabía. Le habían contratado para hacer un trabajo, y de momento marchaba muy bien.

Fueron a una pequeña tasca que estaba abierta. El ambiente estaba un poco embotado del día y estaba muy cargado de humo, humores y olores. Era una mezcla tan repelente que Carlos hizo amago de no entrar.

—No hay muchos lugares abiertos a estas horas y mi cuarto no es digno de

visitarlo.

—¿Vive en un cuarto?

—No soy bienvenido en mi casa.

—Tampoco lo soy en la mía y hago mi vida —dijo Carlos con seguridad. Se parecían mucho más de lo que había pensado.

—¿Vuestra familia está en Italia?

—Alguna sí, pero también tengo familiares en Alcalá de Henares. ¿De dónde es vuestra familia?

—De Alponte.

—¿Sois familia del duque? —preguntó bebiendo de una copa que les habían traído.

—Soy su hijo mayor, el heredero del ducado.

—Vaya, tu futuro es más bueno que el mío. —Carlos siempre había admirado a las familias poderosas y el dinero, porque podían conseguir cualquier cosa—. Si recibes esa herencia entera.

—¿Por qué decís eso? —preguntó García extrañado por el comentario.

—He escuchado ciertos rumores sobre vos —dijo Carlos pidiendo otras copas—. Se cuenta que su padre va a dividir la herencia entre vuestros hermanos.

—¿Cómo? —García no sabía nada. Hacía meses que no iba a su casa. Su padre estaba harto de él, de su despilfarro; pero no lo creía capaz de dejarlo sin lo que era suyo—. No puede hacerme eso.

—Escuché a un tal don Justo —comentó Carlos encendiendo un cigarro—, un administrador del duque, decir que ya era un hecho consolidado.

García enarcó una ceja. No conocía a ese tipo de nada, pero sabía que su padre tenía varias posesiones por el país.

—No tengo constancia de ese cambio.

—¿Va a dejarlo así? —preguntó Carlos—. Me pasó algo parecido y malvivo haciendo trabajitos.

García se tensó. Nunca había tenido alma de soldado. Ese don lo tenía su hermano Luis, que era casi tan diestro como su nuevo amigo. Nunca había pensado en algo parecido, pues había dado por hecho que todo sería suyo. Ahora todo cambiaba y debía regresar a Alponte para solucionarlo.

—Debería volver —dijo García pensando en voz alta.

—Yo primero escucharía esos rumores. Puedo concertarle una cita con don Justo, conoce muy bien algunos negocios de su padre.

García asintió. No estaría mal, por una vez en su vida, ir por delante de su padre. Era un hombre tan importante como metódico en su vida y sus costumbres, pero siempre le había mantenido al margen de los negocios. Nunca

llegó a fiarse de él, y en el fondo le dolía. Había estudiado con denuedo, se había preparado para seguir las huellas de su progenitor, pero se había dado cuenta de que no estaba hecho para ese tipo de vida. La guerra no entraba en sus planes y no le daba vergüenza llamarse a sí mismo cobarde, pues en el fondo lo era.

—Gracias por su ayuda.

Carlos sonrió. Había sido mucho más fácil de lo que le habían dicho. García era un hombre maleable e influenciable. La seguridad de su padre parecía estar ausente en su personalidad.

—Creo que puede seros de gran ayuda. ¿Dónde puedo encontraros?

—En la casa de juego de Doña Mercedes, me alquila un cuarto —dijo García.

—Creía que vivía con su familia.

—No quieren pagar mis gastos.

—Mi padre hizo lo mismo.

Carlos miró a García. La semilla de la duda y el rencor ya estaba instalada en el corazón del desdichado. Ahora, solo hacía falta ir alimentándola poco a poco. Sería una gran baza contra su propia familia. Si algo se le daba bien a Carlos, era mentir. Siempre había sido un gran mentiroso y se le había dado muy bien. Aprendió a mentir a su hermano, luego a sus padres; hasta que fue perfeccionando ese arte para poder hacer un uso más específico de él. Ahora era su principal sustento, pues engañar a la gente era hartamente difícil y él lo hacía de miedo.

—Podemos vernos en la casa de juego en dos días —comentó Carlos. Sabía que Justo estaba esperando en ese mismo momento para saber cómo había ido todo—. Espero poder decirle que puede conocer a don Justo. No sé si estará aquí, en Madrid, o en La Vidriera, que es la finca que administra.

Carlos tenía mucho que hacer en esos dos días, tendría que volver a entrevistarse con don Justo en esa hedionda taberna cerca del río. Allí nadie sospecharía nada y podrían hablar con calma. Necesitaba tener claro qué iba a decirle a García para atraerlo a su lado en pos de su familia. Este trabajo le iba a reportar una buena cantidad de monedas. Sonrió al imaginarse la pequeña bolsa que sería suya después de esa reunión.

A pesar del duro trabajo y del cansancio, el grupo de taladores entrenaba una hora todas las tardes. José resultó ser un maestro duro, exigente y muy concienzudo en lo que hacía. Les había relatado dónde había aprendido a luchar. Había coincidido en un mercado con un hombre inglés que se peleó con otro solo empleando los puños. Era una técnica de lucha que estaba naciendo. En esa época era un mozalbete y se dedicaba a hacerle encargos a ese hombre a cambio

de algunas monedas. Viendo el interés que tenía, le empezó a enseñar algunos movimientos. Poco a poco, y viendo que era ágil y diestro, le enseñó todo lo que había aprendido en su país. Era un hombre solitario del que nunca supieron el porqué había dejado su hogar para recalar en un lugar donde nadie lo entendía.

Marcos era diestro y ágil; había heredado el físico de su padre y era alto y delgado. Diego aprendía, pero para él la espada sería siempre el arma que le salvaría la vida en un lance. José se empeñaba en llevarle la contraria y, así, todos los días tenían cierto debate.

—A veces un golpe rápido puede salvarte de un ataque —razonaba el talador por sus muchos años de experiencia.

—Una cinta con la ropera y una buena punta es lo mejor. Tenemos el ejemplo en nuestros tercios —dijo Diego defendiendo el honor y el valor de los soldados que utilizaban espadas.

Eugenio los miraba con atención. Era un hombre de letras y se había encargado de la enseñanza de la diplomacia y la retórica, por lo que el uso de armas o de los puños era una auténtica incógnita para él. Admiraba a los jóvenes. Poseían agilidad y destreza para moverse. Pero, aparte de todo eso, Diego poseía algo que lo diferenciaba del resto. El muchacho poseía una seguridad algo inusitada en alguien tan joven, pues dedujo que estaría en la edad en la que los nobles y los que pudieran permitírselo estudiaban. Era una pena que alguien con tanta valía no pudiera acudir a aprender, tendría que ser un derecho para todos.

—Eugenio, ¿piensa quedarse mirando o va a practicar algo? —dijo José mirando al hombre. Nada en su aspecto daba a entender que utilizara la fuerza bruta, pero que supiera defenderse podría salvarle en más de una ocasión.

—Soy un completo desastre en esos menesteres.

—Inténtelo —comentó Diego, que practicaba una serie de movimientos con la espada.

Eugenio admiró cómo el acero parecía una extensión del brazo del joven, tal era su destreza. Marcos, en cambio, era mucho más diestro con el uso de los puños. A pesar de parecer de la misma edad, había todo un abismo entre ellos.

Pasaron un rato más con las espadas. Practicaban en un claro que había detrás de la casa, donde nadie podía observarlos y donde ellos podrían darse cuenta de la llegada de alguien.

El día parecía extinguirse en las suaves llanuras castellanas. Era tarde en Alponte, pero en su residencia, el duque revisaba la correspondencia en su despacho. Nadie osaba molestarlo cuando estaba ocupado con los papeles. Estaba muy preocupado. Normalmente la comunicación con Luis era ardua, pero mantenían el contacto; pero hacía días que no sabía nada de él. También sabía

que los conflictos podrían ponerse difíciles, pero confiaba en la pericia de su hijo.

Suspiró mientras se estiraba en la silla. García parecía haberse perdido entre sus vicios. Siempre se había dado cuenta de que Luis se parecía más a él, pero había intentado no desmerecer a los demás y les había dado las mismas oportunidades. García, el mayor, debía ser su heredero; Luis tendría una carrera militar que solventara su futuro; Carlos tenía su carrera en la iglesia y Jimena se casaría con un buen hombre.

Su hijo mediano había heredado su planta y su arrojo juveniles. Todo el mundo le decía que tenía la planta y los modales de un duque. Que Dios le perdonara por pensarlo, pero parecía más su heredero que García. Los escándalos que rodeaban a su hijo mayor iban de mal en peor. Había terminado los estudios dos años atrás y todavía no había encontrado el rumbo de su vida. Había puesto tantas ilusiones en su persona..., pero poco a poco todo se había roto.

Inmerso en sus pensamientos, no se dio cuenta de que tenía compañía. Sonrió al ver el rostro preocupado de Jimena. No había escuchado la puerta ni a ella. La observó con orgullo. No se había dado cuenta de cuándo su pequeña se había convertido en una mujer preciosa. Se parecía mucho a su mujer, pero también poseía ciertos rasgos de su familia. Su mirada estaba llena de inteligencia y él se sentía orgulloso de que así fuera, pues le había inculcado una gran educación, a pesar de ser una mujer. Le habían pedido su mano en más de una ocasión, pero siempre se había negado. Había tenido la esperanza de que Alejandro, el mejor amigo de su hijo, la pretendiera. Además, quería que su hija se casara enamorada de su futuro marido.

—Padre, ¿estáis bien?

—Preocupado por García —dijo con sinceridad el duque. Hacía años que había desistido de ocultar ciertas cosas a su hija, porque ella siempre terminaba averiguándolo todo—. Voy a decirle a Alejandro que lo busque, quiero hablar con él.

—No entiendo por qué no regresa —comentó Jimena consternada. Siempre había creído que vivía en una familia unida, pero hacía unos años que parecía que empezaban a alzarse muros entre ellos y no le gustaba nada esa sensación.

—Tu hermano mayor es débil de mente y se deja arrastrar por cualquiera —dijo el duque con sinceridad. Jimena debía conocer todos los aspectos de su hermano. No podía aferrarse solo a lo bueno, pues lo malo también estaba dentro de las personas.

—¡Padre! —Era la primera vez que Leonor escuchaba hablar de esa forma a su padre.

—Jimena, he dado a todos mis hijos, incluso a ti, la misma educación, y solo García parece haberlo olvidado. Tiene que encontrar el camino en su vida, pero le ayudaré por última vez.

—Es una pena que Luis no esté, siempre se han llevado bien —dijo Jimena confiada en sus hermanos.

El duque no le contestó. Conocía a García y recordaba con amargura la última vez que hablaron. Las palabras y los reproches estaban muy arraigados en su corazón. Le confesó que siempre había tenido celos de Luis, pues era lo que él siempre quiso ser y no pudo conseguir. En vez de confiar en él e intentar mejorar dentro del seno de su familia, se había dado a los vicios y al despilfarro.

—Tu hermano Luis está ocupado.

—Espero que todo vaya bien. Alejandro dice que no me preocupe, pero no puedo evitarlo.

—Jimena, eres la luz de esta casa. Agradezco al cielo que nos haya enviado a Alejandro para cuidarte, no podría haber un hombre mejor.

—Sois el mejor padre —dijo Jimena cobijándose en esos brazos que tanto la habían arrullado y consolado en diversos momentos de su vida—. ¿Recordáis cuando me caí del árbol?

—¡Cómo no recordarlo! —dijo el duque con una sonrisa—. Eras una niña tan activa y revoltosa que tu madre pensó que nunca aprenderías modales.

—Me alegra haber tenido esa infancia, eso me ha hecho más fuerte y diferente a otras jóvenes de mi edad —dijo Jimena recordando lo incómoda que se había sentido en la fiesta. Recordó la persona que había provocado esa sensación—. Padre, cuando estuvimos en Madrid, coincidimos con un tal Justo.

—¿Te dijo algo? —preguntó preocupado. El rostro de su hija había demudado en miedo y no le gustaba nada.

—Bueno, intentó galantearme, pero no me gustó —dijo Jimena sopesando si seguir o no—. Escuché vuestra conversación en Alponete, por casualidad.

—Entiendo...

—Padre, me da mala espina ese hombre, creo que no tiene buenas intenciones con respecto a nuestra familia.

—Admiro tu perspicacia. Alejandro y yo tenemos el mismo pensamiento. Creo que tu futuro marido se está haciendo cargo.

El rostro de su hija enrojeció para enseguida palidecer.

—¿No será peligroso para Alejandro?

—Hija, es un hombre con cualidades para salir indemne...

La puerta se abrió y los sorprendió hablando. La duquesa apareció.

—¡Estáis aquí! Os estaba buscando, tenemos visita de la corte.

El duque miró a su esposa preocupado. Hacía mucho que no tenían ese tipo

de visitas. La vida en Alponde era mucho más tranquila que en Madrid.

—¿Quién nos visita?

—El secretario del rey, con una carta de su majestad.

El duque salió del despacho preocupado. No era normal que le mandaran una carta con un mensajero. El hombre lo esperaba en la sala donde recibían las visitas. No lo había visto nunca.

—Vuesa merced —dijo el hombre haciendo una pequeña reverencia—. Su majestad me ha encargado que os entregue esta carta en mano.

El duque cogió el pliego, que decía:

Mi fiel servidor,

He de comunicarte que he recibido cierta carta de una joven hija de una dama de mi amada reina. La desventurada joven afirma que vuestro hijo García le hizo una oferta de matrimonio y que debe cumplirla. Espero puedas solucionarlo de inmediato, pues la pobre mujer exige respuesta para el futuro de su hija.

Su majestad Felipe II

—García tiene un grave problema —dijo el duque mirando a su mujer y a su hija—. Nunca hubiera pensado que hiciera una promesa de ese tipo.

—¿Qué ha pasado? —preguntaron las dos mujeres al unísono.

—García pidió en matrimonio a cierta dama, Magdalena de Soto. La dama ha suplicado al rey que obligue a García a cumplir con la palabra de matrimonio que le dio. La pobre está en un convento esperando casarse para poder salir de allí.

—¿Y por qué la han metido en un convento? —preguntó Jimena extrañada de que unos padres hicieran algo tan ignominioso con su propia hija.

—Los padres lo habrán hecho para que no haya habladurías —comentó el duque—. Si García no se casa por las buenas, lo apresarán para convencerlo.

—¡Pero la iglesia prohíbe los matrimonios a la fuerza! —dijo la duquesa escandalizada.

—Hay que encontrar a García para que sepa a qué se enfrenta —dijo el duque con una sonrisa—; pero creedme que esto le viene muy bien, pues pienso que, asentando la cabeza y casándose, todo le irá mucho mejor.

—Padre, es horrible —dijo Jimena preocupada.

El duque despachó al emisario diciéndole que lo solucionaría y se encerró en su despacho para escribir a Alejandro. Era la mejor excusa para que García regresara a casa. Además, quería evitar por todos los medios que se encontrara con don Justo. Eran demasiadas las personas a las que ese tipo había molestado, entre ellas a su propia hija. Tendría que poner sus negocios al día y tendría que visitar algunas fincas que tenía. Recordó con cariño La Vidriera, una finca escondida en medio de las montañas. Un pequeño paraíso del que solía disfrutar de vez en cuando. La finca poseía muchas tierras y eran muy buenas en caza, y él era un gran aficionado. Esperaba poder hacer un viaje a esa finca muy pronto.

Cuando terminó de escribir, llamó a un mozo y le dijo que entregara la nota en mano a Alejandro en Alcalá. Además, necesitaba saber su respuesta. En ausencia de Luis, ese muchacho era su único apoyo. Ni por asomo molestaría a Carlos, que estaba muy involucrado en sus tareas en la iglesia con esos asuntos familiares. Además, su hijo pequeño era un hombre de letras, no de espada. Mucho temía que este asunto se pudiera complicar; y luego estaba ese don Justo, del que no se fiaba nada.

XIII

Alejandro recibió la nota del duque al día siguiente por un fiel criado. Sin esperar, pidió permiso y salió hacia Madrid presto. Fue directo a la taberna de Eusebio, pues seguro que el hombre sabía algo sobre ese tipo que habían identificado como don Justo.

—Esperaba verte pronto —dijo Eusebio al verlo entrar—. Me han dicho que ese tipo que vino el otro día tiene una cita con García, todo el mundo habla de ello.

—Me tienes que decir tu secreto para enterarte de todo —dijo Alejandro sonriendo.

—Los borrachos suelen contar grandes verdades —comentó Eusebio. La taberna era un lugar donde se encontraban personas de diversas clases y nadie podía impedir que algunos clientes se fueran de la lengua cuando bebían demasiado.

—He venido para encontrar a García y llevarlo a Alponte —comentó Alejandro. No sabía el porqué, pero si el duque quería hablar con su hijo, sería por algo importante.

—Vale, pero esta vez no te dejaré ir solo a ese lugar del que me hablaste —dijo saliendo de detrás de la barra. Apreciaba a ese joven y no lo dejaría solo. Había conocido a García hacía años y apreciaba a Luis, se lo debía.

—¿Y la taberna?

—Constanza se encargará —dijo mirando a su mujer, que estaba limpiando una mesa—. Es una santa.

—Y tú un sinvergüenza —replicó la mujer lanzándole un beso. Estaba loca por ese hombre y apreciaba a esos jóvenes educados.

—Vamos a ver lo que hacemos mientras comemos —dijo Eusebio, convencido de que había llegado sin hacer ninguna parada. Alejandro era leal e impetuoso.

Comieron algo frugal en la pequeña habitación donde se reunían. Alejandro no se había parado a pensar en lo hambriento que estaba. Hablaron de lo que iban a hacer en un lugar tan peligroso.

—Presentarse en ese lugar es de locos comentó Eusebio sabiendo de lo que hablaba—. Me he informado y es un nido de víboras. Es normal que se reúnan en un lugar donde no hay leyes. Ese tipo no tiene escrúpulos.

—Tendremos que disfrazarnos —expuso Alejandro.

—Sí, no pueden saber quiénes somos.

—Estoy de acuerdo, pondría en peligro a los Alponte —replicó el joven preocupado por lo que podía pasar.

—No te preocupes, no les sucederá nada —expuso con seguridad Eusebio.

Con ayuda de Constanza, se cambiaron de ropa. Alejandro tuvo que despeinarse y ensuciarse con algo de carbón. Cuando se miró en un espejo, no se reconoció.

—Pareces un desarrapado —apuntó Eusebio divertido al ver la turbación del muchacho.

—Mejor que mejor —repuso el joven—. Aunque no me gustaría nada que me viera de esta guisa Jimena.

Las carcajadas de Eusebio casi se podían escuchar desde el exterior. Era divertido ver a ese joven preocupado por algo tan trivial como verse poco atractivo para su amada.

—Es una mujer con suerte —dijo Constanza mirando con candor al joven. Apreciaba a ese joven y sabía que era un buen hombre. Seguro que serían felices.

—Gracias, Constanza. Solo espero ser tan feliz como vosotros —dijo con convicción. Eran pocas las parejas que conocía que vivieran con una felicidad plena, que era lo que ansiaba encontrar con Jimena.

—Me has emocionado, rapaz —dijo Eusebio palmeándole la espalda.

—Os espero en mi boda y no quiero excusas.

—Yo... —empezó a decir el hombre, pero al ver la mirada del joven cambió de idea—. Allí estaremos, será una oportunidad para que mi Constanza se vista como una dama.

—Jimena le ayudará a elegir un vestido.

La mujerona se tapó la boca con la mano emocionada. Nunca hubiera imaginado ser invitada a una boda y menos de alguien tan especial.

—Bien, ¿cómo iremos?

—Andando y con la ropera bien apretada al cinto —dijo Eusebio acariciando el filo de su espada. Era su mayor tesoro. Era lo único que no había vendido al verse en problemas. Era un legado de su padre y no quiso desprenderse de ella.

—Tengo la daga en la bota —dijo Alejandro. Era una de las lecciones que le había enseñado Luis. Algo que les había salvado en algunas ocasiones.

—Un gran truco —admitió Eusebio. Había conocido a estos jóvenes como a otros tantos que acudían a beber a la taberna, pero algo en ellos le llamó la atención. Además de su clase, desprendían una seguridad que apreciaba.

El tabernero se despidió de su mujer. Estaba tan acostumbrada, que no sintió resquemor por el peligro que podría correr su marido.

Ambos anduvieron por las calles de Madrid entre multitud de personas que continuaban deambulando por la ciudad. A pesar de estar oscureciendo, el ritmo de la vida era el mismo; pero, al caer la noche, la urbe se poblaba de personas de

otro cariz y mucho más peligrosas. Ambos hombres iban andando con la mano puesta en la espada, listos para sacar el acero en cualquier momento. Alejandro nunca se había internado en esa parte de la ciudad y le pareció oscura, peligrosa y muy sucia.

—¿Qué te parece?

—No es un lugar bonito.

—Tú lo has dicho. Es una de las peores zonas —comentó Eusebio—. Aquí llegan pequeños barcos de contrabando y se reúnen ladrones de poca monta.

—Algún día nos contarás —dijo Alejandro refiriéndose también a Diego— qué hacías antes de convertirte en un tranquilo tabernero.

Eusebio calló. Nunca había contado su vida a nadie. Solo Constanza sabía los avatares de su vida. Quizás había llegado el momento de confiar en los jóvenes.

—Era... Bueno, soy letrado. Mi familia era de origen modesto. Yo acudí a la universidad, donde conseguí el título de licenciado en derecho. Los cargos reportaban cuantiosos beneficios a sus titulares. Gracias a los puestos que se ocupaban, los letrados no encontraban dificultad en sustraerse al pago de los impuestos. Así podían comenzar su camino hacia la hidalguía y quizás incluso hacia la nobleza. Empecé a trabajar en un tribunal y conseguí amasar una pequeña fortuna, pero me di de bruces con un problema. Me enteré de que algunos compañeros no siempre actuaban bien ni con medios honrados. Desde ese momento, me convertí en la oveja negra de ese mundo y fui acusado de cometer un delito. El juez no tuvo piedad y me condenaron. Cuando salí de la cárcel, me prometí no volver a ejercer.

—Por eso conoces tanto...

—Sí, hay cosas que no se pueden olvidar y que son innatas en mí —dijo Eusebio encogiéndose de hombros.

—Me alegro de haberte conocido —dijo Alejandro. Luis y él siempre habían tenido ideas de qué podía haberle pasado, pero nunca hubieran pensado tal cosa.

Llegaron pronto al río. La taberna era un lugar mucho más oscuro que la de Eusebio. Ambos torcieron el gesto al entrar, pues olía a humanidad y otros humores.

—Estate atento a cualquier movimiento y no te alejes de la puerta de salida. Detrás, hay otra que da justamente al río, por si hubiera algún problema —explicó Eusebio. Hacía muchos años que había visitado ese lugar buscando a un tipo con el que quería hablar de un asunto.

—Espero que García no me reconozca —dijo Alejandro de pronto.

Era algo en lo que no habían caído, a pesar de ser tan obvio. Si lo reconocía y les descubría, podrían ponerse en peligro.

—Agacha la cabeza y cálate el sombrero bajo —dijo Eusebio rezando para que todo saliera bien.

Las mesas estaban ocupadas y miraron a su alrededor con prudencia, examinando hasta ver a quiénes estaban buscando. Ocupaban una mesa al fondo de la tasca. Estaba en un rincón oscuro y apartado y eran tres.

—¿Conoces al hombre de negro? —preguntó Alejandro. Le sonaba de algo desde la primera vez que lo vio.

—Carlos..., un soldado a sueldo que se vende al mejor postor —comentó Eusebio—. Ese Justo sabe de quién rodearse. Es un espadachín peligroso y diestro con la espada.

—Era con quien estaba García el otro día.

—Seguro que le ha influenciado y le ha contado de todo —dijo Eusebio. Conocía a ese tipo de hombres. Se servían de su poder de persuasión para influir en las personas débiles de mente. García era su nueva víctima y seguro que ganaba un buen saco de monedas por el trabajo.

—Ojalá estuviera aquí Luis —dijo Alejandro. No era que no fuera valiente, estaba acostumbrado a las luchas; era que echaba en falta a su compañero de aventuras. Ambos se conocían tan bien que, con solo mirarse, sabían lo que iban a hacer.

—Tendremos que apañarnos sin él —dijo Eusebio, que sabía cómo se sentía el joven.

Se sentaron en una mesa que acababa de quedar libre y se dedicaron a mirar con cuidado. Pidieron unas pintas de cerveza para despistar.

En esa mesa, Justo parecía no ver a nadie. Estaba tan centrado en García que no se daba cuenta de nada. Como le había dicho Carlos, era un hombre débil e influenciable.

—Creo que lo mejor sería acudir al rey para hablar con él.

—¿Al rey? —preguntó indeciso García. Acudir al monarca por una cuestión de herencia era pésimo.

—No con el asunto de la herencia. Lo mejor para conseguir lo que es tuyo es hacer creer al monarca que tu padre es un traidor.

García se quedó con la boca abierta. Su padre podría ser estricto y otras muchas cosas, pero nunca un traidor, y eso todo el mundo lo sabía.

—Creo que no conoce el honor de mi padre.

—No, y por eso digo que tenemos que atacar por ahí.

Al escuchar la palabra atacar, García pareció despertar de un sueño. En el fondo, eran su familia y sabía que todos lo apreciaban. Miró a su alrededor y reparó en dos hombres que había en una mesa. Uno de ellos le llamó la atención en especial; creía reconocer quién era, pero no podía ser posible.

—¿Dónde trabajaba? —preguntó García mirando al hombre que tenía delante de él.

—Soy administrador de una finca de su padre.

—¿Cómo lo quiere hacer?

—Es fácil, inventaremos una historia y la iremos propagando por los barrios pobres, que son los que mueven las noticias. Cuando se haya extendido, acudiremos al rey.

—No es mal plan. ¿Para qué me quiere a mí?

Justo dudó, pero por un segundo parecía que todo el aplomo del joven había aparecido justo en ese momento. Con cada pregunta parecía mucho más osado y convencido. Miró a Carlos, que también parecía sorprendido por el cambio.

—Quién mejor para apoyar una historia que el heredero —comentó Justo—, aquel que se va a quedar sin lo suyo.

García se enderezó en la silla. De pronto, parecía que todo se aclaraba en su mente y que encontraba el camino que hasta ese instante parecía estar tapado. Se levantó y sacó la ropera del cinto.

—Sois un canalla y un estafador —vociferó dirigiendo la espada al cuello de Justo.

Carlos se levantó y alzó la espada parando el acero de García. Ambos se enzarzaron en un duelo sin reglas. Desde la otra punta, Alejandro y Eusebio se levantaron también.

Las personas que bebían en la taberna pronto estallaron en voces y comenzaron sus propias peleas, por lo que aquel lugar se convirtió en un campo de batalla. Alejandro trataba de avanzar hacia García; sabía por su hermano Luis que no era muy diestro con el arma. No quería que le pasara nada, pues parecía que al final se había revelado contra el complot que querían tramar en torno a su padre. Tuvo que sacar su propia arma para parar unos cuantos mandobles que volaban por encima de él sin destino propio. Eusebio lo seguía de cerca, lo sabía por otros lances que habían tenido.

García parecía en apuros, pues Carlos lo tenía acorralado.

—Maldito hijo de puta —bramaba enfadado por haber perdido sus monedas.

—Soy hijo de un noble —dijo García exaltando su apellido a toda voz. Ahora más que nunca tenía muy claro quién era y no lo iba a olvidar tan fácilmente.

Carlos pareció que se enfurecía todavía más y arremetió con fuerza contra el hidalgo. García estaba agotado, no era un hombre acostumbrado a las luchas, y casi era incapaz de parar las estocadas que le llegaban. Tuvo un descuido y una de ellas le rasgó. No solo fue el jubón, sino que también rozó su piel, pues un fino hilillo de sangre empezó a manchar la prenda. Se echó la mano a la herida

en cuanto sintió el dolor.

Alejandro llegó en ese instante. Asaltó a Carlos con indudable pericia y movimientos ágiles. Pronto el duelo pareció que cambiaba de tercio, pues el italiano dominaba al otro con mucha más maestría. Mientras luchaban, Eusebio estaba ayudando a García, que estaba debilitándose poco a poco y se había dejado caer. Necesitaba un médico cuanto antes.

El acero de Alejandro al fin acabó con la vida de Carlos cuando se hundió en uno de sus flancos. El otro miró con ira mientras la vida se le escapaba a borbotones.

—Alejandro, no sabía que erais vos —dijo García sorprendido al reconocer al amigo de su hermano Luis.

—Te estaba buscando. Tu padre desea verte —anunció Alejandro.

—Me he equivocado tanto en estos años... Ni yo mismo me lo perdono —dijo con sinceridad García, que parecía muy avergonzado por lo que había hecho.

—Su padre es noble y sois su hijo mayor —dijo Alejandro muy seguro de lo que decía—. Él os ama.

—Lo que querían hacer no tiene nombre —comentó García balbuceando—; mi padre no es un traidor y nunca lo será.

—Esos hombres no saben con quién se han metido —dijo Alejandro. Conocía a los Alponte y para ellos el honor era muy importante.

—Ese don Justo es un hombre muy ambicioso. Administra una finca de mi padre en Andalucía y no tiene muy buenas ideas.

—No he escuchado buenas cosas sobre él. Parece ser que los negocios no están muy claros —apuntó Alejandro. Estaba seguro de que ese hombre estaba robando las ganancias del negocio—. No sé mucho de esa finca.

—Habaremos con mi padre para ayudarlo —dijo convencido García. No dejaría que robaran a su familia.

—Jimena está muy preocupada por vos —comentó Alejandro.

El rostro del noble se dulcificó. Eran gratos los recuerdos que tenía de su hermana. Siempre había tenido buenas palabras para con él.

—Mi dulce hermana —dijo sintiendo un pinchazo en la herida.

—Hay que encontrar un médico —comentó Eusebio, que no se había apartado del lado de los jóvenes.

Parecía que, en el revuelo, don Justo se había escapado y nadie se había dado cuenta. García lo echó de menos cuando lo ayudaron a levantarse.

—Seguro que va derecho a La Vidriera —comentó Alejandro convencido de sus planes.

—Primero iremos a Alponte —comentó García perdiendo el sentido.

—No podemos esperar más para encontrar un médico. Ha perdido mucha sangre.

Encontraron a un galeno que accedió a acomodar al herido en su propia consulta, pues la taberna de Eusebio no era lugar para que se cuidara a un enfermo y Alejandro no poseía casa en Madrid. Resultó ser una herida poco profunda, pero de la que había manado mucha sangre. No estaba en peligro, pero el herido debía descansar al menos unos días.

—Es importante que viajemos a Alponte —dijo Alejandro. Tenían que avisar al duque de lo que había sucedido.

—Imposible, su herida puede abrirse —sentenció el médico sin posibilidad de réplica.

—Escucha, Alejandro —dijo Eusebio formando un plan en su mente—. Id vos a Alponte y avisad al duque. Me quedaré con García; no puede viajar hasta que se mejore.

—¿Y la taberna?

—No os preocupéis, avisaré a Constanza —dijo Eusebio convencido de que su mujer asumiría su control sin hacer preguntas.

—De acuerdo, me marcho ahora mismo —anunció Alejandro. No podía dejar pasar más tiempo. Ese hombre seguro que tramaba algo y no quería que ninguno de los Alponte estuviera en peligro.

—Id con cuidado, pero creo que ese hombre ha salido de Madrid —dijo Eusebio.

Alejandro asintió. Recogió la montura que tenía descansando en una fonda cercana a la taberna de Eusebio. Desde allí, picó espuelas para llegar cuanto antes a Alponte. Le esperaba un largo viaje.

Esa tarde, después de terminar con el trabajo, Diego no acudió a la clase de lucha. Quería entrar en la residencia del duque para registrar el despacho de don Justo. Necesitaba encontrar algún papel que le incriminara en lo que estaba haciendo en la finca; desde la explotación de la mina hasta todo el dinero que robaba. Les dijo a los demás que le dolía el brazo y, cuando se quedó solo, se deslizó hacia el edificio donde se encontraba la residencia del duque.

Solo había visitado esas estancias durante la noche y, a la luz del día, eran más impresionantes si cabe. Los techos eran altísimos y con artesonado de madera y las paredes estaban decoradas con ricas y finas telas de diferentes motivos. Los muebles llamaron la atención de Diego, que ya había tenido ocasión de verlos parecidos en Alponte. Según le habían contado en su tierra, eran de un estilo castellano que solo utilizaba maderas nobles, y el trabajo de los carpinteros era minucioso y preciso. Eran pocos los adornos, pero tan bien situados y tan

bellos que daban al conjunto de la estancia una calidez que no se encontraba en todos los hogares.

Mucho antes de llegar al despacho, Diego tuvo el atrevimiento de entrar en las habitaciones del duque. Quería ver dónde dormía un noble. El cuarto era más bien austero en detalles, pero anexo a él había una sala donde se encontró con una pintura a tamaño real de los duques. Los conocía de verlos en alguna ocasión en Alponte, pero ese retrato era tan fiel y real que parecía que, en cualquier momento, iban a dejar el cuadro para increpar a Diego por su arrojo. La mirada cargada de inteligencia y seguridad del duque parecía controlar cada uno de sus movimientos. Sus ojos parecían mirar a los visitantes para infundirles respeto. La duquesa era una mujer bella y agradable. Su rostro redondo y su mirada rebosaban tanto amor que, por un instante, Diego recordó a la suya.

—La honra me ha traído hasta aquí y no cejaré hasta que ese hijo de mala madre deje de robar a las gentes que aquí viven. Os encomiendo mi valor y mis respetos —susurró Diego inclinándose en una reverencia digna de un príncipe.

El resto de la estancia privada del duque era sencilla. La cama era típica de los nobles y tenía un baldaquino de tela roja, en consonancia con el resto del ropaje de la habitación, que era del mismo color. Se decía que, según la cama en la que un hombre dormía, se podía saber a qué clase pertenecía. En aquella estancia se sabía que dormía un duque.

El despacho estaba desordenado y Diego hizo una mueca de disgusto. Ese hombre no tenía respeto por las propiedades del duque. Menos mal que todos los objetos y enseres de la sala parecían no haber sufrido ningún daño. Diego se acercó a la mesa y se puso a mirar los papeles. Facturas, pedidos, gastos de los trabajadores y poco más. Abrió los cajones para ver si encontraba algo en particular. En la otra parte había un bargueño típico español apoyado sobre un taquillón. Mostraba varias separaciones entre puertas y cajones con columnillas y pilastras; nunca había visto uno como este, porque estaba policromado. Su abuelo era un gran amante de estos muebles y siempre decía que un lugar para guardar las cosas pequeñas, era un lugar donde se atesoraban las cosas importantes. Porque dentro de cada uno de esos diminutos cajones se podían esconder muchos secretos, y Diego comenzó a abrirlos uno por uno.

Parecía que don Justo no había prestado atención a este mueble, porque sentía que la última mano que lo había tocado había sido la del propio duque. En algunos encontró diversos papeles: recuerdos de sus propios hijos, las primeras letras que escribían e incluso encontró un diente envuelto en lino. En uno de ellos encontró un broche con el retrato de la duquesa. Era una joya bellamente tallada y refinada. Estaba envuelta en terciopelo y guardada en uno de los cajones más pequeños. Estos pequeños detalles decían mucho de la persona que

era el duque: un gran amante de su familia. Diego sintió que estaba mancillando esos recuerdos. Cerró los cajones y se alejó del mueble. Buscaría en otro lugar.

Don Justo no era un hombre tonto y no había nada que diera pie al hallazgo de la veta de plata. Lo tendría oculto para no levantar las sospechas del duque, o incluso podría llevarlo encima. Era imposible que, tras encontrar algo tan importante, no hubiera acudido a un letrado en Madrid para que le asesorara de lo que podría ganar con ese negocio. Con ese acto estaba engañando la confianza que había depositado el duque en su persona al darle ese trabajo. Era un individuo avaricioso y mezquino. Diego no iba a permitir que engañara a nadie.

Justo cuando iba a salir del despacho, vio una hoja en el suelo. Estaba justo debajo de la mesa, parecía que se había deslizado hacia el suelo por un descuido del hombre. Se acercó y la cogió. Era un pedido de vidrio y el encargo era para un lugar llamado La Puebla. Pedían muchos objetos y parecía importante, no entendía por qué se encontraba en el suelo. La puso encima de todos los papeles, para que fuera lo primero que viera ese hombre al ponerse a trabajar. Bernat y Leonor iban a tener mucho trabajo en las siguientes semanas y los demás, incluyéndose a sí mismo, también.

Estaría bien porque, según todos, el invierno era muy duro y no tenían tantos encargos por el tiempo. Era una tarea titánica conducir los carros por las montañas nevadas. Tenían que llevar consigo palas e ir ayudando de vez en cuando, pues las ruedas se quedaban enterradas en la nieve. Eso hacía que su trabajo en esa época del año fuera el doble de duro. Diego suspiró. Ya se notaba que el tiempo estaba cambiando. Octubre se abría paso poco a poco. Llevaba casi un mes en La Vidriera y parecía que solo hubieran sido unos días. Se encontraba tan bien allí que no añoraba mucho su vida en Alponete.

Salió de esa parte de la finca y fue a buscar a sus camaradas. Ya los consideraba una parte muy importante de su vida. Nunca antes lo hubiera imaginado aunque se lo hubieran dicho. Él, que solía ir casi siempre solo, había encontrado allí a un grupo muy especial.

Las risas de Marcos fue lo primero que escuchó cuando se acercaba a la parte de atrás de la finca. El grupo estaba haciendo unas técnicas de pelea cuerpo a cuerpo.

—Una buena pelea se puede definir con solo una regla: hay que aplicar la mayor fuerza posible al punto más débil.

—¿Y dónde golpeamos? ¿Dónde duele más?

—A las costillas y al hígado —dijo José señalándose esas partes—. Un buen golpe a la cara puede dejar aturdido al otro durante unos segundos que pueden inclinar el tanteo de la pelea de vuestra parte.

Marcos estaba ensayando sus ganchos de izquierda cuando vio a Diego.

Pareció enfadado con su compañero.

—¿Dónde has estado? —preguntó enfadado—. Espero que no hayas ido por ahí sin contar con ayuda.

—No, he estado en el despacho de don Justo.

—¿Has encontrado algo?

—No, ese hombre es un desastre. Es una pena cómo trata las cosas del duque.

—Vive a todo lujo —comentó José—. ¿Practicas un rato, rapaz?

Diego asintió. Vicente estaba sentado en un tronco, con un trozo de madera en una mano y un cuchillo en la otra. Estaba tallando algo y parecía concentrado, pero en realidad no perdía detalle de lo que estaban haciendo. Ya no estaba para luchas, pero tampoco le gustaba admitirlo. Poco a poco las fuerzas le estaban abandonando y se alegraba de que Eugenio les hubiera acompañado, pues tendrían un poco más de ayuda. Parecía un buen hombre y tampoco luchaba. Como él, solo miraba.

—Eugenio, ¿no te animas?

—Mis puños son endebles, mas mi lengua es áspera y artera. Yo peleo con las palabras. Ea, a ver qué han aprendido los mancebos.

XIV

Después de la dantesca escena que había vivido y de la que pudo huir de milagro, Justo preparó su regreso a La Vidriera cuanto antes. Dejó Madrid sin mirar atrás y sin arrepentimiento por lo que había hecho. Nunca se paraba a pensar en las consecuencias que traían sus planes, eran un mal menor para él.

Allí, en la oscuridad de la taberna, quedó tendido el cuerpo sin vida de Carlos. Le habían aconsejado a ese tipo por su valor y arrojo, además de que manejaba la espada como el mejor. Después de concertar una entrevista con él, lo había contratado a cambio de unas míseras monedas. Cuando salió de allí, aún parecía que se escuchaban los gritos y gruñidos de las demás peleas, además de la guardia que llegaría pronto. Nunca había vivido una escena así y había sentido pavor al ver cómo se batían. Se había escondido en un rincón esperando poder salir de allí cuanto antes.

García había cambiado de parecer y no llegaba a entender el porqué. En principio parecía sentir rencor hacia su padre por lo que iba a hacer, pero parecía que todo había cambiado en un instante. Con la ayuda del hijo, la conjura contra el duque podría haber llegado a buen puerto; pero sin ella, los planes estaban condenados al fracaso.

Después de las horas pertinentes de viaje, solo cuando estuvo en la habitación que ocupaba en La Vidriera, pudo respirar con calma y paz. Él, que siempre intentaba tener todo bajo control, había sentido miedo. Tenía que mantener a todos en la finca ocupados para que él pudiera extraer la máxima plata posible. Quería marcharse cuanto antes de ese lugar. Recordó el pedido de La Puebla, era lo que necesitaba en ese momento. Lo había estado postergando por diversas cuestiones, pero ahora parecía que había llegado su hora. Además, mandaría hacer la entrega al maestro vidriero y a ese sinvergüenza que había llegado el último y ya se daba aires de grandeza.

Se sirvió una copa para paladear su incipiente victoria, porque ese plan le llevaba hacia una clara y esperada recompensa: Leonor. Ansiaba a esa joven desde hacía tiempo y sus movimientos esquivos no hacían más sino animarle a continuar en su empeño. Había llegado la hora de hacerla suya y se quitaba de encima a dos grandes adversarios: su padre y el letrado de los indefensos.

A la mañana siguiente, cuando se dispuso a comunicar sus planes, se dio cuenta de que había un problema: un tipo que había viajado con ellos desde el Hornillo. Justo se puso a lanzar sapos y culebras por su boca, tal era su enfado.

—Esto no es un hogar de beneficencia...

—Señor, todos nos ganamos el pan que comemos —dijo Genaro alzando la voz para que todos lo oyeran.

El administrador les había reunido en la puerta de La Vidriera y, cuando iba a organizar el trabajo, vio a un desconocido.

—Irá con los taladores, Vicente parece que necesita ayuda —dijo Justo mirando al hombre mayor del grupo—. Ahora quiero informaros de que tenemos un pedido importante que nos mantendrá ocupados las siguientes semanas. Los pormenores se los explicaré a Bernat.

Diego asintió. Ese pedido era el mismo que él había encontrado en el suelo y ahora recordaba que tenía una fecha muy atrasada. Lo había estado postergando para cuando a él le conviniera. No dijo nada porque sabía muy bien la razón por la que los quería a todos tan ocupados. Esas semanas iba a encargarse de explotar la veta de plata y ellos debían vigilarlo ante todo. No sabía cómo lo harían, pero debían ver a cuánto alcanzaba esa veta.

Justo y Bernat desaparecieron hacia el horno. Leonor se acercó hasta ellos intrigada por lo que estaba sucediendo.

—¿Ocurre algo Diego? —preguntó Leonor extrañada de la conducta de don Justo. De normal era un hombre iracundo y maleducado, pero parecía mucho más nervioso. Parecía que el viaje a Madrid no había ido como él pensaba. ¿Qué le habría pasado?

—Luego te lo contaré, pero mientras don Justo este por aquí, creo que deberías dejar las sesiones musicales —dijo Diego. Por nada del mundo querría que ese hombre los encontrara—. Supongo que no sabe nada sobre el tema.

—No, mi padre lo habló de forma directa con el duque cuando lo contrató. —Era normal que Diego tuviera cuidado, un enfrentamiento con ese hombre sería malo para todos.

—Bien, luego nos veremos en la puerta del horno y te contaré lo que sé —dijo Diego mirándola a los ojos. Su color azul lo llenaba de calma y paz. Esperaba tener un rato a solas con ella; además, no podía ocultarle lo que pasaba, en ese aspecto era muy curiosa.

Bernart salió a buscar a su hija preocupado. El pedido que le había mostrado don Justo no era muy grande, pero sí con piezas muy distintas entre ellas. Además, el lugar donde había que llevarlo estaba un poco más alejado que El Hornillo. Era un viaje más largo y estaba preocupado por los planes de don Justo. No le gustaría que pusiera a nadie en peligro. Pero si ya lo había intentado una vez, lo volvería a hacer una segunda. Se dio cuenta de que Leonor estaba hablando con Diego y no podía estar en mejor compañía, porque ahora que estaba ese hombre por allí, tendrían que vigilar a Leonor. Se acercó al grupo.

—Creo que ese tipo no tiene ni idea del trabajo que nos ha encomendado —comentó Bernart—. Por cierto, Leonor. Mientras esté por aquí, no quiero que estés sola en ningún momento.

—No te preocupes, padre —replicó Leonor sabiendo muy bien a quién se refería.

—Creo que también debería dejar la música durante un tiempo —dijo Diego, aunque no le gustaba la idea porque sabía que era la gran pasión de Leonor.

—Buena idea, no puede encontraros solos en la residencia del duque —replicó Bernart. Ese muchacho era muy perspicaz—. Creo, hija, que debemos empezar a trabajar.

Con una última mirada se despidieron hasta la tarde, cuando se verían. El carro de los taladores esperaba a Diego ya pertrechado. Conducía Vicente, que miraba con preocupación el cielo. Ese hombre parecía tener un vínculo con el clima para saber qué iba a suceder a cada instante.

—Hoy debemos darnos prisa, creo que va a llover por la tarde —advirtió sin dejar de conducir.

—Algún día nos contarás cómo demonios aciertas siempre —dijo Marcos. Vicente era un pozo de sabiduría. Había aprendido de su padre y este del padre de su padre, y así sucesivamente en las siguientes generaciones. Él siempre quería que le enseñara, pero el hombre gruñía y hacía como si no lo oyera.

—No lo entenderías, mancebo —replicó Vicente con sorna.

—¿Lo podrías explicar para todos? —dijo Diego también interesado.

—Sois muy pesados. Utilizo las cabañuelas, pero no pienso ponerme a explicaros qué son. Los animales también se dan cuenta del tiempo y están más nerviosos. ¿No lo notáis?

Diego observó a las mulas. Parecía que marchaban como todos los días, pero al fijarse vio que movían mucho más las orejas. Si Vicente tenía razón, tendrían que darse más prisa.

—Menos mal que tenemos una mano más —dijo Marcos mirando a Eugenio. El hombre se había unido al grupo. No hablaba, tan solo miraba y escuchaba para aprender todo lo imprescindible en ese lugar.

—Espero ser de ayuda —dijo Eugenio. Era un hombre trabajador y no le daba miedo nada. Estaba preparado para ayudar a esas personas que tan bien lo habían acogido. Era algo que nunca olvidaría. Era leal y sabía agradecer las cosas.

—Claro que lo serás —dijo José. Eran casi de la misma edad y habían hecho muy buenas migas.

—¿Tú sabes lo de las cabañuelas, Eugenio? —Marcos se acercó a Eugenio y le preguntó en voz baja cada más interesado en el tema.

—Algo sé, pero creo que tienes que esperar y tener paciencia —dijo mirando a Vicente—. Las personas mayores son muy inteligentes y les gusta que estén pendientes.

—Pero es que llevo mucho tiempo preguntando por lo mismo —susurró Marcos quejándose.

—¿Sois familia? —Al ver que el muchacho negaba, lo entendió—. Vicente querrá explicártelo pero, al no ser de su familia, lo tiene que pensar, porque son cosas que se transmiten en el entorno familiar.

—Es una tontería...

—No te burles de las costumbres —dijo con severidad Eugenio—. Es lo único que nos une a la familia. Son sagradas.

Marcos asintió arrepentido por sus palabras. No quería burlarse, pero es que llevaba tanto tiempo tratando de aprender que ya perdía la fe.

Como había predicho Eugenio, en el pescante del carro Vicente rumiaba una y otra vez sobre el interés del rapaz. Hacía tiempo que lo conocía y le tenía aprecio, pero no tenían parentesco entre ellos. Aunque no quería morir y llevarse con él ese don de saber predecir el tiempo. Su familia lo atesoraba desde hacía más de un siglo y no estaba bien que algo tan sagrado se perdiera por una simpleza. Él no se había casado y no tenía familia, por lo que no podía transmitir a nadie ese legado tan especial para él.

Llegaron a un pequeño claro donde llevaban trabajando un par de días. Había tantos pinos en esas montañas que, aunque talaban dos o tres al día, no se notaba en la frondosidad de los bosques. Solían cambiar continuamente de lugar. Además, cuando era el tiempo de plantar, ellos mismos reponían los que habían talado. Era una forma de que nunca se quedara la montaña sin árboles. Descargaron las herramientas y se pusieron al tajo.

En el horno, Bernart trabajaba sin descanso en las diversas piezas que tenía que crear. En la última cocción habían salido algunas burbujas en el vidrio y era debido a la arena, que parecía que cambiaba de componentes o que tenía alguna impureza. No era algo que quedara mal en un objeto, pero parecía mucho más profesional si se veía liso y limpio. Lo comentó con su hija, que también entendía de los pormenores de la fabricación por el tiempo que llevaba ayudándolo.

—No te preocupes por esa nimiedad. Los nobles no saben cómo es el vidrio y creerán que han comprado el mejor —dijo Leonor entendiendo la preocupación de su padre.

—Me preocupa que la sílice de la arena desaparezca, pues si lo hace ya no podremos seguir produciendo.

—No pasaría nada, nos iríamos a otro lugar a empezar de nuevo. —Leonor no tenía miedo de nada, pero esperaba poder tener a Diego a su lado. Esa duda ensombreció su rostro por un instante.

—¿Tienes miedo?

—No, padre. Pero no quiero separarme de Diego —dijo con cierta timidez. No le gustaba hablar con su padre de ese tema. En esos momentos, echaba de menos a su madre. No sabía nada de hombres ni de cortejos.

—Te entiendo. Espero que la sílice perdure. Lo comentaré con don Justo. Me gustaría visitar Nablanca, necesito cerciorarme de que están excavando en el lugar correcto.

—¿Te hará caso?

—Seguro que sí, le interesa que esto funcione bien —comentó Bernart. Si la producción del horno cesaba, don Justo se marcharía de allí, pero los demás no tenían otro lugar dónde ir. No podía dejar que todo terminara, de ello dependían muchas personas a las que apreciaba.

—¿Cuántas copas quieren?

—Dos docenas.

Don Fernando esperaba a su hijo con expectación. Alejandro nunca había fallado y estaba seguro de que conseguiría traerlo a su hogar. Eran muchas las cosas que tenían que hablar, pues el honor de su apellido y sobre todo su familia estaban en peligro. Esperaba que recapacitara y tomara las riendas de su vida. Se asomó a la ventana y vio cómo se acercaba un caballo a toda velocidad. Sintió temor. Salió al exterior para ver cómo Alejandro se bajaba de la montura con agilidad.

—Vuesa merced —dijo casi sin aliento—. García ha resultado herido en una escaramuza defendiéndolo. Se ha quedado en Madrid, en la consulta de un galeno.

—¿Se encuentra a salvo?

—Sí, pero está muy débil para viajar.

El duque hizo llamar a un criado e hizo que prepararan su mejor caballo con presteza. No podía dejar a su hijo solo en un lugar que no conocía.

—Alejandro, espero que puedas quedarte aquí hasta que yo regrese —dijo el duque cogiendo el caballo que le tendían por las riendas—. Dime dónde está mi hijo, pues no voy a dejarlo solo.

—Le agradecerá veros —dijo Alejandro feliz por ese reencuentro familiar.

—Cuéntales a mi mujer y a mi hija qué ha sucedido.

—No os preocupéis, no me moveré —replicó Alejandro relatándole dónde estaba su hijo y con quién lo había dejado.

Cuando el caballo se alejaba, las dos mujeres salieron de la casa sorprendidas ante el revuelo que se había formado en la casa.

—¿Alejandro! —exclamó Jimena sorprendida de verlo allí.

—¿Qué ha sucedido, Alejandro? —preguntó la duquesa muy preocupada al

darse cuenta de la ausencia tan repentina de su marido.

El joven relató, acortando un poco, lo que había sucedido en Madrid y la decisión que había tomado el duque.

—Yo me quedaré en su lugar hasta que vuelva con García —anunció Alejandro para tranquilizar a las damas.

—¡Gracias a Dios que García se ha encontrado! —exclamó la duquesa con una sonrisa. Siempre había confiado en su hijo mayor. Era el primero que había sostenido entre sus brazos, aún siendo una muchacha, y el primero al que se había dedicado en cuerpo y alma.

Jimena cruzó una mirada llena de agradecimiento y amor con el joven, que pareció colmado de ese mismo sentimiento.

—Gracias Alejandro, pareces desfallecido —dijo Jimena al darse cuenta del estado de sus ropas, llenas de polvo. Se notaba que había viajado rápido para llegar pronto.

—He cabalgado como un loco —dijo Alejandro con cierto reparo.

Entraron en la casa y dispusieron que lo acomodaran en una habitación para que descansara y comiera algo. Más tarde, ya les contaría los detalles de lo sucedido. Antes de quedarse a solas, Alejandro rozó las manos de Jimena.

Don Justo visitó Nablanca esa misma mañana. No podía perder tiempo. Los areneros trabajaban cargando arena para el horno, pero al verlo dejaron las herramientas a un lado.

—Don Justo —dijo Félix con una inclinación de cabeza—. ¡Qué sorpresa verlo por aquí!

—¿Qué estáis haciendo?

—Extrayendo arena para el horno.

—De ahora en adelante, quiero que saquéis dos carros de arena y os dediquéis a la veta de plata. Quiero que empecéis a extraerla.

Félix dudó. Esas prisas no prometían nada bueno. No era normal que relegara el trabajo del horno, pues era la tapadera para que no los descubrieran. No dijo nada, pero luego lo comentaría con Felipe.

—Es más, tú te quedarás aquí, extrayendo plata con Jonás, y Felipe llevará la arena a la finca —dijo Justo felicitándose porque su plan era perfecto.

Félix no dijo nada, solo asintió. No servía de nada contradecir a alguien que estaba tan seguro de lo que decía; tal era lo que le sucedía a don Justo. Cruzó una mirada con Felipe, que parecía tan sorprendido como él.

—Muy bien. Así se hará —dijo Félix. Su propia veta tendría que esperar.

—Quiero ver de nuevo esa veta, no recuerdo dónde está —dijo don Justo exasperado—, todas son iguales.

—La hemos camuflado con unas ramas y algunas piedras. No se ven muchas personas por aquí, pero...

—¡No quiero ver a nadie! Solo nosotros podemos estar aquí —vociferó casi sin control.

Felipe se dio cuenta del mal que aquejaba a ese hombre. La codicia había envenenado su corazón y todo le parecía poco. Estaba ansioso por recabar más y más riquezas, aunque para ello tuviera que hacer cosas perversas. Era un obstáculo para ser feliz, por eso él no sentía ningún afecto por el oro ni la plata. El dinero daña el carácter de una persona hasta destruirla por completo. Lo había visto durante su vida, en la guerra, y ahora en ese lugar alejado de la mano de Dios. Era un mal que perseguía a los débiles e inseguros.

Mientras Félix se quedaba en Nablanca para enseñar la veta al hombre, Felipe emprendió el camino a La Vidriera con un carro lleno de arena. Desde que habían encontrado la veta, habían cambiado el lugar de extracción de la arena para el horno. Esperaba que por ello no hubiera ningún problema.

El tiempo estaba algo nuboso y era posible que acabara lloviendo. Si sucedía, no podría regresar ese día a Nablanca y, en el fondo, se alegraría de que así fuera. Al ver aparecer la finca entre las montañas, sintió una repentina revelación, pues ese viaje en solitario sería ideal para poder hablar con Diego y contarle sus dudas.

Cuando dejó la arena en su lugar y guardó el carro, hizo algo que hacía tiempo que no podía hacer. Acudió a la cocina a pedir algo para comer. Al verlo, Carmen se sorprendió.

—¡Cuánto tiempo!

—Espero que no te importe darme un plato de tu comida —dijo Felipe con una sonrisa sincera. Siempre le había gustado el ambiente que había en esa cocina y era lo que más extrañaba. Desde que se había ido a Nablanca con Félix, sentía que no pertenecía a ningún sitio.

—¡Claro que sí! —dijo Carmen preparándolo.

—El muchacho, Diego, ¿está por aquí?

—No creo que tarde en volver, el tiempo se está poniendo feo —dijo Carmen mirando una vez más la nebrura que se acercaba.

—Sí, creo que lloverá, es tiempo de agua —dijo Felipe recordando que las lluvias empezaron por esas fechas el pasado año.

—Espero que no les pille. Llevan dos carros —comentó Carmen preocupada.

—¿Y eso? —preguntó Felipe sorprendido. Solían llevar un solo carro.

—Se ha unido otro hombre a los taladores. Un tal Eugenio, que les ayudó en El Hornillo.

—¿Qué pasó?

Carmen se dedicó a poner al día al hombre, que devoraba su guiso. Parecía hambriento y alzaba la vista de vez en cuando conforme iba escuchando lo sucedido. Sonreía al conocer el valor y la destreza de esos dos rapaces. Un trueno pareció romper la tranquilidad de ese momento y pareció como si el cielo se fuera a caer.

—Está muy cerca.

—Están tardando mucho. Podría haberles pasado algo.

A unas leguas de allí, los cinco hombres se vieron sorprendidos por el crujir de los truenos, que parecían querer romper todo a su paso. No habían avanzado mucho cuando empezó a caer una lluvia torrencial. La preocupación era extrema y los que dirigían los carros, José y Vicente, que conocían mejor los caminos, tenían que tener cuidado porque el agua hacía que los baches del camino se escondieran. Iban a un ritmo mucho más lento cuando a uno de los carros se le quedó atascada una rueda.

Marcos y Diego se bajaron para ver qué había sucedido y se dieron cuenta de que tenían un problema.

—Va a ser casi imposible sacar el carro de ahí —dijo Marcos observando que el carro poco a poco se iba inclinando un poco más por el peso. En unos minutos volcaría por completo desparramando su carga por el camino.

—Tenemos que intentar que no vuelque —dijo Diego buscando una rama gorda y larga. Si la metía debajo de la rueda quizás podrían sacar el carro del bache. Se adentró un poco en el bosque y al poco reapareció con una vara—. ¡Ayúdame, Marcos!

Ambos jóvenes se pusieron a hacer fuerza, pero la vara era muy fina y terminó por doblarse. La lluvia arreció con más fuerza y el carro terminó volcando. Al hacerlo, escucharon un gemido.

—¡Vicente! —gritó Marcos corriendo hacia el lugar donde estaba hacía poco el hombre.

El carro había volcado por completo y Vicente había caído quedando atrapado debajo de unos troncos. José y Eugenio hicieron amago de bajar a ayudar.

—No podéis dejar el carro solo. Continúa la marcha —dijo una voz que apareció de la nada.

Diego y Marcos estaban quitando los troncos que cubrían a Vicente, pero no podían con tantos y se resbalaban de sus manos. Además, el agua que caía les cegaba la vista. Hubo un instante en que no veían nada más allá de sus manos, tal era lo que llovía.

—Poneos uno a cada lado y obedeced —gritó de nuevo la voz.

Diego la reconoció al instante. ¿Qué hacía allí Felipe? No dudó en seguir las

instrucciones de ese hombre, pues estaba seguro de que salvarían la vida de Vicente. Poco a poco fueron quitando troncos de uno y otro lado, hasta que el hombre apareció totalmente magullado.

—Id delante para que os vea —ordenó Felipe cogiendo al herido en brazos. Estaba muy débil y no sabía si iba a aguantar el camino que les quedaba—. Y que uno se adelante para que Carmen prepare agua caliente y vendas.

Diego salió corriendo hacia La Vidriera como alma que lleva el diablo. Le daba igual la humedad que le calaba hasta los huesos, porque la vida de un hombre peligraba. Pasó por delante del carro de José.

—Felipe lleva a Vicente, pero dice que nadie se detenga —gritó al pasar.

Los que iban conduciendo estuvieron de acuerdo. Nada podían hacer. El carro estaba tan lleno que si lo cargaban más, aunque fuera poco, también podrían quedarse atascados. No podían perderlo.

Diego corría y agradeció al cielo cuando vio asomar el campanario de la iglesia. Estaba extenuado, pero entró como un torbellino a la casa. Estaban todos sentados a la mesa y se quedaron de piedra al verlo llegar.

—¡Diego! —gritó Jimena al verlo en esas condiciones.

—Estoy bien. Carmen, prepara agua caliente y vendas, Felipe carga con Vicente, que está herido —dijo Diego sentándose para tomar aliento—. Uno de los carros volcó y los troncos aprisionaron a Vicente.

Las dos mujeres suspiraron angustiadas por lo que había sucedido. Carmen puso agua a calentar en la lumbre y buscó unas vendas blancas.

—Saldré a ayudar —dijo Bernart.

—José y Eugenio llegarán pronto con el otro carro. Felipe no sé lo que tardará —dijo Diego preocupado. El exsoldado llevaba auestas a otro hombre y era una carga demasiado pesada incluso para él.

Cuando Bernart salió, el carro llegó enseguida. Los hombres parecían extenuados, calados hasta los huesos. Les ayudó a bajar del carro y los acompañó a la cocina para que comieran un poco. Al entrar, Diego salía.

—¿Dónde vas?

—Voy a buscar a Marcos y a Felipe.

Bernart supo que nada podía hacer. Lo dejó marchar.

Diego, algo más calmado, se aventuró de nuevo por el camino, pero no veía mucho más allá de sus propios pies. Estuvo a punto de caer en un par de ocasiones y, cuando ya había casi desistido por haber sido tan tonto, se dio de bruces con alguien.

—¡Marcos! —dijo abrazando a su amigo.

—Me estás aplastando —dijo quejándose un poco, pero igual de contento de haber llegado.

—Entra a comer algo, esperaré a Felipe.

Este caminaba bajo la lluvia con el peso añadido del hombre herido. Había perdido de vista al muchacho y no sabía por dónde caminaba. Se sintió perdido cuando un silbido pareció sacarle de su congoja. Siguió el sonido, pues lo había hecho muchas veces en la guerra. No sabía cómo demonios se le había ocurrido a aquel que lo estaba haciendo. Caminó un poco más y enseguida sintió cómo el peso que llevaba se le hacía más ligero. Le estaban quitando el cuerpo de encima.

—¿Qué demonios...

—Has tardado mucho en llegar —dijo Diego cargando a Vicente.

Por un instante, Felipe se quedó bajo la lluvia, sorprendido y conmovido. Ese muchacho les había salvado de perecer perdidos y muertos de frío. Ya le preguntaría cómo demonios había pensado en silbar. Era algo que solo los tercios sabían. Y no veía a ese muchacho luchando a su edad. ¿O sí? Diego encerraba muchos secretos y esperaba poder descubrirlos, uno por uno.

Carmen había cogido unas camisas y se estaban cambiando cuando entró de nuevo Diego con Vicente, que parecía haber perdido el sentido.

—¡Alabado sea Dios! —exclamó Leonor acercándose al hombre para comprobar sus heridas—. Carmen y yo nos ocuparemos de él. Vosotros cambiaos o enfermaréis.

Esa confianza de la joven puso a todos en alerta y la obedecieron al instante.

XV

Era una temeridad que hubiera emprendido ese viaje solo, pero siempre había sido un poco impulsivo. Además, nada más podía hacer. Su hijo lo necesitaba y recorrería el mundo para ir a su lado. Estaba acostumbrado a viajar, aunque hacía tiempo que no lo hacía porque algunos conflictos los había solucionado Luis. García no estaba preparado para guerrear, pero esperaba que, de ahora en adelante, estuviera dispuesto cuando lo necesitara. Todo hubiera sido mucho más fácil y él estaría más tranquilo si sus dos hijos formaran un equipo.

Llegó a Madrid en un tiempo récord; menos mal que no se había encontrado con nadie por el camino y no había tenido ningún problema. Encontró la dirección con facilidad, más o menos sabía la zona donde se encontraba García. Era un lugar escondido en un barrio algo alejado del centro, ideal para que el joven heredero se recuperara. La gente que se encontraba por las calles lo miraba con temor, porque sus ropas eran finas y su aspecto era noble, muy distinto al de ellos. Dejó el caballo al cuidado de un muchacho a cambio de una moneda y prosiguió andando, pues ya estaba cerca del número que buscaba. Tocó la puerta con ímpetu y se encontró con un hombre que lo miraba con estupor. Tendría más o menos su edad, pero parecía mucho más ajado por el tiempo y sus ropas eran pobres y viejas. Lo miraba con curiosidad. Al darse de bruces con el escudo que había en su capa, pareció despertar de un sueño y se inclinó.

—Vuestra merced —dijo un sorprendido Eusebio, que nunca hubiera imaginado conocer al duque en una ocasión tan poco propicia—. Su hijo se encuentra mucho mejor.

—Gracias por cuidar de él. ¿Sois Eusebio? —Recordó que le habían hablado de ese hombre y, cuando este asintió, el duque sonrió—. Alejandro y Luis me han hablado mucho de vos. Gracias por ayudarlos en sus lances.

—Para mí es un placer. Son dos jóvenes con futuro —dijo dejándole paso—. El galeno acaba de marcharse a hacer su ronda. Pero antes ha visitado a García y ha visto muy bien la herida.

—Agradezco a Dios que no haya sido más grave.

—Más bien fue gracias al valor de García, que luchó con denuedo y destreza.

El duque miró a ese hombre. Parecía confiar en su hijo y en sus aptitudes, algo que él nunca había hecho. ¿Podría ser que su hijo hubiera cambiado tanto? Ahora su vida se complicaba con el matrimonio que tenía pendiente. Esperaba que supiera encajarlo bien. Pero primero hablarían, algo que no habían hecho desde hacía mucho tiempo.

—¿Podéis llevarme hasta mi hijo? —Quería comprobar que estuviera bien, pero sentía cierto temor. No sabía si su hijo querría verlo después de todo lo que

había pasado entre ellos.

El hombre asintió dejando al noble pasar. Estaban en una casa grande, pero pobre, tal era la austeridad y ausencia de muebles. La luz parecía inundar cada rincón de ese hogar, como si pudiera entrar por diversos lugares. Anduvieron por un estrecho pasillo hasta llegar a una puerta. El duque abrió sin tocar, algo impropio de él, que siempre era educado.

García yacía acostado en una cama sencilla, pero limpia. Al ver a su padre intentó incorporarse, pero el duque se acercó y le puso una mano sobre la cabeza, como cuando era niño y le alborotaba el pelo.

—No te muevas —dijo observando el vendaje que rodeaba su pecho. Parecía aparatoso y se notaba la debilidad de su hijo—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien, padre... Yo...

—García, confío en ti. No siempre lo he hecho y te ruego que me perdones —dijo con sinceridad el duque—. Quise que fueras como yo y eso es imposible.

—Padre, debí hacerlos caso. Solo queráis el bien para mí —dijo el joven recordando todas las recriminaciones de su padre—. Ese hombre quería injuriaros en contra del rey.

—Y por eso, en cuanto te recuperes —anunció el duque—, iremos a la corte para que sepa lo que ha sucedido. Tú le contarás el engaño en el que te quería meter ese hombre.

—¿La corte? —preguntó García sorprendido. Nunca había acompañado a su padre a visitar al rey.

—Sí, es el único lugar donde podemos acudir para limpiar nuestro apellido. Se cuentan muchas cosas falsas sobre nosotros.

—De acuerdo. A partir de ahora me comportaré como vuestro hijo —dijo con orgullo García, que poco a poco recuperaba su confianza.

—No quería comentarte nada, pero llegó una carta con un asunto que también tendrá que solucionarse en presencia del rey.

—¿Me influye?

—Sí, pero lo dejaremos para más tarde. Has tenido muy preocupadas a tu madre y a tu hermana —dijo el duque sabiendo el amor que ellas le tenían—. Esperaba poder mandarte con Luis a una misión, pero tuvo que ir solo.

—¿Se encuentra bien?

—No sé nada de él, pero también lo solucionaremos. Lo primero es que te cures pronto para poder acudir a El Escorial.

—Ya me encuentro mucho mejor.

—Pero así no podéis viajar. Además, yo debo regresar a Alponde. He dejado allí a Alejandro y él debe acudir a las clases.

—Él me ayudó y...

—Acaba de comprometerse con tu hermana.

García sonrió. No hubiera pensado en nadie mejor para Jimena. Alejandro era un hombre honrado y leal, además de que siempre había querido a su hermana. Era una de las bromas que siempre se hacían entre ellos. Añoraba esos días con Luis y sentirse parte de una familia. Había estado tan ciego, que se sentía avergonzado de sus actos.

—Me alegro. Ayer se comportó como...

—Muchas veces ha ocupado tu lugar, pero espero que ahora lo vuelvas a ocupar tú —dijo el duque ofreciéndole una nueva oportunidad para redimir sus culpas.

—Padre, no abandonaré a la familia. En cuanto me recupere, acudiré a Alponde.

—Confío en ti. Hablaremos con Eusebio, podemos contar con su ayuda. En cuanto estés mejor, nos acompañará a la corte.

El duque llamó a Eusebio e hizo que pasara con ellos.

—Necesitamos tu ayuda —dijo el duque—. Espero que puedas quedarte con mi hijo. Cuando se encuentre mejor, acudiremos juntos a ver al rey.

—¿El rey?

—Sí, nuestro apellido está siendo injuriado. Tenemos que hablar con el rey.

—Podéis contar conmigo. Cuidaré de vuestro hijo.

Don Fernando se fue de allí mucho más feliz de lo que había pensado. García parecía haber encontrado su lugar y lo mejor era que podía contar con él. Realizó el viaje de regreso a Alponde a un ritmo mucho más lento y tranquilo. Después de parar para que descansara el caballo un rato, se cruzó con algunos viajeros que lo miraban al pasar. Era de lo más extraño ver a un noble viajando solo y mucho más a caballo. Llegó exhausto. Hacía tiempo que no cabalgaba y no estaba acostumbrado a llevar ese ritmo. Muy atrás habían quedado sus días de soldado. Ahora llevaba una vida mucho más tranquila junto a su familia. La escena que se encontró en el salón le llegó al corazón.

Su mujer estaba bordando en un sillón y escuchaba a Jimena, que leía un libro. A sus pies, Alejandro escuchaba arrobado. El amor rebosaba por todos los rincones y él no podía sentirse más feliz.

—Tan embelesados estáis que no escucháis a aquel que llega —dijo sorprendiéndolos a todos.

Alejandro llegó a él enseguida con la duda pintada en el rostro.

—¿Cómo está García?

Asintió al joven y miró a su mujer, que era la que más había penado por su hijo mayor. Lo había pasado muy mal pensando dónde estaría y con quién.

—Nuestro amado hijo está bien y parece que la cordura ha regresado a él —

dijo con una sonrisa—. En cuanto esté mejor, iremos a ver al rey. Tengo que hablarle de las fechorías que está haciendo don Justo.

—¿Y Eusebio? —preguntó Alejandro también preocupado por su amigo.

—Es un buen hombre. Nos acompañará a la corte. ¿Algún problema por aquí?

—No, todo bien.

—¿Y los estudios?

—Envié un mensajero a Alcalá para avisar de mi ausencia.

—Puedes pasar la noche aquí, pero mañana puedes reanudar tus rutinas.

—¿Y Luis? —La pregunta de Jimena quedó en el aire. La joven vio la duda y el temor en el rostro de su padre.

—Le daremos unos días más, pero seguro que todo va bien —dijo con rotundidad. Luis era listo y diestro con la espada, saldría de allí donde estuviera.

—Puedo ir a ayudarlo —dijo Alejandro. También estaba preocupado por su amigo. Eran demasiados días sin saber de él.

—Le daré unos días para que se comunique; si no lo hace, tomaré medidas. Ahora necesito darme un baño y descansar un rato antes de cenar.

Desapareció del salón, pues en verdad necesitaba un descanso. Debía estar más preparado para poder contestar sin dudas. Pero en el fondo, también empezaba a preocuparse por Luis.

En el salón, Jimena se quedó en el mismo lugar. Alejandro se dio cuenta y le dio la mano para llevarla al diván. Era muy sufridora y Luis era su hermano preferido. A pesar de lo que se metía con ella de pequeños, eran los más afines, pues sus edades estaban muy cercanas. La joven se dejó llevar sin decir nada. Su madre tocó una campana y pidió una tila para que se calmara un poco.

—Jimena... —empezó a decir su madre.

—Está en la guerra, puede morir... Y está solo —balbuceó la joven presa de los nervios que le hacían delirar.

—Luis es fuerte y sabe lo que hace —dijo Alejandro. Confiaba en su amigo. En más de una situación delicada para ambos se habían confiado sus vidas y ambos habían salido indemnes. En esta ocasión también lo lograría.

—Pero...

—Alejandro, que se tome esto —dijo la duquesa dándole una taza caliente.

Alejandro ayudó a su prometida con todo el amor que le poseía. Le hablaba con cariño y determinación, explicándole las cosas. Fue un rato muy amargo para ambos. La duquesa había salido a ver a su marido, pues los jóvenes se merecían un rato a solas. Al entrar en las habitaciones, sorprendió a su marido abrochándose la camisa. A pesar de los años que llevaban casados, todavía sentía atracción por ese hombre que la colmaba de felicidad.

—¿María?

—Jimena está muy nerviosa por Luis. ¿Se encuentra bien?

—No sé nada de él —dijo cogiendo sus manos y besándolas—. Pero tengo que confiar en él. Su misión era delicada.

—Confío en ti. Estaba muy nerviosa también —dijo dejándose acunar en esos brazos que tanto la amaban.

—Lo siento. Tenía que ir a ver a García. Gracias a Dios que ha entrado en razón y está incluso avergonzado —comentó el duque a su esposa—. Vendréis a ver al rey. No pienso dejaros solas y Alejandro tiene que seguir con sus estudios.

—Me parece bien. No podría estar sin ti.

—Mi amada María, siempre me has apoyado en todo.

—Me enamoraste con quince años y nunca has dejado de hacerlo —dijo la duquesa con una mirada coqueta mientras acariciaba el vello que asomaba por su camisa.

—Bendita seas, que me colmas —susurró el duque besándola. A pesar del tiempo, nunca habían perdido esa pasión que les había unido la primera vez que se vieron—. La primera vez que te vi, me pareciste un ángel. Hoy todavía me lo pareces.

—Soy tu ángel.

Se besaron de nuevo de forma apasionada. Les quedaba la espinita de Luis, pero ahora parecía que todo volvía a su cauce y la felicidad regresaba a la casa de Alponte. La misma que les había recibido de recién casados. Allí habían sucedido muchas cosas y estaban felices de poder vivirlas juntos.

En La Vidriera todo parecía mucho más calmado después del revuelo que se había formado. Carmen y Leonor se habían encargado de todos. Carmen había preparado la comida y había ayudado a Leonor, que parecía saber lo que hacía con las heridas. Entre las dos habían curado a Vicente, que ahora yacía en su cama con las heridas vendadas y habiendo tomado algo de caldo caliente. Los demás se habían cambiado de ropa y ahora se estaban llenando el estómago de comida caliente. Estaban sentados alrededor de la mesa y escuchaban los avatares de la tormenta.

Diego había visto el peligro y había sentido miedo por sus amigos. Era increíble lo que le había sucedido durante el poco tiempo que llevaba en la finca. Había llegado un poco perdido para cambiar un poco su vida y había encontrado a unas personas a las que había tomado cariño. No podía pensar en separarse de ellos. Cada uno de ellos le importaba.

—Nunca había visto una tormenta como esta —dijo mientras todavía se podía escuchar el estrepitoso sonido del agua y los truenos. En Alponte también

llovía de vez en cuando y de pequeño le tenía miedo a las tormentas, pero no era ni mucho menos como aquí. Por un momento, cuando no pudo ver nada más allá de sus propios pies, creyó que todo saldría mal. Cuando salió en busca de Felipe, se acordó del silbido que su padre le enseñó cuando iban de caza. Era un método infalible, pues podías estar al tanto de dónde se encontraba cada uno con tan solo escuchar de dónde provenía el silbido en cuestión. Su padre le había explicado que algunos de los tercios lo utilizaban en algunas incursiones peligrosas. Hubo un tiempo en que se afanaron en aprenderlo.

—Aquí el tiempo es impredecible en algunos momentos —dijo José. También había pasado algo de miedo, sobre todo por Vicente, que era el más vulnerable de ellos—. Vicente sí se había dado cuenta de qué iba a pasar.

—Se pondrá bien enseguida —dijo Leonor. El hombre estaba muy magullado, pero no tenía heridas graves. Era cuestión de que descansara y recobrar las formas—. Es un hombre fuerte.

—En Nablanca deben estar anegados de agua. No creo que hayan podido ver la veta —dijo Felipe recordando lo sucedido y mirando a Diego con curiosidad. No se le olvidaba lo del silbido. Era algo poco común que un joven conociera algo que era típico de los soldados viejos de los tercios. Intentó cambiar de tema, pues ya hablaría con el rapaz cuando estuvieran más tranquilos y sin tantos testigos—. Justo quiere empezar a extraer plata, por eso me mandó aquí. No quiere que se desatienda el horno. Es un hombre codicioso y avaricioso.

—No sé qué habrá pasado, pero regresó muy nervioso y deseando empezar a explotar la veta —comentó Genaro. Siempre había sido un hombre pacífico, pero Justo le colmaba la paciencia. Era tan autoritario que le sacaba de sus casillas, pero nunca lo había visto tan nervioso.

—Estamos tan escondidos que es imposible enterarse de algo —dijo Diego consternado. Le hubiera gustado saber qué le había sucedido a ese hombre en Madrid para que regresara en tal estado de nervios—. Debemos confiar en nosotros y organizarnos. En cuanto cese la tormenta, Felipe regresará a Nablanca y yo con él. Mientras que habla con Félix y Justo, yo quiero averiguar dónde está la veta y cuánta plata puede haber.

—Es un plan arriesgado, pero creo que podré entretenerlos un rato —comentó Felipe. Estaba decidido a ayudar, además de que protegería a ese jovencuelo como fuera.

—Antes de acusar a ese hombre debemos saber a qué atenernos —replicó Diego para que entendieran las cosas que pensaba hacer.

—Sabes que ninguno de los dos querrá dejar esa veta; además, Félix ha encontrado otra más pequeña.

Todos miraron a Felipe conmocionados. Agradecían que lo contara, pero eso

complicaba las cosas, porque la codicia haría que los dos hombres estuvieran dispuestos a todo para conservar la plata para ellos.

—¿Sabes dónde está? —preguntó Diego. Estaba seguro de que sabría dónde se encontraba.

—Sí, la descubrió por casualidad cuando cavábamos en la otra —dijo Felipe, que nunca antes había visto plata tan cerca—. Es muy brillante, podría ser cualquier cosa, pero Félix dijo enseguida que era plata. Quizás la haya visto antes en ese estado tan puro, pero yo nunca la había visto así.

—Con un poquito para cada uno podríamos vivir un poco mejor.

Todos tenían sus sueños...

—¿Y La Vidriera? —preguntó Diego algo enfadado porque quisieran abandonar ese lugar.

—La arena ya no es tan pura y el vidrio no es limpio, sale con muchas vetas y burbujas. Podemos seguir trabajando, pero llegará un momento en el que no querrán ese vidrio —comentó Bernart temeroso—. No lo he comentado con Justo, pero quiero que me lleve a Nablanca para ver la calidad de la arena.

—Estamos extrayendo arena por otro lugar porque la veta está por donde cavábamos en un principio —expuso Felipe, pues ello explicaba lo que comentaba el maestro sobre la calidad del vidrio.

—Estaba seguro de que algo sucedía con la arena. Claro está que Justo no querrá que nadie vaya a Nablanca bajo ningún concepto.

—Por eso me voy a colar cuando se vaya Felipe para allá —dijo Diego con decisión. Era una ocasión perfecta para investigar lo que sucedía y poder tener pruebas contra ese hombre.

—Teniendo en cuenta que yo estoy con vosotros —repuso Felipe mirándolos —, no será peligroso. Al único que debes evitar es a Félix. Don Justo creo que regresará en cuanto remita la tormenta.

—¿Puedo ir contigo?

—Muchacho, creo que será mejor que solo vaya uno. Los demás nos quedaremos vigilando —dijo Felipe entendiendo a Marcos. Era normal que quisiera acompañar a su amigo.

—Lo entiendo —dijo el joven arenero resignado. En el fondo, se moría por ir con Diego, pero sabía que era peligroso y, si se quedaba, podría ser de ayuda.

—Compañero, a la próxima —dijo Diego.

Pasaron unas horas hasta que Felipe se decidió a regresar a Nablanca. No podía dejar pasar más tiempo, pues estaba seguro de que le reñirían por haber tardado tanto. En cuanto escampó un poco, a pesar del barro que cubría el camino, salió. Al ir con el carro vacío era mucho más fácil transitar.

En la cocina, Leonor había rogado a Diego que tuviera mucho cuidado.

—No te preocupes; cuando menos te lo esperes, estaré de regreso —dijo Diego mirándola con adoración.

En cuanto subió al carro, se dio cuenta de que Felipe le preguntaría sobre el silbido. Era una conversación que no podía eludir, pero sabía que continuaría teniendo la amistad del exsoldado.

—¿Sabes que vas a la boca del lobo?

—Sí, pero no me da miedo —dijo Diego envalentonado—. Después de esta lluvia, ellos no esperan que nadie intente adentrarse en ese lugar. ¿Dónde se cobijarán? Solo había una casa en pie.

—Pues en esa, aunque no esté en muy buenas condiciones. Nosotros nos apañamos, pero no veo a don Justo muy feliz compartiendo el lugar con Félix y Jonás.

—Después de ver el lujo al que se ha acostumbrado...

—¿Has estado en sus habitaciones?

—Me metí cuando salió. Buscaba algún papel sobre la mina, pero no había nada. Es un hombre sin escrúpulos que vive como un rey a costa de otros —escupió Diego con rabia. Siempre había odiado las injusticias.

—Ha sabido hacerse un hueco y engañar al duque —dijo Felipe observando a Diego—. ¿Cómo es que conoces el silbido de los tercios?

—Mi padre fue uno de ellos y me lo enseñó —dijo Diego recordando esos días con su padre.

Felipe omitió un detalle y sonrió.

—Pues tu pericia nos salvó.

—No pensé, solo me salió al darme cuenta de que no podía ayudarlos de otra forma —dijo Diego recordando la impotencia que sintió al no ver nada.

—Eres muy perspicaz —alabó Felipe. Nunca había conocido a un joven como él. Lo admiraba—. Gracias por confiar en mí. Hacía mucho tiempo que nadie lo hacía.

—Pues creo que, en ese comedor, todos confiaban en ti.

Felipe asintió. Durante ese rato compartido con los demás, se había sentido parte de algo a lo que podía asemejarse una familia. Era un sentimiento que parecía que le había abandonado, pero que Diego lo había resucitado con su confianza.

Ambos se quedaron en silencio escuchando el chirriar de las ruedas cuando se abrían camino por el sendero. La soledad de esas montañas invitaba a pensar en muchas cosas y ambos pensaron en el futuro.

Al llegar, Felipe se dio cuenta de que algo había sucedido. El silencio parecía sepulcral y el humo salía de la chimenea.

—Están en la casa. Baja —dijo Felipe observando a su alrededor—. Tienes

que seguir recto. Verás un agujero en el que estábamos excavando; debajo de unas ramas, están las vetas. Ten cuidado. Silbaré si veo problemas.

Diego asintió. Confiaba en él y le avisaría del peligro, por lo que estaba tranquilo. Se bajó del carro y siguió por donde le había indicado. Felipe aparcó el carro en la puerta de la casa. Bajó rumiando palabras malsonantes.

—¡Felipe! —gritó Félix—. Creímos que te había partido un rayo.

Don Justo estaba sentado en torno a la mesa, degustando una taza de café.

—¿Algún percance?

—Es casi imposible llegar hasta aquí conforme está el camino —dijo Felipe haciendo parecer que estaba exhausto.

—¿Y los otros?

—A algunos les pilló la lluvia y llegaron hechos un asco —comentó con cierto asco—. Aproveché para dormir en el carro.

—Bien; ahora que ha parado, podemos proseguir con la extracción —dijo Don Justo levantándose. Era primordial que trabajaran tanto como fuera posible.

—¿Y Jonás?

Felipe pudo ver la mirada que compartieron los otros dos. Algo había sucedido.

—No lo hemos visto. Pero está acostumbrado a andar por estas montañas —dijo Félix sin preocupación.

—El maestro vidriero necesita otro carro de arena —dijo Felipe intentando dar un poco más de tiempo a Diego.

—Ese maldito —espetó don Justo con asco—. Creía que tendría bastante.

—Ha comentado que la arena no es igual de pura, el vidrio sale con defecto.

—¿Le has comentado algo?

—No, le he dicho que solo me preocupo por trabajar y es verdad, no entiendo de horno y de vidrio.

—Espero que no se ponga muy pesado —dijo Justo—. Carga el carro, Félix y yo iremos a la veta.

Cuando salieron el tiempo se había calmado por completo. La tempestad había dejado una gran calma e incluso el cielo había quedado de un color azul limpio. Justo maldijo al casi darse de bruces con el carro.

—Maldito, podrías haber aparcado el carro en otro lugar —increpó Justo al inútil de Felipe.

—Era el lugar más llano para dejarlo. Está todo embarrado y las ruedas pueden estancarse —dijo Felipe disculpándose.

—¡Quítalo ya! —gritó Justo ansioso por llegar a la veta.

Les había interrumpido la lluvia y no había podido ver todavía la plata. Félix le había contado que ya habían empezado a extraerla y quería ver con sus

propios ojos cuánta había y cómo era. Nunca había visto el metal en estado puro. Esa plata cambiaría su austera vida por una existencia lujosa que siempre había deseado. Anhelaba vivir en Madrid y codearse con la corte. Pero ser el hijo de un simple banquero le había dejado casi en la ruina, después de que su padre lo perdiera todo. Tuvo que subsistir como pudo, por eso anhelaba tener riquezas, buenas ropas, poder viajar y ser importante.

Felipe quitó el carro y se empezó a alejar.

—¿Dónde se supone que vas?

—A cargar la arena para el horno —dijo Felipe. En verdad que ese hombre parecía totalmente desquiciado y no sabía ni lo que decía.

—En cuanto la cargues, me avisas y nos iremos a la finca —tronó Justo algo enfadado. Para nada haría el camino de vuelta a caballo teniendo el carro para poder ir más tranquilo, ahora que no había temor por la lluvia. Además, quería preguntar algunas cosas a ese tipo. Félix confiaba en él, pero había algo en su mirada que hacía desconfiar a Justo. Parecía mucho más listo de lo que dejaba ver. Claro que, al hacerse de noche, no podría regresar y tendría que hacer noche en la finca.

Felipe asintió torciendo el gesto. Maldijo por lo bajo mientras se alejaba. Eso pondría a Diego en dificultades, pues no podría regresar con él y debería hacerlo andando. Ese don Justo era un sinvergüenza.

XVI

Diego siguió las instrucciones de Felipe y continuó caminando. No fue difícil encontrar el lugar de donde estaban extrayendo la arena. La montaña parecía tener una herida pequeña de la que manaba algo brillante y refulgente. Entendía el porqué de la codicia de Félix, pues podían sacar bastante plata de aquel lugar. Pero conocía lo suficiente a don Justo como para saber que ese hombre sería capaz de todo para quedarse con la mayor parte de las ganancias. Se enfrentaban a algo mucho más peligroso de lo que había imaginado, pues eran adversarios fuertes. Menos mal que él estaba rodeado de amigos de confianza. Se agachó para tocar la rugosidad de la plata y sintió la frialdad que transmitía. Ese era el lugar de donde nacía y del que nunca debería salir. Iba a tomar una pequeña muestra para poder tener una prueba, cuando sintió un conocido silbido.

No se paró ni a pensar, salió de allí enseguida, pues ese código escondía un peligro inminente. Se escondió como pudo en un saliente de la montaña y escuchó.

—La plata se encuentra cerca, ya hemos extraído una buena parte —dijo Félix intentando contentar a don Justo, que lo seguía examinando todo con detalle.

—Quiero que se extraiga todo en los próximos días —dijo don Justo con un tono autoritario.

—No podemos dedicarnos solo a la plata...

—Félix llevará la arena al horno para que no sospechen, pero tú te quedarás aquí trabajando.

—¿Solo?

—Mejor solo que con mala compañía —dijo Justo—. Además, seremos menos para repartir. Tendremos ocupado al soldado e intentaremos que le suceda algo.

Diego sintió que su rabia bullía por dentro. Ese hombre era un sinvergüenza sin escrúpulos por nada ni por nadie.

—Me iré a La Vidriera y, desde allí, vigilaré a esos taladores —dijo don Justo con una sonrisa de satisfacción. Tenía todo controlado y ya empezaba a saborear el gusto del éxito.

Diego retrocedió. Ya había escuchado lo suficiente. Si se iba en el carro con Felipe tendría que darse prisa para subirse detrás sin ser visto. No podía arriesgarse a quedarse allí cuando lo necesitaban en la finca, pues todo se complicaba. Estaba tratando de no hacer ruido cuando tropezó con algo y cayó rodando por una pequeña loma. No sintió nada, pues al caer al suelo algo había amortiguado su caída. Estaba algo conmocionado por el golpe, pero se

encontraba sobre algo blando y cálido. Cuando abrió los ojos, observó la mirada hueca y vacía de Jonás, el pastor, que lo observaba ya sin vida. Sintió un espasmo y se levantó intentando controlar sus nervios. Ese desgraciado había muerto enseguida, pues un tiro limpio y certero en medio del pecho le había sesgado la vida. ¿Quién le habría asesinado?

Justo y Félix todavía discutían sobre las ganancias de la finca y cómo las transportarían fuera de la misma. Aprovechó para llegar hasta el carro. Se sentía algo indispuerto. Había visto pocos cadáveres, pero este había muerto hacía poco, pues su cuerpo todavía tenía algo de color. Se sorprendía al ver cuán ruin podía ser una persona. Intentó darse más prisa, no podía quedarse allí, pero la caída le había dejado magullado y avanzaba muy lento. Parecía que sus piernas se le habían dormido y, cuando miró hacia abajo, se dio cuenta de que tenía una herida sangrando en una de ellas. No se había dado cuenta de cómo se la había hecho. Habría sido durante la caída por la loma. Tuvo que cortarse con alguna rama o algo similar.

Cogió un pañuelo que llevaba en el bolsillo y se lo ató en la herida. La mente comenzaba a jugarle malas pasadas y se estaba empezando a adormilar. Era peligroso para la herida y para él. En esas condiciones moriría si no le curaban pronto y el carro aún estaba algo lejos. Solo tenía una oportunidad. Silbó y cayó al suelo exánime.

Diego abrió los ojos desconcertado. No sabía dónde se encontraba. Reconoció la figura de Leonor, que lo miraba preocupada. Intentó hablar, pero su voz no le salía. Enseguida se encontró con un cuenco de agua y bebió con ansia.

—Despacio, puede hacerte mal —dijo con dulzura Leonor. Había pasado unas horas muerta de miedo. Cuando vio llegar a Felipe con el cuerpo de Diego sin vida en sus brazos creyó que moriría fulminada. Gracias a Dios que Carmen le había curado enseguida.

—¿Qué...

—Shh —dijo Leonor poniéndole un dedo en los labios—. No puedes hablar. Te trajo Felipe. Sentí un miedo atroz al ver que no reaccionabas.

—Yo... —dijo Diego intentando acariciar el dulce rostro de Leonor. Pero no podía, no tenía fuerzas. Agradeció al soldado en silencio, pues le debía la vida.

—Descansa, ya habrá tiempo de hablar.

Diego se dejó llevar otra vez por la niebla que le envolvía. Sentía todo su cuerpo magullado y le dolía todo.

En la cocina, Felipe no paraba de ir de un lado a otro. Estaba preocupado por el joven. Al verlo tirado en la carretera había sentido por primera vez en su vida miedo por alguien. Se paró al ver a Leonor en la puerta.

—Ha despertado, pero está rendido —dijo la joven mirando a todos. Felipe

era el único que permanecía de pie; los demás estaban sentados en torno a la mesa, esperando desde que habían llegado.

—Que descanse, ya nos explicará qué le sucedió —dijo Felipe consternado—. Menos mal que tuve tiempo de subirlo al carro y taparlo.

Felipe se pasó las manos por la cara temblando todavía al recordar lo sucedido. Cuando escuchó el silbido, salió corriendo hacia el lugar de donde provenía. Era solo una nota, pero que escondía peligro, como la que él mismo había entonado poco tiempo antes para advertir al joven. Encontró al muchacho tirado en la carretera. Lo cogió y lo llevó corriendo al carro. Don Justo no tardaría en llegar y debía esconderlo bien para que no lo viera. Encontró una manta al lado del pescante, que utilizaban si hacía frío, y envolvió al joven. Lo escondió sobre la parte de atrás del carro, la más alejada para que no lo viera. El camino de regreso a la vidriera había sido para él el más largo de su vida. No sabía si el chico sobreviviría con el traqueteo del carro y no había podido ver con claridad la herida, pues estaba tapada con un pañuelo anegado en sangre. No pudo ni tocarla, porque el administrador exigió regresar cuanto antes.

—Le has salvado la vida —dijo Leonor acercándose a Felipe. Se aupó para darle un beso en la mejilla—. Gracias, sin él me hubiera vuelto loca.

Felipe se tocó la mejilla. La caricia le había sorprendido, pues conocía poco a Leonor, pero enseguida reconoció la dulzura y el cariño en el gesto. La miró y vio la gratitud y la confianza en su mirada azul como el cielo. Un azul que invitaba a la paz.

—Toma una taza de caldo, Leonor —dijo Carmen preocupada por la joven; llevaba muchas horas sentada al lado de la cama—. Necesitas comer.

—Gracias, luego intentaré darle un poco a Diego.

Todos se dieron cuenta del desamparo de la joven. La luz inundaba sus ojos cuando estaba con Diego y ahora parecían muertos y sin brillo. Suspiró y se dio cuenta de que la miraban.

—No me miréis así. Yo estoy bien.

Asintieron mientras veían cómo tomaba la sopa. No era una joven delicada y débil. Era fuerte y luchadora, como lo había sido su madre.

—Iré a vigilarlo —dijo Bernart tocando el hombro de su hija—. Descansa un poco.

—Gracias, padre —dijo Leonor agradecida. Llevaba muchas horas en pie y estaba algo cansada—. Descansaré aquí con Carmen.

Felipe siguió al maestro vidriero.

—Iré con vos.

Bernart asintió. Ese hombre había salvado a Diego y para él se había ganado un lugar de confianza entre ellos.

—Menos mal que estabais cerca —dijo Bernart con un suspiro.

—Yo también me alegro. —Felipe sabía que su rapidez había salvado al joven. Como hombre honrado que era, cuando se despertara y supiera lo que había sucedido, se sentiría en deuda con él. Sonrió pensando en el ímpetu del joven—. Aprecio al joven. Es el único que confió en mí.

—Es un joven singular que sin duda sabe lo que hace —dijo Bernart con admiración. Además de tener valor, el joven era inteligente y juicioso.

—Estoy deseando saber qué sucedió.

Bernart asintió. También sentía curiosidad, pero al ver al joven inerte sobre la cama, pensó lo peor. Solo al ver que respiraba con calma y no tenía fiebre pareció recobrar la fe.

—Sobrevivirá —dijo Felipe poniendo una mano sobre su pecho—. Su corazón es fuerte y late con furor. Solo necesita descansar. Vaya a atender su trabajo y a su hija, yo lo cuidaré.

Bernart asintió. No le gustaba dejar a Leonor sola. Ahora que Justo estaba en la finca, tendría que vigilarla con más fiereza.

—También confío en vos —dijo con un gesto de saludo.

Felipe no pudo agradecerlo, porque el maestro vidriero desapareció dejándolo solo con el misterioso muchacho. La herida estaba vendada y descansaba tranquilo sin rastro de fiebre. Leonor había hecho un gran trabajo durante horas refrescando su rostro. De ello daban fe el balde con agua y el trapo húmedo que había en la mesa.

—Eres un pilluelo —dijo con una sonrisa sentándose cerca—. Espero que me cuentes todo lo que escondes.

Un gruñido fue la respuesta del joven, que parecía escuchar al soldado desde allí donde estuviera aletargado. Abrió los ojos poco a poco, acostumbrándose a la luz.

—¿Qué... —volvió a preguntar Diego incapaz de saber dónde estaba, pero reconoció la voz de Felipe.

—Estás en La Vidriera. Tenías una herida en la pierna y habías sangrado mucho.

Diego cerró los ojos recordando todo lo que había sucedido.

—Agua...

Felipe le acercó un cuenco a la boca y bebió con más calma. Le dolía todo, pero estaba un poco más tranquilo.

—Al escuchar tu silbido, retrocedí, pero me tropecé y caí por un terraplén. Me haría la herida durante la caída.

—¿Viste algo más?

—Jonás. Estaba muerto con un agujero de bala en el pecho.

Felipe pensó en lo que decía el joven. Estaba todo muy claro.

—Solo llevan armas de fuego aquellos que pertenecen a la nobleza o tienen un trabajo solvente.

—Don Justo —dijo Diego seguro de lo que decía—. Ese hombre es capaz de todo por la plata.

—Ya lo dije yo, la codicia mueve sus actos y puede llegar a ser muy peligroso.

—También quiere deshacerse de ti, para que él y Félix se queden con la mayor parte.

—Me imaginaba algo, pero no dejaré que Félix se lleve su parte. Haré lo posible para que todo sea suyo —dijo Felipe convencido.

—Ya tiene un plan trazado, pero no podemos descubrirnos y debemos obedecerlo. Su siguiente paso es en La Volteruela. Intentará acabar con alguno de nosotros.

—Estoy seguro de que mañana mandará el encargo. Los que quedemos, lo vigilaremos de cerca.

—Me prometiste cuidar de Leonor —dijo Diego mirándolo.

—A la dama no le pasará nada. Es la primera que me ha dado un beso tan dulce —dijo con algo de malicia.

—¿Qué demonios...

—Calma, pilluelo. La dama me besó en la mejilla agradecida por haberte salvado la vida.

Diego abrió los ojos. No había caído en que Felipe era el único capaz de haberle ayudado. Estaba en deuda con él. Sonrió. Sabía cómo se había sentido Leonor.

—¿Cómo está?

—Descansando, pero si se entera de que estáis despierto, nos castigará —dijo Felipe temiendo la ira de esa joven. Parecía indefensa, pero en su interior había fuego y valor. Solo necesitaba salir.

—Estoy deseando verla —dijo Diego sonriendo.

—Voy a llamarla, rapaz. Ha estado a tu lado durante toda la noche.

Diego cerró los ojos al quedarse solo. Por unos instantes, cuando había caído, había sentido que su vida se esfumaba. La imagen de Leonor no desapareció en ningún momento de su mente. Era el aliento que le impulsaba a seguir adelante. Ella fue la que inspiró ese silbido que le había salvado la vida.

Alejandro regresó a Aranjuez en cuanto llegó el duque. Se despidió de Jimena y acudió al centro de sus estudios. Allí le esperaba una nota de Luis, fechada muchos días atrás, justo cuando él había viajado a Madrid buscando a su

hermano. El mensaje era confuso y le dejó muy preocupado, pero esperaba regresar en pocos días, pues parecía que todo se precipitaba en una solución rápida.

Nunca había dudado de su amigo, pero esa nota parecía no estar ni escrita por él ni haber salido de su mente. Luis se expresaba de otra forma mucho más culta y con más detalles. Se guardó el papel para enseñárselo al duque. Eusebio también le había escrito, pues parecía que la mejora de García precipitaba el viaje de Madrid a la corte. El hombre estaba muerto de miedo por ir a un lugar en el que no sabría desenvolverse. Se prometió escribirle más tarde para darle ánimos y algunos consejos de etiqueta.

Tenía trabajo acumulado que los mismos maestros le habían preparado y pasó muchas horas trabajando y estudiando en silencio. Le quedaba poco para terminar y ansiaba que acabara pronto para poder casarse con Jimena. Pero esperaba que todo se solucionara. Estaba estudiando un tratado de esgrima cuando tocaron a la puerta de su cuarto.

—Alejandro, una nota de Madrid.

—Gracias.

Eusebio le había vuelto a escribir. Don Justo no había vuelto a asomar por allí, pero se había enterado por otras lenguas de que estaba en tratos con cierto abogado por un asunto que traía mucho dinero de por medio.

Alejandro se quedó pensativo mientras miraba la nota. Sonrió. Era el momento justo para ir a tomar algo con Eusebio. Se había ganado un merecido descanso. Cabalgó las pocas leguas que lo separaban de Madrid y dejó el caballo atado en la puerta de la taberna.

—Acudís presto a mi llamada —dijo Eusebio con una sonrisa mientras le servía una pinta de cerveza.

—Me ha parecido muy curioso lo que cuentas y creo que debemos investigar un poco a ese abogado —dijo el joven mientras saboreaba la bebida.

—Voy con vos y...

—¿Cuántas veces te he dicho que no soy noble?

—Muchas, pero es costumbre —dijo el hombre con una sonrisa.

—Debemos elaborar un plan.

—Eso es lo que más me gusta —dijo Eusebio frotándose las manos ante la aventura que seguro les esperaba—. ¿Y Luis?

—No lo sé. Me mosquea, y más cuando las notas que me manda no son tuyas.

—¿Qué dices?

—Creo que está metido en algo tan gordo que no quiere decirme nada. —Sería la primera vez que su amigo no confiaba en él para algo. Siempre lo habían

compartido todo.

—No te preocupes; es algo imprudente, pero saldrá bien —dijo Eusebio recordando las aventuras que había liderado ese joven temerario y listo al mismo tiempo—. ¿Qué vamos a hacer con el abogado?

—Tenemos que buscarlo en el lugar que suele frecuentar —dijo Alejandro mirando a su camarada.

—¿El prostíbulo?

—No.

—¿Una taberna?

—No.

—¿Dónde...

—Un club de Madrid donde se reúnen todos los abogados. —Alejandro había recordado el dato por un amigo que estudiaba esa rama y había visitado dicho club. Era muy selectivo porque solo admitía a abogados.

—¿Cómo vamos a entrar en ese club?

—Recuerda que soy un estudiante y puedo pasar.

—¿Y yo?

—Buscaremos si hay puerta de atrás y, si la hay, me esperarás hasta que la abra.

—Es muy arriesgado que entres tú solo —dijo Eusebio poco convencido del plan del joven.

—Me pondré unas gafas y me peinaré de otra forma, por si hay alguien que pueda reconocerme. Encontraremos a ese tipo y le haremos hablar de don Justo.

Mientras tomaban algo, expusieron el plan a Constanza, que estuvo atenta a todo. Los esperaba con un carro por si acaso tenían que salir de allí de prisa.

—Eres un sol, amor —dijo Eusebio convencido de que era la mujer de su vida. La única que entendía su pasión por la aventura.

—Solo me preocupa que salgáis ilesos —dijo la mujer.

Ella misma les acercó al lugar y vieron que tenía una puerta en un callejón. Sería fácil abrir esa puerta para que Eusebio pasara. Sería más fácil encontrar a ese tipo juntos. Solo tenían un apellido: Caballero.

—Muy digno el nombre del tipo —dijo Eusebio con sorna.

—Es un abogado joven —dijo Alejandro, que había estado investigando sobre él—. Intenta hacer contactos pronto.

—Bueno, os espero en este callejón.

—Mejor en la puerta principal, este sitio está muy oscuro —dijo Eusebio en un tono que no permitía réplica.

Alejandro los dejó discutiendo, seguro de que acabarían encontrando una solución adecuada. La casa, a simple vista, era normal. Dos alturas, decoración

sobria y una puerta principal; lo único que discordaba de todo era que estaba custodiada por un gigante que parecía tener malas pulgas. No tuvo problemas para entrar en cuanto dijo que era estudiante en Alcalá.

Por dentro, la cosa mejoró mucho. El lujo imperaba a su alrededor. Techos altos, muebles de madera de cedro, papeles pintados, lámparas de aceite y otros detalles de la época. Alejandro era un hombre al que le gustaban las comodidades, pero rehuía de los lujos innecesarios, por lo que ese lujo era algo que no llegaba a apreciar. Había grupos de hombres en algunos de los salones por donde pasaba. Encontró los baños y buscó la cocina, en la que se hallaba la puerta que se apresuró a abrir sin problema ninguno. Eusebio se maravilló ante el lujo.

—No te distraigas y no bebas, tenemos que estar sobrios —dijo Alejandro conociendo a esos tipos. Conocía a un abogado que bebía tanto que acababa sin sentido.

—A sus órdenes —dijo Eusebio sonriendo. El joven conocía mejor ese mundillo y él le haría caso. Su Constanza estaba fuera y no quería hacerla esperar más de la cuenta—. ¿Buscamos en los salones más grandes?

Alejandro asintió. Pasaron por otras estancias hasta llegar a un salón donde había muchos más grupos de hombres. Sería difícil dar con uno en concreto.

—Déjame a mí preguntar por ese tipo, tengo más experiencia —dijo Eusebio. Sabía cómo tratar a las personas, y más a esos tipos con dinero que tanto les gustaba que les adularan.

Alejandro vio cómo se alejaba hacia la barra que había. Estuvo hablando con el camarero durante un rato y al final regresó con un gesto de satisfacción.

—Es el tipo alto de pelo rubio de aquel grupo del rincón —dijo Eusebio contento de haber obtenido tan fácilmente la información.

Alejandro se movió con lentitud, hasta que pudo ver al tal Caballero. Era un tipo distinguido. Su porte era el de un caballero con clase.

—He obtenido algunos datos sobre él que quizás te hagan falta para entablar una conversación —dijo Eusebio acercándose a él para hablarle en voz baja.

Alejandro se acercó al grupo con seguridad. Entre los hombres no había nadie a quien conociera, pero siempre era fácil hablar con estudiantes, si es que había alguno en ese grupo.

—Perdonen vuestras mercedes —dijo Alejandro con una pequeña reverencia—. Estoy buscando al abogado Caballero. Mi padre fue su profesor y era deseo suyo que lo saludara si algún día visitaba un club de este tipo.

El hombre se adelantó con el orgullo henchido.

—Soy yo. Tengo muy gratos recuerdos de mis días de estudiante. Mas, ¿cómo se llama su padre?

—Alberto Figueroa.

—Déjeme invitarle a una copa para poder preguntar por la salud de su padre, un gran profesor —dijo con solemnidad el hombre.

—Gracias, yo espero poder seguir sus pasos.

—¿Sois estudiante?

—Sí, aquí en Madrid. Me queda un año —dijo Alejandro con orgullo.

—¿Qué pretendéis hacer?

—Me gustaría ser letrado, como vos; por eso quería hablar con vos, para ver si es un digno empleo —dijo Alejandro fingiendo cierta timidez. Quería ganarse la confianza de ese hombre para preguntarle por don Justo.

—Estoy cogiendo varios clientes importantes —dijo el hombre con cierto orgullo—. Me limito a acudir a diversos lugares para socializar.

—También había pensado ser administrador de alguna finca, me parece un poco más tranquilo.

El semblante del abogado mudó. Parecía incómodo con el tema que Alejandro había sacado. Iba por el buen camino.

—¿Sería difícil conseguir algunas fincas para administrar? ¿Conocéis a alguien?

—No sé mucho del tema. Me limito a problemas de otro tipo.

—Vaya, yo que creía que sería una buena elección...

—Caballero, creo que no recuerdas a ese tipo enjuto y alto que administraba una finca en Andalucía. Pidió consejo sobre cierto negocio que tenía entre manos, ¿lo ayudaste? —terció otro hombre que había estado escuchando sin hablar.

—Eh, no. Era algo muy tonto y que no tenía importancia alguna.

—Pero, ¿lo conocéis? —preguntó Alejandro metiendo el dedo más en la llaga.

—Estuve con él un par de veces, pero ya se ha ido a Andalucía. Tiene una finca que llevar —dijo el abogado intentando salir de la conversación.

—Allí tiene fincas el duque de Alponde —dijo Alejandro sin dar trabas al hombre.

—Ese noble es de los más importantes de la zona —dijo el hombre que se había metido en la conversación—. Se dice que alguien está manchando su nombre.

—¿Tienen agallas a meterse con esa familia? —preguntó fingiendo estar sorprendido Alejandro.

—Escuché que alguien creyó que, enemistando al heredero con el padre, sacaría algo. Pero falló, porque el hijo pródigo ha regresado a la protección de su familia.

Alejandro se sorprendió de verdad, parecía que ese desconocido era una gran fuente de información sobre lo que estaba sucediendo. Escuchó atento cómo explicaba dónde sucedió y se quedó perplejo al saber que había coincidido con ese administrador en una fiesta en la que estuvo en Madrid con los Alponte. Estrujó su mente para sacar una imagen de ese hombre, pero fue imposible, no recordaba su rostro. El tipo se marchó y quedaron solos, algo que había estado esperando desde que habían ideado esa visita.

—No sería ese hombre quien pretendía hundir a los Alponte, sería algo de locos —dijo Alejandro dejando caer el dato.

—Creo que está metido en algo muy gordo. Me pidió información acerca de los derechos sobre una veta de plata —dijo Caballero como si fuera una quimera—. Creo que está un poco loco, claro que viviendo en ese lugar tan alejado de la vida y del mundo, es normal.

Alejandro gritó para sí mismo. Ya tenían al tipo y lo que estaba haciendo en realidad. Porque creía que no solo fue una pregunta sobre algo que parecía un sueño. En realidad el hombre preguntó por algo que había encontrado. Estaba seguro. Y si la veta estaba en la finca del duque, le estaba robando de forma deliberada. Sonrió. Ya tenían toda la información que necesitaban. Ahora podía acudir al duque con pruebas sobre lo que pasaba con ese hombre.

—Sí, será una locura. Gracias por esta charla, intentaré seguir sus consejos —dijo Alejandro alejándose del salón directo hacia Eusebio, que no le había perdido de vista.

—¿Lo tienes?

—Sí. Vámonos —dijo Alejandro. Por el rabillo del ojo vio revuelo en el salón. Algo había sucedido—. Rápido.

Salieron de allí en dirección a las cocinas. Estaban a esas horas paradas y en silencio. Nadie se encontraba allí y se encontraron con la puerta cerrada. No había más posibilidad que salir por la puerta delantera.

Ambos sacaron las espadas. Tuvieron que luchar con algunos guardias que habían sido llamados para echar a unos estafadores.

—No sabemos quiénes sois, pero no os dejaremos salir de aquí —dijo Caballero, que seguía al grupo de espadachines.

Alejandro no podía decir nada sobre el duque. No podía ponerlos en peligro.

—Solo queríamos saber sobre ese tipo, ultrajó a mi hija —dijo Eusebio gritando a los hombres—. ¡Quiero venganza!

—¡Deténganse! —gritó Caballero. Ese hombre era íntegro y su caso era honesto—. Solo os diré una cosa: es un tipo peligroso que no duda con nada. No se fíen de él. Espero que consigan encontrarlo. Está en la finca de La Vidriera, en Jaén.

—Gracias, señor. Sois honesto —dijo Eusebio con una reverencia.

Salieron de allí por la puerta principal y, cuando pisaron la calle y se encontraron a salvo en el carro con Constanza, rieron con fuerza.

—Nos has sacado de una buena —dijo Alejandro palmeando la espalda de Eusebio.

XVII

Leonor no consintió salir de la cocina, pues quería saber cuándo despertaba Diego. Había pasado mucho miedo y estaba nerviosa todavía. Desde que había fallecido su madre, nunca se había sentido tan perdida. Se daba cuenta de que, por primera vez en su vida, se había enamorado. No podía perder a Diego cuando les quedaba tanto por vivir. Era como un soplo de aire fresco en su vida, una razón que le daba fuerzas para seguir adelante. No era débil, nunca se había sentido así, pero sentía que quería estar junto al hombre para que la cuidara y arrojara por el resto de sus vidas. Era un nuevo sentimiento para ella que la tenía totalmente subyugada.

Carmen le hizo una manzanilla para que se calmara y ahora la disfrutaba mientras hablaba con la mujer. Estaban solas, cosa que pocas veces pasaba, pues normalmente la cocina era un no parar de personas de aquí para allá. Era una mujer que la ayudaba en todo lo que podía y Leonor le tenía mucho cariño. Para ella era como de su familia, a pesar del poco tiempo que hacía que se conocían.

Su padre le había dejado descansar un rato, pero tendría que ir a ayudarlo. El pedido que estaba realizando era grande y su padre no podía hacerlo solo.

—Es fuerte y joven y se recuperará pronto —dijo Carmen convencida del restablecimiento del joven y de por dónde iban los pensamientos de la joven. Ella misma había curado la herida y no era muy grave.

—Se me pasaron tantas cosas por la mente —susurró Leonor—. Sentí tanto miedo por perderlo cuando lo acabo de conocer...

—Os queda mucho por vivir —comentó Carmen recordando su propia vida y la época cuando conoció a Genaro.

—Me gusta este lugar, pero también quiero ver otras cosas —murmuró Leonor recordando su vida en otras ciudades.

—¡Claro que sí! Sois jóvenes y podéis recorrer mundo.

—Duele tanto amar... —dijo Leonor con una opresión en el pecho que sentía desde la llegada de Diego.

—Eso es porque se trata de amor verdadero, pero él te corresponde —dijo Carmen convencida de los sentimientos de ambos—. Sus ojos te miran con amor, pasión y respeto. Menudo muchacho; si yo misma fuera más joven, no lo dejaría nunca.

Leonor sonrió. Diego era atractivo, pero también era noble, sincero e inteligente. Tenían siempre tanto de qué hablar, algo que nunca le había sucedido con nadie, y menos con un hombre. Siempre había sido algo tímida con los hombres, pero con Diego todo era siempre fácil. Siempre recordaría la primera vez que lo vio en la sala de música, apostado sobre la puerta.

Alguien las interrumpió y se sorprendieron al ver a Felipe apoyado en el marco de la puerta. Leonor se sonrojó pensando en la posibilidad de que el hombre hubiera estado escuchando la conversación.

—¿Así es como cuidáis de Diego? —preguntó algo enfadada Leonor mientras se acercaba a él.

—Señora, vengo a avisaros de que el joven ha despertado y arde en deseos de verla —dijo Felipe con una sonrisa al ver el desasosiego y la preocupación de la dama por el joven.

El rostro de Leonor se coloreó al instante y se puso una mano en el corazón exhalando un suspiro. Agradeció al hombre y salió corriendo sin perder tiempo. Abrió la puerta de la habitación donde yacía el joven herido y vio que la miraba con adoración.

—Leonor...

—¡Diego!

Unos fuertes y amorosos brazos cobijaron el cuerpo de la joven, que empezó a temblar y a sollozar en silencio. No quería perder por nada del mundo esa calidez que sentía junto a él.

—No llores...

—Pasé tanto miedo al verte moribundo en brazos de Felipe —masculló Leonor entre hipidos, mientras recordaba ese fatídico momento—. Te has convertido en alguien muy especial en mi vida.

—Leonor, fuiste mi último pensamiento y quien me dio las fuerzas para seguir adelante —dijo el joven besando sus manos, convencido de que ella era, sin lugar a dudas, la mujer de su vida. Aquella a la que desposaría en cuanto todo se hubiera solucionado y pudieran regresar a su casa. No habían hablado de ello, pero él tenía que regresar en algún momento de su vida. Su familia lo esperaba y no sabía si a Leonor le gustaría la idea de dejar la finca.

—¿Qué pasó?

—Me caí y me herí la pierna. Justo ya lo tiene todo planeado.

—¿Qué va a suceder?

—Nos mandará a La Puebla; seguiremos sus planes para que no sospeche. Necesitamos saber qué ha planeado en ese lugar y quién le obedece.

—Pero puede ser peligroso.

—Sí, pero tenemos que averiguar todo lo posible para poder inculparlo.

Pasaron unos días tranquilos. Diego tuvo que decirle a don Justo que estaba enfermo, para justificar su falta al trabajo. El hombre protestó un poco, pero le dijo que se cuidara, que iría él a llevar la próxima entrega. El joven sonrió, sabía que así sería. Lo que no sabía era quién lo acompañaría en esa segunda salida de la finca.

Leonor resultó ser una enfermera perfecta, pero además era una compañía agradable. No pararon de hablar en las tardes en las que ambos se veían. Desde hacía unos días, Diego tenía la incertidumbre de saber si ella lo seguiría cuando se fuera. No quería separarla de su padre, pues él también podría ir con ellos. Una de esas tardes, el joven decidió preguntarle a la joven.

—Leonor, si te pidiera que te vinieras conmigo, ¿lo harías?

Leonor iba a responder que sí, pero la imagen de su padre solo cruzó su mente.

—Tu padre también vendría.

El rostro de la joven se iluminó por completo y asintió con lágrimas en los ojos. Estaba emocionada; no era la declaración que estaba esperando, pero si él pensaba en un futuro juntos, sería por algo.

—No me imagino estar sin ti —dijo con sinceridad la joven. Esos días con él se había dado cuenta de que su amor se hacía cada vez más fuerte. Le gustaba todo de él y se comprendían a la perfección. Él no le había dicho que la amaba, pero estaba segura de que la correspondía.

—Yo tampoco. En cuanto acabe todo esto, pensaremos lo que haremos —dijo Diego pensando en su propia familia y en cómo se lo tomarían. Nunca había tenido una relación, y menos con miras al futuro; era algo que le sobrepasaba, pero por Leonor haría lo que fuese necesario. Nunca le había dicho a nadie que lo amaba, para él ese sentimiento había sido algo superfluo hasta ese momento. Esperaba confesarle su amor en cuanto todo acabara y estuvieran fuera de peligro.

Al día siguiente, don Justo llamó a todos los trabajadores de La Vidriera en la entrada. Según Genaro, tenía que darles unas órdenes. Diego también estaba. Permanecía erguido con mucho esfuerzo, pues todavía tenía la pierna algo débil, pero no podía faltar; si lo hacía, Justo podría sospechar de él.

—Como os dije, el trabajo que habéis estado haciendo es para un pedido importante de un gran hombre que vive en La Puebla. Allí irán Diego y Bernart. El noble quiere tratar de forma directa con el maestro vidriero.

Todos se sorprendieron, porque sería la primera vez que el maestro salía de la finca desde que había llegado.

—¿Y el horno?

—Permanecerá cerrado hasta vuestra vuelta —informó Justo. Si se quitaba a esos dos de en medio, podría llevar a cabo su plan e incluso llevarse consigo a Leonor, que era una idea que le estaba rondando. Cuando tuviera dinero y éxito, seguro que la joven caería rendida a sus pies, pero primero la doblegaría. Sonrió satisfecho ante el éxito que se avecinaba.

—¿Y los trabajadores? —preguntó Genaro algo extrañado por el rumbo que

tomaban los hechos.

—Harán otros trabajos en la finca, tú te encargarás —dijo Justo con resolución y brusquedad. Se giró hacia Diego que, por alguna extraña razón, no había hablado—. Espero que estés repuesto.

—Estoy algo débil, pero puede contar conmigo —dijo Diego acercándose al hombre. Qué mejor que pensara que estaba mucho más enfermo de lo que lo estaba en realidad.

—Bien. Preparaos, que saldréis en dos días —dijo Justo. Durante esos dos días, intentaría sacar toda la plata posible de la montaña. Para ello le ayudarían Félix y Felipe. Los mantendría ocupados con alguna excusa. Esa misma mañana, y a solas, informó al exsoldado y, para su sorpresa, se encontraba enfermo del mismo mal que Diego. Maldijo por lo bajo, pues estaba seguro de que el rapaz le habría pegado las fiebres. Desgraciado. Pero no molestaría nunca más, si todo salía bien. Se encerró en sus habitaciones, pensando en su siguiente paso.

Felipe había sido rápido, pues no podía dejar sola a Leonor en la finca con ese tipo rondando por ahí. Se lo había prometido al joven y él siempre cumplía sus promesas. En cuanto tuvo ocasión, fue a hablar con él.

—Si te pregunta Justo, yo he cogido lo mismo que tú —dijo Felipe nada más entrar a la habitación del convaleciente—. Me quería mandar a la montaña, seguro que para ir sacando la plata.

—Has sido rápido en ingenio —dijo Diego contento por la agudeza de su amigo.

—Más me valía, no podía dejar sola a cierta dama.

—Gracias, te debo mucho Felipe, yo...

—Tú creíste en mí, soy yo el agradecido de poder tener una vida y unos camaradas honrados —dijo emocionado el soldado. Él, que había perdido la ilusión por todo, ahora podía ayudar en algo. Dependían de él y le gustaba sentirse útil.

—Perfecto. No sabemos qué nos esperará en ese lugar.

—Lo que no entiendo es que mande al maestro contigo. No sé por dónde quiere ir con todo esto —dijo Felipe pensativo, pero por más que se estrujara el cerebro, no daba con el plan de Justo.

—Yo tampoco lo entiendo, me ha trastocado por completo. —Diego tenía muchas teorías de lo que ese hombre podría hacer, pero nunca habría adivinado su jugada.

—Lo único que tengo claro es que quería alejarnos a demasiados, primero por la veta, pero creo que su otro objetivo es Leonor.

Diego alzó la cabeza y su mirada refulgió de ira. Sabía que ese hombre había molestado en algunas ocasiones a Leonor, pero de eso a intentar llevársela había

mucha diferencia.

—Si llega a pasarle algo...

—No se atreverá a tocarla —dijo Felipe con aspereza. Tendría que acabar con él para poder llegar a ella.

Dos días después, como había mandado Justo, él y el maestro salían de la finca. El viaje era un poco más largo que para llegar a El Hornillo. Tendrían que hacer noche en el campo, e incluso otra en esa aldea.

—¿Conoce el lugar, Bernart?

—No, pero he escuchado que es un lugar pacífico. Tuvieron problemas años antes, cuando dieron el título al anterior duque de Alponte.

—No sabía que perteneciera también al duque.

—Sí, es de su familia desde hace varias generaciones. Pero ahora no hay problemas.

—Mejor, porque no sabemos qué nos vamos a encontrar —dijo Diego algo pensativo.

—Es la primera vez que vengo a hacer una entrega de mi propio trabajo. —Bernart no entendía qué pretendía Justo, pero no le daba buena espina—. Espero que Leonor esté bien.

—Tiene a Felipe como guardián —comunicó Diego—. Justo no se atreverá a hacer nada.

—Gracias por cuidar de ella.

—Señor, me gustaría preguntarle si podría desposar a Leonor cuando todo esto acabe. Vos vendrías con nosotros a Alponte.

—No veo por qué he de negarte nada, si ella está de acuerdo —dijo Bernart emocionado porque la vida de su hija se definiera; y él no podía pensar en nadie mejor para ella.

—Ya lo hemos hablado y está de acuerdo. —Diego era afortunado. Estaba ayudando a unas personas buenas y honradas a huir de una injusticia. Y había descubierto el amor y encontrado a Leonor, que era la luz que iluminaba su vida. Era lo mejor que le había pasado. Agradecía haber salido de Alponte para buscar un futuro mejor.

—Entonces, estaré muy honrado de ir con vosotros.

Las motivaciones que llevaron a Felipe II a construir el Monasterio de El Escorial fueron dos: por una parte el deseo de cumplir la promesa de construir un templo por la victoria de la batalla de San Quintín contra los franceses, acaecida el 10 de agosto de 1557, día de San Lorenzo.

En segundo lugar quería cumplir los deseos de su padre, Carlos I, que si bien en un primer momento había querido ser enterrado en la Capilla Real de la

Catedral de Granada, a última hora cambió de idea y quiso ser enterrado junto con su esposa, la emperatriz Isabel de Portugal, en el Monasterio de Yuste (Cáceres). Este decidió que el Monasterio debería convertirse en el Panteón Real de la dinastía de los Austrias, comenzando por su padre.

El lugar escogido para la construcción del Monasterio fue una zona situada en la Sierra de Guadarrama, cerca de Madrid, y que llevaba el nombre de El Escorial. Las obras habían comenzado en 1563. El propio rey Felipe II participaba en la ejecución de las obras, supervisaba los planos y acudía con frecuencia a comprobar el desarrollo y los avances que se daban. Sin duda alguna fue una obra personal del monarca, que delegaba en fray Antonio de Villacastín mientras estaba ausente.

Los monarcas residían en el Real Alcázar de Madrid, algo que facilitaba la visita del rey a El Escorial. Isabel, la reina, amaba la villa, y esa había sido una de las razones que habían decidido al rey para elegir Madrid como capital. Su salud se había restablecido después del aborto que había tenido un año antes y en el que había perdido a dos niñas gemelas. El rey se desvivía por Isabel y le concedió ese favor.

Hacia allí se dirigían el duque de Alponete, su hijo García y Eusebio. Los tres hombres habían dejado pasar casi quince días para que su hijo se restableciera de la herida. Nada sabían de Luis, pero el duque esperaba tener un mensaje suyo pronto.

El duque dirigió a los otros hombres hacia su cita con el rey. Había pedido una audiencia para poder hablar más tiempo con su majestad. Era un hombre taciturno, pero justo y prudente, además de considerado con los demás. Fernando le apreciaba y le servía con gran fervor. Fueron llevados a una sala, donde los recibió el monarca. Él había ido en más de una ocasión a palacio, pero para los otros era la primera vez que acudían a la corte y todo les llamaba la atención. Era un palacio bello, pero el rey era muy austero en cuanto a decoración.

—Mi querido Fernando, hacía tiempo que no sabía de vos —dijo Felipe II adelantándose con gran alegría para recibir a ese hombre en el que depositaba tanta confianza.

Los Alponete habían servido muy bien tanto a su padre, como a él. Eran una familia importante con grandes líderes y soldados entre sus herederos.

—He tenido varios asuntos familiares, majestad.

—Os entiendo. Mi querida Isabel ha mejorado mucho en estos últimos meses. Hay que cuidar de la familia.

—Por eso acudo a hablar con vos —dijo el duque con humildad—. Sentí mucho lo de su majestad, una reina tan amada no debería haber pasado por ese calvario.

El monarca asintió, sabiendo que el aprecio y el respeto que sentían era mutuo.

—No voy a mentirte, sé lo que se cuenta por ahí de vuestra familia —comentó el monarca con confianza, pues sabía que ese hombre nunca lo traicionaría.

—Mi apellido ha sido mancillado por alguien indigno —empezó a decir el duque. Narró al monarca todo lo acontecido en pos de su familia y de ese hombre.

—Podéis tomar las medidas que creáis oportunas para satisfacer vuestro orgullo —reconoció el monarca—. Nunca creí en esas mentiras.

—Me halaga vuestra confianza, majestad.

—Podéis hacer uso de algunos soldados para ir a detener a ese hombre —dijo el monarca. Sabía que el duque conseguía todo lo que quería, era un gran soldado y mejor estratega. Esta lid no era nada para él.

—Majestad, os agradezco vuestra ayuda y comprensión.

—¿Es vuestro hijo?

—Mi heredero —dijo Fernando con orgullo mirando a García.

—Me alegra que hayáis encontrado el camino correcto —comentó el monarca. Era un hombre que se preocupaba por lo que sucedía a su alrededor y ahora se centró en el hombre que acompañaba a los nobles y que parecía bastante menos pudiente—. ¿Y este hombre?

—Un aliado de mi hijo Luis y su amigo Alejandro. Nos ha ayudado mucho.

—Es un placer para mí, majestad —murmuró Eusebio casi sin aliento de la impresión de estar frente a frente con el monarca.

—Un aliado es siempre un amigo que cuida nuestras espaldas —dijo el monarca. Él mismo había tenido grandes aliados y todavía los tenía, sobretodo en la figura del duque, a quien consideraba más un amigo—. Grandes jóvenes, pero no veo a Luis.

Felipe II conocía a Luis de algunas revueltas en las que había participado el joven. Era extraño que no se encontrara allí, pues su carácter impulsivo y rebelde siempre iba unido al lugar donde había alguna injusticia. El rostro del duque se ensombreció de repente y pensó lo peor.

—¿Ha sucedido algo?

—Majestad, mi hijo participa en una misión delicada y hace semanas que no sé nada de él —dijo Fernando algo temeroso por la vida de su hijo.

—No sé nada de ninguna misión, ¿es oficial? —Era un monarca precavido y estaba al tanto de todas las misiones a las que se enviaban a los hombres y soldados.

—No.

El monarca entendió al duque. Era algo que no quería revelar delante de nadie, pero no entendía qué era eso tan importante que quería ocultar a su propia familia.

—No os iréis de palacio hasta que sepa todo —dijo el monarca con férrea autoridad y determinación.

El resto de la audiencia fue una confesión del duque que, de tanto en tanto, miraba a su hijo mayor. Cuando terminó de contar los hechos, se dirigió a él.

—Espero que no te moleste, García.

—Padre, me molesto por mí mismo, porque no he sabido asumir mi lugar en la familia. Iré a ayudar a mi hermano.

—Creo que eso va a ser imposible, García —comunicó el monarca—. Tengo un requerimiento contra ti y debes obedecer.

—¿Qué...

—Cierta dama solicita que ejerza presión para que el matrimonio que cierto joven le propuso se lleve a cabo. ¿Sabéis de quién hablo?

—Sí, asumiré lo que tenga que hacer —dijo García pensando que esa joven tenía que haberlo olvidado—. Creía que no me recordaba.

—La joven le tiene en alta estima, joven.

García se sonrojó, pues la relación que había tenido con Constanza había sido tan fugaz que los recuerdos parecían esfumarse. Después de todo lo que se había dicho de él, ella continuaba amándolo. No se podía creer tanta dicha. Había recuperado a su familia y ahora a la mujer que amaba.

—¿Y mi hermano?

—Idearemos un plan para ir a buscarlo —dijo el monarca—. Contamos con la ayuda de este hombre y de Alejandro, del que tanto he oído hablar.

—Va a desposarse con mi hija; espero que estéis de acuerdo, majestad —comentó el duque pidiendo su aprobación.

—Nada me gusta más que un matrimonio se celebre con ambas partes felices por su amor. Doy mi venia y espero ser el padrino de la novia.

Fernando asintió. Era un honor para ellos que el rey quisiera ocupar ese puesto en la celebración.

—Gracias.

—Espero conocer al joven. Necesito que venga a palacio para preparar todo cuanto antes.

—Mandaré una nota a Aranjuez, donde termina sus estudios.

—Mandadlo llamar, creo que este asunto que discutimos le concierne mucho.

Todos asintieron. Las decisiones del rey no podían ser revocadas y, además, estaban de acuerdo. Se mandó un mensaje urgente requiriendo en la corte la presencia de Alejandro para un asunto importante. En Alcalá estaban

acostumbrados a las misivas reales por estar estudiando allí el príncipe Carlos, pero en Aranjuez fue todo un terremoto. Los maestros no creían que llamaran al joven nada más y nada menos que de la corte. Otros decían que era una broma para librarse de las clases. El director tuvo que hablar, argumentando que la misiva era real y que el joven no tenía el afán de librarse de nada, porque era uno de sus mejores estudiantes.

Dos horas más tarde, Alejandro entraba a la sala, donde para su sorpresa se encontró al grupo de hombres charlando de forma tranquila junto al monarca.

—¡Alejandro! —dijo el duque en cuanto lo vio aparecer—. Majestad, os presento a Alejandro Osorio.

—Majestad —dijo el joven haciendo una reverencia—, es un honor para mí conocerlo.

—Más para mí, que voy a ser padrino de vuestra boda —celebró el monarca con alegría—. Pero ahora os he mandado llamar por otro asunto, vuestro amigo Luis.

—¿Le ha sucedido algo?

—No, el duque nos ha contado dónde se encuentra y por qué —comentó el rey poniéndolo al día de lo que habían hablado hasta ese momento—; queremos que vayas a buscarlo con un grupo de soldados.

Alejandro asintió. Nada le gustaría más que encontrar a su amigo y ayudarlo. Siempre había sido así entre ellos, pero respetaba las decisiones del duque y entendía por qué había planeado todo de aquella forma.

—Estoy deseando salir en su busca —dijo Alejandro con decisión. Nunca había sentido miedo por nada, pero el silencio de su amigo le preocupaba.

—Avisaré a la familia de tu ausencia, Eusebio será tu mano derecha.

Alejandro asintió. Confiaba en ese hombre, no podía tener mejor compañero en ausencia de Luis.

—En tal caso, estad preparados —dijo el rey dando órdenes a un oficial para que se preparara un grupo de soldados.

—No temáis por la familia, Alejandro —dijo el duque—. Yo mismo las protegeré con un grupo de soldados. No creo que se atrevan a nada. Ese tipo no parece tan valiente.

—También lo creo —secundó Alejandro. Había visto poco a ese hombre, pero se hacía una idea de su personalidad—. Me pareció un hombre codicioso, pero no es el típico que se enfrenta a sus acciones, sino que pretende que los demás hagan ese trabajo sucio. No es un líder, solo es un hombre que se escuda en el poder y la ambición.

En las cuerdas de palacio, un grupo de soldados se preparaba para salir a una misión. No era muy normal que algo sucediera, pero el mismo monarca había

dado la orden para acompañar a ese noble. Nadie había osado poner en duda dichas órdenes. La palabra de rey era obedecida al segundo, tal era la lealtad entre los soldados.

—Gracias de nuevo por su ayuda, majestad —dijo el duque agradecido por todo.

—Eres uno de mis más leales hombres. Pero García deberá quedarse conmigo, lo siento.

—Asumiré mi papel, solo espero que todo vaya bien —dijo García, que no dudaba ni un segundo en obedecer ese requerimiento sobre su persona.

—Traeré conmigo a Luis —dijo Alejandro asintiendo—; debe estar presente en mi boda.

—Mi hermana ha tenido mucha suerte, gracias por cuidarla —susurró García agradecido con ese hombre.

—La amo por encima de todo —dijo Alejandro de forma sincera. Apreciaba a García y se alegraba de que hubiera regresado a la familia. Habían sido años inciertos para ese hombre, pero todo volvía a su cauce. Ahora solo quedaba traer de vuelta a Luis para que todo estuviera en paz, como siempre había sido en Alponte.

XVIII

Diego y Bernart llegaron a La Puebla casi dos días después. Había sido un viaje tranquilo, pues no había sucedido nada. El camino estaba en buenas condiciones para el viaje y no se habían cruzado con un alma durante todo el trayecto. No era raro, pues no eran tiempos de viajes ni de viajeros. Bernart le fue contando sobre su vida antes de llegar a La Vidriera. La pasión de Leonor por la música, como su madre, y los problemas de trabajo que había tenido hasta que conoció al duque y le ofreció el puesto de maestro en un horno.

—Fueron años duros pero, cuando llegamos a La Vidriera, Leonor se adaptó a esta vida enseguida. En Carmen encontró a la figura femenina que necesitaba y entre ellas se tejió una gran amistad.

—Es increíble que se encuentre feliz en un lugar tan apartado —dijo Diego, pues después de haber vivido en Barcelona, la finca estaba en el fin del mundo.

—Aquí encontró otras cosas —apuntó Bernart guiñándole un ojo.

El joven se sonrojó. No había caído en ese pequeño detalle. Él mismo había contribuido a la felicidad de Leonor. Con su llegada, el mundo de la joven había cambiado para siempre.

Entre charla y charla, al fin habían visto a lo lejos las torres de la iglesia. Conforme se acercaban, se dieron cuenta de que era una pequeña aldea, no mucho más grande que El Hornillo. Nada más entrar, preguntaron a unos hombres por el nombre de su contacto. Las órdenes de Justo habían sido claras: preguntar por el noble y entregarle en persona el cargamento. Ambos hombres los miraron algo sorprendidos mientras retrocedían unos pasos.

—¿Sucede algo? —preguntó Bernart intrigado por ese gesto de los hombres.

—Ese hombre es un diablo, nadie lo quiere en el pueblo —dijo uno de ellos, pues el otro parecía haberse quedado sin habla—. ¿Están seguros de querer ir a verlo?

—Tenemos órdenes de ello —dijo Diego extrañado por esa historia.

—Hace tiempo que ese hombre no recibe visitas y, quien se atreve a ello, desaparece para siempre —dijo el hombre que había estado callado. Le espantaba ese tipo y nadie se acercaba a su pequeña finca.

—¿Qué hace aquí?

—Vino hace años y se quedó, pero no atiende a las órdenes de nadie, parece vivir a sus anchas y con sus propias reglas —dijo el otro.

—Tenemos que llevarle un pedido de vidrio —dijo Bernart, que siempre había sido muy responsable en su trabajo.

—¿Vidrio? —preguntaron ambos hombres confundidos.

—Sí, venimos de La Vidriera, donde trabajamos en un horno de vidrio. Nos

ha hecho un pedido —explicó Bernart cada vez más preocupado.

—Les indicaremos dónde se encuentra su casa, pero por nada del mundo nos obliguen a acompañarlos.

Era tanto el miedo que desprendían sus miradas, que Diego sintió compasión por ellos. En verdad vivían atemorizados por ese hombre. Estaba deseando llegar para encontrarse con la persona a la que los había enviado Justo. Escucharon a los hombres y les agradecieron su ayuda.

—Muy extraño lo que les sucede —apuntó Bernart mientras caminaban hacia donde habían dejado el carro.

—Sí, estoy deseando verle la cara al diablo —dijo Diego con su ímpetu valeroso y aventurero. Si su amigo hubiera estado con él, le habría dicho que no se acercara por nada del mundo a ese lugar, pues ya resultaba de mal agüero. Pero él no era tan receloso y prudente, su rebeldía a veces le jugaba malas pasadas.

—No hagas burlas con eso, rapaz —dijo Bernart santiguándose. Siempre había sido muy devoto y tales historias sobre el diablo hacían que recelara.

El carro los llevó más allá del pueblo por un camino lleno de baches y surcos. Se notaba que no pasaba nadie por allí de manera habitual. A ambos lados los perseguía una fila de árboles, cipreses, que con sus puntiagudas cimas parecía que tocaran el cielo.

—Árboles de muertos, otro mal agüero —dijo Bernart. Era cristiano, pero los cementerios le ponían la piel de gallina y parecía que se dirigían hacia uno.

—Es un simple camino que llevará a una finca.

Nada más decirlo, parecía que el camino terminaba en una casa que se levantaba gigantesca y oscura al fondo. Solo se veía su silueta, pero ya daba pavor.

—¿La casa del diablo? —preguntó Diego son sorna—. Es una simple casa, Bernart.

Pero parecía que el hombre era presa del miedo y no podía articular ni una palabra. Se calló de inmediato, pues cada uno sentía sus propios temores. Solo esperaba que el maestro reaccionara, por lo que podría suceder. Parecía que se dirigieran hasta la boca del lobo.

Al llegar al lugar, no había ni un alma. Diego se bajó y tocó la aldaba de la puerta. Le abrió un hombre tan mayor que parecía que no tenía fuerzas ni para moverse. Su piel estaba llena de arrugas y estaba tan seca que parecía que le hubieran sorbido la vida de un plumazo. Su mirada era penetrante y sus ojos estaban hundidos bajo unas ojeras oscuras y grandes.

—Buscamos a don Armando, somos de La Vidriera —comentó Diego en voz alta, porque parecía que el hombre no escuchaba muy bien.

—Os esperan en la parte de atrás —dijo el hombre señalando un camino que parecía rodear la casa y desaparecer tras ella.

El joven subió al pescante bajo la atenta mirada de Bernart, que parecía haberse recobrado del temor provocado por los hombres del pueblo.

—Tenemos que darnos prisa, prefiero mil veces dormir en la montaña que cerca de este lugar —dijo dándose cuenta de que quedaban pocas horas de luz.

Diego asintió. Las habladurías no habían minado su espíritu, pero la imagen de ese hombre y la soledad de esa casa empezaban a menoscabar su confianza. Llegaron al lugar donde, efectivamente, un grupo de hombres los esperaban. El joven observó que iban muy bien armados. De sus cintos colgaban buenas roperas y sendas dagas. Estaban en inferioridad de condiciones. Solo esperaba enterarse de los planes de Justo.

—Os esperábamos hace horas —tronó un tipo alto y desgarbado que parecía ser el jefecillo.

—Hay que viajar sin prisas, la carga es delicada —explicó Bernart.

—No es eso lo que nos dijeron —apuntó el mismo hombre, que parecía algo enfadado pero que sonreía como quien tiene un buen plan.

—No hemos podido hacer otra cosa —dijo Diego secundando al maestro—. ¿Querían hablar con el maestro?

—Sí, mi señor está muy interesado en el negocio del vidrio. Lo espera en la casa.

—Eso será imposible —dijo Diego, sorprendiendo a los cuatro hombres que los miraban—. Es el único que sabe cómo se descarga el material para que no se rompa.

Bernart miró al joven y agradeció su ingenio. Estaba claro que lo que pretendían era separarlos. Para qué, no lograban entenderlo.

—Tenemos otras maneras de que obedezcáis —dijo el hombre acariciando la empuñadura de la espada.

Diego sonrió a su vez. Había visto ese gesto en mil cuitas en las que había participado. Normalmente esa expresión la llevaban a cabo los hombres que tenían poco valor o que temían algo.

—Si me dejáis una ropera, podemos batirnos en igualdad de condiciones, cobardes —espetó Diego con rabia.

—¡Desgraciado! —dijo otro lanzándose a por él.

—¡Quieto! —tronó la voz del jefe, que parecía herido en su orgullo.

Era poco valiente, pero parecía honrado y le lanzó una espada.

—Que sea una lucha justa al menos esta. No sé lo que tardarán en terminar con el maestro.

Diego miró a su alrededor y Bernart parecía sorprendido, pues uno de ellos le

amenazaba con la espada apuntando hacia su garganta.

—¿Esas son vuestras órdenes? —preguntó Diego tratando de sonsacar un poco al hombre. Quería saber más.

—Un mocoso listo —dijo el hombre, que parecía contento de tener a alguien con quien luchar de forma honrada—. Hace mucho que no me bato en un duelo honrado.

Diego sabía por qué. Se había pasado a un bando en el que solo era un subordinado que tenía que cumplir órdenes y callar.

—Don Justo parece haber hecho bien su trabajo —dijo Diego poniendo el dedo en la llaga. Al decir el nombre, el hombre se distrajo por un momento—. Perros fieles a los que mandar el trabajo sucio.

El hombre se abalanzó hacia él con la espada en alto para lanzar un golpe, pero Diego llevó a cabo una finta y bloqueó el ataque de una manera sencilla y sin el menor esfuerzo. La cólera del hombre aumentó y no paró de lanzar un ataque tras otro, pero el joven siempre paraba sus golpes. Nunca había presumido, pero había sido el mejor esgrimista de su entorno. Nadie manejaba la ropera con la agilidad de él. Sus fintas, quiebros y lances eran diestros y certeros, y sus adversarios pronto caían. Cuando tuvo al hombre acorralado y en el suelo, amenazó al resto.

—Si no queréis que muera, dejad al maestro —gritó con autoridad y rabia contenida.

Los hombres recelaron un poco, pero al ver cómo clavaba la espada en el pecho del otro, obedecieron.

—Bien, ahora quiero saber cuáles son vuestras órdenes.

—Tenemos que mantener a los pueblerinos fuera del lugar con cuentos. Nuestro señor y Justo a veces trabajan juntos en algunos trabajos. Es abogado y...

Diego se maldijo a sí mismo por haber sido tan ingenuo. Él había menospreciado a ese hombre. Su plan estaba claro desde que había llegado de Madrid: hacerse con todo el oro, gracias a un abogado, y huir. Lo peor de todo era que, los que estaban en La Vidriera, tendrían que vérselas con ese hombre sin escrúpulos y el letrado.

—¡Calla! —gritó Diego sintiendo un repentino miedo. Todo el plan estaba muy estudiado y ellos habían caído como pardillos. Se giró hacia Bernart tirando la espada al suelo y apretando los puños con rabia—. He sido un tonto.

Por el rostro del maestro, también pasaban mil y una teorías por su cabeza y ninguna halagüeña. Solo sabía que su hija estaba en la finca y que, junto a todos los demás, corría un gran peligro.

—Diego, no te tortures.

—Él sabía muy bien lo que hacía —dijo Diego con un gran sentimiento de culpa—, y yo lo he menospreciado.

Los hombres habían aprovechado esa distracción para salir huyendo, menos el líder del grupo, que permanecía en el mismo lugar. Había cogido de nuevo la espada y se lanzó a darle el golpe de gracia a Diego, que estaba de espaldas a él.

—¡Luis, por detrás!

El grito y la voz sorprendieron a Diego, pero reaccionó con rapidez. Giró su espada y la hundió en el cuerpo que se acercaba. Era su vida o la del otro. No podía elegir. Al escuchar cómo caía el cuerpo, se giró hacia la voz. Su rostro mostró sorpresa y una sonrisa surgió.

—¡Alejandro!

Ambos jóvenes se abrazaron.

—¿Qué...

—Más tarde hablaremos. He mandado una avanzada a La Vidriera —explicó Alejandro—. Vamos hacia allí.

—¿Cómo... —empezó a preguntar Bernart, que no entendía nada de lo que pasaba ni quién era ese joven con ropas tan finas y con ese aspecto.

—Necesito dos caballos ahora mismo —ordenó a los soldados que lo seguían.

—Bernart, le ruego que confíe en mí. Cuando todos estén a salvo, hablaremos —dijo Diego sabiendo que el hombre tenía dudas.

Al poco de dar la orden, regresaron dos soldados con dos caballos de las mismas cuadras de esa casa.

—Esto os bastará para llegar hasta allí.

—Te debo una muy grande.

—Ya hablaremos —dijo Alejandro con un tono un poco enfadado y picando espuelas al caballo.

Nada más llegar al lugar y preguntar, había encontrado indicios del carro cargado y de sus ocupantes, así como del lugar de donde ambos venían. Ató algunos cabos que le quedaban sueltos de todo el asunto y al final lo pudo ver todo muy claro. Pero lo primero era llegar a la finca para poder detener a ese tipo.

—Vamos a por ese desgraciado —tronó la voz de Diego cargada de rabia y odio.

Detrás de los dos jóvenes iba el maestro. No paraba de preguntarse ciertas cosas de lo que había estado escuchando, pero sabía que las respuestas vendrían más tarde. Ahora las personas de la finca estaban en peligro y todo dependía de que el grupo llegara pronto. Él no tenía tanta pericia para galopar, pero pronto los dos jóvenes se adelantaron al grupo y ordenaron que estuvieran al cuidado

del maestro.

Felipe se dio cuenta de que algo sucedía en cuanto el carro se perdió de vista por el sendero. Estaba seguro de que algún peligro les aguardaba, pero nada podían hacer. Confiaba en que descubrieran algo más sobre Justo para poder atraparlo. El hombre se había encerrado en sus habitaciones y él le había pedido a Genaro que le informara de cuándo era requerido. Estaba tramando algo, estaba seguro. Lo primero que hizo fue localizar a la joven Leonor. La encontró en la cocina con Carmen.

—No quiero que vayáis sola a ningún lugar. Yo vigilaré a Justo.

La joven asintió. Todos tenían miedo de lo que podía ocurrir. Justo estaba esperando algo, pues qué si no hacía todavía en la finca cuando la plata le estaba aguardando en Nablanca. Ambas mujeres vieron cómo el soldado salía de la cocina con el único afán de protegerlas.

—Es un hombre valiente y leal —dijo Carmen reconociendo al hombre—. Diego no se ha equivocado con él.

—Sí, tiene instinto para entender a las personas —comentó Leonor orgullosa del joven.

Siguieron charlando hasta que una voz desconocida para ellas emergió en la cocina. Era un hombre joven, de buen porte y modales.

—Perdonen, señoras. Vengo de Madrid. Bernart me encargó una plaza en un prestigioso colegio para su joven hija y vengo a decirle que la han aceptado.

—Yo... —dijo Leonor sin poder creer lo que ese hombre decía. Su padre no le había comentado nada, claro que también sabía que él quería que continuara estudiando música.

—Acabo de verlo en La Puebla, hemos de encontrarnos con él allí e ir a la capital.

—Pero... Diego...

—Ese hombre no es quien vos creéis —dijo el hombre. Habían tardado mucho en averiguar algo sobre Diego, pero al final lo había conseguido—. No se llama Diego, sino Luis, y es el segundo hijo del duque, que vino al lugar para interesarse por el negocio de su padre.

—¿Qué... —preguntó Leonor creyendo que estaba en una pesadilla y que todo se rompía a su alrededor.

—Os ha engañado.

—No puede ser...

—Llegó aquí con el afán de lucrarse con el negocio y de paso la sedujo —dijo el hombre burlándose de ella.

Leonor sintió cómo un frío metal se adentraba en su corazón. Nunca hubiera

imaginado que él la engañara y la sedujera de una forma tan vil. No podía creerlo, pero empezó a recordar las ocasiones en las que la educación del hombre le había parecido poco usual para alguien de su clase. Ahora lo entendía todo. Les había engañado a todos y de ella se había reído todo lo que había querido. Seguro que se regodeaba al haber seducido tan fácilmente a una sirvienta. Miró a Carmen, que parecía casi tan asombrada como ella. El futuro que se había aparecido en su camino se destruyó en mil pedazos.

—Debemos irnos ya. He venido a caballo, los caminos están muy bien — informó el hombre, que esperaba cumplir su parte del plan. Casi lo había conseguido. Siempre se le había dado bien engañar a la gente y esa joven era muy inocente.

—¿Mi padre?

—Está terminando con el encargo y todo estaba claro. Diego ha regresado a su hogar.

Leonor sintió cómo una losa le aplastaba el corazón. Él había abandonado todo por lo que había luchado hasta ahora. Parecía que nada le preocupaba y que todo había sido una vil mentira. Claudicó ante el hombre, pues sabía que su vida acababa de cambiar. Ya nada volvería a ser como antes.

—¿Debo coger algo?

—Vuestro padre ha dicho que tendréis cosas nuevas en Madrid.

Leonor se abrazó a Carmen por última vez. La mujer parecía algo desencajada, pero era incapaz de decir nada. La joven se marchó con ese desconocido, pues ya no le importaba nada su futuro. Acababan de romperle el corazón. Carmen vio cómo desaparecían por el camino. Había algo extraño y apresurado en lo que había sucedido, pero no podía entenderlo. Se sentó junto a la mesa, algo inusual en ella. Por alguna extraña razón, y ahora que recapacitaba, no creía la historia que ese hombre había contado. Salió de la casa gritando sin parar.

Felipe estaba apostado en la parte de atrás de la casa, donde estaban las habitaciones de Justo. No quería perderlo de vista ni que se escapara. Estaba dándole vueltas a todo cuando sintió unos gritos que provenían de la casa.

—¡Felipe!

El hombre se tropezó con Carmen, que no paraba de llorar.

—¿Qué ha pasado? ¿Y Leonor? —preguntó con una sospecha en su mente.

—Un hombre vino contándole una historia sobre Diego y que tenía una plaza y...

—Habla con calma.

Felipe fue escuchando a la mujer. Su rostro fue reflejando sorpresa e incredulidad. Él mismo había sospechado sobre la identidad del joven, pero

nunca creería que todo había sido una burla. Su preocupación era real. No lo creía y necesitaba hablar con él. Se pondría como loco al saber que Leonor no estaba. Algo cruzó por su mente y subió hacia las habitaciones del noble, que estaban vacías. Se maldijo, pues mientras él estaba vigilando, el otro hombre se había llevado a Leonor y ahora Justo les había seguido.

—Maldito hijo de mala madre. Tenía todo muy bien hilado —gritó enfadado consigo mismo. Él, un soldado experimentado en tantas guerras, había sido engañado como un niño.

Iba a salir a su encuentro cuando llegó el grupo de taladores. Parecían sorprendidos y temerosos.

—Un desconocido ha disparado a Marcos —dijo José con voz temblorosa por el miedo de perder a su hijo.

Todo había sucedido con tanta rapidez que casi no lo creían. Llegaban del trabajo como otros días y se sorprendieron al encontrarse con un caballo. Nunca se cruzaban con nadie, y menos por esos parajes. Pero lo que más les extrañó fue darse cuenta de que el jinete llevaba detrás a Leonor. Parecía todo un sueño, o mejor, una pesadilla. Intentaron interceptar el caballo y el hombre blandió el arma frente a ellos. Marcos se había puesto en medio de la bala que iba dirigida a Vicente, que era quien conducía el carro.

—Pronto, hay que llevarlo a la cocina —dijo Carmen recuperando su aplomo—. Felipe, ¿podrías buscar a mi marido?, hace un rato que no lo veo.

Felipe asintió. Había pensado salir en busca de Leonor, pero no podía dejar a esas gentes solas en semejante trance. Los ayudaría y luego iría a buscar a la joven. La recuperaría, porque había dado su palabra. Bien a Diego o a Luis —él pensaba que eran la misma persona—, que había confiado en él. Encontró a Genaro; el pobre hombre estaba amordazado y atado a una silla. Cuando supo todo lo que había pasado, se sintió fatal.

—¿Puede andar? Marcos está herido.

Cuando ambos hombres llegaron a la cocina, Carmen vio la sorpresa en los ojos de su marido. No podía desatender al joven, ya que peligraba su vida.

—Felipe, sirve un poco de caldo para todos. Necesitamos templar los nervios y pensar en lo que ha sucedido.

El ex soldado asintió. Era sorprendente cómo esa mujer había pasado del miedo a la templanza en tan poco tiempo. También se sorprendía al verse a sí mismo acatar sus órdenes sin discutir nada. Mientras se recuperaban, fue contando lo que había sucedido. Nadie dijo nada, pero Marcos, que parecía indefenso y medio muerto, reaccionó.

—Confío en él —dijo el joven, para después derrumbarse por el esfuerzo que había hecho.

Felipe sonrió. Asintió, pues él también confiaba en ese joven.

—No importa cómo se llame —dijo el ex soldado—. Llegó aquí trabajando como uno más, interesándose por los demás y asumiendo el papel de héroe en esta historia. No dudo de él, pues nos lo explicará todo cuando llegue. Porque estoy seguro de que no nos abandonará.

—Gracias.

Todos se giraron al escuchar la voz del joven. Diego había escuchado toda la historia de Felipe. Tenía un aspecto lamentable, lleno de polvo y parecía cansado. Tras él había un hombre joven que parecía preocupado por lo sucedido.

—Me llamo Luis Diego y soy el segundo hijo del duque. Mi padre me informó de los pocos beneficios del negocio que había iniciado con tanta ilusión. Vine aquí para investigar lo que sucedía y no pude quedarme tranquilo ante lo que hacía Justo. Ese hombre no tiene escrúpulos —explicó Diego con el corazón en la mano—. Sois mis camaradas y nunca os abandonaré.

Felipe se adelantó y se puso delante de él.

—Ya lo sabía —dijo con una sonrisa ante el estupor del joven—. Tú mismo te delataste con ese silbido. Solo los capitanes de los tercios lo conocen y ellos pertenecen a familias importantes.

—¿Utilizaste el silbido?

Todos se sorprendieron al ver que el hombre recriminaba a Diego. Ambos jóvenes parecían tener confianza. Debían conocerse desde hacía tiempo.

—Era cuestión de vida o muerte. No se veía nada —dijo el joven defendiéndose del ataque.

—¿Quién es este hombre? —preguntó Felipe con interés.

—Es Alejandro, mi mejor amigo y mano derecha en todo —dijo Diego mirando a su amigo con una sonrisa—. Aunque está un poco enfadado conmigo.

—Te voy a matar por haberte venido a este rincón sin haber contado conmigo —dijo Alejandro algo molesto por lo sucedido.

—Mi padre no quería que se supiera quién era —dijo Diego seguro de sí mismo—. Ahora no hay tiempo que perder. Pienso ir a por Leonor, ella es mi vida.

—Ese hombre que vino a buscarla con falsedades —dijo Carmen dirigiéndose a Diego— le contó muchas mentiras sobre ti y tus intenciones para con ella.

Diego maldijo por lo bajo. Era normal que utilizara la inocencia de la joven, pero le dolía que no hubiera confiado en él. Pensaba que entre ellos había cierta confianza que le daban los sentimientos que ambos se profesaban.

—Tendremos que esperar al resto del grupo —dijo Alejandro pensando en los que iban detrás de él.

—Sí, Bernart también tendrá muchas preguntas que hacerme—. Diego sabía que el hombre había escuchado todo y estaba extrañado por lo que había sucedido.

Marcos parecía estar estable. La bala solo había rozado su costado, pero había sangrado mucho y todavía estaba inconsciente. Diego esperaba que se recuperara pronto, porque todavía tenían que pasar muchas cosas juntos. No sabía qué pensaría su padre, pero quería darles a todos unos trabajos más dignos y mejor pagados. Quería para ellos un futuro más feliz, sobre todo para el joven, que no había vivido muchas aventuras hasta el momento.

—Tardará en recuperarse, pero todo depende de si le sube la fiebre durante la noche —dijo Carmen intuyendo lo que estaba pensando Diego. Tampoco sabía mucho del tema, pero había presenciado algunas curas.

—Lo velaré toda la noche —dijo José. Ni por un momento pensó en no volver a ver más a su hijo. Tenía fe en que se repondría pronto, pues era fuerte y joven.

—No puedo esperar más, voy a la mina.

—¿Estás seguro de que están allí? —preguntó Genaro.

—Sí, intentarán llevarse un carro con toda la plata. Alejandro, espera a Bernart y luego sígueme con los soldados. No tiene pérdida, todo recto durante dos leguas, luego hay un sendero a la derecha.

—Pero...

—No puedo dejar a Leonor en manos de ese tipo.

Alejandro entendía a su amigo. Si su amada hubiera estado en ese peligro, ya se habría ido. Estaba feliz por su amigo, porque por fin había conocido a una mujer con la que quisiera construir su futuro. No conocía a la dama, pero la actitud de su amigo era la de un hombre profundamente enamorado.

—Ten cuidado —dijo Alejandro dándole ánimos—. Coge mi caballo, que está más entrenado, y llegarás antes a esa maldita mina.

—Diego —lo llamó Carmen. Cuando el joven se acercó, lo abrazó—. Tened cuidado, ese hombre también es un estafador, pues nos engañó a las dos. No dudéis de su amor, es normal que sintiera cierto temor al conocer la verdad, pero ella confía en vos.

—Gracias, Carmen. Regresaremos —dijo Diego dándole un maternal beso en la mejilla.

Diego dio un rápido vistazo a todos. Felipe se puso tras él.

—¿Os creíais que ibais a ir solo, rapaz?

Diego sonrió ante el apelativo, pues quería decir que, aunque asumiera su condición, siempre se comportaría con él con la misma confianza que al principio.

Alejandro sonrió. Era sorprendente que en tan poco tiempo su amigo hubiera hallado a unas personas tan leales y honradas.

—Os seguiré enseguida.

—Id con ellos, nosotros hablaremos con los soldados para que vayan a ayudaros —dijo Genaro con decisión.

Los tres hombres desaparecieron por el camino que llevaba a la mina, estaban decididos a todo.

XIX

Leonor no escuchaba ni sentía nada en cada galope del caballo. Su mente trabajaba sin cesar. En un principio se había sentido insultada y traicionada, pero conforme se acercaban a la veta de plata, pues estaba segura de que iban a ese lugar, algo iba cambiando dentro de ella. Era imposible que Diego la hubiera utilizado de una forma tan vil. No. Su amor era sincero y tierno, como sus maneras con ella, su forma de hablar y su preocupación por todos los demás.

El hombre parecía confiado ante su pusilanimidad. Miró a su alrededor, había muchos árboles. Hizo un quiebro y se tiró al suelo. Se incorporó enseguida y salió corriendo. El hombre masculló palabrotas. La seguía, estaba segura, pero no podía dejar de correr. Estaba segura de que, si lo hacía, la atraparía. Pero sus nervios la traicionaron y se tropezó con una rama. Cayó al suelo. El hombre dio con ella enseguida y la agarró del cabello. La cargó en el caballo y rodeó su cuerpo con el brazo.

—Espero que no hagáis otra tontería. Justo os quiere sana y salva, pero podríais tener un pequeño accidente —dijo el hombre amenazándola y ciñéndola más a él—. Así no escaparéis.

Leonor viajó el resto del camino incómoda y mortificada. Ese tipo era peligroso, pero Justo lo era mucho más, se lo había demostrado en algunas ocasiones en la finca. La joven entendió su situación y rezó para que Diego la rescatara pronto.

Justo los esperaba junto a una casa en deplorable estado. Sonreía confiado. Su plan había tenido éxito. Todo se había acelerado con una nota del abogado en la que le revelaba la auténtica identidad del joven. Había utilizado esa baza de buen grado.

—Leonor, estaba contando el tiempo para que llegerais conmigo.

—No quiero tener nada que ver con vos —dijo la joven con rebeldía.

—Al menos no os he mentado, como ese joven. Es indigno de su clase. — Justo esperaba que la joven cambiara de opinión, pero parecía que aún confiaba en ese joven duque.

—Entiendo su mentira en torno a su nombre —dijo la joven con confianza—, pero nunca mintió sobre sus sentimientos.

—Muy segura estás de él; qué pena que ya no pueda ayudarte.

Leonor pensó lo peor. Había estado una vez a punto de perder a Diego y no pudo soportar ese dolor. Si ese hombre había acabado con él, nunca podrían hablar y no podría decirle lo mucho que lo amaba. En ese momento todo había acabado y su mundo se derrumbó por completo.

—Tranquila, no sufrió —dijo Justo convencido de esa muerte. El plan

dictaba eso y, como todo había salido bien, el joven habría perdido la vida. Ese grupo de La Puebla habría hecho bien su trabajo.

Leonor sollozó incapaz de resistir el dolor de su corazón. Ahora estaba destinada a ese hombre, pero lucharía antes de ser suya.

—¿Y mi padre? —preguntó ante el último resquicio de esperanza que le quedaba. Su padre era su única familia y, si él la esperaba, aún tendría algo de sentido su vida.

—Corrió la misma suerte que el joven —expuso el hombre sin una pizca de arrepentimiento.

—¡Nunca me tendréis! —amenazó Leonor con el odio pintado en su mirada.

—Os acostumbraréis —dijo Justo sonriendo, seguro de que ella terminaría por claudicar. El lujo, los vestidos, las fiestas y todas las comodidades que les iba a dar la plata, acabarían por hacer que olvidara—. Puedo ofrecerles mucho.

—Os equivocáis —dijo la joven con una sonrisa—. No podéis ofrecerme nada. Sois maligno y solo queréis el dinero.

—Cuando veáis la plata, entenderéis —dijo Justo atándola a una silla. Antes de dejarla, acarició su mejilla y siguió su caricia hasta el nacimiento de sus senos. Se demoró en el tacto y en los placeres que encontraría doblegando ese espíritu—. El futuro con vos será el paraíso.

—No lo creáis, haré que vuestra vida sea un infierno —gritó Leonor intentando desatarse a pesar del dolor que sentía en las muñecas.

—Enseguida volveré y no quiero que huyas —dijo Justo sonriendo con crueldad mientras apretaba los nudos.

Leonor se resignó. Estaba indefensa y en una posición en la que no podía hacer nada. Si su futuro se limitaba a la vida con ese hombre, acabaría con ese sufrimiento a la primera oportunidad que tuviera. Justo no esperaría una cosa así y ella no dejaría que la tocara de nuevo. Había sentido repugnancia y temor al sentir sus manos en su piel. Suspiró. Nada que ver con las caricias de Diego. Estaba tan cansada, que se quedó adormilada.

Justo llegó a la veta de forma apresurada. Quería salir cuanto antes y alejarse de ese lugar con Leonor. El futuro prometía ser muy dulce en su compañía, aunque sabía que la joven ofrecería resistencia y rebeldía. Ya tenía pensado el lugar donde iban a ir y el norte los esperaba. Había elegido un lugar donde nadie lo conociera y donde pudiera empezar de cero. Eran muchos los sueños que tenía y las pérdidas eran daños colaterales para su propio beneficio.

Félix y el abogado estaban cargando la plata en el carro. Habían extraído bastante metal, dado el poco tiempo que habían tenido. El letrado había resultado ser un hombre de recursos. Suya fue la idea de ir a por Leonor, aprovechando las distracciones. No le sabía mal darle una parte de la plata, porque sabía que nada

podía hacer para acabar con él. Otra cosa muy distinta era Félix. Ese tipo era codicioso, pero no era tan listo y sería fácil deshacerse de él. El pastor no había puesto resistencia. Había sido una presa fácil. Tendrían que acabar con él antes de salir de la montaña. Allí podrían dejar el cuerpo y hacer creer que se había despeñado.

—¿Cómo va la carga?

—Bien, aún quedan unas horas de trabajo —dijo Félix soñando con las cosas que iba a hacer con el dinero. Justo le había dicho que el abogado tenía contactos y podría vender el metal a cambio de dinero. Después de conseguir su parte, desaparecería y se iría muy lejos. En un principio había recelado de ese hombre, pues también tendrían que compartir la plata con él; pero resultó ser una gran ayuda tras la desaparición de Jonás. Aún se estrujaba el cerebro pensando qué demonios le habría pasado. Era ingenuo, pero se conocía esas montañas como la palma de su mano. Era imposible que se hubiera perdido, como había aventurado a decir Justo. No podía dejar la carga e ir a buscarlo, porque estaba seguro de que aprovecharían su ausencia para quedarse con todo. Incluso había pensado en la posibilidad de que podrían acabar con él, pero lo había desestimado porque les hacía falta. Ninguno de los dos hombres sabía cómo salir de esa montaña.

—Tendremos que aprovechar la poca luz que queda. Saldremos de noche. —Sería ideal abandonar la montaña a esa hora en la que no había ningún movimiento, pensó el letrado contento con el negocio.

—De noche es peligroso viajar por los lobos —dijo Félix recordando las historias sobre esos animales.

—¿Lobos? —preguntó Justo algo temeroso, pues nunca se había enfrentado a esos animales ni los había visto.

—Entonces habrá que salir de madrugada —dijo Justo asumiendo el control y el liderazgo.

—Bien. —El letrado no podía llevar la contraria a ese tipo. Además, no conocía tanto la montaña como él.

Para sorpresa de los otros dos, Justo se puso a trabajar para acelerar el trabajo y poder cargar más rápido el carro. No era hombre de trabajar y solo se manchaba las manos en ocasiones especiales, y esa era una de ellas. Todo dependía de la cantidad de plata que pudieran cargar.

—Espero que recuerdes el camino de regreso al mundo —dijo el letrado con picardía. Estaba seguro de que ese tipo no había visto mucho más allá de esas montañas.

—Sí, hace mucho que no lo hago, pero no se olvida. —Félix llevaba tiempo relegado en ese perdido rincón y ya tenía ganas de salir de allí—. Una vez en La Puebla, los caminos llevan a las ciudades más importantes, como Granada, Jaén

y Sevilla. ¿Dónde queréis ir vos?

—Lejos de estas montañas que parecen perdidas de la mano de Dios —dijo el abogado aún preocupado por los hombres que dejaban atrás—. ¿Estás seguro de que no vendrá nadie?

—En La Vidriera estarán muy ocupados y no se les ocurrirá venir hasta aquí —dijo Justo con una sonrisa. Odiaba a cada uno de esos trabajadores, pero a Diego le tenía especial inquina por ser quien era. Agradecía la labor del letrado, que había averiguado quién era.

A lo largo de la tarde se fueron formando unas nubes negras y pesadas que parecía que iban cargadas de agua.

—¿Lloverá? —preguntó el letrado preocupado porque el tiempo empeorara.

—Espero que no, porque los caminos se ponen intransitables con el agua —dijo Justo algo preocupado también.

—Será casi imposible salir de aquí si llueve —vaticinó Félix, que sabía muy bien cómo eran las tormentas en esas montañas—. Si llueve, lo mejor es tener un lugar donde guarecerse.

Anocheecía cuando los tres hombres terminaron de cargar el carro y el cielo estaba lleno de nubes y muy cargado. De vez en cuando les asustaba el rugir de algún trueno en la lejanía; pero, conforme avanzaba la tarde, esos truenos se iban acercando de forma peligrosa. Cuando uno de ellos cayó muy cerca de donde se encontraban, los tres hombres fueron a prepararse para pasar una noche de perros. Era bastante la plata que habían podido reunir y la carga casi rebosaba por arriba. El camino sería largo y lento, pues a los animales les costaría mucho rodar el carro.

—Descansaré en la casa —dijo Justo pensando en dormir cerca de la muchacha sin ningún tipo de molestia—. Vosotros lo haréis en la parte del establo. El carro se quedará frente a la casa para salir pronto.

—El carro no debería mojarse, sería mejor que lo metiéramos también en el establo —dijo Félix pensando en que las maderas, al mojarse, podían dificultar la marcha, pues se hincharían. También se mojarían los clavos y se oxidarían.

—Lo taparemos y lo pondremos debajo del tejado —dijo Justo sin esperar que nadie replicara de nuevo sus decisiones.

Los otros dos no replicaron. Se resignaron a bajar la cabeza y asentir. Ninguno se quería quedar sin su parte y Justo era el único de los tres que iba armado con una pistola. Nadie se fiaba de nadie y los tres se miraban con desconfianza.

Leonor sintió temor al ver entrar a Justo. No le creía capaz de violarla en un lugar como aquel. Estaba segura de que esperaría hasta llegar a un lugar mucho más cómodo. El hombre parecía cansado. Dejó la pistola sobre una mesa que

había y se acercó hasta ella.

—Mañana partiremos al amanecer —dijo Justo ayudando a Leonor a levantarse—. Quiero que te tumbes conmigo y te soltaré las manos para que descanses mejor.

La joven miró hacia abajo. La ayudó a tumbarse y él lo hizo a su lado. Pronto sintió cómo un brazo la aprisionaba. Iba a ser una noche muy larga y estaba realmente rendida. El sueño acudió a ella de una forma lenta y suave, como meciéndola en una quimera de la que no podía salir. El resuello del hombre le dio a entender que ya estaba durmiendo. Algunas horas más tarde la despertó el frío que sentía. Estaba sola y no se escuchaba nada. Intentó incorporarse y, tras muchos esfuerzos, logró sentarse en el jergón. La oscuridad todavía brillaba en el exterior y se asustó. Se limitó a escuchar los sonidos que le llegaban desde fuera.

Félix sabía que no dormiría nada y no sería la primera noche que le sucedía. Había pasado muchas noches en vela tramando algo. Pero esa era especial, pues estaba seguro de que su vida pendía de un hilo. No se fiaba de Justo y estaba seguro de que sí recordaba el camino para salir de allí. Solo había sido una excusa para que él creyera que era imprescindible y que podía fiarse de ellos. Pero había vivido tantas aventuras y desventuras, que se jactaba de conocer muy bien la naturaleza de las personas. Se amodorró sobre la pared de la casa y lo despertó un sonido. Miró a su alrededor y no vio nada raro. Todavía era noche cerrada y quedaban unas horas de oscuridad. En cuanto rallara el día, saldrían de ese lugar alejado de la mano de Dios.

En la oscuridad, vio el claro reflejo de una hoja. Un arma. Un cuchillo o una daga muy cerca de él.

—Atacad de frente y luchemos —dijo con valentía. No acabaría sus días en ese pozo oscuro.

—Ya no sois útil.

Dijo una voz que reconoció como la del letrado. Ese hombre era un villano. Los pasos parecían acercarse, pero de vez en cuando perdía detalle de la figura y no veía nada a su alrededor.

—¡Sois un cobarde! —gritó Félix sintiendo miedo por primera vez en su vida.

—Fue también lo que dijo ese pastor inútil cuando acabé con él —dijo el letrado sintiendo cómo le picaban las manos antes de sesgar una vida.

Félix se dio cuenta de que Jonás no había desaparecido. Lo habían eliminado para poder quedarse con más parte de la plata. Nada podría hacer ante ese asesino sin piedad.

La figura se movió a tal velocidad que no vio que le bloqueaban los brazos.

Fue todo tan rápido que ni siquiera se dio cuenta de que la vida se le escapaba, porque le habían rebanado la garganta con un tajo limpio y certero.

—¿Has terminado? —preguntó Justo asomándose al establo.

—Resuelto —dijo el letrado limpiando su daga. Era una manía y nunca dejaba rastro ninguno de sangre en su arma. Odiaba verla sucia de la sangre de la gentuza que mataba. Las leyes eran una tapadera, pues en realidad era un mercenario que trabajaba a cambio de dinero. Y en esta ocasión era plata, pura y brillante. Nada ni nadie le dejaría sin su parte, que ahora acababa de aumentar de forma considerable.

—Prepara el carro, voy a por la muchacha —ordenó Justo, que se moría de ganas por salir de allí.

Leonor permanecía sentada. Había escuchado todo y sabía lo que había pasado. Incluso había sido capaz de escuchar cómo la sangre manaba de la herida de ese desdichado. Justo era peligroso, pero ese otro hombre era el mismo demonio y no dudaba en ejecutar las órdenes. Sintió temor, pero sabía que no le harían daño.

—Nos vamos —dijo Justo acercándose a Leonor y dándose cuenta de que no estaba. Maldijo en silencio, pues aún no se podía ver con claridad dentro de la casa. Todo parecía que se estropeaba, pero no dejaría la plata.

Leonor permaneció quieta y, cuando el hombre se acercó lo suficiente a ella, le dio con ambas piernas en la barriga. Escuchó el aullido del hombre y aprovechó para salir por la puerta del establo. Había estado observando mucho tiempo esa parte de la casa y se había dado cuenta de que había otra puerta por la que salían rayos de luz.

Se dio de bruces con el cuerpo de Félix y sintió náuseas al ver cómo la sangre manaba de la herida. La claridad del alba empezaba a colarse por las rendijas de la madera y salió por la parte de atrás de la casa.

Escuchaba voces de hombres y enseguida la puerta del establo se abrió de golpe. De nuevo la perseguía alguien, pero esta vez era mucho más peligroso. Sentía miedo e intentaba correr rápido. Los árboles la arañaban, pero eso no fue nada comparado con el dolor que sintió cuando cayó de bruces al suelo sintiendo cómo sus rodillas se magullaban.

—¿Está herida? —escuchó preguntar a una voz desconocida.

—Sí, la han golpeado y está agotada. Mataré a ese tipo con mis propias manos —escuchó decir a otra voz mucho más conocida.

—¿La sacamos de aquí?

—Alejandro, cuida de ella y llévala un poco más lejos. Yo me quedo con Felipe y nos encargaremos de Justo y del otro —dijo Diego cegado por la ira.

—Diego, es peligroso.

—Tranquilo, conozco el terreno que piso. Idearé algo para acabar con él —dijo Diego convencido.

—Diego... —Leonor no sabía si estaba soñando, pero escuchaba la voz del joven y había sentido la calidez de sus caricias mientras la desataba—. No entiendo...

—Shhh, ya hablaremos —dijo Diego poniéndole un dedo sobre los labios—. Os amo.

Las palabras crearon en la joven un efecto cálido que la llenó de felicidad. La amaba. Cuando quiso decirle algo, había desaparecido. Un hombre desconocido la ayudó a levantarse.

—¿Podéis andar? —al ver que la joven no estaba bien, le contó sus planes y la cogió en brazos para alejarla de allí—. Nos esconderemos, es lo que ha dicho Diego.

—No quiero esconderme...

—Es más seguro para ellos. Si estáis a salvo, Diego no tendrá nada que temer.

Leonor asintió. Sabía que tenía razón y no quería ser un estorbo para Diego. Pero sintió temor por ellos.

—¿Quién sois?

—Su amigo —dijo el hombre—. Ya hablaréis, Diego es un hombre honrado y leal.

—Lo sé —dijo Leonor. Sabía que, aunque le hubiera escondido su verdadera identidad, había sido por deber, pero en lo demás no había mentido.

Se dirigieron hacia los árboles, donde sería más fácil esconderse. Los hombres estarían en la veta y no irían al bosque. La joven parecía sumisa y no hablaba.

—No merezco... Dudé de él y fui confiada con ese hombre —susurró la joven muerta de vergüenza por su comportamiento.

—Leonor, no dudéis de vos. Sois inteligente, pero ese hombre sabe manipular a las personas; está acostumbrado a eso. Tenéis que ser valiente, vuestro padre os espera en la finca.

—Justo me dijo que los había matado a los dos —dijo Leonor sollozando sin poder parar. Había tenido tanto miedo al saber que estaba sola...

—Tranquila —dijo Alejandro, apoyando una mano sobre su hombro—. Fue un ardid de Justo para ganaros.

—Ese hombre tenía todo bien planeado —comentó Leonor al recordar la risa confiada del hombre.

—Pero ha fallado, no esperaba que Diego estuviera tan bien acompañado —dijo Alejandro agradeciendo haber llegado a tiempo para serle útil a su amigo.

No se hubiera perdonado si hubiera sucedido algo malo.

—¿También sois noble?

—Mi familia no es tan noble como la de Diego, pero siempre estoy a su lado. No quería que fuese solo a la mina para ir a buscaros.

Leonor se sonrojó. Diego no había dudado de ella por nada y había ido a buscarla enseguida. El amor que sentía por él había crecido tanto que ya nada podría ser igual sin él. Esperaba que perdonara su debilidad.

Alejandro entendía el conflicto en el que se encontraba la joven. Sentía que había traicionado a Diego y solo él podría sacarla de ese error. Porque estaba seguro de que su amigo no se lo tendría en cuenta.

El enemigo de Diego surgió de entre las sombras. Había sacado una espada, que ahora blandía hacia él. Sería un duelo peligroso, pues su contrincante no jugaría limpio. Sacó la suya y aceptó el desafío.

—Vas a pagar por haberla golpeado —aulló Diego.

—Es una ingrata y no confía en vos —argumentó el letrado intentando despertar la ira del joven. Un enemigo cegado por el odio se descuidaba y no era tan diestro.

—Os mataré.

Los lances y quiebro se sucedieron de inmediato entre ambos hombres. Eran muy parejos en destreza y control del arma, pero quizás Diego era un poco más ágil por ser más delgado. En ello tenía cierta ventaja, pero el otro acometía con más ímpetu y fuerza en cada estocada.

La lluvia comenzó a arreciar de forma suave y continuada molestando a los hombres que peleaban, pues las finas gotas de agua les caían por la cara y les dificultaba la visión. Poco a poco se fue tornando más espesa y fría. Los pasos eran peligrosos, pues corrían el riesgo de resbalar y caer por la ladera, pues en esa zona había muchos desniveles.

Mientras el duelo continuaba, Felipe se acercó a la casa con cuidado. Estaba sumida en el silencio y no le gustaba nada. El carro subía por el camino, alejándose del lugar. Seguro que era Justo quien pretendía escapar con la plata. Como había empezado a llover, el carro iba más lento de lo normal, pues estaría cargado hasta arriba y los animales no podrían arrastrarla. Se escuchaba el látigo restallando sobre los animales, que se quejaban con agudos rebuznos. Tenía que hacer algo, pero estaba muy lejos para dañar una rueda, que sería la mejor solución para detenerlo.

Dentro del establo encontró el cuerpo de Félix. Ese desdichado había terminado por perder la vida de la forma más infame. Mientras miraba, algo que brillaba le sorprendió y sonrió. Ya podía detener el carro, pues no estaba tan lejos como para que no pudiera darle con la pistola.

Cuando dio en la diana, la rueda falló y el carro se inclinó de forma peligrosa hacia un lado. Poco a poco la carga fue cayendo, y el hombre que había en el pescante, cayó a un lado.

—¡La plata! —gritó Justo desesperado porque estaba perdiendo su futuro. Hurgó en el bolsillo en busca de la pequeña pistola que desde hacía un tiempo le acompañaba.

—Creo que la perdiste en algún momento —dijo Felipe enseñando el arma con la que había disparado.

Justo lo miró con odio.

—¡Desgraciado! —dijo corriendo hacia la veta de plata. Tenía que esconderse y era el mejor lugar para hacerlo. Además, jugaba con la ventaja de que la pistola no tenía más balas.

Felipe lo siguió con precaución. Al haber trabajado allí durante tanto tiempo, sabía que la lluvia era peligrosa, y mucho más en las montañas donde se habían hecho perforaciones, pues allí la tierra estaba muy movida y era más fácil que se desprendiera en un hundimiento. Eso podría acabar con la vida de ambos hombres, pues Diego estaba más a salvo junto a la casa.

—Justo, no vayáis a la veta —aconsejó Felipe sabiendo que la avaricia por la plata no le dejaría pensar con claridad.

—¡Nunca me alejaréis de la plata! —dijo Justo. Se escondería cerca de la veta esperando que le dieran por imposible y se marcharan. Era lo único que podía hacer para conseguir alejarse de allí con al menos algo que respaldara su futuro.

Avanzaba con resolución hacia la veta cuando un nuevo trueno, que cayó muy cerca, les sorprendió y la lluvia comenzó de nuevo a arreciar con más fuerza. Era imposible saber dónde colocaba los pies, pero cuando se quiso dar cuenta, algo le arrastraba hacia las entrañas de la tierra.

Felipe vio cómo Justo desaparecía arrastrado por la tierra hacia lo más profundo. Nada podía hacer y se preocupó por su propia vida. Diego tendría que vérselas con ese tipo solo, pero estaba seguro de que podría con él.

XX

El duelo entre los dos espadachines continuaba mientras la lluvia caía sobre ellos. El letrado hizo un amago de lance con la espada y, justo en el mismo momento, se agachó y golpeó a Diego en el estómago. El joven cayó hacia delante dolorido e hincó una rodilla en el suelo, pero no soltó su espada, pues si lo hacía estaría perdido. Miró hacia su enemigo y justo paró otro ataque que voló cerca de su cabeza. Ese hombre era peligroso y jamás se había batido con alguien con tanta destreza. Se incorporó y lo miró.

—En verdad que es un gran duelo.

—Pues aún no habéis visto nada. Aprendí de un gran esgrimista italiano.

Diego tuvo una idea. Era una locura, pero no perdía nada por intentarlo. Los italianos no conocían cierto movimiento que había aprendido en Alcalá gracias a un exsoldado que daba clases de esgrima. Era un movimiento peligroso, pues durante unos segundos dejaba sin protección su costado, pero eso le permitiría hacer un requiebro hacia el otro lado que nadie se esperaba.

—Dicen que los esgrimistas que hablan tanto no luchan bien —dijo Diego con sorna.

—¡Voto a Dios que os venceré!

El letrado cargó con fuerza inusitada contra Diego, que paró el envite con facilidad. Esperó y mantuvo el ritmo unos segundos más, solo para cansar al hombre. Cuando vio que ya resoplaba, hizo el quiebro hacia un lado y se agachó. El letrado no supo por dónde iba a cargar y, gracias a ello, Diego le asestó un golpe que rasgó la piel de su costado. La sangre comenzó a manchar la camisa blanca. El hombre se miró el corte, limpio y certero.

—Ese movimiento no lo conocía —dijo lamentando su despiste.

—Los castellanos son buenos esgrimistas y mejores maestros —comentó Diego orgulloso de haber aprendido con los mejores.

El hombre cayó sujetándose el costado. Sabía que la vida se le esfumaba por la herida y nada podía hacer. Al final, ese asunto le había salido mal. Pero había sido una gran lucha y estaba feliz de morir con honor.

Diego dejó al hombre sobre la tierra. El agua caía sobre él y se debilitaba a cada momento. No aguantaría mucho más. Corrió hacia la casa y vio en la puerta a Felipe, que lo esperaba.

—¿Leonor?

—Alejandro se la llevó a la finca en cuanto empezó a llover con más fuerza.

—Buena decisión —susurró Diego. Su amigo era el mejor a la hora de tomar una decisión—. Vamos para allá, aquí no podemos hacer nada más.

—La veta ha desaparecido en un pequeño desprendimiento —comentó Felipe

para que el joven lo supiera.

—Mucho mejor. Lo que es de la montaña, que en ella se quede.

Felipe asintió. Estaba de acuerdo con Diego. La plata quedaría enterrada y olvidada para siempre.

—A Jonás lo mataron —comentó Diego recordando el cadáver cerca de la veta.

—Era un desdichado, pero no merecía ese final —dijo Felipe. También sentía la muerte de Félix, que yacía con el cuello rebanado en el establo. Podía considerarse un hombre libre, pero sin un futuro.

—Espero que me acompañes a Alponte —dijo Diego con una sonrisa. Sabía qué estaba pensando ese valiente hombre—. Allí tendrás un trabajo y un amigo.

—No me iría a ningún otro lugar —susurró Felipe emocionado.

Juntos partieron a caballo hacia La Vidriera. La lluvia había parado y el camino era un poco más transitable. Diego galopó con rapidez. Tenía ganas de encontrarse con Leonor. Todo había terminado y daba gracias a Dios de que todos estuvieran bien. Su vida había cambiado en esos meses fuera de su hogar. Sin pretenderlo, había encontrado a personas fieles y compañeros, pero sobretodo había encontrado el amor. Ese sentimiento del que siempre se había creído exento había irrumpido en su corazón con tal fuerza que le desorientaba en muchos sentidos.

El grupo llegó a la finca totalmente calados. La lluvia había empezado a arreciar con fuerza. Alejandro se había tomado la libertad de llevar consigo a la joven, que apoyaba su cabeza sobre él con confianza. Había pasado por unos momentos peligrosos y delicados, pero gracias a Dios que se encontraba bien. Conocía muy bien a Luis y sabía que cuando quería algo, nada ni nadie podían hacer que cambiara de opinión. El amor le sentaba muy bien. La oscuridad reinaba en el interior de la casa, tan solo se veía el reflejo de una pequeña llama, donde seguro estarían reunidos los habitantes de ese lugar.

Todos se pusieron en pie al ver aparecer a Leonor. El reencuentro entre padre e hija fue emotivo, Bernart la miró con lágrimas en los ojos. Ambos se abrazaron llorando y besándose.

—Tenía tanto miedo por ti —dijo el maestro besando el pelo de su hija. Agradeció al hombre que la había traído sana y salva y que se presentó como amigo de Diego—. Gracias por traerla sana y salva.

—Me alegra haber sido de ayuda —dijo Alejandro aceptando un cuenco que le tendía Carmen. Olía tan bien y emanaba tal calor, que no tardó mucho en comérselo.

—Yo también tuve miedo por ti, padre —dijo Leonor llorando de emoción.

—Ahora volveremos a empezar lejos de aquí.

—Diego...

—En cuanto llegue...—Empezó a decir Bernart. Ese muchacho tenía cosas que explicar.

Les interrumpió el sonido de galopes y todos se asomaron a la puerta creyendo que sería el joven. Un grupo de jinetes se acercaba bajo la lluvia. Eran demasiados soldados y los caballos eran enormes, parecían de guerra. Mas la sorpresa fue mayúscula cuando vieron los estandartes del duque y que iba acompañado de soldados del rey bien pertrechados y armados. Todos hicieron una reverencia. Nunca se habían encontrado en tal situación.

—¡Alejandro! —dijo el duque feliz de ver al joven entre tanta gente desconocida—. ¿Qué ha sucedido? ¿Y mi hijo?

—Mejor será que entréis a vuestros aposentos. Allí se os servirá algo caliente —se atrevió a decir Genaro como buen mayordomo que era.

—Sea pues, Genaro —dijo el duque que recordaba a ese hombre y su puesto en la casa—. Estoy deseando saber qué ha pasado en este lugar.

Los soldados se quedaron reponiendo fuerzas en la cocina mientras José cuidaba de los caballos. Alejandro y el duque se dirigieron a la casa principal, precedidos de Genaro, que parecía haber recobrado su antigua ocupación. Ambos se sorprendieron al ver las habitaciones cuidadas con tanto mimo y detalle. Los encargados de todo siempre habían estado preparados para una futura visita del noble. Don Fernando recordaba vagamente sus estancias en esa finca, pero no las recordaba tan confortables y bien servidas como estaban. Se emocionó, pues siempre le había tenido aprecio a la finca.

Mientras tomaban unas viandas, Alejandro se explayó contando todo lo que su amigo había averiguado en ese lugar. Varias veces nombró a Leonor y el duque sintió curiosidad.

—Si tanto habláis de esa joven es porque mi hijo ha puesto su mirada en ella —dijo con seguridad el duque—. ¿Me equivoco?

—No, señor. Creo que ambos se aman, pero se lo contará Luis. Ella es la hija del maestro vidriero.

—¿El mismo maestro que yo contraté para el horno?

—Eso creo, señor.

—Hacedlos llamar, quiero hablar con ambos.

Alejandro dio el recado a Genaro, que acudió solícito a llamarlos. Ambos llegaron algo cohibidos. Bernart recordaba su entrevista con el duque algunos años atrás y entendía que quisiera verlo. La presencia de su hija también estaba clara. Lo que no sabía era si el duque iba a estar de acuerdo con esa unión. Si no los bendecía, Leonor se sumiría en la tristeza.

—Querido maestro, pasad —alentó el duque a sus invitados—. Sentaos. Me gustaría hablar con vos del trabajo en el horno.

—Su excelencia —dijo Bernart inclinándose—. Un placer volver a veros.

—Supongo que esta preciosa jovencita es vuestra hija —comentó don Fernando mirando a Leonor. Parecía una joven virtuosa e inteligente—. Creo que tenéis algo que contarme.

—Yo... Diego...

—¿Diego? —preguntó el duque extrañado de que su hijo hubiera utilizado su segundo nombre—. Este hijo mío cada día es más listo.

—Yo...

—Creo que no hablaremos de mi hijo ni de vos —objetó el duque dándose cuenta de que estaba poniendo en un aprieto a la joven—. Creo que ambos tenéis que aclarar algo. ¿No es así?

—Sí, excelencia.

—Podéis iros si gustáis; vuestro padre y yo demoraremos más en charlar —dijo el duque sirviendo él mismo dos copas de vino.

Leonor asintió. Alejandro había desaparecido con elegancia y no lo encontró en la habitación. Salió de allí sin tanto temor. El padre de Diego era un hombre justo y honrado. Además de ser muy atractivo. Se sonrojó al pensar que ambos hombres se parecían muchísimo. Entró en la cocina, donde la esperaba Carmen con una tisana caliente. Ambas se sentaron y, al poco, llegó el grupo de taladores, que escuchaban en silencio. Marcos estaba recuperado de su herida y esperaba con cierto temor el regreso de su amigo, pues así consideraba a Diego.

—¿Qué os ha parecido el duque? —preguntó Carmen con curiosidad, pues ella solo lo había visto de lejos.

—Es un hombre muy amable al trato y justo en sus decisiones.

—Ya sabemos de quién ha aprendido Diego —dijo Carmen con un suspiro largo.

—¿Estás preocupada?

—Sí —dijo con sinceridad la mujer—. Si cierran el horno, ya nada quedará aquí. No sé qué será de nosotros.

—No creo que Diego nos deje en la estacada después de todo lo que ha hecho —dijo Marcos con seguridad.

—Bien decís, amigo —dijo Diego entrando por la puerta y sorprendiendo a las mujeres.

Leonor quedó muda al verlo apoyado en la puerta, como la primera vez que lo vio. Estaba mojado y tenía algunos golpes. Lo miró un poco turbada.

—Leonor, ¿así me recibís?

La joven no dudó más y se lanzó a los brazos abiertos que la esperaban.

Ambos se refugiaron en esa calidez y, por un momento, olvidaron que estaban rodeados de personas.

—Lo siento, yo...

—Shhh, ya pasó todo. Fuiste valiente e inteligente —dijo hablando en voz baja, solo para ella. Diego la tomó de la barbilla para que alzara la cabeza para mirarlo. Los ojos azules de Leonor le dieron una bienvenida tan cálida como había deseado durante todo el camino. Ella era su hogar—. Como os dije, os amo.

Leonor se sonrojó. Solo estaban Carmen y Felipe, que había aparecido de repente, como solía hacer el exsoldado. Los demás habían desaparecido para dejarles su espacio. Ya habría tiempo para charlas y reencuentros.

Diego la abrazó con fuerza sintiendo la tibieza de su cuerpo. Escondió la cabeza en su cuello y aspiró el aroma más delicioso que nunca había percibido. Estaba a salvo y ahora podía respirar con calma. Si algo le hubiera pasado, su vida ya no hubiera tenido sentido. Estaría hundido para siempre.

—Vuestro padre está aquí —dijo de pronto Leonor sorprendiendo al joven.

—Espero que me cuentes por qué ese trato cuando regrese de hablar con mi padre —dijo dándole un fugaz y tierno beso.

—Debéis cambiaros y...

—Leonor, soy yo, nada ha cambiado aunque sea un Alponte —susurró Diego tomándola de las manos. No quería esa frialdad entre ellos. Leonor era luz, alegría y tibieza. Entendía el temor de la joven, pero nunca la abandonaría. Ella era su vida.

—Antes eras solo Diego, pero en realidad, ¿cómo te llamas?

—Cuando nací mis padres me pusieron de nombre Luis Diego —dijo el joven con una sonrisa—. ¿Ves? No te he engañado, pues aprecio más mi segundo nombre.

—Sí, pero... Yo no soy nadie...

—Te prohíbo que pienses de esa forma. Eres la mujer que amo y no me importa decirlo delante de nadie.

—¡Ese es mi hijo!

Diego se giró al escuchar la voz de su padre y vio a Alejandro detrás de él con una sonrisa. La postura y determinación de su progenitor siempre habían sido un punto de referencia para él mismo. Estaba orgulloso de todo lo que había aprendido con él.

—¡Padre!

Ambos se abrazaron, pero hubo un instante en que el duque apartó a su hijo para reñirlo sin contemplaciones.

—Me has tenido muy preocupado —dijo el duque percibiendo el temor de su

hijo—. Y Alejandro creo que te dará una buena por haberle mantenido aparte.

—Padre, no sabes lo difícil que es mandar un mensaje —comentó Diego intentando excusarse, pero sabía por lo que había pasado su padre.

—Bernart me ha contado por encima lo que ha sucedido. El horno se cerrará, es un negocio muy importante para que esté en un lugar tan apartado —dijo el duque. La cocinera sollozó—. Por lo que respecta a la casa, es una finca demasiado valiosa para que se eche a perder. Creo que continuará abierta y retomaré mis visitas. Necesitaré una buena cocinera y un buen mayordomo —dijo el duque. Sabía que para su hijo esas personas eran importantes, pues había convivido mucho tiempo con ellos y le preocupaban sus futuros.

—Gracias, excelencia —dijo el matrimonio casi a la vez de lo emocionados que estaban.

—¿Y Marcos? —preguntó Diego sintiendo temor por su amigo. No sabía si se había recuperado.

—Estoy mejor —dijo el joven entrando. Había estado escuchando desde el pasillo, pues no quería perderse nada.

Diego apartó dulcemente a Leonor y abrazó a su amigo con fuerza.

—Prepara tus cosas, que Alponte y sus mujeres te esperan con los brazos abiertos —dijo Diego sonriendo al ver la cara de sorpresa del joven talador.

—Pero... Los demás...

—También vendrán a Alponte —dijo el duque—. Seguro que allí podrán dedicarse a algo un poco más ligero. Y Bernart también estará ocupado con algo que idearemos para él.

Marcos salió de allí con una gran sonrisa. Todo había terminado bien. Tenía ganas de contarles la nueva. La vida de todos había cambiado. El resto del grupo estaba esperando en la habitación, tumbados en sus jergones, rezando por su futuro.

—¡Alabado sea Dios! —dijo Vicente agradeciendo el día en que llegó Diego a la finca.

En la cocina, todos charlaban felices de poder tener un futuro por delante. Alejandro se acercó a su amigo. Estaba feliz por él, pero estaba un poco enfadado.

—Ahora que ya está todo arreglado, tienes que zanjar algo conmigo —dijo Alejandro muy serio. Estaba dolido por no haber participado en esa aventura desde el principio-. No tenías que haberme excluido.

—No me mires así, la culpa la tiene mi padre —dijo Diego intentando que su padre le ayudara.

—Es verdad, Alejandro —dijo el duque. Se giró hacia todo el grupo de la finca para dirigirse a ellos—. Envié a mi hijo para que investigara lo que estaba

sucedendo aquí. Creía que el vidrio iba a ser un buen negocio, pero no ganaba nada. Estaba seguro de que algo sucedía y recelaba de don Justo, por eso quise que Luis viniera aquí sin decir quién era.

—Solo me arrepiento de haber dañado a una persona —dijo Diego mirando a Leonor.

—Yo...

—Creo que necesitáis hablar a solas —dijo Bernart con una sonrisa—. Si su excelencia lo permite, podéis ir a la sala de música.

—¿Se ha utilizado esa sala? —preguntó el duque con curiosidad.

—Espero que no le moleste, excelencia —dijo Genaro adelantándose—. Yo mismo le di permiso a la joven Leonor para que tocara el clavín, pues es una gran apasionada de la música.

El duque sonrió. Nunca hubiera imaginado tal sorpresa. Era un gran apasionado de la música. Se acercó a la joven y la tomó de las manos. La miró a los ojos con amabilidad.

—Me alegra que hayáis tocado ese viejo instrumento. Algún día, si os apetece, os contaré su historia.

—Estaré encantada de escucharla, excelencia.

—Mejor don Fernando —dijo con una sonrisa. Le gustaba esa joven, parecía tener carácter e inteligencia. Viviría muy feliz con Luis—. Creo que se llevará muy bien con Jimena, ¿verdad Alejandro?

—Estoy seguro, señor —comentó el joven italiano. Estaba deseando ver a su amada y sabía que en Leonor iba a encontrar a una amiga.

—¿Sucede algo? —preguntó Diego sabiendo que algo ocurría y se le escapaba.

—Tu hermana y Alejandro están prometidos —dijo el duque con una gran sonrisa acercándose a palmear el hombro de su futuro yerno.

—¡Eres un granuja y has tardado mucho! —dijo Diego abrazándolo con alegría. Sabía el amor que sentía su amigo por su hermana desde siempre.

—¿Te esperabas algo?

—Suspiras por Jimena desde que jugábamos en el jardín de críos —dijo Diego feliz por los dos, pues no había una pareja más enamorada. Agradecía al cielo haber encontrado a su compañera. El amor estaría siempre presente en las vidas de él y de Leonor—. Si le regalabas flores cuando creías que yo no te veía. Además, que le buscabas las que a ella le gustaban.

Una suave carcajada resonó en la estancia y sorprendió a todos. Leonor reía ante el recuerdo contado. Estaba feliz por tener a Diego con ella, pero intuía que su familia también iba a ser muy importante para ella. Además de tener junto a ella al hombre que amaba, iba a tener una gran familia y un hogar. Eran cosas

importantes que le había inculcado su madre y que en el fondo ella había perseguido sin saberlo.

—Ahora, si no os importa, esta bella dama y uno mismo quieren charlar a solas —dijo Diego cogiendo a Leonor de la mano y arrastrándola fuera de la cocina y de la mirada de todos.

Corrieron por los pasillos entre risas y se escondieron en la sala de música. Cuando llegaron, Diego se atrevió a besarla como había estado deseando desde hacía tanto tiempo. Cogió su rostro con ambas manos y se dispuso a besarla. Sus labios se hallaron, se tentaron y consiguieron apagar el fuego que amenazaba con consumirlos a ambos. Sentían un amor puro y tierno, pero la pasión que corría por sus venas era similar a los latidos de sus corazones.

—Os amo. Os amo... —dijo Diego apoyando su frente en la de ella. Sentía su corazón rebosante de felicidad—. Mil y un lances viviría con tal de volver a encontrarte.

—¿Ahora eres poeta? —Leonor no podía ser más feliz. La compañía de Diego, pues ella continuaría llamándolo de esa forma, era para ella un gran estímulo.

—El amor da alas a mis palabras, que salen deseosas de mis labios para colmar tus deseos. Pero mis oídos no han escuchado ni una palabra de cariño de los tuyos —dijo Diego poniéndose una mano en el corazón haciéndole creer que estaba herido por ese desamparo.

—Oh, valiente señor. Has dado a mi vida un sentido que ya no puedo olvidar y solo sé que no podría vivir sin ti, porque también os amo.

—Leonor, nuestro futuro está en Alponte y espero que estés feliz.

—No podría estarlo más.

Epílogo

El viaje a Alponte fue algo lento porque eran demasiados. Diego se empeñó en ir con todos y su padre y Alejandro se adelantaron para prepararlo todo. Esos días de viaje fueron para él y para Leonor una nueva ocasión para charlar de todas las cosas que les habían unido. Vicente se había quedado en la finca, puso la excusa de que ayudaría a Carmen y a Genaro, pero a ninguno se le escapó que, en realidad, no estaba preparado para un viaje tan largo ni para un cambio tan grande en su vida.

José y Marcos charlaban felices, pues el duque les había comentado que bien podrían poner de nuevo en marcha la herrería de Alponte, que estaba parada desde hacía años. Ambos estuvieron de acuerdo con ese trabajo. José había trabajado durante muchos años el acero y enseñaría el oficio a su hijo, que en ese lugar tendría más futuro.

—Estoy deseando ver a esas mujeres de las que me hablaste —dijo una noche Marcos con picardía.

—¿De qué hablas?

—Oh, de nada. Una mentirijilla que le conté a Marcos y...

—¿Mentira? Entonces la dama no existía y ningún marido te esperaba...

—¡Marcos! —gritó Diego viendo cómo se iba Leonor enfadada. Suspiró. Estaba contento, pues el futuro con ella estaría lleno de aventuras—. ¡Espera, Leonor!

Diego tardó en convencer a su prometida de que era una mentira que contó para conseguir la confianza de Marcos. Nunca había estado en tal lance.

—¿Lo juras?

—Leonor, idolatro la tierra que pisas, nunca te haría daño. Puedes estar segura de que no he ofendido a ninguna mujer.

—Te creo, Diego.

Ese fue un pequeño lance durante el camino, pero hubo otros divertidos, tristes y nostálgicos, que fueron llenando las noches de los viajeros. Esas historias los iban acercando mucho más.

El reencuentro de Jimena con Alejandro fue emotivo. La joven había pasado mucho miedo cuando se enteró de la marcha de su amado; lo único que la tranquilizaba era que había ido a buscar a su hermano y que, cuando regresaran, lo harían juntos. Los dos charlaron con la familia de las personas que traería Diego consigo.

—¿Diego?

—Se hizo llamar por su segundo nombre para no revelar quién era.

—¿Quién ideó todo? —preguntó Jimena mirando a su padre.

—Entonces, nuestro hijo regresa con su prometida —comentó feliz la duquesa, que no creía todavía que su hijo hubiera encontrado a la mujer que le hiciera sentar la cabeza.

—Es una joven excelente. Es inteligente y toca el clavín.

La mirada de Jimena brilló de emoción. Nunca había tenido una amiga de su misma edad y, por lo que contaban de esa joven, estaba segura de que serían grandes amigas.

—Una digna compañera para Jimena —dijo el duque.

—Estoy deseando conocerla —comentó la duquesa, que vía con buenos ojos el futuro de sus hijos—. ¿Y García?

—Debe casarse enseguida —dijo el duque—. Espero que todo vaya bien. Se encontrará con su prometida en la corte. Felipe quiere ver con sus propios ojos que ese matrimonio llega a buen puerto. No consentirá que una promesa se rompa.

—Alabado sea nuestro rey —dijo Jimena contenta de que todo hubiera terminado.

Alponte recibió a los recién llegados con honores merecidos, pues todo el mundo conocía la historia por la que habían pasado esas personas de La Vidriera.

García, en el alcázar junto al rey, esperaba a la mujer que podría hacerle feliz o no. No había estado más nervioso en toda su vida que en ese momento. Sabía por su padre que todo había terminado bien. Su hermano estaba a salvo en casa y traería con él a unas personas dignas, además de a su prometida. Alejandro repartía su tiempo entre los estudios y Jimena. Todos eran felices, solo quedaba él. Mientras esperaba a Magdalena, sentía cómo sus manos sudaban y no podía parar quieto. Se paseaba arriba y abajo.

—Hacía meses que no os veía.

García se giró al escuchar la dulce voz que había nublado sus sentidos algunos meses atrás. Estaba igual de hermosa que la primera vez que la vio. Sus bucles negros enmarcaban un rostro ovalado y de facciones dulces. Sus ojos dorados relucían como ese mismo día en que se conocieron. Fue en un baile y, por alguna razón, él estaba sobrio. Su belleza lo eclipsó todo, pero su inteligencia y gracia le subyugaron por completo.

—Creí que me olvidaríais —dijo García acercándose a ella.

—Nunca dejé de buscaros. —Magdalena nunca había renunciado a él. Sabía que se había perdido, pero estaba segura, siendo quien era, de que conseguiría volver a su lugar.

—Me equivoqué en muchas cosas, pero nunca os engañé.

—Lo sé, y por eso pedí la ayuda del rey.

Ambos miraron hacia el monarca. Permanecía algo alejado de ellos, pero

atento a lo que sucedía.

—Me alegro de que lo hicierais, porque nada deseo más si no que seáis mi esposa —dijo García con seguridad. Estaba convencido de que ella era la mujer de su vida—. De lo único que me arrepiento es de haber perdido el tiempo.

—Nos queda toda la vida por delante —dijo ella con una sonrisa capaz de deslumbrar a cualquiera—. Os amo.

—Oh, amada mía —dijo García posando sus labios en los de ella de forma tierna y prudente por la presencia del rey.

Felipe estaba contento. Todo se sucedía de forma correcta. Los Alponte eran una gran familia y él les tenía a todos mucho aprecio. Don Fernando había sido su mano derecha en muchas guerras y él le devolvía esa fidelidad de la misma forma. Isabel estaba muy feliz con este asunto, pues era una mujer romántica y se alegraba de que el amor venciera siempre. Él, como fiel y amante marido, estaba orgulloso de ella y la amaba cada día más.

Meses después de la llegada de los viajeros, se anunció la boda de García con Magdalena, un acontecimiento que fue recibido con alegría, pues el primogénito sellaba con ese matrimonio que su vida estaba encauzada. El reencuentro entre los hermanos estuvo lleno de abrazos, confidencias y mucha alegría. Nada quedaba de la inquina que querían levantar entre ellos.

Así pues, don García de Alponte, heredero del ducado y noble caballero, se casó bajo el amparo de toda su familia y el fiel amor de su amada, que nunca había dejado de quererlo.

Diego había solicitado el favor de llamarse así por ser el nombre que prefería su amada. Leonor y su padre se habían integrado de maravilla en Alponte. La joven había encontrado en Jimena a una mujer inteligente y amable y su amistad se corroboró enseguida. Por su parte, la más pequeña de los Alponte había encontrado a alguien en quien confiar y también con la que podía charlar sobre sus lecturas. Diego se enfadaba por ese afán de ambas por leer y recluirse en la biblioteca para opinar sobre esas lecturas. Pronto fueron conocidas esas charlas y todos decidieron dejarlas tranquilas en esas ocasiones.

Leonor pudo seguir tocando el clavín y Diego, como fiel enamorado, se apoyaba en él para escuchar horas y horas tocar a su amada.

FIN

Table of Contents

CITA
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
XX